

CSI:

CRIME SCENE INVESTIGATION

max allan collins

doble juego



Lectulandia

Les presentamos a los poco conocidos y todavía menos comprendidos héroes del mundo policial de Las Vegas: los investigadores forenses. Liderados por el veterano Gil Grissom, el destacado equipo asignado al Departamento de Criminalística para el turno de noche que incluye a Catherine Willows, Warrick Brown, Nick Stokes y Sara Sidle combina en su trabajo los últimos avances científicos y los viejos trucos de siempre para desenmarañar las pruebas que se esconden al otro lado de las cintas amarillas de la Policía.

Mientras Nick y Catherine investigan el reciente asesinato de un joven de quince años, Grissom y el resto del equipo tienen que descubrir la identidad de un frío asesino, cuyo estilo, el «pinchazo doble» a modo de firma ha llamado la atención del agente del FBI Rick Culpepper.

Lectulandia

Max Allan Collins

Doble juego

C.S.I. - 1

ePub r1.0

Titivillus 02.10.15

Título original: *Double dealer*
Max Allan Collins, 2001
Ilustraciones: Víctor Igual, S. L.
Retoque de cubierta: Orhi & Tragabuches

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

En memoria de nuestro amigo David R Collins autor, maestro, mentor
M.A.C. y M.V.C.

Al aplicar un interrogatorio científico en tercer grado, el criminalista experto hace que las pruebas físicas hablen, arrancando confesiones de sangre, armas, drogas, cabellos, astillas de metal, marcas de neumáticos, marcas de herramientas y balas.

JACK WEBB

1

El aullido de la sirena irrumpió en la mañana, el resplandor de las luces azules y rojas se reflejaba contra el resto de coches al tiempo que el Chevrolet Tahoe negro se abría paso entre el intenso tráfico de la hora punta en la autopista US 95. El sol ascendía, anaranjado y brillante, tiñendo de rosa las nubes, y el aire acondicionado en el interior del vehículo tenía ya que competir con el calor de julio.

En el asiento del copiloto estaba sentado Gil Grissom, supervisor del turno de noche del Departamento de Criminalística de Las Vegas. Warrick Brown —de rango CSI3, sólo un peldaño por debajo de Grissom— conducía, y en el asiento trasero se encontraba otro de los miembros del equipo: Sara Sidle, de rango CSI2. Warrick movió el volante a derecha e izquierda para encontrar un hueco entre los vehículos, sin variar un ápice la expresión de su rostro; dada su impasibilidad, podría haber estado contemplando un cuadro.

Los atractivos y juveniles rasgos de Grissom se veían ligeramente comprometidos por el avance de las canas en su cabello castaño, así como por las patas de gallo que adornaban el contorno de sus ojos y las ligeras arrugas grabadas en los extremos de su boca. Los aspectos políticos de su trabajo habían acabado cobrándose un precio en Grissom. Amaba la ciencia y la investigación, pero las constantes disputas con el supervisor del turno de día, Conrad Ecklie, las tensiones con el presupuesto y la presión que entrañaba su cargo habían empezado a hacer mella en la perenne jovialidad de Grissom. Venía a sumarse a todo esto el hecho de que, si bien nunca había necesitado dormir mucho, ahora no terna tiempo en absoluto para ello.

El coche se precipitó hacia un pequeño Honda. Warrick dio un golpe de volante hacia la derecha, provocando que estuviesen a punto de chocar contra una furgoneta de la compañía FedEx, y después volvió a torcer a la izquierda, superando por pocos centímetros a una limusina Lincoln azul.

Desde el asiento trasero, Sara exclamó:

—¡Por Dios, Warrick! El tipo no va a estar más muerto de lo que está. Frena un poco.

Warrick ignoró sus palabras, se adentró en el arcén para adelantar a un taxi y, tras ello, regresó a su carril.

—¿Por qué no me dejas que conduzca yo? —Le preguntó Sara a su jefe, botando de un lado a otro, tensando el cinturón de seguridad—. ¿Es que no vas a decirle nada, Grissom?

Haciendo caso omiso a aquel intercambio de comentarios, Grissom se volvió para contemplar el rojizo cielo. Tranquilamente, sin darse apenas cuenta de que estaba hablando, dijo:

—El cielo rojo del atardecer es el deleite del marinero; el cielo rojo de la mañana

es un signo de alerta para el marinero.

—¿De qué estás hablando, Grissom? —replicó Sara.

Él negó con la cabeza sin apartar la vista de las nubes.

—No es nada.

—Por favor, dime que no era un aforismo —dijo ella—. Por favor, dime que no estás citando a nadie mientras este maníaco...

—¿Marineros? —Preguntó Warrick—. Gris, estamos en el desierto.

—Cállate —espetó Sara— y mira la carretera.

Warrick le lanzó una mirada por el retrovisor, acompañada de una media sonrisa de satisfacción y, acto seguido, cruzó de golpe los tres carriles, girando el volante a la derecha cuando llegaron a la altura de Decatur Boulevard. Segundos después, el coche derrapó frente a la puerta principal del hotel y casino Beachcomber.

—Seis minutos y veintisiete segundos —dijo Warrick al tiempo que abría su puerta, ofreciendo a su jefe una leve sonrisa—. ¿Qué tal como respuesta rápida?

Cuando se disponía a salir del auto, Grissom agarró a Warrick por el hombro, pillándolo por sorpresa. Grissom le habló con voz queda, amable incluso, aunque firme.

—A partir de ahora, a menos que yo diga lo contrario, respetarás los límites de velocidad... ¿De acuerdo, Schumacher?

Warrick le correspondió con una sonrisa beatífica.

—Sí, Gris... Lo siento.

En el asiento trasero, Sara sacudió su cabeza con desagrado, su tarjeta de identificación se balanceó mientras murmuraba entre dientes toda una retahíla de maldiciones. Cuando descendió del coche, llevando consigo el maletín negro con su equipo, dijo:

—Si nos matas a todos, ¿quién investigará nuestras muertes? Estaremos muertos, ¿entiendes?

Grissom se volvió y le echó una mirada por encima de sus gafas de sol, a través de la puerta trasera abierta. Ella captó el mensaje y optó por cerrar el pico.

Warrick sacó su maletín negro del maletero y siguió a Sara. Grissom también bajó del coche —portando su maleta plateada de aire espacial— e hizo lo mismo. Aún era temprano, por lo que la acera estaba vacía frente al hotel y los botones que estaban en la puerta superaban en número a los clientes. El pequeño grupo de investigadores forenses estaba ya casi en la puerta cuando el capitán Jim Brass se materializó para colocarse a un paso de Grissom.

—El director del hotel quiere saber cuánto tiempo vamos a tardar en marcharnos de aquí —dijo Brass.

—¿Por qué?

Brass cerró despacio sus cansados ojos.

—¿Por qué? Porque quiere que sus clientes puedan entrar y salir de las habitaciones de la planta. Grissom asintió y, acto seguido, le preguntó:

—¿Qué le has respondido?

—Tan pronto como fuese posible —replicó Brass. Un corpulento portero se adelantó un par de pasos y abrió para ellos la gran puerta de cristal. Fueron quitándose las gafas de sol a medida que se adentraban en el llamativo vestíbulo. Grissom apreció los sonidos de las máquinas tragaperras, las bolas de las ruletas, de las voces de los croupiers dando cartas... los sonidos típicos y los ruidos propios de la cacofonía de un casino. Brass les llevó hacia la derecha, hacia un grupo de relucientes ascensores.

—¿Dónde está la víctima? —preguntó Warrick.

—En la cuarta planta —respondió Brass—. En medio del pasillo, fuera de su habitación. Dos disparos en la cabeza, de pequeño calibre, un 22 o un 25 tal vez. Parece un ajuste de cuentas, o quizá un robo que se le fue a alguien de las manos.

—Ya lo veremos —dijo Grissom, siempre reticente a las suposiciones—. ¿Hay cinta de vídeo?

La mayoría de los hoteles del Strip^[1] tenían cámaras de vídeo en cada uno de los pasillos, pero no todos los que no estaban en esa calle, como el Beachcomber, disponían de ellas.

Brass asintió.

—La tienen en la sala de seguridad... esperándote para cuando estés listo.

Cuando se encontraron a salvo del personal del hotel y de los clientes, en el interior del ascensor, Grissom se volvió hacia Brass.

—Di al director que acabaremos cuando tengamos que acabar. No me importa si tiene que echar mano del montacargas para sacar a esas personas de sus habitaciones, no van a molestarme en el escenario del crimen. El hotel podrá dejarles que regresen cuando mi gente haya acabado.

Brass alzó las manos a modo de disculpa.

—Muy bien. De acuerdo. Se lo diré. Lo único que pretendía era que ese tipo no te incordiase.

Grissom respiró hondo, inclinó ligeramente la cabeza y dejó escapar el aire.

—Dile que trabajaremos lo más rápido posible, pero que éste no es un trabajo rápido.

Sonó la campanilla del ascensor, la puerta se abrió y empezó la acción. Grissom salió y miró a su izquierda, al lugar donde se encontraba la detective Erin Conroy, que en ese momento estaba interrogando a un joven de poco más de veinte años ataviado con una camisa blanca, pajarita negra y pantalones negros: un camarero.

Los miembros del equipo CSI se detuvieron unos segundos para colocarse los guantes de látex.

—Ese muchacho parece una caricatura de David Copperfield —dijo Warrick en voz baja a la espalda de Grissom.

—El camarero... —dijo Sara, sorprendida—. Sí... tienes razón.

Grissom se volvió hacia ellos.

—¿De quién habláis?

—Grissom —dijo Sara alzando las cejas—, ¿vives en Las Vegas y no sabes quién es David Copperfield?

—Un personaje de Dickens —añadió Grissom—. ¿Viene eso a cuento ahora?

Sara y Warrick, sin abrir la boca, cruzaron sus miradas.

Con paso rápido, Brass a su izquierda y Warrick y Sara tras él, Grissom llegó hasta donde se encontraba un oficial de uniforme señalando el límite del escenario del crimen. Más allá del oficial, Grissom vio el cuerpo tumbado en el distribuidor que daba a la habitación; una bandeja plateada grande sobre la moqueta, al otro lado del pasillo; espaguetis, salsa de carne y los componentes de una ensalada verde esparcidos por todas partes. Un clavel blanco, fuera de su jarroncito, descansaba sobre el pie del cadáver como si de una improvisada ofrenda funeral se tratase.

—¿Ha aparecido alguien por aquí desde que llegaste? —preguntó Grissom.

García negó con la cabeza. Señaló hacia un oficial alto y delgado que se encontraba en el otro extremo del corredor.

—Mi compañero, Patterson, le pidió al director que le dejase llegar hasta aquí por la escalera de incendios.

—Buen trabajo.

—Gracias, señor.

Volviéndose hacia Brass, Grissom preguntó:

—¿Tienes alguna idea acerca de quién es nuestra víctima?

—Sí, claro... John Smith.

Grissom alzó una ceja.

Brass se encogió de hombros de forma elocuente.

—Se registró bajo ese nombre. Lo pagó todo al contado.

—Bien. ¿Llevaba billetera?

Brass asintió.

—Esperábamos a que despejases el escenario del crimen. Antes yo hacía tu trabajo, ¿recuerdas?

Brass, de hecho, había sido el supervisor de la unidad CSI hasta no hacía mucho tiempo; había sido un incordio más que otra cosa, no dejó de insistir hasta que volvieron a destinarlo a homicidios.

—¿Tu gente ha interrogado a los clientes del hotel? —preguntó Grissom.

—Están en ello. Han empezado por los extremos, así que no te molestarán.

—Buena idea. ¿Han sacado algo en claro?

—Nadie vio nada, ni nadie oyó nada.

Con pasos lentos, Grissom se acercó al cadáver.

Yacía boca abajo, la cabeza inclinada ligeramente hacia un lado, los ojos marrones abiertos, helados, mirando al vacío; John Smith parecía sorprendido. Con mucho cuidado, Grissom cambió de posición para observar con mayor claridad la herida. Limpia, doble punción, pequeño calibre; Brass, muy probablemente, estaba en

lo cierto: calibre 25. Lo extraño del asunto era el lugar en el que se encontraban las heridas. Los dos pequeños agujeros formaban algo así como el signo de los dos puntos en el centro de la parte posterior del cráneo de John Smith y, si los cálculos de Grissom no fallaban, el espacio que los separaba era de unos dos centímetros y medio.

Grissom acató con relatividad el hecho de no encontrar billetera alguna. Se puso en pie y se volvió hacia los miembros del equipo.

—Primero las huellas de pisadas, ya conocéis el protocolo. A no ser que nuestro hombre sea Peter Pan, habrá dejado marcas.

Warrick asintió. Sus ojos, aparentemente adormilados, evidenciaban su estado de alerta.

—Todo empieza a encajar con las marcas de los zapatos.

—Eso es —dijo Sara.

Grissom se hizo a un lado, de ese modo Warrick y Sara pudieron pasar con sus equipos de campo.

—Sara, tú encárgate de las huellas dactilares. Warrick, tú haz las fotos.

—Por suerte no he desayunado —dijo Sara.

—Al menos no habrá gusanos —añadió Warrick.

Los gusanos y las larvas eran lo único que podían hacer añicos la fortaleza de Sidle.

—Yo no estaría tan seguro de eso —replicó Grissom—. Tal vez no lo parezca, dada la categoría de este hotel, pero nuestros pequeños amigos están aquí.

Sara y Warrick empezaron por escudriñar el escenario del crimen al completo en busca de huellas de pisadas. Iba a llevarles un buen rato, por lo que Grissom siguió a Brass hasta el lugar donde se encontraban la agente Conroy y el camarero.

Tras enganchar su identificación en el bolsillo del pecho, Brass dijo al camarero:

—Soy el capitán Brass y éste es el supervisor CSI Grissom.

El delgado y moreno camarero asintió hacia ellos.

Conroy dijo con voz suave:

—Él es Robert LaFay...

—Bobby —la corrigió el joven.

Ella siguió hablando como si no hubiese oído nada.

—... camarero del servicio de habitaciones. Iba a atender un pedido de la habitación... —Consultó sus notas—... cuatrocientos veinte, pero no llegó a hacerlo. Se cruzó con el asesino.

Volviéndose hacia el camarero, Grissom le preguntó:

—Señor LaFay... Bobby... ¿Vio usted al camarero?

LaFay se encogió de hombros.

—Bueno... en realidad, no. Estaba junto al cuerpo, dándome la espalda. Dios... El tipo ya estaba en el suelo pero él volvió a dispararle. ¡Justo en la nuca! Entonces me oyó, se volvió hacia mí y se cubrió la cara con el arma... Ya sabe, como Drácula

con su capa.

—Bobby, ¿pudo verle la cara, siquiera en parte?

—No. En realidad, no.

—¿Era un hombre corpulento, pequeño, mediano?

—Lo que más llamó mi atención fue el arma. Parecía muy grande, y era la segunda que veía en una misma noche.

Grissom, tras intercambiar una mirada con Brass, dijo:

—¿La segunda arma?

—En la habitación ochocientos trece —afirmó el camarero asintiendo con la cabeza—. Un tipo grande, la tenía encima de la mesita de noche. Me dijo que era del FBI, pero...

—¿Del FBI? —preguntó Brass con un deje de incredulidad.

—¿No le creyó? —añadió Grissom.

—No.

Grissom y Brass cruzaron de nuevo sus miradas fugazmente, después volvieron a centrar su atención en LaFay.

—Así pues, ¿vio al asesino... aquí?

Abrió mucho los ojos.

—Eché a correr como un cohete hacia el ascensor y supongo que él se fue en la otra dirección.

—¿Hacia el otro extremo del corredor?

—Sí. En cualquier caso, no me disparó... que yo sepa.

—Bobby —inquirió Brass—, ¿lo reconocería usted si lo viese?

—No estoy seguro. La pistola era muy grande.

Brass alzó las cejas y añadió:

—Entonces, ¿no?

—No. Era lo suficientemente grande como para pegarme el susto de mi vida, me temo.

Brass contuvo una carcajada, pero Grissom pensaba que tenía que decir a Warrick que buscarse huellas en las escaleras.

—¿Puede decirnos algo sobre el asesino?

—No lo vi bien.

—Piense, Bobby. Cierre los ojos y visualice.

LaFay obedeció sus indicaciones, frunciendo el ceño.

—Era blanco.

—Bien. ¿Qué más ve, Bobby?

—Era mayor.

—¿Mayor?

—Sobre los cuarenta, quizá incluso más.

Grissom se sintió repentinamente viejo, aun así asintió para animarlo.

—¿Alguna otra cosa? ¿Cicatrices? ¿Tatuajes?

El camarero negó con la cabeza.

—No.

—¿Cómo iba vestido? Cierre los ojos, Bobby. Visualice.

—... Chaqueta..., abrigo. —Abrió los ojos de golpe y sonrió—. ¡Lo recuerdo! Porque después, cuando tuve tiempo para pensar, me pregunté por qué alguien llevaría abrigo en Las Vegas en julio.

—Bien, muy bien... ¿Algo más?

—No. Señor Grissom, podría cerrar los ojos hasta mañana, pero le aseguro que no vería nada más.

Grissom dedicó una sonrisa al camarero, le tocó el brazo a modo de reconocimiento.

—Señor LaFay, ¿cree usted que podría identificar al asesino?

El camarero recapacitó durante unos segundos, miró a Grissom y negó muy despacio con la cabeza.

—No... Sin duda eso no puedo visualizarlo.

Grissom y Brass le dieron las gracias y fueron a reunirse con Warrick y Sara. Warrick estaba arrodillado junto a algo que había en el suelo, en tanto que Sara estaba introduciendo en ese instante un pedazo de tomate en una bolsita de plástico.

—¿Tenéis algo? —preguntó Grissom.

—Tengo una huella de pisada en la sangre —respondió Warrick—, pero no se ve clara. Es como si el tipo hubiese resbalado al salir corriendo.

Grissom rodeó con cuidado a Sara para acercarse a Warrick y miró hacia el punto exacto que estaba observando.

Warrick estaba en lo cierto; la huella no valía absolutamente para nada. Volviéndose sobre sus talones e inclinando la cabeza, Grissom estudió con detenimiento el corredor.

—Mira —dijo señalando unos metros más adelante, más allá de Warrick—. Ahí hay otra.

Warrick fue hasta el lugar, comprobó la huella y, mirando hacia Grissom, dijo:

—También está borrosa.

Su mirada seguía clavada en el suelo del corredor.

—Adelanta un metro más.

—No veo nada.

—¿Incluso aunque uses Leuco Crystal Violet?

Warrick se encogió de hombros.

—Bien, de acuerdo, pero eso llevará un rato.

—Ahora es tu oportunidad de retomar tus prácticas —dijo Grissom con una sonrisa burlona.

Brass se acercó hasta Grissom al tiempo que Warrick sacaba una botella con pulverizador de su maletín negro.

—¿Qué es eso?

—¿Ves esa mancha en la moqueta? —le pregunté Grissom.

—Todo lo que veo es una moqueta sucia.

—Ahí hay una huella de pisada con sangre.

—¿En serio?

—Sí..., aunque nosotros no podemos verla.

Brass frunció el ceño.

—¿Una pisada con sangre que somos totalmente incapaces de ver?

—Los glóbulos rojos han sido borrados por el zapato, pero la hemoglobina y los glóbulos blancos siguen ahí.

Warrick pulverizó con cuidado la zona de la moqueta y observó los resultados.

—Se trata de Leuco Crystal Violet... unos polvos. Pero ahora formamos con él una solución casera, les añadimos ácido sulfosalicílico, acetato de sodio y peróxido de hidrógeno.

—¿Explotará? ¿Te importaría darme alguna garantía? —preguntó Brass sonriendo.

En cuanto la solución empezó a surtir efecto, Grissom dio un paso atrás.

—Funciona como un tinte, haciendo que aparezca la huella en esa sucia moqueta.

—No puede ser.

—Sí puede ser —dijo Grissom mientras la mancha en el suelo adquiría un tono púrpura, haciendo evidente el trazo de la pisada de un zapato al correr.

—Yo creo que es de un cuarenta y seis —afirmó Warrick—. Ahora vamos a hacerle una fotografía.

Brass preguntó:

—¿Puedes hacer coincidir la huella con el zapato correspondiente?

Grissom asintió.

—Cuando lleguemos al laboratorio te diremos a qué tipo de zapato pertenece la huella. Después de que la base de datos nos lo diga a nosotros, quiero decir. De ese modo, cuando tengamos un sospechoso, podremos comparar la huella con sus zapatos y obtener una coincidencia exacta.

—Oye, Grissom —dijo Sara—. Lo único que he encontrado es pasta y ensalada. Deja que te diga que el menú en el Caesar s es mejor.

—En cualquier caso, sigue buscando. Warrick...

Warrick alzó la cabeza.

—¿Sí, Gris?

—Asegúrate de revisar las escaleras... Por ahí fue por donde Elvis abandonó el edificio.

Warrick asintió.

—¿Tú qué crees..., cosa de la mafia? —preguntó Brass con cautela.

Grissom acompañó a Brass de vuelta al vestíbulo de entrada en el ascensor.

—Es demasiado pronto para decirlo.

—¿Un robo que salió mal?

Grissom ignoró la pregunta.

—Vamos a ver la cinta de vídeo.

—De acuerdo, Grissom —corroboró Brass—. Me reuniré contigo cuando haya hablado con ese tipo de arriba.

Grissom entrecerró los ojos.

—¿Nuestro hombre del FBI con artillería?

—Ese mismo.

—La cinta puede esperar. Voy contigo.

—Bien. Tu relación con el FBI es buena, después J de todo.

Una vez arriba, Brass salió primero del ascensor. Grissom le siguió un paso por detrás mientras recorrieron el pasillo hacia la habitación ochocientos trece. Brass extrajo su revólver de servicio de la funda y señaló a Grissom el lugar donde debía quedarse en el distribuidor.

Con el ceño fruncido, Grissom se mantuvo a una distancia prudencial al tiempo que Brass se adentraba en el distribuidor y llamaba a la puerta con la mano izquierda.

—Un segundo —dijo una voz amortiguada al otro lado.

Con los pies bien fijados al suelo, Brass alzó su 38 hacia la puerta que, por suerte, no disponía de mirilla. Observándolo todo desde la esquina, Grissom vio cómo se abría lentamente la puerta. Pudo ver a un hombre corpulento en calzoncillos... y la enorme automática que portaba en su carnosa mano.

Grissom exclamó:

—¡Tiene un arma!

Brass salió del distribuidor, se pegó a la pared, lejos de la puerta, y gritó:

—¡Policía! ¡Deje el arma en el suelo, abra la puerta i ponga las manos en alto!

Silencio.

—¡Hágalo ahora mismo! —dijo Brass.

La puerta se abrió y el tipo corpulento, con las manos en alto, dio un paso atrás. Su expresión evidenciaba alarma, y señaló hacia la cama cercana con la cabeza, sobre la que descansaba la pistola.

—¡No estoy armado! —dijo—. No estoy...

Brass empujó al hombre contra la pared.

—Separe las piernas.

Obedeció, y Grissom entró en la habitación dejándolos a un lado mientras Brass cacheaba al hombre.

—¿Por qué tiene usted un arma? —preguntó Grissom con voz tranquila.

Hablando sobre su hombro, el tipo corpulento dijo:

—Transporto joyas. Es para mí protección.

—¿Sabe usted que se ha cometido un asesinato en una de las plantas inferiores esta misma mañana? —preguntó Brass.

El hombre le miró atónito.

—¡No! ¡Maldita sea, no! ¿No creerán... no creerán que lo hice yo?

Grissom se acercó a él.

—De momento, cálmese. ¿Cuál es su nombre?

—Ron Orrie.

—¿Tiene alguna identificación? —preguntó Brass.

Orrie asintió y señaló con la barbilla hacia la mesita de noche.

—Mi billetera está ahí.

—¿Tiene usted permiso para el arma?

—Lo tengo también en la billetera.

Grissom estudió la pistola durante un momento era del calibre 45.

—¿Es la única pistola que tiene?

Orrie parecía nervioso. Asintió.

—Es la única que llevo conmigo.

Grissom miró hacia Brass y negó con la cabeza.

—No es el arma que buscamos. Es demasiado grande. John Smith fue asesinado con algo más pequeño.

Brass no parecía lo suficientemente satisfecho para dejar suelto a Orrie.

—¿Por qué dijo al camarero que era del FBI?

Orrie se encogió de hombros.

—No quería dar explicaciones sobre mi negocio* Cuanta más gente sepa lo que hago, más posibilidades tengo de que me ataquen. Fue un error, lo admito. Por lo general, no dejo el arma a la vista. Pero había pedido el desayuno al servicio de habitaciones y llegó antes de que estuviese totalmente vestido y hubiese metido la pistola en su funda.

Al detective pareció no convencerle del todo la explicación.

Grissom le echó un vistazo a la billetera y encontró un carné de conducir expedido en Nueva Jersey y el permiso para armas tanto de Jersey como de Nueva York.

—Su nombre completo es Ronald Eugene Orrie —dijo Grissom al tiempo que comparaba la fotografía del carné y la imagen del hombre— y su licencia para llevar armas está a punto de caducar.

—Lo sé.

—Con su permiso, me gustaría revisar sus manos para ver si tienen residuos.

—¿Qué... qué tipo de residuos?

—Del tipo que deja un arma cuando se dispara.

—¡No he disparado un arma desde hace meses!

—Bien. ¿Le importa?

—No... No.

—Gracias. Alguien de criminalística vendrá a verle dentro de una hora.

El hombre hizo una mueca.

—Pero no pueden obligarme a que me quede en la habitación, ¿no es cierto? No es que no quiera cooperar, pero...

Brass frunció el ceño de tal modo que todo su cuerpo parecía poseído por ese gesto, no sólo su cara. Su porte al completo venía a decir: «Sabía que no iba a ser sencillo», y los ojos de Grissom replicaron: «Nunca lo es».

—Señor Orrie —preguntó Brass—, ¿tiene usted el permiso para llevar armas del estado de Nevada?

Orrie negó con la cabeza.

—Entonces, supongo que sabe que no puede salir de esta habitación con esa arma, ¿verdad?

El hombre asintió.

—Si le pillo en la calle con la pistola, le empapelaré.

—Sí, señor.

—Y no le diga a nadie más que es usted del FBI.

—No, señor... Quiero decir, sí, señor.

—Y espere aquí hasta que alguien del laboratorio de criminalística venga a verle.

—Sí, señor.

—Y si decidimos registrar su habitación, ¿nos exigirá usted una orden?

—No, señor.

—¿Lo haremos? —preguntó Grissom. Brass todavía, parecía dispuesto a aferrarse al único sospechoso que tenían. Finalmente, dijo:

—Sí, lo haremos.

—Vamos a ver las cintas —sugirió Grissom.

Nick Stokes, al volante del otro Chevrolet Tahoe negro perteneciente al laboratorio de criminalística, esbozó una sonrisa y echó un vistazo por la ventanilla, como si alguien en las bandas del terreno de juego de su vida pudiese darle sentido a sus actos... un árbitro, tal vez.

—Será posible... —se preguntó Nick mientras recorría el Strip rodeado de tráfico—. ¡Sólo faltaban quince minutos para el cambio de turno!

En el asiento del copiloto, el cabello pelirrojo claro de Catherine Willows se agitó cuando se volvió hacia él, con el teléfono móvil en la mano, indicándole que se callase. Catherine tecleó una serie de números y apretó el botón de marcado, después esperó con impaciencia.

Atendieron la llamada tras el tercer zumbido.

—Diga.

—¿Señora Goodwin? —preguntó Catherine.

—¿Sí?

—Soy Catherine. Nos han dado un caso de última hora. ¿Podría usted llevar a Lindsey al colegio?

La voz de la mujer era agradable, incluso a través del teléfono móvil.

—Sí, claro. No hay problema.

—¿Cómo está?

—Dormidita como un ángel.

Catherine sintió una fuerte opresión en su pecha 1 un leve escozor en los ojos.

—Gracias, señora Goodwin. Le debo una.

—No seas tonta —replicó la señora Goodwin—. Estaremos bien. —Y colgó.

Catherine no apretó el botón correspondiente hasta que Nick empezó de nuevo con su letanía.

—¿Sabes con quién había quedado para desayunar tras el cambio de turno?

—Sorpréndeme.

—Con una animadora.

—¿En serio?

—Sí. Una preciosa animadora de la Universidad de Nevada-Las Vegas.

—Lo contrario de una de esas hogareñas animadoras de la universidad.

—Me he perdido el desayuno. Esa chica iba a levantarse temprano por mí.

A pesar de la ansiedad que le provocaba pensar en su hija Lindsey, Catherine no pudo evitar reír.

—Sin comentarios.

Una desgana sonrisa cruzó el rostro del bien parecida Nick.

A Catherine le gustaba la idea de que, finalmente, Nick tuviese la intención de

salir de su encierro. Aunque las exigencias de ese trabajo la mantenían a ella —y a Nick— alejada de sus problemas, obligándola a permanecer centrada, sabía que la investigación criminalística era también el tipo de trabajo en el que podías tomarte, de vez en cuando, un respiro. Ella había acabado comprendiéndolo, y esperaba que Nick también lo hiciese.

—¿Qué sabemos acerca de la llamada? —preguntó ella.

Nick sacudió la cabeza y dijo:

—Los obreros empezaron temprano esta mañana, intentando librarse del calor. Encontraron un cuerpo bajo un viejo y destartado remolque.

—¿Un cadáver reciente o antiguo?

—Eso es todo lo que sé, Cath.

Dejaron atrás el Mandalay Bay, cruzaron Russell Road, y giraron hacia las obras del nuevo hotel y casino Romanov. El Romanov iba a ser, en teoría, el nuevo gran hotel del Strip, centrado temáticamente en la opulencia del zar de Rusia. El edificio principal imitaría el palacio de Nicolás y Alexandra en San Petersburgo, y dispondría de habitaciones basadas en las del palacio actual. Catherine, que sabía algunas cosas sobre Las Vegas, suponía que también incluiría bailarines ataviados como Rasputín y Anastasia.

En ese momento, sin embargo, el equipo de obreros estaba enfrascado en la limpieza de los escombros que habían ido acumulándose a lo largo de los años en que el solar había estado vacío, convirtiéndose en una especie de vertedero. El sol rebotaba en los objetos metálicos entre la basura, presentando un paisaje rocoso y plagado de despojos más propio de Mad Max que de la realeza rusa. La extensa línea de furgonetas le dio a entender a Catherine que el equipo que estaba trabajando allí era bastante numeroso.

Observó el semicírculo que formaban los obreros alrededor de los restos de la caravana, mirando algo que había en el suelo. Tras ellos, una excavadora hidráulica abandonada por su operario, con la pala todavía colgando sobre el volquete de un camión. En un lado, a unos veinte metros de ese punto, había dos coches pintados de blanco y negro, los policías correspondientes apoyados en ellos, tomando café. Más allá estaba aparcado un rechoncho Ford, sin marca alguna perteneciente al detective del Departamento de Policía de Las Vegas.

Nick aparcó el auto cerca del camión volquete de color amarillo. Al abrir la puerta, Catherine sintió el impacto de la masa de calor, arrepintiéndose al instante de abandonar el confort del aire acondicionado en el interior del coche. Nick salió por el otro lado del vehículo, portando ya su maletín con el instrumental, y Catherine emprendió la marcha hacia aquel montón de hombres.

El fornido sargento O'Riley se apartó de los obreros y fue al encuentro de Nick y Catherine.

—Nunca había visto nada parecido —dijo.

—¿A qué se refiere? —preguntó Nick.

—Ese tipo es una maldita momia.

—¿Una momia? —repitió Catherine.

O’Riley extendió los brazos al estilo de los monstruos de las películas.

—Ya sabe... Una momia.

Nick se encogió de hombros en dirección a Catherine.

—Una momia.

Catherine sonrió con malicia antes de decir:

—Vamos, muchachote...

El grupo de obreros se abrió dejándoles pasar.

Parecía como si Dios hubiese lanzado allí el oxidado chasis del antiguo remolque tras haberle arrancado de un tirón las tripas. A través del agujero, bajo lo que quedaba del suelo, yacía algo vagamente humano tumbado boca arriba, con las cuencas de los ojos negras en medio de lo que parecía una cabeza de cuero marrón.

—¿Se ha metido alguien ahí? —preguntó Catherine.

Los obreros negaron con la cabeza; algunos dieron un paso atrás.

Ella dejó en el suelo su maletín y se volvió hacia O’Riley. El sudor descendía por su rostro formando largas tirillas húmedas, y el color de su cara empezaba a parecerse al de su ridícula chaqueta deportiva.

—¿Podría ponerme al corriente de cómo lo encontraron, sargento?

—Los trabajadores llegaron a las cuatro y media. Pretendían trabajar más frescos y dejarlo a mediodía.

Catherine asintió. Era una práctica habitual en una comunidad en medio del desierto, donde la temperatura después del mediodía podía subir hasta los 50°.

—Llevaban cosa de una hora aquí cuando encontraron la momia —dijo O’Riley señalando con un gesto hacia el remolque.

—De acuerdo. Haga que un par de agentes acordonen la zona.

O’Riley asintió.

—Queremos asegurarnos que es el único cadáver.

O’Riley frunció el ceño.

—¿El único?

Catherine extrajo su cámara y la preparó.

—A lo largo de los años han ido tirando aquí un montón de cosas, sargento. Asegurémonos de que sólo se desembarazaron de un cuerpo.

Nick, a su lado, dijo:

—¿Crees que se trata de otro caso como el del jardín de Gacy?

—Podría ser. Por qué no.

O’Riley llamó a los agentes uniformados, éstos tiraron sus vasos de café en una papelera y se encaminaron hacia donde se encontraba el sargento.

—Otra cosa —dijo Catherine en voz baja—. Ya puede enviar a los obreros a casa. Vamos a estar aquí casi todo el día.

O’Riley volvió a asentir y les dijo algo a los agentes, después habló con el

capataz de la obra y, poco a poco, el escenario se transformó en una película en movimiento. Los obreros se dispersaron, las polvorientas furgonetas salieron en todas direcciones, al tiempo que los agentes extendían las cintas amarillas alrededor de aquel solar cubierto de escombros.

—En ocasiones como ésta —dijo Nick mientras adquiría forma la línea de demarcación— es cuando lamento no haber invertido en la empresa que fabrica las cintas para señalar el escenario de un crimen.

—Es ahí dentro donde te dan ganas de reír —añadió ella.

Catherine se puso un mono azul de trabajo, que acababa de sacar de su maletín, y se subió la cremallera; disponía de todo lo necesario para reunir pruebas, pero no en su ropa de calle. Se colocó también un casco amarillo y una cinta de rizo en la frente para sentirse más fresca... siquiera durante unos pocos segundos.

Mientras Nick y los otros buscaban en los alrededores, Catherine tomó fotos de la caravana. Empezó con panorámicas amplias y se fue acercando hacia el cadáver. Cuando estuvo preparada para adentrarse en aquella maltrecha tartana, junto al cuerpo, Nick ya había vuelto y los policías se habían alejado.

—¿Tienes algo? —preguntó Catherine mientras rebobinaba la película y dejaba la cámara sobre el capó del Tahoe.

—No —respondió Nick—. Nuestra momia ha hecho suyo todo este solar.

—De acuerdo. Voy a entrar.

Se puso los guantes de látex y volvió a coger la cámara.

—Ten cuidado.

Catherine le echó una mirada.

—Lo que quiero decir, Cath, es que son hierros oxidados, inestables...

—Me pusieron la vacuna antitetánica.

Se introdujo por un amplio agujero, similar a un enorme mordisco, a través de una de las paredes del remolque. Se abrió paso entre los escombros, se deslió por la hendidura y fue a parar junto al cuerpo, la mitad del cual estaba ahora expuesta a la luz del sol que se filtraba a través del boquete que había en el techo. La tierra estaba más fría en los retazos sombríos bajo el remolque. No notó olor alguno proveniente del cadáver pues, dado el estado de la piel, debía llevar muerto mucho tiempo.

—Hombre blanco —dijo, realizando la primera de la media docena de fotos.

Fuera del remolque, Nick repitió sus palabras mientras las escribía en su cuaderno.

Al finalizar con las fotografías, dejó la cámara a un lado. El cuerpo descansaba sobre los restos de una lámina de metal, probablemente parte de una plancha de las destrozadas paredes del remolque, que habían deslizado bajo el cuerpo. Además de lo bien que había escondido el cadáver, el asesino también se las había ingeniado para protegerlo de la putrefacción: el cuerpo se había momificado debido al seco aire de Nevada.

Temán entre manos, de hecho, algún tipo de momia.

Catherine, moviéndose con mucho cuidado, examinó el cuerpo desde el cráneo hasta los mocasines. Los ojos y los párpados habían desaparecido, dejando las cuencas vacías, y la piel se había contraído alrededor de los huesos, acabando por parecer carne asada descolorida y agrietada. Unos cuantos mechones de pelo seguían en su lugar, al igual que los dientes, que estaban intactos. «Bien».

La ropa se había conservado sorprendentemente bien, aunque la americana de estrechas solapas muy probablemente había ya pasado de moda mucho antes de que aquel pobre tipo acabase allí enterrado. Rebuscó en los bolsillos de la americana de la víctima tan bien como pudo, pero no encontró nada. Podía asegurar, incluso a través de la ropa, que algunos de los órganos de aquel hombre habían sobrevivido. Encogidos, eso sí, pero sobrevivieron. No era algo inusual en casos como éste. Se desplazó hacia abajo, hasta los bolsillos de los pantalones.

—No hay billetera —dijo.

Nick repitió sus palabras.

En el bolsillo izquierdo de la parte delantera Catherine encontró un puñado de monedas que contó rápidamente.

—Dos dólares con cincuenta en monedas. La más nueva, una de veinticinco centavos del año mil novecientos ochenta y cuatro.

Puso las monedas en una bolsa de plástico para pruebas, la cerró y la dejó a un lado.

De nuevo, Nick repitió lo que había oído.

Observó las manos de la víctima y dijo:

—Nunca más volverá a tocar el piano.

—¿Qué has dicho?

Sacudió la cabeza y añadió:

—El asesino le cortó a la víctima las puntas de los dedos hasta la primera falange.

—Intentaba dificultar la identificación del tipo si alguien encontraba alguna vez el cuerpo —dijo Nick.

—Sí, parece como si hubiese utilizado unas tijeras de podar o algo así. Son amputaciones limpias, pero ^ anillo de oro quedó atrás.

Alzó la cámara y disparó varias veces para captar las manos de la momia, concretamente los encogidos y ennegrecidos restos de los dedos, así como el anillo de oro. Bajó la cámara y, tras alzar la mano derecha de la momia con mucho cuidado, extrajo fácilmente el anillo.

—Anillo de oro —repitió Catherine—, con una «F» formada por diamantes incrustados.

—Interesante —comentó Nick y, acto seguido, repitió su descripción.

—No parece un robo, a decir verdad —dijo ella mientras sacaba una bolsita de plástico de su bolsillo, metía el anillo dentro y la cerraba.

—¿Causa de la muerte? —preguntó Nick.

—No hay marcas frontales visibles.

Con cautela, Catherine volvió el cadáver hacia la izquierda y observó la lámina de metal bajo el cuerpo, pero no apreció signos de gusanos o algún otro insecto. Ese detalle iba a decepcionar a Grissom, verdadero amante de todo tipo de bichos. Algo había dejado una mancha oscura en la espalda de la americana y, desplazándose muy despacio hacia la cabeza, Catherine encontró el origen de la mancha.

—Dos heridas de entrada —anunció—. En la base del cráneo. Parecen hechas por un profesional.

—¿Arma de fuego?

—Creo que sí.

—¿Alguna otra cosa?

No deseaba encontrar nada más. El calor caía sobre su cuerpo desde arriba. Cualquier tipo de alivio que pudiese haberle proporcionado la cinta se había esfumado, provocando que el sudor resbalase por su espalda, sus brazos y su rostro.

Pese a ello, se obligó a permanecer concentrada en lo que tenía entre manos. Entonces, algo a la izquierda de la cabeza del cadáver llamó su atención, algo de color negro destacándose entre la suciedad. A primera vista, pensó que se trataba de alguno de los queridos amiguitos de Grissom, un gusano, pero tras estudiarlo con detenimiento comprobó que era algo metálico: el cañón de un revólver, ¡casi completamente enterrado! Casi...

Alzó la cámara e hizo unas cuantas fotos más.

—¿Qué has encontrado?

—Como mínimo el cañón de una pistola, tal vez más.

Catherine rodeó el cuerpo y se colocó más cerca. Con cuidado, excavó un poco alrededor del cilindro negro y lo dejó totalmente a la vista. Aunque la pistola había desaparecido, el asesino supuso que engañaría a los analistas de armas de fuego dejando el cañón junto a la víctima.

«Hay más de una manera de despellejar a un gato», pensó ella mientras sacaba otras tres fotos, después guardó la prueba en una bolsa. Catherine Willows conocía un montón de maneras aparte de atrapar a un asesino además de comparar las balas.

Le echó un vistazo al hueco que dejó tras de sí el cañón de la pistola y no vio nada... ¿o había algo más? Catherine sacó su minilinterna, la encendió y enfocó el haz de luz sobre el poco profundo hueco. Apreció una pequeña protuberancia, de un color ligeramente más claro que el resto de la suciedad circundante, en el fondo del hoyo.

Excavó con mucho cuidado hasta descubrir la colilla de un viejo cigarrillo con filtro. ¿Era parte del caso de asesinato, se preguntó, o de los detritos de un terreno usado como vertedero durante los últimos veinticinco años? Persona precavida vale por dos, se dijo, y tomó algunas fotografías antes de meterlo en una bolsa.

—Una última cosa —dijo.

—¿Qué? —preguntó Nick.

—El filtro de un cigarrillo. Lo meto en una bolsa.

Salió del maltrecho remolque y entregó las bolsas con las pruebas a Nick.

—Calibre pequeño —dijo él, manteniendo en alto la bolsa transparente, observando con detalle el cañón de la pistola—. ¿Un 25?

Ella asintió al tiempo que O’Riley llegaba hasta ellos.

—¿Algún tipo de identificación? —preguntó el detective.

Catherine respondió:

—No he encontrado billetera o cualquier otra cosa, y las puntas de sus dedos han desaparecido.

O’Riley frunció el ceño.

—¿No tiene yemas en los dedos?

—No se preocupe, sargento. Todavía podemos identificarle.

—Es como Roscoe Pitts —dijo Nick.

O’Riley parecía confundido.

—¿Roscoe Pitts? Supongo que te refieres...

—No —dijo Catherine—. Roscoe Pitts era un tipo malo de los años cuarenta. Hizo que un médico le borrara las huellas dactilares, le colocaron piel de la axila en las yemas de los dedos.

Nick prosiguió la historia.

—Fue de un lado para otro durante semanas de este modo. —Nick cruzó los brazos, con las manos bajo las axilas—. Cuando pudo liberar las manos —dijo Nick moviendo los dedos—, la piel era lisa.

O’Riley, que había atendido a toda la explicación, dijo:

—No tenía huellas dactilares.

Catherine esbozó una sonrisa.

—Lo que Roscoe no entendió es que, A, con las yemas de los dedos lisas, se declaraba de forma más evidente que antes y, B, se pueden tomar las huellas pasada la primera falange.

—¿Así que lo pillaron? —preguntó O’Riley.

—Casi de inmediato.

—¿Y de ese modo vais a identificar a ese tipo?

Nick asintió.

—Si nuestra momia está en el ordenador, sabremos quién es antes de que acabe el día.

Se volvieron al escuchar las maldiciones de uno de los muchachos del departamento forense.

—¿Qué sucede? —preguntó Catherine.

El tipo del departamento forense, un hombre corpulento con el pelo rubio cortado a cepillo, alzó uno de los mocasines con el pie todavía dentro.

—Lo siento. Se arrancó. Es como intentar carga; con una patata frita.

—Niele —dijo Catherine—, que primero le cubran las manos con bolsas, después ayúdales antes de que desmiembren el cuerpo al completo. Tras esbozar una mueca,

Nick dijo:

—De acuerdo... Siempre hago caso a mi mami^[2].

Catherine intentó no reír, pero no pudo evitarlo. Después, dos pequeñas figuras en medio del vasto solar circundado por la cinta del escenario del crimen, volvieron al trabajo.

La sala de seguridad ocupaba gran parte de la segunda planta del hotel, una estancia anodina pintada de azul y gris, donde las pantallas de vídeo cubrían una de las paredes al completo y un guardia de seguridad controlaba en una tablilla los cambios de las cintas. La pared de al lado, construida con cristal sin azogue, daba sobre el casino, al despliegue del frenético universo de silenciosos jugadores.

La pared este, y más o menos la mitad de la sala, estaba ocupada por guardias de seguridad sentados ante ordenadores. Algunos de ellos parecían observar una u otra cámara concreta, en tanto que otros parecían estar pendientes de cifras e indicadores. Uno de los indicadores, apreció Grissom, señalaba la temperatura en el interior del casino. Una enorme consola formada por nueve monitores de vídeo cubría la pared sur. Frente a la misma estaba sentado un hombre de origen asiático, vestido como un recepcionista, manejando un teclado.

—Vamos a ver —dijo uno de los técnicos informáticos—. El pasillo de la cuarta planta, ¿a qué hora?

Tras él, Brass revisó sus notas.

—Entre las cinco y media y las seis de esta mañana:

Grissom observó el fundido en negro de la pantalla de vídeo central, lo que dio paso a una imagen granulada en blanco y negro del pasillo vacío, con unos números señalando la hora en el extremo inferior derecho y la fecha a la izquierda.

—¿Podemos correr la cinta hasta el momento en que aparezca alguien?

—Por supuesto —dijo el guardia—. No creo que hubiese mucho movimiento a esa hora.

Tecléo en el ordenador y, aunque nada cambió en la imagen del pasillo, el indicador de tiempo iba a toda velocidad. Apareció un hombre y, tan rápido como habían acelerado, los números retomaron su paso normal.

—El señor Smith en Las Vegas —dijo Brass.

Haciéndose con el hilo de la narración, Grissom añadió:

—Y va a su habitación... prácticamente a la carrera. ¿Sabía que el asesino iba tras él?

Protagonista del documental sobre su propia muerte, Smith se adentró en un distribuidor en mitad del pasillo a la derecha. En poco menos de veinte segundos, otro hombre apareció en el corredor por uno de los extremos. El hombre se colocó en mitad del pasillo, mirando a un lado y a otro mientras avanzaba, cuidándose de mantener la cabeza inclinada hacia abajo para que el vídeo no pudiese captar su rostro.

—Un tipo vergonzoso —dijo Grissom—. Al acecho de su víctima... ¡aquí! Busca a John Smith.

La cinta de vídeo no disponía de sonido, por lo que no pudieron escuchar disparo alguno. Pero cuando el asesino salió de nuevo al pasillo, pudieron apreciar el fogonazo de un segundo tiro. Bobby LaFay apareció en el corredor, el asesino se volvió para encararlo y la bandeja con comida cayó al suelo sin hacer ruido, al tiempo que LaFay echaba a correr hacia el ascensor. El asesino volvió sobre sus pasos, con la cabeza igualmente agachada, resbaló con la sangre de Smith, y después corrió hacia la cámara, con el arma alzada para cubrirse el rostro. Dejó atrás la cámara y desapareció, presumiblemente por la escalera de incendios hasta la primera planta.

—Pásela otra vez —dijo Grissom.

Ahora que sabía cómo habían ocurrido los hechos, podría fijarse en los detalles.

De nuevo, Smith recorrió el pasillo vestido de negro, en su cara parecía predominar el miedo mientras rebuscaba en sus bolsillos la tarjeta para abrir la puerta de su habitación, hasta se adentró en el distribuidor perdiéndose de vista. Al poco apareció el asesino, con una chaqueta deportiva de color claro sobre una camisa también de color claro, pantalones oscuros, posiblemente vaqueros, y zapatos oscuros, tal vez zapatillas de deporte o algo similar, la pequeña pistola ya en la mano derecha, la izquierda también alzada hacia delante, haciendo algo. «¿Qué significa ese gesto?», se preguntó Grissom.

—Rebobine diez segundos —dijo al técnico, y añadió—: ¿Puede ralentizarlo?

El técnico tecleó la orden y el tiempo de la cinta retrocedió diez segundos, poniéndose de nuevo en marcha, ahora a cámara lenta. El asesino entraba en el corredor, con las dos manos ante el pecho: en la derecha la pistola, la izquierda...

—Está colocando un silenciador —dijo Grissom.

—Típico de la mafia —añadió Brass de forma automática.

—Es demasiado pronto para decirlo —replicó Grissom también automáticamente.

Con el silenciador en su lugar, el asesino se metió en el distribuidor perdiéndose de vista. Después se vieron los pies de Smith al caer al suelo.

Grissom dijo:

—El impacto le hizo golpear primero de cara contra la puerta. Él le disparó, después cayó al suelo y sus pies salieron al pasillo.

El asesino dio un paso atrás, apuntó su pistola hacia la víctima, caída en el suelo, y disparó por segunda vez, produciendo un brillante fogonazo de luz blanca. Y justo en ese preciso momento surgió Bobby LaFay portando la bandeja. De nuevo, el asesino se volvió, alzando la pistola en dirección al camarero, la bandeja con la comida cayó al suelo, en esta ocasión no sólo silenciosamente sino a cámara lenta, y ambos hombres echaron a correr en direcciones opuestas. El asesino aceleró una vez más, con el arma en alto, con la cara todavía oculta, sin evidenciar marcas que le distinguiesen, ni anillos en sus dedos ni pulseras en sus muñecas; nada.

Grissom se volvió hacia Brass.

—Has revisado todas las cintas de esta mañana, ¿no es cierto?

—Sí.

—Entonces me voy arriba.

Brass intercambió algunos comentarios con el técnico y después acompañó a Grissom hasta la cuarta planta. Al llegar, Warrick se acercó a ellos con una bolsita de plástico en la mano.

—¿Qué tienes para mí? —preguntó Grissom.

Manteniendo en alto la bolsita para que la inspeccionase, Warrick dijo:

—Cinco de los grandes... cinco mil dólares, sujetos por un clip, en el bolsillo delantero de sus pantalones.

—Bien. En cualquier caso, la cinta ya dejaba bastante claro que no se trataba de un robo —dijo Grissom.

—¿Alguna otra cosa significativa en la cinta? —preguntó Warrick.

—Parece el típico asesinato de la mafia —concluyó Brass.

Sugiriéndole con un gesto a Brass que mirase hacia el pasillo, Grissom dijo:

—Dejemos que las pruebas nos digan qué es lo que sucedió. No elaboremos juicios precipitados.

Brass cerró los ojos de forma expresiva.

Sara se puso en pie y se unió al grupo.

—He encontrado uno de los casquillos bajo el cuerpo, pero no hay rastro del segundo.

Grissom asintió y les llevó de regreso al escenario del crimen.

—He revisado cada centímetro cuadrado de este pasillo, Grissom —dijo Sara algo irritada—. No ha habido modo de encontrar el otro casquillo.

Grissom asintió a modo de reconocimiento.

—Lo hemos repasado dos veces, Gris..., no está.

La mirada de Grissom recorrió el pasillo, siguiendo la mancha de salsa de tomate y el rastro que había dejado el agua vertida del jarroncito que llevaba el clavel. Sus ojos siguieron la marca de la humedad por la moqueta, hasta posarse finalmente en la puerta al otro lado del pasillo.

—¿Podemos entrar en esa habitación?

—Hay alguien dentro —dijo Brass extrayendo una lista de su bolsillo.

Teniendo mucho cuidado de dónde colocaba los pies, Grissom se desplazó hasta el distribuidor opuesto a donde yacía Smith y llamó a la puerta.

—Son el señor Gary Curtís y su esposa —señaló Brass.

Grissom escuchó el roce de los pies al otro lado de la puerta y ésta se abrió lentamente. Se encontró frente a un hombre que había sobrepasado los cuarenta ataviado con una perilla rala.

—¿En qué puedo ayudarle? —preguntó el hombre.

Siguiendo el rastro del agua hasta el final, en un rincón del marco de la puerta, Grissom vio el casquillo de la bala, colocado de tal modo que parecía devolverle la mirada.

—Ya lo ha hecho, señor Curtís, ya lo ha hecho.

—Estamos llevando a cabo una investigación, señor Curtis —dijo Brass al cliente del hotel.

—Lo sé —replicó Curtis algo molesto—. Ya me interrogaron antes. ¿Cuánto tiempo más vamos a tener que estar aquí confinados mi mujer y yo?

Brass sonrió cortésmente.

—No mucho. Sea usted un buen ciudadano. Se ha cometido un crimen frente a la puerta de su habitación.

Curtis frunció el ceño y se encogió de hombros.

Ignorando su reacción, Grissom se acuclilló para introducir el casquillo en una pequeña bolsa de plástico. Manteniendo en alto el casquillo dentro de la bolsita para observarlo con más luz, dijo:

—No existe el crimen perfecto.

—Eso es todo, señor Curtis —señaló Brass, y el cliente cerró de nuevo la puerta de su habitación.

Grissom extrajo una tarjeta-llave del bolsillo. Miró a Warrick y Sara.

—Fiesta en la *suite* del señor Smith. ¿Os interesa?

—¿La tarjeta te la ha dado el director? —preguntó Warrick.

—Tú has metido la de la víctima en una bolsa, ¿verdad?

—Sabes que sí.

—Bueno, ésa no puede usarse porque es una prueba. Pero ahora podéis dedicaros los dos a la habitación.

Warrick aceptó la tarjeta-llave.

—¿Y tú qué vas a hacer? —preguntó Sara a su jefe.

—Me encargaré de las escaleras.

—Empecemos —indicó Warrick, y Sara y él recorrieron el pasillo.

Los del servicio de urgencias colocaron a John Smith en una camilla y lo llevaron hacia el ascensor.

—Todos los clientes de esta planta tendrían que irse ya —dijo Grissom a Brass—. Que se lleven sus equipajes consigo... y que el director los aloje en otras habitaciones.

—Es una época muy solicitada del año —replicó Brass—. Tal vez no dispongan de habitaciones...

—Entonces tendrán que montar tiendas de campaña en el vestíbulo. No me importa. Es el escenario del crimen, Jim.

—Sí, estoy empezando a darme cuenta.

El sarcasmo no causó efecto alguno en Grissom.

—Pon a algunos de tus hombres en el pasillo, y haz que vayan por este lado —dijo señalando a la izquierda—. No queremos que estén bailando por aquí como los miembros de un *ballet*. Simplemente que los metan en el ascensor y los saquen de aquí.

Brass asintió y sacó su teléfono móvil. Warrick y Sara desaparecieron en el

interior de la habitación de la víctima, en tanto que Brass y Grissom se encaminaron hacia las escaleras.

Lo primero que hizo Grissom fue colocar cinta adhesiva en la cerradura de la puerta que daba acceso a las escaleras para que no se cerrase y poder así volver al corredor de la cuarta planta. La escalera de incendios constaba de ocho escalones de metal que ascendían desde un rellano también metálico, después otros ocho escalones más llevaban a la tercera planta. No tenía sentido trabajar en los rugosos escalones, pero los descansillos hicieron sonreír a Grissom.

—Siéntate aquí, estarás bien —dijo Grissom señalando hacia el tramo de escalones que llevaban a la planta superior.

—Fenomenal —dijo Brass, se sentó e hizo sus llamadas.

Cuando el rellano metálico quedó vacío, Grissom descendió hasta el siguiente.

Se puso de rodillas y utilizó un rodillo de goma para allanar una lámina Mylar sobre el suelo del rellano. Negra por la parte de abajo y plateada por la de arriba, la lámina le serviría para extraer huellas de pisadas de entre el polvo y la suciedad. Con la lámina allanada, Grissom se volvió hacia una pequeña caja de color gris que había dejado a un lado. La caja tenía un interruptor, una lucecita roja, un voltímetro y dos cables, uno con una pinza metálica en un extremo, el otro con una sonda de acero inoxidable de medio centímetro de diámetro.

Brass, una vez finalizados sus asuntos telefónicos, preguntó:

—¿Hay huellas de pisadas?

—Lo sabremos en cuestión de segundos.

Grissom enganchó la pinza a uno de los lados de la lámina Mylar, después tocó con la sonda el otro lado de la misma. Cuando el medidor frontal de la caja se movió, él sonrió y retiró la sonda. Apagó el interruptor de la caja, extrajo la pinza y centró su atención en la lámina Mylar.

—Allá vamos —dijo mientras se limpiaba las palmas de las manos en las perneras del pantalón.

Con mucho cuidado, le dio la vuelta a la lámina Mylar, mostrando dos huellas distintas: una iba arriba, la otra hacia abajo.

—Cómo no —dijo Grissom—. Uno de ellos está justo encima de la huella del asesino.

—¿Uno de ellos?

—Uno de tus hombres, Patterson, o bien el director del hotel. A juzgar por la huella, probablemente el director.

—¿Qué te hace pensar que es la huella del asesino?

—Es una zapatilla de deporte. Se parece a la que pisó la sangre en el pasillo, pero tal vez sea sólo una suposición y sea el director el que calza algo más blando con suela de goma.

Lo siguiente que hizo Grissom fue limpiar el polvo de la barandilla derecha que llevaba hasta el rellano de la tercera planta. El pasamanos del mismo lado entre la

cuarta planta y el rellano tenía docenas de huellas. Las posibilidades de encontrar una útil del asesino eran, más o menos, una entre mil. Clientes, trabajadores del hotel, de seguridad y mantenimiento, bomberos y quién sabe quién más habrían tocado aquel pasamanos desde la última vez que lo limpiaron.

Grissom miró a Brass a través de la barandilla.

—¿Podrías preguntar quién limpia esta escalera y con qué frecuencia?

—No hay problema. ¿Has encontrado algo?

—¿Algo? —repitió Grissom, tras lo cual rió de forma sonora provocando eco en las escaleras—. Más bien de todo. Es una convención de huellas dactilares.

Grissom pasó hora y media hasta acabar con la escalera. Recogió un montón de huellas, pero tenía muy pocas esperanzas de que alguna resultase útil. Lo malo de los lugares públicos, incluso de uno tan inusual como aquellas escaleras, era que los investigadores de criminalística podían verse enterrados bajo una ingente cantidad de información, en gran medida sin relación alguna con su caso.

Aquella habitación de hotel se parecía a cualquier otra de Las Vegas, con sólo unas pocas diferencias. Habían retirado la colcha, estaba echa un gurrño a los pies de la cama. Había una botella de champán en el tocador, junto a dos copas. Las ropas estaban colgadas en un pequeño armario, y los objetos para el afeitado de la víctima reposaban en el lavabo. Un maletín, una pila de papeles y un ordenador portátil estaban desparramados sobre una mesa redonda en la esquina.

—Yo me encargaré de la mesa redonda y del lavabo —dijo Sara a Warrick—, tú encárgate del tocador y de la cama.

—A mí me tocó la cama la última vez.

Sara sacudió la cabeza y dijo:

—Es igual, Warrick.

—No —replicó él lanzándole una afilada mirada—, no lo es en absoluto.

Ella alzó las manos.

—De acuerdo. Tú encárgate del baño, yo de la cama.

Contento de librarse de tener que ocuparse de la reserva genética que sabía que se escondía entre aquellas sábanas, Warrick entró en el baño. A la derecha, el lavabo estaba limpio. Junto a él, sobre el lavamanos, los signos de un hombre excepcionalmente ordenado. Una manopla de baño, una cuchilla de afeitar, un cepillo de dientes, un tubo de pasta dentífrica y un peine, cada uno de los objetos separados por un par de centímetros aproximadamente. Tras esta primera fila, desodorante crema para el afeitado, elixir bucal y loción para después del afeitado, todos los objetos con sus correspondientes etiquetas mirando hacia delante, también separados por un par de centímetros, como si de soldados en formación se tratase. Warrick realizó toda una serie de rápidas fotografías del baño, después le pasó la cámara a Sara, que hizo lo mismo en la habitación.

Warrick vertió el contenido de la papelería en el interior de la pila del lavabo y le echó un vistazo, pensando en cómo su trabajo tenía dos partes de ciencia y tres de conserje. Todo lo que encontró fue el precinto del elixir bucal y algunos pañuelos de papel arrugados... pero uno de ellos tenía marcas de lápiz de labios.

—Aquí ha estado una mujer —espetó Sara desde la habitación.

Warrick observó inquisitivamente el pañuelo, después se miró al espejo, finalmente sacó la cabeza del lavabo para comprobar si Sara se estaba burlando de él, pero no la vio a primera vista.

—He encontrado un pañuelo de papel con marcas de lápiz de labios —dijo él—, que viene a corroborar lo que has dicho.

—Lápiz de labios en una de las copas y una colilla también con marcas en el cenicero. Y me temo que nuestra víctima no fumaba Capris.

Warrick salió del lavabo y estudió el arrugado cigarrillo en la bolsa que Sara sostenía en la mano.

—No es precisamente un cigarrillo para tipos duros, ¿verdad?

—A menos que John Smith se pintase los labios, no parece su marca.

Warrick esbozó una sonrisa y Sara dejó la bolsa dentro de su maletín con instrumental. Después cogió otro maletín negro más pequeño, lo abrió y extrajo de él lo que parecía ser un teleobjetivo fotográfico enganchado a la base de una pistola.

—Veo que has traído a nuestro amigo SIRUV —dijo Warrick.

—Eso es —reconoció Sara, poniendo en marcha aquel aparato: sistema de imagen por reflexión ultravioleta—. Si John Smith y su amiguita mantuvieron una reunión sexual en esta cama, SIRUV nos lo mostrará.

—Haces que parezca algo político.

Hacía menos de diez segundos que la máquina estaba encendida cuando Sara dejó escapar un prolongado suspiro.

—¿Qué sucede? —Preguntó Warrick—. ¿No has encontrado nada?

Sara hizo rodar sus globos oculares.

—¿Nada? Estas sábanas están cubiertas de manchas.

Le pasó el SIRUV a Warrick, él se volvió hacia el lecho y miró a través de las lentes. Iluminado tan sólo con rayos ultravioleta, la cama parecía una enorme manta de camuflaje. Las manchas mostraban la silueta de media docena de flores diferentes.

—Si todas estas manchas son tuyas, sin duda debería ser un tipo muy ocupado.

—¿Crees que lo son?

—En absoluto. ¿Recuerdas cuando detuvieron a Mike Tyson?

—Sí, claro —respondió Sara—. En Indianápolis.

—Exacto. El tipo de criminalística que investigó el caso dio una conferencia en el seminario al que yo acudí. Dijo que la habitación costaba ocho dólares la noche, y que hacía sólo un año que habían abierto el hotel.

Warrick apagó el SIRUV y volvió a meterlo en el maletín.

—¿Cuántas manchas de semen crees que encontraron?

Sara se encogió de hombros.

—Ciento cincuenta y tres.

Sara abrió mucho los ojos.

—¿Ciento cincuenta y tres?

—Sí... Y ninguna de ellas era de Mike Tyson.

—Nunca volveré a pasar la noche en un hotel —dijo Sara haciendo una mueca de desagrado.

—Ya he oído eso antes —replicó Warrick, y volvió al trabajo en el baño.

Extrajo algunos cabellos del desagüe de la ducha, pero no encontró nada más. Al cabo de unos minutos volvió a reunirse con Sara en la habitación. Mientras ella proseguía tomando muestras de la cama, él metió el ordenador portátil en una bolsa, también los papeles, la botella de champán y las copas.

—¿Sabes una cosa? —Dijo Warrick en la puerta del baño—. Grissom no me dijo nada de, ya sabes..., trabajar en una investigación en un casino.

—Bueno, así es Grissom —contestó ella desde la cama.

—Sí, claro. Lo que sucede es que no estoy seguro de que él vuelva a confiar nunca más en mí.

Estudiándole con atención, Sara le preguntó:

—Warrick...

—¿Qué?

—¿Es duro para ti?

—¿A qué te refieres?

—Estar aquí. En un casino, quiero decir.

Él le miró durante unos largos segundos.

—No más duro de lo que sería para un alcohólico trabajar en el escenario de un crimen cometido en una licorería.

Sus miradas se cruzaron.

—¿Tan duro te resulta?

—Tan duro.

Intentando demostrar el máximo tacto, Sara dijo:

—Oye... Si puedo ayudarte en algo...

—Si cualquiera pudiese ayudarme —intervino Warrick— no estaríamos manteniendo esta conversación.

Tras estas palabras siguieron trabajando... en silencio.

El Departamento de Criminalística de Las Vegas —ubicado en un edificio moderno y laberíntico de una sola planta situado en medio de un frondoso pinar— era una madriguera de oficinas, salas de conferencias y, especialmente, laboratorios, con una sala de descanso y una consigna en medio de todo. Este descolorido mundo de laboratorios, análisis de huellas dactilares, paredes de madera y cristal y taquillas con pruebas de casos de asesinato le resultaba extrañamente tranquilizador a Catherine Willows..., era algo así como su segunda casa.

Catherine se las había ingeniado para poder llevar a su hija Lindsey al colegio, almorzar en condiciones e incluso reservar un par de horas para dormir antes de volver al trabajo después de las nueve de la noche.

Ahora, pocos minutos después de las diez, sus ojos le ardían debido al esfuerzo que entrañaba estudiar los datos que ofrecía el monitor del ordenador. Enterrada bajo los detalles del caso abierto de una persona desaparecida —un hombre blanco de cincuenta y dos años llamado Frank Mayfield desaparecido hacía trece años—, sintió la presencia de alguien en la puerta su izquierda.

Se volvió para ver a Grissom, que portaba un maletín en una mano y, en la otra, toda una serie de carpetas y una taza de café en precario equilibrio. Con canija seta negra de manga corta y pantalones grises, ofrecía un aspecto improvisado y profesional a un tiempo. Mantenía abierta la puerta con el pie.

—Has llegado temprano —dijo.

—Intento descubrir quién es nuestra momia.

Grissom entrecerró los ojos.

—¿Qué estás haciendo...?

—Estoy buscando entre los casos de personas desaparecidas, de hace diez o veinte años. Los informes preliminares señalan que nuestro Tutankhamon murió hace unos quince años.

Grissom se colocó a su lado y dejó la taza de café encima de la mesa.

—¿Cuántos casos hay?

—No más que granos de arena en el desierto —respondió Catherine, al tiempo que intentaba relajar la tensión de su espalda—. ¿Sabías que sólo en los dos últimos años se han denunciado tres mil doscientas desapariciones?

Grissom negó con la cabeza.

—¿Has tenido suerte?

—De momento, no.

—¿Resultará productiva esta expedición pesquera?

Ella sonrió y se encogió de hombros.

—Tengo que hacer algo. No podemos utilizar el ADN o la dentadura hasta que

tengamos alguna idea de quién es ese tipo.

Él se sentó en el borde de la mesa.

—¿No tenemos nada de nada?

—Un anillo con una «F» de diamantes engastada.

Grissom alzó las cejas; le había gustado el detalle.

—¿Nombre o apellido?

Catherine se encogió de hombros de nuevo.

—Cualquier suposición tuya será tan buena como las mías.

—¿Algún otro grabado, de tipo de tal para tal, para éste o el otro? ¿Con amor...?

—No. Sólo la jodida «F».

Grissom alzó una ceja.

—¿Sabemos cómo murió la víctima?

—Disparo en la cabeza.

—... Divertido.

—¡Ja, ja! —dijo Catherine irónicamente.

—Al otro tipo..., el cadáver del hotel, también le dispararon en la cabeza.

Otra sonrisa.

—Bueno, nada diferencia a ambos cuerpos excepto unos quince años.

Grissom prosiguió con su interrogatorio.

—¿Tienes sus huellas dactilares?

—Estaba esperando a que llegase Nick. Nuestra momia no está en muy buena forma. Uno de los pies se le cayó mientras lo sacaban de debajo del remolque.

—Odio que pasen esas cosas.

—Creí que sería más fácil procesar sus huellas si hacíamos los dos.

Grissom asintió y dijo:

—Buena idea. Pero tú ya estás aquí y Nick no ¿Qué te parece si te echo una mano?

—¿O un pie? —Su mirada evidenció falta de sueño—. Aprecio tu ofrecimiento... No puedo cambiara de escenario. Es como buscar una aguja en un pajar.

Grissom asintió y después recogió las carpetas.

—Voy a dejar estas cosas en mi oficina y vuelvo en un minuto.

Catherine apagó el ordenador y se puso en pie; g ya estaba en la puerta, pero se había dejado el café atrás. Los detalles del trabajo en el escenario del crimen eran el punto fuerte de Grissom, pero en la vida diaria podía pasar por uno de esos típicos profesores despistados.

Siguiéndole hasta la puerta, ella dijo:

—Eh, gracias por el café, Grissom.

Frunció el ceño hacia Catherine, como si ya se hubiese tomado el café. Ella le tendió la taza.

—Estaba bromeando. Toma.

En el pasillo, tras un par de sorbos de café, Grissom dijo:

—A veces puedo ser un poco desconsiderado.

—No quería dar a entender eso. No todos los chicos llevarían a una chica a la morgue.

Pronto estuvieron preparados, con las batas azules encima de sus ropas de calle, frente a John Nadie número diecisiete, tumbado sobre una mesa metálica, con las manos aún metidas en las bolsas de plástico colocadas a ambos lados del cuerpo.

—No puedo creer que tengamos ya diecisiete John Nadie este año —dijo Catherine.

Tras colocarse unos guantes, Grissom se adelantó; no parecía haber oído sus palabras. Catherine se quedó donde estaba, estudiando el cadáver. Sabía que él adoraba esa parte del trabajo; se entendía mejor con los muertos que con los vivos. Había un deje de inocencia en Grissom, algo puro en su amor por la investigación y la búsqueda de la verdad.

Pero por encima de todo, Grissom amaba aprender. Cada nuevo cuerpo representaba la oportunidad de adquirir más conocimiento para ayudar no sólo en ese caso, sino en otros casos futuros. Fuera cuales fuesen las habilidades de las que disponía, aquel policía científico sentía auténtica pasión por servir a las víctimas del crimen, y compasión por los afligidos supervivientes.

En primer lugar, observó el cuerpo al completo; Catherine tuvo la impresión de que Grissom no lo estaba viendo sino absorbiendo. «Que nunca te falte la curiosidad», decía siempre Grissom. Rodeó la mesa de metal, estudiando la momia desde todos los ángulos.

—Tu asesino nos hizo un gran favor escondiendo el cuerpo del modo en que lo hizo —dijo Grissom.

—No arrastras un cuerpo bajo un remolque destrozado para que los demás puedan descubrirlo.

Grissom parpadeó.

—Sabes tan bien como yo que si viviésemos en cualquier otro lugar que no fuese el desierto, no habrían quedado de él más que un puñado de huesos. Ella asintió.

—Tus gusanos se habrían dado todo un festín. Él se colocó junto al cuerpo y presionó el abdomen con cautela.

—Parece como si los órganos siguiesen intactos. Los movimientos de Grissom le recordaron a Catherine cómo Lindsey se había comportado cuando ella le regaló el juego de té de cristal las últimas navidades, cómo había examinado todas las tazas y platos, con cuidado de no romper ni estropear ninguna pequeña pieza. El policía científico estaba haciendo lo mismo con la momia, hurgando aquí, pinchando allá, bajando la lámpara para examinar más de cerca una sección del pecho.

—De acuerdo —dijo finalmente.

—¿Has acabado?

Él la miró avergonzado.

—Lo siento. Es tu caso... ¿Por dónde quieres empezar?

Antes de que pudiesen moverse, el doctor Robbins, el coronel, atravesó las puertas batientes con varias radiografías en la mano.

—Oh, lo siento... No sabía que hubiese nadie aquí.

—Mal lugar para asustarse, Doc —dijo Catherine con una media sonrisa.

Cerca de los sesenta, calvo y con una cuidada barba gris, Robbins —ataviado con una bata igual que la que ellos se habían puesto— soltó la mano del mango de su muleta metálica y la llevó hacia la pared.

—¿Qué tienes, Doc? —preguntó Grissom.

—Causa de la muerte. —Robbins tomó la primera radiografía, la colocó bajo un clip en el visor de luz y lo puso en marcha. Los fluorescentes se encendieron, mostrando una visión lateral del cráneo de John Nadie diecisiete con unas cuantas manchas oscuras fácilmente visibles. La segunda radiografía que el coronel colocó en el visor mostraba la parte trasera del cráneo con sólo dos manchas oscuras. Señaló en primer lugar la segunda radiografía—. Estas dos manchas oscuras son las heridas de entrada.

—¿Estás seguro? —preguntó Grissom con los ojos medio cerrados.

Robbins miró a Grissom del modo en que lo hacen los padres a los hijos un tanto lentos.

—¿Por qué me preguntas si estoy seguro?

—¿Has hecho tú las radiografías? —Grissom las observó desde más cerca... mucho más cerca—. ¿Son de John Smith o de John Nadie número diecisiete?

—De la momia, por supuesto, John Nadie número diecisiete —replicó Robbins, más confundido que ofendido—. Ni siquiera sé quién es ese John Smith.

—La víctima del Beachcomber —dijo Grissom—. Dos entradas ubicadas verticalmente separadas justo por unos dos centímetros. Como éste...

Catherine frunció el ceño, movió la cabeza y varios mechones pelirrojos ondearon por el aire.

—¿El mismo patrón? ¿Estás bromeando?

Grissom la miró inquisitivamente.

—¿Me has visto bromear alguna vez?

—Bueno —dijo Robbins—, no hay error posible pues ni siquiera he visto aún el otro cuerpo. No será más que una coincidencia.

—No creo en las coincidencias —adujo Catherine—. Siempre hay un modo de explicarlas. Grissom negó muy despacio con la cabeza.

—No niego la posibilidad de una coincidencia..., en especial dados los muchos años que separan a nuestros cadáveres.

—¿Tenemos uno o dos casos? —dijo Catherine cambiando de orientación.

Grissom terna los ojos casi cerrados y los labios apretados. Entonces, dijo:

—Tenemos dos víctimas. Trabajaremos en ellas como casos separados. Sólo las pruebas las convertirán en uno, llegado el caso. Hasta entonces... tendremos que vivir con esta coincidencia.

—Pero mantendremos los ojos abiertos.

—Eso siempre es bueno —añadió Grissom abriendo mucho los ojos.

Robbins señaló la otra radiografía, indicando una mancha oscura a la derecha de la frente.

—Este es un buen punto para empezar a mirar... Es una de vuestras balas. Incrustada en el cráneo.

—¿Y la segunda? —preguntó Grissom.

—Los de urgencias la encontraron en la camilla cuando lo trajeron aquí. La muy diabólica se salió sola.

—¿Dónde está ahora? —preguntó Catherine.

—Con las otras pruebas —respondió Robbins cogiendo de nuevo su muleta—. Y ahora, si me disculpáis, creo que será mejor que vaya a conocer al señor John Smith.

Cuando el coronel se fue, Catherine y Grissom volvieron al trabajo. Extrajeron las manos de las bolsas con mucho cuidado.

—El asesino se llevó las puntas de los dedos —dijo Grissom—. Pensó que así robaba las huellas dactilares de la víctima.

—Me encanta cuando somos más listos que los chicos malos.

Él alzó uno de los dedos.

—No más listos... mejor informados.

—¿Crees que deberíamos rehidratar los dedos?

Tras estudiar los disecados dedos, finalmente él dijo:

—Tal vez ayudaría a que apareciesen las huellas.

Catherine preparó dos grandes vasos de precipitación, cada uno de ellos lleno hasta más de la mitad de Formalin; a su espalda, Grissom rebuscaba en un cajón. Cuando se volvió, él ya estaba junto al cuerpo con unas fuertes tijeras de podar.

Catherine tomó aire y lo dejó escapar muy despacio por la boca antes de acercarse a la momia.

—¿Estás bien? —le preguntó Grissom.

—Sí.

No importaba cuántas veces lo hubiese hecho, aún no había logrado acostumbrarse. Como mínimo, esta vez probablemente sería mejor que en otras ocasiones en las que él le había hecho extraer la piel de las manos del muerto, como si de guantes se tratase, para obtener la presión adecuada de la huella dactilar.

Alzó la curtida mano derecha mientras Grissom se acercaba para cortarla. Catherine se estremeció ligeras mente, el ruido del corte resonó en sus oídos como el sonido que produce un lápiz al partirse. Tomó la mana la metió dentro de uno de los vasos de precipitación, se dirigió hacia el otro lado del cuerpo y repitió el proceso con la mano izquierda.

Grissom dejó las tijeras a un lado y dijo:

—No puedo dejar de pensar en la similitud de las heridas.

Muy despacio, Catherine volvió la cabeza de la momia para que Grissom pudiese

observar los agujeros de bala. Se quedó mirando las heridas.

—¿Sabes qué dice Elizabeth Kubler-Ross?

—¿Sobre qué?

—Sobre las coincidencias. —Por qué no me lo cuentas tú: Fijó su mirada en ella sin parpadear, tan inocente como un recién nacido, tan sabio como la eternidad.

—«No existen los errores ni las coincidencias... todos los acontecimientos son bendiciones que se nos dan para que aprendamos de ellos».

—Creía que no negabas la posibilidad de la coincidencia.

—Pero tampoco la acepto. —Heridas idénticas, separadas por una década. ¿Y qué es lo que tenemos que aprender de esto...? Él negó con la cabeza.

—Sigamos buscando. Son dos casos diferentes. Vamos a tratarlos así.

¿A quién estaba intentando convencer —se preguntó—, a ella o a sí mismo?

Catherine examinó las heridas.

—Es divertido.

Grissom asintió.

—Pero no como para echarse a reír. Cuanto antes sepamos quién es este tipo, antes podremos descartar la coincidencia.

—Nick y yo vamos a estar volcados en este caso.

Grissom le dedicó una leve sonrisa.

—Mantenme informado, Catherine.

Ella asintió y vio como él se marchaba. Algo en su manera de comportarse no le pareció normal, pero no supo decir qué exactamente. Parecía ensimismado, incluso demasiado para ser Grissom. Se dijo que iba a tener un ojo puesto en su jefe. Mientras tanto, iría a buscar a Nick, y si él no tenía una propuesta mejor, volvería a centrarse en los archivos informáticos. Las manos tardarían aún una hora en rehidratarse.

Nick estaba sentado en la sala de descanso, tomándose un café, con una revista de medicina forense abierta frente a él.

—Hola —dijo a Catherine.

—Hola —dijo ella.

Se sirvió también una taza de café y se sentó a la misma mesa, frente a él.

—¿Dónde has estado?

Él se volvió hacia el reloj que colgaba de la pared.

—¿Quieres decir desde que empezó el turno, hará cosa de tres minutos?

Siguiendo su mirada, también ella observó el reloj. Sonrió y movió la cabeza.

—Lo siento. He llegado pronto. Supongo que estoy cansada.

—Creo que deberíamos ponernos con lo de las huellas de la momia.

—Ya lo he hecho. Grissom me ayudó. Nick frunció el ceño.

—Quería echarte una mano.

—Por decirlo de algún modo —dijo Catherine encogiéndose de hombros—. Grissom se ofreció. Nick no pudo ocultar su desilusión.

—Bueno, él es el mejor. ¿Aprendiste algo?

—He metido las manos de la momia en Formalin... Podremos echarles un vistazo dentro de un rato. Él sonrió burlonamente.

—¿No es una película?

—¿A qué te refieres?

—Las manos de la momia.

—Sus manos son sólo una parte del espectáculo. Encontramos una de las balas en el cráneo. En la radiografía podía apreciarse.

—¿Sólo una? Ella asintió.

—La otra cayó sobre la camilla. Esperaremos a que Robbins la extraiga del cráneo, después las llevaremos para que las examinen.

Él le dio un sorbo a su café.

—¿Y qué vamos a hacer mientras tanto?

—Yo voy a volver con el ordenador. Estoy buscando en los casos de personas desaparecidas aquellas que tengan la letra «F» en el nombre.

—Voy a ponerme a trabajar con los efectos personales del tipo..., quizá pueda encontrar algo.

Se acabaron el café, charlaron durante un rato y salieron de la sala de descanso en direcciones opuestas.

Nick se dirigió a la morgue para estudiar las ropas de John Nadie número diecisiete con detenimiento. Se dijo que el traje había sobrevivido bastante bien, siendo ahora parte de la momia, casi su segunda piel. Las heridas de la cabeza habían sangrado mucho, lo que explicaba la mancha oscura en la americana.

La ropa le otorgaba a la momia un olor a humedad, no exactamente el aroma que Nick esperaba para un cadáver. Tomó muestras de la suela de los zapatos de la momia esperando que Greg Sanders, su rata de laboratorio residente, pudiese decirle algo acerca de por dónde había estado caminando aquel hombre antes de su muerte. Extrajo hilos de los bolsillos de la momia y los metió en bolsas. Cualquier cosa que pudiese aportar algún tipo de pista sobre quién era aquella persona, muerta desde hacía tanto tiempo.

Después se centró en los dos dólares y quince centavos en monedas: seis de veinticinco centavos, cinco de diez, dos de cinco y cinco de cinco. La más nueva de las monedas era de 1984, un cuarto de dólar, la más vieja de 1957, una de cinco centavos. Las monedas, a excepción de la de 1957, estaban limpias, Nick las empolvó pero sólo aparecieron dos huellas parciales.

El anillo no mostró huella alguna, pero tenía una minúscula serie de iniciales grabadas... no una inscripción. Sabía lo suficiente sobre joyería como para reconocer que, probablemente, pertenecían al joyero que había montado la pieza y no a la víctima. Como mínimo eso le dio algo para seguir adelante. Faltaban unas cuantas

horas antes de que pudiese encontrar a los joyeros en sus tiendas.

Finalmente, se ocupó de la bolsa que contenía la colilla. No quedaba mucho de ella tras quince años, pero aun así era más de lo que él podía esperar. Los filtros no son biodegradables..., una pesadilla medioambiental, pero el sueño de un CSI. Tomó la bolsa y se encaminó al laboratorio para encontrarse con Greg Sanders.

Nick encontró al delgado muchacho, con el pelo dé punta, inclinado sobre el microscopio, como solía ser habitual. A pesar de haber sobrepasado con creces la veintena, Sanders siempre mostraba una expresión de traviesa alegría propia de un niño con un juego de química nuevo.

—¿Analizando el ADN de alguna posible alma gemela?

Sanders alzó la vista; le brillaban los ojos.

—Tío..., la ciencia sirve para mejores cosas que para meter a la gente en prisión.

—Matrimonio y prisión... Veo ahí una conexión.

Sanders hizo un gesto con la mano.

—Hay tipos a los que les gustan los pechos grandes..., otros prefieren las piernas largas. A mí lo que me gusta, por decirlo de algún modo, es el epitelio.

Nick le mostró el cigarrillo dentro de la bolsa de plástico.

—Fantástico... porque necesito el ADN de esto.

Sanders cogió la bolsa, la alzó para verla a la luz y dijo:

—¡Agg, qué asco! ¿Cuánto tiempo hace que esta cosilla forma parte del ecosistema?

Encogiéndose de hombros, Nick dijo:

—No lo sé. Dímelo tú.

—Ponte a la cola. Tengo un montón de trabajo atrasado. Tardaré un poco.

—Menuda novedad.

Sanders le miró con frialdad.

—Oye, soy el único aquí.

—Lo sé, Greg, pero ¿qué otra persona está en disposición de pasarte una copia de Gran Turismo Tres para la PlayStation Dos?

—Acabas de pasar al primer puesto de mi lista.

Los archivos iban pasando uno tras otro, mezclándose unos con otros, el café se hacía más y más amargo con cada nueva taza, y seguía sin encontrar una sola pista.

Nick atravesó la puerta, entró en su despacho y se dejó caer en la silla de plástico.

—¿Tienes algo?

—Bueno, creo que he eliminado unas cuarenta personas desaparecidas con la letra «F» como inicial del primer o segundo nombre.

—¿Y ahora qué vas a hacer?

—Empezar con la «F» de los apellidos.

—¿Cuántos hay?

—De entre diez y veinte años, sólo otros cien o cosa así siguen abiertos.

—Si nuestra momia es de Las Vegas.

A Catherine le cambió la cara.

—¿Tienes una idea mejor?

Nick miró su reloj.

—Es hora de intentarlo con las huellas dactilares.

De regreso en la morgue, extrajeron las manos del Formalin y las dejaron sobre la mesa de autopsias para secarlas.

—Esperemos un rato, después tomaremos las huellas —dijo Catherine—. Vayamos a comer algo.

Él asintió.

—Suenan bien.

Ella sonrió y agitó la cabeza.

—¿Crees que hay algo lo suficientemente desagradable como para quitarle el apetito a un CSI?

—Cuando lo descubra —respondió Nick con astucia— te lo haré saber.

Cuarenta y cinco minutos después, tras comerse unos bocadillos, regresaron y tomaron las huellas de las dos palmas de las manos y de la segunda falange de los dedos por encima de las amputaciones. Introdujeron las huellas en el programa AFIS y encontraron quince posibles coincidencias. Pasaron el resto del turno estudiándolas y, cuando acabaron, seguían sin tener nada. Catherine se desentumeció, miró su reloj y dijo:

—Tengo que irme a casa para llevar a Lindsey al colegio.

Nick asintió.

—Yo voy a desayunar.

—Comida otra vez.

—Después emplearé alguna hora extra en las joyerías para intentar encontrar algo relacionado con las iniciales del anillo. ¿Querrás acompañarme después de que lleves a Lindsey al colegio?

Ella negó con la cabeza.

—Necesito dormir un poco. Ya ocupé las horas extra antes de mi turno... Llámame después para decirme qué has encontrado.

—Así lo haré —dijo él tras hacerse con la bolsa que contenía el anillo.

En el aparcamiento, Catherine se dirigió hacia la izquierda para montar en su coche y emprender el viaje a casa para encontrarse con su hija, en tanto que Nick giró a la derecha, subió a su automóvil y se fue a buscar algo de comida. Cuando se trasladó desde Dallas a Las Vegas, Nick solía frecuentar los restaurantes de los casinos. Pero ahora, tras perder los kilos que había ganado haciéndolo, cuidaba más qué comía y dónde lo hacía.

Sólo conocía personalmente a un joyero en la ciudad, un hombre mayor llamado Arnie Mattes, a quien Nick había ayudado hacía tiempo a librarse de la acusación, por parte de la compañía aseguradora, de haber robado en su propia joyería. Mattes aún tardaría una hora como mínimo en aparecer por su tienda, eso le daba a Nick el

tiempo necesario para desayunar en Jerry's Diner y leer con detenimiento el periódico, en lugar de echarle el habitual vistazo.

A pesar de que Las Vegas Sun hablaba en primera página del descubrimiento de la momia en un solar en construcción, el asesinato del Beachcomber había quedado relegado a un pequeño artículo en la página dos de la sección metropolitana. La historia de la momia era inusual, un buen punto sensacionalista para una lectura matinal; el hombre encontrado muerto en un pasillo de hotel, sin embargo, podía alarmar a los turistas, lo cual no sería nada bueno. Los capitostes de la ciudad, Nick lo sabía bien, eran muy sensibles respecto a cualquier tipo de escándalo que pudiese arruinar la salud del entorno familiar en el que habían trabajado con tanto ahínco.

Pasó a la sección de deportes, Nick era un apasionado del béisbol —Las Vegas 51's les habían dado una paliza a los Nashville Sounds la noche anterior—, pero debido a su trabajo apenas podía ir al campo y tema que seguir los progresos del equipo en los periódicos, cuando tenía oportunidad de hacerlo.

Cuando acabó con la comida, Nick condujo la corta distancia que separaba el pequeño café de la joyería de Mattes, justo al final de Charleston Boulevard. El cartel de cerrado seguía colgando de la puerta cuando Nick llegó hasta la altura de la tienda, pero vio que Mattes estaba colocando un collar en el aparador y aparcó el coche delante. Caminó con brío hasta la puerta y llamó.

Mattes reconoció al joven policía científico a la primera, le saludó con la mano y fue a abrir la puerta.

—Nick Stokes, vivito y coleando. Bienvenido, bienvenido... Entra y líbrate del calor.

Sonriendo, Nick entró en la tienda.

—¿Cómo le va, señor Mattes?

—Bien, Nick, muy bien.

Aunque rondaba los setenta, el joyero daba la impresión de tener quince años menos y parecía un niño jugando a los disfraces. Sus delgados brazos prácticamente eran engullidos por las mangas cortas de su camisa blanca. Las gafas de montura negra reposaban en mitad de su nariz, con una pequeña lente de aumento, semejante a un banderín de cristal, colgando del extremo izquierdo de las gafas.

—¿Qué tal estás, hijo?

—Estoy bien, pero tengo un problema y tal vez pueda usted ayudarme.

—Lo que quieras.

Sacó la bolsa con el anillo de su bolsillo y la alzó a la altura de los ojos de Mattes para que éste pudiese estudiarla.

—¿Podría decirme quién hizo esto?

Mattes cogió la bolsa de manos de Nick y la observó bajo la luz.

—¿Puedo sacarlo de la bolsa?

—Por favor.

Con mucho cuidado, el joyero dejó la bolsa de plástico en el mostrador de cristal,

la abrió y, casi religiosa mente, sacó el anillo.

—Un poco recargado, para mi gusto. Pero, por descontado, es típico de esta ciudad.

En los labios de Nick se dibujó algo parecido a una sonrisa.

—¿Qué más puede decirme? Mattes colocó la lente de aumento sobre el cristal izquierdo de sus gafas y estudió el anillo durante un buen rato, dándole vueltas.

—Estas iniciales —dijo señalando el interior del anillo.

—J-R-B.

—Sí. Son las del que hizo este trabajo. Las iniciales de J. R. Bennett.

—¿Le conoce? Mattes asintió.

—Somos conocidos, lleva muchos años en el negocio. Regenta una joyería pequeña en el centro comercial que está tocando al Aladdin... Oh, ¿cómo se llama?

—¿El Desert Passage?

—Eso es, hijo, Desert Passage. Su tienda se llama..., algo precioso... Ah, sí. Omar's.

—¿Omar's?

—Nombre estúpido, la verdad, bazar del desierto. Cuando visites al señor Bennett, dale recuerdos.

—Lo haré, señor Mattes, y gracias. —Espera un momento, Nick. Recuerda lo que te dije: cuando encuentres a una chica, encontraremos un anillo para ella.

Nick miró hacia un lado y sonrió, después volvió a mirar al joyero y dijo:

—Lo tendré presente, señor.

Supuestamente inspirado en un mercado de Casablanca, el centro comercial Desert Passage era el único lugar de Las Vegas en el que podía decirse que llovía con regularidad. Cada cuarto de hora, de hecho, en el interior del recinto estallaba una tormenta que duraba cinco minutos. Ubicada justo encima del lago artificial, la tormenta creada por el hombre descargaba una copiosa cantidad de agua pero nada quedaba húmedo. A los turistas, al parecer, les encantaba, pues se detenían para hacer fotos del agua cayendo desde ocultos surtidores en el techo, sorprendidos por los fogonazos blancos de luz estroboscópica.

Nick había recorrido una cuarta parte de las galerías comerciales —pensando en su última novia, Kristi, para la que había comprado aceite de baño en un pequeño tenderete de allí—, cuando se topó con Omar's.

La joyería era pequeña, pero Nick sabía apreciar el buen material en cuanto lo veía, y lo que tenían allí lo era. Sólo el mostrador en forma de U ya mostraba diferentes mercancías de la tienda, diseñada para ganadores con suerte y dinero fresco que quemar; aunque para la mayoría, ése no era el lugar adecuado para comprar una chuchería, pues era una tienda en la que los ricos podían encontrar las joyas diseñadas para ellos.

Tras el mostrador se encontraba un hombre con pinta de tener unos cincuenta años pero que debía de tener sesenta y muchos en realidad. Era un hombre alto de

pelo corto, con una cara angulosa muy poco expresiva y unos grandes ojos de color castaño que no rebelaban mucho más. Le dedicó a Nick lo que podría haber pasado por una sonrisa.

—¿Puedo ayudarle en algo, señor?

Tras mostrarle sus credenciales a aquel hombre, Nick preguntó:

—¿Es usted J. R. Bennett?

—Así es.

Nick extrajo la bolsa con la prueba de su bolsillo, le enseñó al joyero el anillo de oro con la «F» de diamantes.

—¿Había visto esto antes?

—Ya lo creo —dijo Bennett—. Yo lo diseñé y lo monté.

—¿Podría decirme quién se lo encargó?

—Para quién lo hice —corrigió Bennett.

Tras dejar escapar un suspiro, Nick se volvió hacia el joyero y dijo muy pacientemente:

—¿Podría decirme para quién hizo usted este anillo?

—Malachy Fortunato.

Eso, sin duda, era un buen comienzo.

Nick frunció el ceño.

—Tal vez tenga que repasar sus registros o...

—Malachy Fortunato. Diseñé y monté ese anillo hace exactamente dieciocho años según las indicaciones del propio señor Fortunato.

—Un solo vistazo y ya...

—Mírelo usted mismo. El anillo no tiene elegancia alguna, no tiene estilo. Recuerdo la gran mayoría de las piezas que he creado con cariño. No es el caso de ésta... Pero era lo que el cliente deseaba.

—Así pues —dijo Nick—, ¿está usted seguro acerca del anillo... y de los años que han pasado? ¿Dieciocho...?

—Sí, tres años antes de que desapareciese.

—¿Desapareciese?

El joyero suspiró, aparentemente de manera forzada.

—Sí. No recuerdo los detalles. Salió en los periódicos, supongo. ¿Este anillo significa que le han encontrado?

—No lo sé, señor Bennett. Pero me ha sido usted de una gran ayuda. Gracias por dedicarme su tiempo, señor.

—Ha sido un placer —dijo, aunque a todas luces no había sido así.

Nick apenas había salido de la tienda cuando ya había tecleado el número de Catherine en su teléfono móvil. Sospechaba que ella también querría dedicar alguna hora extra a ese nuevo dato.

En el laboratorio químico, Warrick leyó la hoja de instrucciones que había sobre el mostrador por cuarta vez, después, lentamente, vertió el líquido en el vaso de precipitación. Sara apareció en la puerta justo cuando acabó. Sus pantalones vaqueros y su blusa azul oscuro parecían recién puestos, pero Sara parecía más cansada que Warrick.

—¿Qué brebaje es ése? —preguntó ella.

Tras cubrir el vaso con su tapa de cristal, Warrick dijo:

—La solución de Smith.

—¿La solución de quién?

—De Smith.

Se adentró en la estancia, alcanzando el mostrador.

—Eso es nuevo para mí.

—Es nuevo para todo el mundo. Salió en los periódicos hace un par de meses. Encontré la receta en *The Journal of Forensic Identification*.

—Siempre es resultón como libro de cocina. —Sara asintió hacia el vaso—. ¿Y para qué maravillas sirve?

—Las huellas dactilares en los casquillos de bala aparecen claras y bonitas... Una alumna en prácticas llamada Karie Smith, que trabaja en Bettendorf, Iowa, es la creadora.

—Dios bendiga a la gente del interior —dijo Sara mostrando su distintiva sonrisa de dientes separad^ Su interés se había despertado—. Basta de bromas ¿No más mentiras?

—Cosas del pasado... Fustas y collarines de celuloide.

Haciendo uso de un fórceps, Warrick cogió uno de los casquillos del hotel por el borde y lo introdujo en la solución. Lo dejó sumergido sólo unos cuantos según, dos, después lo extrajo y vertió un poco de agua sobre él. Lo alzó para verlo a la luz y dejó escapar una risotada.

—Aquí está.

—Enséñamelo.

Le acercó el casquillo a Sara y ella pudo observar la huella parcial cerca de la base. Su sonrisa se torció cuando dijo:

—Vamos a sacarle una foto a esta monada y la introduciremos en AFIS.

Ambos sabían que no había un modo bueno de sacar la huella del casquillo. Todo lo que podían hacer era fotografiarla. Pero eso haría que el trabajo resultase más cómodo. Mientras Sara iba a buscar la cámara, Warrick dejó el casquillo sobre el mostrador. Lo colocó con mucho cuidado sobre un trozo de terciopelo negro, con la huella hacia arriba. Ella hizo unas cuantas fotos rápidas.

—¿Dónde has estado toda la noche? —preguntó él.

—Comprobando las huellas de la habitación.

—¿En serio? ¿Has sacado algo en claro?

Cambió de ángulo y fotografió el casquillo cuatro veces más.

—No mucho... Sólo la víctima.

—¿No me digas?

—Un abogado de Chicago... Philip Dingelmann.

Warrick frunció el ceño.

—¿De qué me suena ese nombre?

—No lo sé. ¿Tú qué crees?

—No sé... pero me suena... —Warrick suspiró, frustrado por el oxidado engranaje de sus pensamientos; había sido una noche muy larga—. ¿Qué hay de las huellas de la mujer?

—Una prostituta.

—Menuda sorpresa.

—La chica ha sido detenida dos o tres veces en la ciudad, pero por lo general trabaja fuera del condado de Clark, en el rancho Stallion. Te encantará su nombre: Connie Ho.

La expresión del cansado rostro de Warrick vario un poco.

—¿Ho?

Sara alzó las manos.

—¿Qué te pensabas? Es de Hong Kong. ¿Qué culpa tiene ella que su nombre suene así? Lleva en Estados Unidos casi diez años. Le dieron la nacionalidad el año pasado.

—Tiempo más que suficiente para saber que Ho es un mal nombre para una prostituta.

—Tal vez piense que es una especie de advertencia.

Warrick esbozó una sonrisa.

—Estoy deseando que digas a Grissom que tenemos que ir al rancho Stallion para entrevistar a Connie Ho.

Sara sonrió ampliamente; incluso Warrick tenía que admitir que sus clientes separados resultaban agradables.

—Sólo trabajamos con pruebas, ¿lo recuerdas? ¿No es eso lo que dices siempre?

Estaba en lo cierto, pero Warrick, al igual que el resto de miembros del equipo CSI, a veces interrogaba a los sospechosos relacionados con las pruebas pues, a decir verdad, los detectives no estaban familiarizados con las cosas encontradas en el escenario del crimen como para hacer las preguntas adecuadas.

—En cualquier caso —dijo ella—, ya he informado a Grissom. Ha llamado a Brass y le ha pedido que vaya al rancho, así que podremos trabajar con las pruebas.

—Estupendo —dijo Warrick—. Prefiero con mucho pasar el tiempo examinando huellas y casquillos que ir al rancho Stallion.

La sonrisa de Sara se hizo maliciosa.

—Supongo que no te gustaría tener que entrevistar a un puñado de chicas bobas medio desnudas.

Tenía razón, pero él no quería darle esa satisfacción.

—Así pues —dijo Sara una vez completada la sesión fotográfica—, ¿qué es lo siguiente?

—En primer lugar, introduciremos estas huellas en el programa AFIS —dijo señalando hacia la cámara con la barbilla—, después iremos al sótano y veremos qué es lo que está haciendo Sadler con el ordenador portátil. Le pedí que lo examinase.

No tardaron en encontrarse en el minúsculo cubículo del sótano junto al técnico informático Terry Sadler. Cercano a la treintena, con el pelo castaño corto y largas y estrechas patillas, la pálida piel de Sadler evidenciaba que se trataba de una persona que no veía el sol con mucha frecuencia.

—¿Qué tal, Terry? —Preguntó Warrick—. ¿Has encontrado algo en el ordenador portátil?

Como si de un hurón que se ha tomado dos cafés se tratase, Sadler estaba sentado en cuclillas frente a su equipo con los dedos volando sobre el teclado.

—Lo mismo de siempre —dijo hablando tan rápido como tecleaba—. Una lista de números de teléfono, su agenda, un par de correos electrónicos. Lo he imprimido todo.

—¿Dónde está?

Tras rebuscar en su mesa con una mano, la otra seguía tecleando, Sadler le pasó un sobre.

—Aquí lo tienes.

Sara lo observaba todo con los ojos muy abiertos.

—Gracias, Terry —dijo Warrick con una discreción contraria a la actitud de Sadler—. Te debo una.

—No pasa nada. —El técnico informático miró al policía científico—. Lo habitual.

—Lo habitual... ¿Qué tal mañana por la noche?

—Está bien, Warrick. Está bien.

Ascendieron las escaleras y Warrick no pudo evitar ojear lo que había dentro del sobre.

—¿Qué es «lo habitual»? —preguntó Sara.

—Una vez a la semana, le traigo comida china a él y a sus compañeros de celda de ahí abajo.

—Dios... Eso te costará por lo menos cincuenta dólares.

Él le sonrió.

—En ciertas ocasiones, las ruedas de la justicia necesitan ser engrasadas.

Ella sacudió la cabeza y le preguntó:

—¿Qué había en el archivo?

Extrajo el correo electrónico y se lo pasó.

Ella se puso a leer:

—«Phil, no es el momento para perderse. Falta menos de una semana para el espectáculo. Tenemos que estar preparados. ¿Dónde demonios estás?». Un mensaje muy elocuente... No está firmado.

Fueron hasta la sala de descanso. Sara se sentó mientras Warrick sacaba un par de tazas de café.

—Podemos encontrar la dirección a través del servidor, será sencillo —dijo Warrick—. Alguien tuvo que enviarlo.

—«Espectáculo» —dijo Sara tras leer de nuevo la nota—. ¿A qué se dedicaba este tipo, era un abogado del mundo del espectáculo?

Conducir hasta el rancho Stallion no era precisamente el modo en que el detective de homicidios Jim Brass deseaba pasar aquella mañana de julio. Las noticias radiofónicas señalaban una temperatura de 41°, por eso apagó la radio antes de escuchar alguna otra buena noticia que arruinase definitivamente el día. Aquel burdel estaba fuera de su jurisdicción, así pues Brass se había tomado la libertad de cambiar su coche oficial sin marcas, un Ford Taurus marrón, por su vehículo particular, un Ford Taurus azul. Semejantes pequeñas distinciones —el coche marrón por el azul— eran la esencia de su vida en los últimos tiempos.

Cuando lo degradaron de homicidios y lo trasladaron a la oficina de criminalística, se había enfadado de lo lindo, se había sentido frustrado y amargado. Pero el tiempo —sin esperar demasiado— había suavizado las cosas. Curiosamente, trabajar de igual a igual con Gil Grissom y el peculiar grupo que conformaba la unidad del laboratorio de criminalística había resultado mucho más sencillo —y más gratificante— de lo que había sido ejercer de supervisor.

Los despachos no eran el lugar adecuado para Jim Brass. Ahora había vuelto al trabajo sobre el terreno, haciendo lo que mejor sabía hacer: perseguir como un perro de presa a asesinos, sospechosos, testigos y pruebas que los del CSI metían en bolsas.

Cuando Grissom le llamó al final del turno de noche, Brass sólo se había sentido un tanto sorprendido al saber que la víctima era un abogado, pero no le sorprendió en absoluto que la mujer fuese una prostituta. Pero el nombre de la profesional —Connie Ho— era otra cosa.

El rancho Stallion estaba ubicado en medio de un paraje desértico cubierto de maleza, al sur de Enterprise, al otro lado de la frontera del condado. El único signo de vida por los alrededores, aparte del rancho, era una parada de camiones a un kilómetro de distancia. El cartel de neón mostraba un caballo aupado en sus patas traseras difícil de evitar visualmente incluso bajo el sol de la mañana. Brass se adentró en el corto camino que llevaba a la «casa del rancho», que es como ellos la denominaban en el folleto. La estructura hacía pensar en un búnker de hormigón con

forma de «T» encarado hacia la carretera. Sólo unos pocos coches, y dos camiones de dieciocho ruedas aparcados a un lado, ocupaban el casi desierto y sucio aparcamiento.

Un molesto viento levantaba algo de polvo alrededor del coche mientras se dirigía a la casa. Durante el viaje, había barajado varias posibilidades para tratar el asunto. Había imaginado diferentes escenarios en el teatro de su mente. Ahora, ninguno de ellos le parecía válido, así que tendría que improvisar.

Jim Brass siempre actuaba de ese modo.

Abrió la puerta, el impacto del aire frío fue como un bofetón. Una alta e impresionante pelirroja salió a su encuentro en la recepción, una estancia cubierta por paneles oscuros, alfombras y cuadros con marcos dorados mostrando voluptuosos desnudos; ninguno de ellos más voluptuoso que la mujer que se le aproximaba. Su voz tenía un suave acento sureño.

—Hola, guapo. Soy *madame* Charlene... ¿En qué podemos ayudarte hoy?

Debía de tener unos cincuenta años, pero parecía de unos cuarenta; en cualquier caso, era una cuarentona muy potente. Sin duda, había sido hermosa, y ya se sabe, donde hubo fuego.

Sacó la billetera de cuero y mostró su placa.

—Oh, mierda —dijo ella, cambiando ahora el acento sureño por el de Jersey—. ¿Qué coño es esto?

Él no respondió, dejó que ella le echase otro vistazo a su placa, ahora más de cerca, para que viese que venía de la ciudad.

Ella frunció el ceño.

—Ni siquiera estás en el condado correcto, cariño.

Brass no se molestó en sonreír.

—Estoy buscando a una de tus chicas.

Ella bajó sus manos hasta apoyarlas en las caderas, su humor se había oscurecido.

—Todos quieren lo mismo. ¿La buscas por algo en especial?

—Busco información. Estuvo con un cliente en el Beachcomber. Ese sí es mi condado.

La mujer frunció aún más el ceño, agrietando el maquillaje.

—¿La buscas por eso? ¿Por lo que dos adultos hacían en privado, eh?

Brass negó con la cabeza.

—No es una cuestión de antivicio. El tipo murió... Le dispararon dos veces en la cabeza.

La sorpresa le hizo abrir mucho los ojos.

—¿Y crees que lo hizo una de mis chicas?

Él volvió a negar con la cabeza.

—Sé que ella no lo hizo. Sólo necesito hacerle unas cuantas preguntas. Estuvo con el tipo horas antes que muriese..., probablemente fue la última persona que lo vio con vida, además del asesino.

La mujer estudió a Brass.

—¿Sólo unas cuantas preguntas y ya está?

—Eso es. No quiero pasar más tiempo del necesario fuera de mi jurisdicción.

—Muy considerado por tu parte. ¿Qué chica?

Él esbozó una media sonrisa.

—Bueno... Connie Ho. No es su verdadero nombre, ¿no?

Madame Charlene le correspondió con otra media sonrisa.

—Una lástima, ¿verdad? Yo creo que ella luce ese nombre como si se tratase de una medalla.

—Si tú lo dices.

—En cualquier caso, ella es una de nuestras mejores chicas. Popular, accesible. Pequeñita pero mona... y además legal.

—Gracias por la información.

—Puedes ir por ahí. —Señaló el camino—. Habitación ciento veinticuatro. Cruza el pasillo y después a la derecha.

—Gracias, Charlene. Tenemos que hacer todo lo posible para ponérselo fácil los unos a los otros.

Ella le ofreció una sonrisa que no parecía profesional en absoluto.

—A pesar de ser poli, tienes posibilidades.

Brass se volvió, recorrió un tramo cubierto por alfombras y, finalmente, llegó a la habitación ciento veinticuatro, casi en un extremo de la «T». Llamó a la puerta, esperó y volvió a llamar.

—Adelante —dijo una voz femenina al otro lado.

Apenas tenía acento, según notó Brass.

—¿Señorita Ho?

Ella abrió la puerta. Connie Ho era asiática, aunque muy rubia..., platino, de hecho. Más o menos un metro sesenta y unos cuarenta y cinco kilos de peso. Vestía un negligé de color lavanda y sandalias negras, nada más.

—¿Qué puedo hacer por ti, guapo?

A Brass le habían llamado «guapo» quizá unas cuatro veces en los últimos tiempos..., dos de ellas esa misma mañana. Mostró la placa y la mujer abrió expresivamente los ojos, al tiempo que intentó cerrarle la puerta en las narices. Metió un pie dentro de la habitación, al estilo de los vendedores puerta a puerta, y agarró la puerta con ambas manos, abriéndose paso.

Ella retrocedió hasta la pared del fondo y se abrazó a sí misma, como si de repente fuese consciente de la poca ropa que llevaba.

La habitación era pequeña, lo justo para una cama doble y un tocador con espejo acompañado de una silla. Las paredes estaban cubiertas por un papel brocado de color rosa, y las sábanas de la cama eran de un rosa similar; no había manta o colcha alguna. La luz proveniente del techo hacía que la habitación pareciese espartana, y el olor a tabaco colgaba del ambiente como si de una cortina se tratase.

—¿Quién demonios te crees que eres —espetó ella— metiéndote en mi habitación sin una orden?

—La propietaria me ha permitido hacerlo, señorita Ho... No necesito una orden.

—Aquí trabajamos según la ley, y lo sabes. Soy una profesional.

Él alzó la mano en son de paz.

—Señorita Ho, sólo quiero hacerle algunas preguntas.

—No tengo nada que decir.

—¿Cómo lo sabe, si ni siquiera le he dicho de qué se trata?

—Llevas una placa de Las Vegas. No tengo por qué hablar contigo.

—Se trata de la noche... que pasaste en el Beachcomber.

—No he oído hablar nunca de ese sitio... Nunca he estado ahí.

Se dirigió hacia el tocador, de donde sacó un cigarrillo de un paquete y lo encendió. De repente, parecía mucho más mayor.

—Creo que hemos empezado con mal pie, señorita Ho. ¿Qué le parece si empezamos de nuevo?

—Vete al infierno.

Él se limitó a sonreír.

—Tengo sus huellas dactilares y la marca de sus labios en una copa de champán, y ahora mismo estamos analizando las manchas de la cama, así que su ADN aparecerá pronto. ¿Y está intentando decirme que nunca ha oído hablar del Beachcomber?

—Nunca. No trabajo en Las Vegas. Trabajo en el rancho.

—Entonces, no le molestará que le diga que voy a ir a por usted sin descanso y personalmente cada vez que ponga los pies en la ciudad para hacer uno de sus trabajitos...

El labio superior de la mujer se curvó para mostrar los dientes blancos. Luego cerró el puño y extendió el dedo corazón hacia él.

—Siéntate aquí y baila.

Exasperado, Brass caminó hacia la puerta. Se volvió y dijo:

—El tal John, del hotel... ¿lo recuerdas? Te diré lo serio que es este asunto: lo mataron, poco después de estar contigo.

La cara de la mujer cambió pero no dijo nada. Le dio varias caladas al cigarrillo como si quisiese acabárselo de golpe.

—Eh, ya sé que tú no lo mataste —dijo Brass—. Sólo quiero preguntarte algunas cosas relativas al tiempo que pasó contigo.

—Yo no sé nada.

Él se volvió otra vez hacia la puerta, pero su voz le detuvo.

—Oye... Se portó bien conmigo. Parecía un tipo amable.

Brass caminó hacia ella... sin acercarse demasiado. Sacó un pequeño cuaderno y un bolígrafo.

—¿Lo conocías? ¿Era un cliente habitual?

Ella se encogió de hombros.

Era limpio, y eso es lo mejor que te puede pasar en estos casos.

—¿Alguna otra cosa? ¿Te habló de su trabajo o algo así?

Ella negó con la cabeza.

—¿Parecía nervioso o crispado?

Negó otra vez.

—Dame algún detalle...

Ella suspiró pensativa.

—Acudí allí sobre las ocho. Tomamos un poco de champán. Le hice una mamada, se corrió muy rápido. Pagó por una noche entera, así que le eché una mano para que se pusiese a tono otra vez y lo hicimos. No encontrarás mi ADN, me temo.

—¿Y eso?

—Usamos condón las dos veces.

—Continúa —dijo Brass.

—Él se duchó, se vistió y me dijo que iba a salir. Dijo que podía quedarme en la habitación un rato, pedir algo al servicio de habitaciones, darme una ducha o echar una cabezadita. No le importaba. Sólo dijo que tenía que estar fuera de allí antes de que regresase, y dijo que lo haría a eso de las cinco de la madrugada.

Brass tomó nota, después preguntó:

—¿Recuerdas alguna otra cosa?

—Eso es todo. Era del tipo que me gustan. No es tan malo.

—No, claro.

—Bueno, le hice pasar un buen rato antes de palmarla.

—Dos buenos ratos —dijo Brass.

Asintió hacia ella, le dio las gracias y salió de la habitación.

Encontró a *madame* Charlene en una pequeña oficina con las paredes forradas de madera junto al vestíbulo. Estaba sentada frente a una mesa metálica con un teléfono y un par de montones de lo que parecían ser facturas; había notas autoadhesivas por todas partes. El ordenador sobre la mesa simbolizaba lo lejos que había llegado la prostitución.

Brass golpeó dos veces en el marco de la puerta, siempre educado, y preguntó:

—Charlene... ¿puedo hablar contigo? Será sólo un minuto.

Ella dejó lo que estaba haciendo y le miró con sus profundos ojos verdes.

—¿Hay algo más que pueda hacer por ti, cariño? —preguntó, de nuevo con aquel deje sureño en la voz.

—¿Por qué no me dijiste —replicó Brass imitando el mismo acento del sur— que le habías preparado una cita a Connie en el Beachcomber..., cariño?

De nuevo, aquel acento desapareció.

—Preparo cosas fuera de aquí para tipos que quieren pasar un buen rato.

—¿No proporcionas... servicios especiales?

—No me arriesgo... Dejo eso para el servicio de acompañantes de Las Vegas. No

es mi rollo.

—Entonces la señorita Ho me ha mentido... y se busca los clientes por su cuenta, contra tus deseos.

Ella suspiró.

—Mira... No creí que fuese algo importante. Dijiste que querías hablar con ella. ¿Acaso no he cooperado?

Él asintió.

—Sí, te lo agradezco. Pero ahora te estoy pidiendo que cooperes un poquito más... ¿Qué me dices a lo de concertar una cita? ¿Lo hiciste?

—Lo hice, pero... —*Madame* Charlene le miró de medio lado—. Se trataba una cita cualquiera. Negando con la cabeza, Brass dijo:

—No lo creo. Si se hubiese tratado de una cita normal, le habrías dicho al tipo que viniese aquí. Le habrías indicado el camino o habrías enviado una de tus limusinas. Entonces, ¿por qué enviaste a Connie a la ciudad? Tú misma lo has dicho: es un riesgo, no es tu rollo.

Ella se encogió de hombros.

—Mira, Charlene, no me gustaría tener que quedarme en la frontera del condado esperando a que una de tus chicas cruzase para arrestarla, pero lo haré.

—Cierra la puerta.

Él lo hizo.

—Si te cuento lo que sé, ¿nos dejarás en paz a mí y a mis chicas?

—Si está en mi mano, sí.

—¿Lo prometes?

—Palabra de *boy scout*.

Ella suspiró sonoramente, buscó su paquete de Camel sobre la mesa y encendió un cigarrillo.

«Todo el mundo en este negocio fuma», pensó Brass. Por enésima vez deseó no haberlo dejado.

Ella dio una larga calada, después soltó el humo.

—¿Sabes quién es el tipo?

—Un abogado llamado Philip Dingelmann.

Charlene frunció el ceño y sonrió al mismo tiempo.

—¿Y eso no significa nada para ti?

Brass se encogió de hombros.

—¿A qué te refieres?

—Dingelmann era el abogado de, entre otros ilustres clientes, un honesto ciudadano llamado Charlie Stark.

Aquellas palabras fueron como un puñetazo para Brass.

—¿Quieres decir Charlie El atún Stark?

Stark era muy conocido en Chicago: era un mafioso al que se relacionaba con los días de Giancana y Accardo. Sinatra había cantado en la puesta de largo de la hija de

Stark.

—Tal vez sea otro Charlie Stark —dijo ella secamente—. Y tal vez le hice ese favor a Dingelmann porque «representaba a las mujercitas en los casos de maltrato».

—Un abogado de la mafia —dijo Brass entre dientes.

—¿Podrás mantenerme al margen de esto?

—Haré lo que pueda —respondió Brass—. Todo lo que pueda.

Salió del burdel y recibió el azote del sol. En un principio se sintió aturdido, pero poco después empezó a tomar forma una sonrisa.

Él ya lo había dicho a primera vista: cosa de la mafia. Pero Grissom, como era típico en él, desestimó la idea. Las pruebas eran la religión de Grissom, pero Brass llevaba veintidós años en las calles, como investigador, y eso servía para algo, Jim Brass regresó a Las Vegas.

Tras tres horas y media de sueño, una ducha y ropa limpia, Catherine estuvo de vuelta en la oficina de nuevo. Fue a buscar un café a la sala de descanso y se obligó a beber siquiera un poco. No estaba tan mal..., habida cuenta que parecía aceite de motor mezclado con matarratas. Encontró a Nick en su despacho, sentado frente al monitor del ordenador.

—No me levanto en mitad del día por cualquier hombre —dijo a Nick.

—Me alegra oírlo. —Le agasajó con una de sus mejores sonrisas y señaló hacia la pantalla—. Mira esto.

Catherine leyó por encima de su hombro.

—¿Fortunato, Malachy? ¿Qué tenía de «afortunado» el tal Malachy?

—No mucho —respondió Nick, refiriéndose al archivo que aparecía en pantalla—. Desapareció de su casa hace quince años, dejando una mancha de sangre en la cochera, sobre la grava del camino de salida. No ha dado señales desde entonces. Los investigadores del caso lo dejaron estar. Una mancha de sangre no supone un escenario del crimen.

—Cierto.

—Además, los detectives estaban convencidos de que el señor Fortunato, que estaba casado, tenía una amante, y que la mancha de sangre era un truco para confundir a la mafia.

—¿La mafia?

—Prestamistas, en cualquier caso. Del tipo de los que te parten las piernas cuando no pagas.

—Si Malachy es la momia, me temo que su truco no dio resultado. —Mirando por encima del hombro de Nick, estudió con detalle el archivo—. Trabajó durante un tiempo en un casino, grandes deudas de juego, sospechoso de haber robado en el trabajo. Vaya..., Eso debió acabar con su contrato.

—Trabajaba en el Sandmound —añadió Nick, refiriéndose a un casino demolido hacía mucho tiempo, famoso en los días en que Las Vegas era un baluarte del crimen organizado—. Dos balazos en la nuca es la muestra habitual de disgusto por parte de la mafia.

—De acuerdo —dijo Catherine—. Cabe la posibilidad... Pero ¿por qué piensas que Malachy es nuestra momia?

La sonrisa de Nick evidenció cierto orgullo.

—He trabajado con el anillo que encontraste en el cuerpo. El joyero que lo hizo lo reconoció. Bingo.

—Por favor... Vale, has hecho un buen trabajo. Imprime el informe para que podamos estudiarlo mejor. Nick imprimió el archivo.

—Hay una muestra de la mancha de sangre de la cochera y la colilla de un cigarrillo encontrado en el jardín en Pruebas —indicó Catherine. Se sentó y leyó con detenimiento la copia—. Podemos hacernos con ellos y comprobar si coincide el ADN, para asegurarnos que sea nuestro hombre.

Nick se estremeció.

—Maldita sea... Eso nos va a llevar una eternidad.

—Las cosas buenas les llegan a los que esperan... y mientras esperamos... —Dijo esto mientras apuntaba la dirección de Fortunato y buscaba el listín telefónico—. Aquí dice que vivía con su mujer, Annie. —Pasó las páginas blancas y encontró la sección FOR, recorrió la columna con el dedo y dijo—: Ella sigue viviendo ahí.

A ninguno de los dos les sorprendió: los auténticos residentes de Las Vegas echaban raíces, como en cualquier otro lugar.

Nick pareció reflexionar.

—¿Eso quiere decir que tenemos un escenario del crimen con quince años de antigüedad?

—Significa que voy a llamar a O'Riley y vamos a ir ahí. —Ella le señaló el papel impreso—. Quiero ver a la mujer cuyo marido huyó con la amante... y echarle un vistazo a lo que, sin duda, no es un escenario del crimen reciente.

Nick asintió despacio.

—Yo iré a lo del ADN.

—Bien. —Echándole un último vistazo al archivo impreso, se dio cuenta que indicaba que la policía le había devuelto los efectos personales a su mujer. ¿Qué demonios es esto?

Pasó la hoja a Nick, que la leyó y se encogió d hombros.

—¿Qué?

La media sonrisa de Catherine mostraba ironía y escepticismo a partes iguales.

—¿Si la momia Malachy desapareció, qué efectos personales pudieron devolver a su esposa?

—¿No hay un inventario?

Repasó el informe una vez más.

—No.

—Tal vez no le devolvieron nada.

—O tal vez le devolvieron algo. —Se puso en pie se encaminó hacia la puerta y, al llegar, se volvió hacia él—. Buen trabajo, Nick. Realmente bueno.

Él le mostró de nuevo su mejor sonrisa, orgulloso de sí mismo.

—No soy tan tonto como parece.

—Nadie lo es —dijo con afectación, y él se echó a reír mientras ella salía del despacho.

O'Riley se encontró con Catherine frente a la casa de Fortunato. A ella le gustaba

trabajar con aquel corpulento detective de pelo rapado porque era un hombre que conocía sus limitaciones, y no se sentía ofendido cuando ella rompía el protocolo y tomaba las riendas de la situación. Catherine se preguntó de dónde habría sacado aquella camisa escocesa a cuadros marrones y verdes; tal vez de la misma tienda de saldos que aquella endemoniada cazadora deportiva.

La casa era de estuco y de una sola planta, con tejas anaranjadas y un jardín delantero cuyo escaso césped parecía el pelo de un hombre al que le han realizado un infructuoso trasplante. El calor ascendía de las aceras y del alquitrán que, con los años, había reemplazado la grava del camino que aparecía en las antiguas fotos de la policía. La cochera, como mínimo, seguía allí.

El detective llamó a la puerta y, casi de inmediato, se abrió para dejar ver a una mujer delgada, ojerosa, pero no por ello menos atractiva, de unos cincuenta años, con un cigarrillo colgando de entre sus labios.

—¿Señora Fortunato? —preguntó O’Riley mostrando su placa. Se identificó a sí mismo y a Catherine.

—Era la señora Fortunato. Pero de eso hace tiempo... ¿Por qué lo pregunta?

—Aún aparece con ese nombre en los listines telefónicos, señora...

—Sigo siendo Annie Fortunato, pero ya no uso lo de «señora». Es una historia larga y aburrida. —La miró a los ojos—. En cualquier caso, ¿de qué se trata?

Catherine le mostró la bolsa que contenía el anillo; el curioso anillo de oro y diamantes brilló bajo la luz del sol, y la «F» deslumbró a la mujer, haciendo que retrocediese.

La señora Fortunato tomó la bolsa, con un ligero temblor de sus manos, y estudió el recargado anillo. Una lágrima recorrió su mejilla y ella la enjugó con aire ausente. Otra la reemplazó, y otra más, y la mujer no tardó en estremecerse violentamente y en caer a los pies de O’Riley a pesar de los esfuerzos de éste por detenerla.

Un hombre fornido, con camiseta blanca y pantalones vaqueros, apareció en la sala de estar salido de la cocina.

—¿Qué demonios pasa? —gritó, desplazándose hacia la mujer.

O’Riley, sorprendido al verlo, sacó su placa e intentó que la viese el hombre, que ya se dirigía hacia él con el puño preparado para golpearle en la cara. La placa se le escapó y dirigió su mano hacia la cintura de forma automática.

Aterrorizada, Catherine se dio cuenta de que aquel corpulento policía, asustado y desconcertado, pretendía alcanzar su arma. Agarró la mano de O’Riley, impidiéndole alcanzar la pistola y, con el mismo movimiento, se colocó frente al detective, preparada para recibir el golpe de aquel hombre musculoso.

Haciendo frente al potencial atacante, casi gritó:

—¡Está bien, señor! Somos policías.

El puño voló hacia ella y Catherine se estremeció, pero el golpe no llegó a producirse. Sus palabras hicieron efecto justo a tiempo, y aquel hombretón se detuvo antes de impactar con su cara.

Ella jadeó. Pero habría vuelto a hacer lo que había hecho, porque de no ser así, O'Riley podría haber disparado a un hombre desarmado; lo cual no habría beneficiado a su carrera. Herir o matar a ciudadanos, además, no ayudaba en absoluto en una investigación.

—¿Policías? —preguntó el tipo corpulento, atónito.

Tras Catherine, inclinado, O'Riley tropezó y estuvo a punto de perder el equilibrio. Miró a Catherine mientras el tipo musculoso ayudaba a ponerse en pie a Annie Fortunato. El que en apariencia era el hombre de la casa, ayudó a la mujer a sentarse en el sofá. Finalmente, O'Riley les siguió.

—¿Quién es usted? —le preguntó Catherine al hombre al adentrarse en la sala de estar, una extraña combinación de metales y cristal propia de los años ochenta.

Tras mostrar su placa, O'Riley optó por mantenerse en un segundo plano. El detective temblaba, se sentía incómodo, pero Catherine era única para manejar ese tipo de situaciones.

—¿Puede decirme quién es usted, por favor? —repitió Catherine.

La atención del hombretón de la camiseta estaba centrada en la llorosa mujer, pero dijo:

—Soy Gerry Hoskins. Soy el... amigo... de Annie.

De mediana edad, el atlético Hoskins, de más de metro ochenta de estatura, llevaba el pelo, de color castaño, casi tan corto como O'Riley. Su cara oval tenía un deje de bulldog, compensado por unos profundos ojos azules que Catherine supuso atractivos cuando no estuviesen dominados por la ira... como lo estaban en ese momento.

—¿Qué le han hecho? —preguntó.

Esforzándose por recuperar el control, Annie Fortunato le pasó a Hoskins la bolsa con el anillo.

—Han encontrado... han encontrado a Mal —dijo la mujer entre sollozos.

El tipo se fijó en la inicial del anillo. Miró a su compungida amiga y, finalmente, pareció entenderlo.

—Oh, Dios. ¿Lo han encontrado? No tendrían p0|; qué haber venido, no está muerto, ¿verdad?

Catherine ignoró sus palabras; O'Riley parecía simplemente otro de aquellos muebles pasados de moda. Acucillándose para que la mujer pudiese mirarle a los ojos, Catherine dijo:

—Creemos que su marido está muerto, señora Fortunato..., pero necesitamos estar seguros. Sé que han pasado muchos años..., pero ¿recuerda si Malachy visitaba con frecuencia algún dentista?

Sin esperar un solo segundo, la mujer respondió:

—El doctor Roy McNeal.

—¿Está segura? Ha pasado mucho tiempo...

—Sigue siendo mi dentista. Y Mal estaba tan ocupado, por cuestiones de trabajo,

que siempre le concertaba yo las citas.

—Bien. Bien.

Tras aferrar la mano de su novio, la señora Fortunato clavó la mirada en Catherine.

—¿Están seguros de haber encontrado a Mal? Quiero decir, ¿después de todos estos años?

—Ayer encontramos un cuerpo que llevaba este anillo... en el dedo anular de la mano derecha. Annie Fortunato tomó aliento y asintió.

—Sí, él lo llevaba ahí. ¿Dónde lo encontraron? —En un solar vado al final del Strip. Abriendo mucho los ojos, la señora Fortunato dijo:

—Lo conozco... ¿Es el que tiene toda esa basura?

—Sí. Van a construir un hotel. El Romanov's.

—Lo leí en el periódico —dijo Hoskins, al tiempo que extraía un pañuelo de papel de la caja que había sobre la mesa.

Le pasó el pañuelo a la señora Fortunato y ella consiguió sonreír a modo de agradecimiento mientras se enjugaba las lágrimas.

—Un grupo de obreros ha empezado a limpiar el solar —dijo Catherine—. Encontraron al hombre que creemos que es su marido bajo un remolque abandonado.

La mujer parecía estar pensando en algo que no podía llegar a formular. Catherine se percató y le tocó el brazo.

—¿En qué está pensando, señora Fortunato?

Temblando, sacó un cigarrillo del paquete que había sobre la mesa de cristal que tenía delante, lo encendió, le dio una larga calada, dejó escapar una nube de humo azulado, y finalmente volvió a centrar su atención en Catherine.

—¿Estaba ella con él?

—¿Ella?

—Su putita —espetó—. ¿Estaba ella con él?

«Vaya...».

—Estaba solo —respondió Catherine—. Revisamos todo el solar cuidadosamente... No había ningún otro cadáver.

Hoskins posó su mano sobre la rodilla de la señora Fortunato, y con otro talante dijo a Catherine:

—Había una bailarina que algunos decían que se acostaba con Mal. Ya sabe... una bailarina de striptease.

—Sé lo que es una bailarina de striptease, Catherine.

—Desapareció la misma noche que el marido de Annie. Annie tuvo problemas con... bueno... algunas personas a las que Mal les debía dinero, malas deudas ya sabe. Le dijeron a Annie que Mal, probablemente se había escapado con esa mujer, y querían que ella les devolviese el dinero que Mal les debía.

Algo parecido a un gruñido escapó de la garganta de la señora Fortunato.

—Como no tema un maldito centavo a mi nombre, volvieron una y otra vez. No

me dejaron en paz hasta siete años después, cuando Mal fue declarado oficial* mente muerto.

—Esas personas —dijo Catherine—, ¿perteneían al crimen organizado?

—Sí —dijo Hoskins sacudiendo la cabeza—. Por aquel entonces las cosas eran diferentes. Mal trabajaba en uno de los casinos de la vieja escuela. Lo regentaban unos tipos de Chicago o Cleveland... Dijeron que él les había robado. En cualquier caso, unos tipos malcarados vinieron por aquí unas cuantas veces, justo después de que Mal...

Sorprendida por el carácter tan vivido de su descripción, Catherine le interrumpió.

—Perdone que se lo pregunte, señor Hoskins, pero ¿estaba usted aquí por aquel entonces?

Él negó con la cabeza.

—No..., pero he oído a Annie hablar de ello un montón de veces, es como...

—Entonces, me gustaría escucharlo directamente de la señora Fortunato, ¿de acuerdo?

El hombretón parecía avergonzado.

—Oh. Sí. Lo siento.

La señora Fortunato reemprendió la conversación donde él la había dejado.

—Empezaron a venir por aquí justo después de que Mal... desapareciese. Hacían mucho ruido. Me obligaron a que les enseñase la cartilla de mi cuenta bancaria. También mis facturas. Querían saber cuántas cajas de seguridad tenía, Dios del cielo. Finalmente se convencieron de que yo no tenía su dinero y me dejaron en paz.

—Señora Fortunato, la muerte de su marido fue un asesinato. Parece un arreglo de cuentas típico de la mafia.

Catherine lo dejó en ese punto, prefirió no darle detalles a la mujer, no en un momento inicial de la investigación, en cualquier caso.

A la señora Fortunato no pareció afectarle semejante afirmación, sus ojos no vertieron más lágrimas; estaban enrojecidos, helados, pero no lloraba.

—Si me lo permite —dijo Catherine—, me gustaría hacerle algunas preguntas más.

—Supongo que tendré que pasar por esto —respondió la señora Fortunato y suspiró—. ¿Qué opinas, Gerry?

—Sí, claro. Os haré un poco de café, ¿de acuerdo?

Una cansada sonrisa cruzó la cara de la mujer.

—Gracias.

Un tanto incómodo, Hoskins miró a Catherine después al tótem que parecía ser O'Riley.

—¿Les apetece alguna cosa? ¿Café, cerveza sin alcohol?

—No, gracias —dijo Catherine.

O'Riley negó con su cabeza cuadrada.

Hoskins tragó saliva, se puso en pie y caminó hasta el rincón donde se encontraba

O'Riley. Extendió la mano hacia él.

—Siento lo de antes. No debería haber intentado golpearle. Lo que pasa es que parecía...

—Olvídelo —replicó O'Riley dándole la mano.

—¿Van a acusarme de algo? ¿De intentar agredir a un policía o algo así?

O'Riley hizo un gesto con la mano.

—Fue un simple malentendido.

—¿Seguro que no quiere un café?

—Supongo que podría tomar un poco —admitió O'Riley.

—Sírrame uno a mí también. Gracias —dijo Catherine esperando de ese modo mantener ocupado a Hoskins.

Hoskins se fue a la cocina y O'Riley volvió a su rincón.

—Gerry ha sido muy bueno conmigo —afirmó la señora Fortunato siguiendo con los ojos a Hoskins hasta la cocina—. Me ha ayudado a sobrevivir estos últimos años.

Catherine volvió al tema.

—Señora Fortunato, hábleme del día en que desapareció Malachy.

De nuevo, sin perder un solo segundo, la mujer habló:

—Veintisiete de enero, mil novecientos ochenta y cinco.

—Sí. ¿Qué recuerda de ese día?

—Todo —respondió la señora Fortunato apagando el cigarrillo en el cenicero y encendiendo otro de inmediato—. Mal estaba nervioso... Tenía problemas en el trabajo, supuse. Nunca me hablaba demasiado de esas cosas. Siempre se levantaba temprano, a eso de las cinco y media, y a las seis y media se iba a trabajar. Estaba totalmente entregado a su trabajo, a pesar de lo que decía la gente. Pero esa mañana no le oí levantarse.

—Continúe.

—En aquellos días, yo trabajaba por la noche. Era cajera en Fremont Street. Mal trabajaba en el Sandmound, en la oficina, como contable.

—Perdóneme... ¿Su marido era jugador, verdad?

—Oh, sí.

—Creía que los casinos no contrataban a jugadores para trabajos de esa naturaleza.

—Nadie sabía que apostaba... excepto yo. Lo hacía desde cabinas telefónicas. Llamaba a los corredores de la costa este. Hasta aquel entonces, cuando desapareció con aquella bailarina, nadie le había descubierto. —Le dio una calada al cigarrillo. Sus ojos brillaban—. Espero que esos bastardos también la matasen a ella. Ella fue la que lo transformó en un jugador, antes era un tipo agradable.

—¿Cómo lo hizo?

—Bueno, resulta obvio. Para tenernos contentas a las dos tuvo que robar aquel dinero. Él no habría tenido que apostar si no hubiese tenido que mantener a dos mujeres.

Catherine frunció el ceño.

—¿O sea que él realmente les estaba estafando? ¿Pudieron probarlo o no?

Encogió los hombros con aire fatalista.

—¿Por qué habrían tenido que mentirme? ¿Qué hubiesen conseguido haciéndolo?

No eran tan malos, para ser una pandilla de mañosos. Yo misma trabajé durante años en diferentes casinos.

Catherine lo intentó desde otro enfoque.

—Tal vez fueron los tipos del este los que le pusieron en esa situación, no sus jefes en el casino.

—Sus suposiciones son tan buenas como las mías. —La señora Fortunato encendió otro cigarrillo—. ¿Sabe una cosa? Siempre he deseado, mentalmente, que hubiese escapado. De ese modo, como mínimo, estaría vivo. Pero con el corazón... sabía que había muerto. Estirando la espalda, Catherine preguntó:

—¿Desde aquel día?

La mujer retrocedió al pasado.

—Aquella mañana me levanté a eso de las diez. Fui a buscar el periódico al porche. Nunca lo traían antes de que Mal se fuese a trabajar. Si estaba dentro, era porque él lo había comprado. Pero aquella mañana estaba en el porche. Lo cogí, miré hacia la cochera y vi que el coche de Mal no estaba, tal como tenía que ser. Así pues, me puse a hacer mis cosas. Leí el periódico, desayuné, llamé a mi madre; todavía estaba viva por aquel entonces... Ya sabe, cosas de ésas.

Catherine asintió.

—A eso de las cuatro y media, decidí ir a la tienda y comprar algo para la cena. No había hablado con Mal en todo el día, pero suponía que él volvería a casa sobre la seis. Era mi día libre, así que podíamos pasar la noche juntos. —Una animosa sonrisa apareció en su rostro; sus ojos volvían a estar húmedos.

Catherine sabía a qué se refería.

—Debía usted amarlo de verdad.

Volvieron a aparecer las lágrimas. Asintió.

Catherine se sentó entonces en el sofá y dejó que la mujer llorase sobre su hombro.

Tras unos minutos, la señora Fortunato se repuso y se apartó de ella dándole las gracias.

—Decidí ir a comprar algo —empezó a decir deprisa—, y entré en casa por la puerta de atrás. Utilizábamos casi exclusivamente la puerta de atrás. Fui por atrás y vi aquella mancha oscura y roja en la grava de la cochera. Eso fue antes de que pavimentásemos el camino de entrada. El maldito alquitrán. Es una mierda cuando hace este calor. Pero el contratista dijo que era barato y yo no conocía nada mejor.

Catherine no quería meterle prisa a la mujer, pero podía ver cómo O'Riley estaba empezando a inquietarse en su rincón.

Hoskins regresó, portando una bandeja con cuatro tazas, azúcar y leche.

La mujer le dijo:

—Les estaba hablando del alquitrán.

—El contratista se comportó como un maldito sinvergüenza —dijo, y volvió a la cocina en busca del café.

—Vio la mancha roja y oscura... —Inquirió Catherine.

—Sí, sí, y lo supe. La observé de cerca y supe que era sangre. Entré en casa y llamé a la policía.

Hoskins trajo el café. Todos se hicieron con sus respectivas tazas y bebieron. La señora Fortunato le puso un montón de azúcar y algo de leche, Hoskins sólo leche, mientras que O'Riley y Catherine lo tomaron solo. Era mucho mejor que el de la sala de descanso.

Catherine dio las gracias a Hoskins, al igual que O'Riley; ella apreció cierto temblor en la mano del corpulento policía. Se volvió hacia la señora Fortunato.

—Así pues, llamó a la policía.

—Sí. Vinieron, tomaron una muestra de sangre y no volvieron a decirme nada. Ni siquiera encontraron nunca el coche de Mal.

—El informe dice que la policía le devolvió a usted las pertenencias de su marido. La mujer asintió.

—No hay un inventario en el informe. Siento curiosidad por saber qué es lo que le entregaron de él.

—Gerry, ¿puedes traerme la caja? —Dijo la mujer—. Apenas la abrí. La mayoría de cosas eran del escritorio de Mal en el trabajo. —Había un deje de nerviosismo en su voz—. Una de las cosas que encontraron, creo, fue una carta de su putita. Eso fue lo que me llevó a pensar que se había fugado con ella.

Hoskins volvió con una caja de color marrón claro y se la entregó a Catherine.

—¿Puedo llevármela? —preguntó.

La mujer frunció el entrecejo.

—Por mí no hay problema. Y hágame un favor: esta vez no me la devuelva. No hay nada en esa caja que quiera volver a ver nunca. Son cosas de otro hombre... no de mi Mal.

Catherine aceptó la caja y preguntó:

—Por cierto ¿Malachy fumaba?

—No, nunca fumó. Pensaba que era un mal hábito. —Observó el cigarrillo que tenía entre los dedos—. Irónico, ¿verdad? Dejé de fumar por su culpa... pero cuando desapareció empecé otra vez. Los nervios.

—Lo siento, señora Fortunato, pero tengo que hacerle una pregunta más.

—¿De qué se trata?

—¿Podría decirme el nombre de la bailarina con la que estaba liado su marido?

La señora Fortunato abrió la boca, sus labios empalidecieron. Apretó el cigarrillo, aplastándolo repetidamente en el cenicero, esparciendo la ceniza.

Fue Hoskins el que habló.

—Joy Starr.

—¿Para qué necesita su nombre? —preguntó la señora Fortunato.

—Nos gustaría hablar con ella —contestó Catherine—. Pero antes tendremos que saber qué ha sido de su vida.

—Annie nunca llegó a saber si ése era su verdadero nombre —añadió Hoskins—, o sólo su nombre artístico... Pero trabajaba en un local llamado Swinger. Todavía existe... Está en Paradise Road.

Catherine conocía el lugar.

—De acuerdo, señor Hoskins... Gracias. —Se volvió hacia la mujer—. Gracias por su tiempo y por su paciencia, señora Fortunato. Sé que esto es duro para usted. Ahora estamos buscando al asesino de su marido, así que es posible que volvamos a hacerle algunas preguntas más adelante.

Catherine le tendió la mano y la mujer le correspondió con un cálido apretón. La dureza del rostro de la señora Fortunato empezó a remitir.

—De algún modo —dijo la mujer—, me siento mejor. Gracias.

Cuando el agente y la policía científica salieron de la casa y se adentraron en el calor de julio, O'Riley detuvo a Catherine cerca del coche.

—Gracias por hacer mi trabajo ahí dentro. Y, bueno, sólo eso... Gracias.

El pelo cortado a cepillo tembló y él dejó escapar di aire de sus pulmones.

—Podría haberle descerrajado un tiro.

—Olvídalo, sargento. Podría haberle pasado a cualquiera.

Catherine percibió un leve estremecimiento en las manos de O'Riley cuando el detective entró en su coche. Tras dejar la caja con las pertenencias de Malachy Fortunato en el asiento trasero, montó en el Chevrolet Tahoe y telefoneó a Nick.

—Nicky, Malachy es nuestra momia. Busca la dirección de un dentista llamado Roy McNeal y vuelve a llamarme. Quiero hacerme con los informes dentales de Fortunato antes de volver a la oficina.

—Genial —dijo Nick—. Ahora te llamo.

Desde el interior del coche estudió la casa mientras esperaba la llamada de Nick. Así pues, Malachy no fumaba, y en el momento de su desaparición, su esposa tampoco fumaba. Una colilla en la parte de atrás de la casa podía significar que alguien había estado esperando a que Malachy Fortunato saliese de su casa aquella mañana, hacía quince años...

«Encendió el cigarrillo, cerró el mechero Zippo y, apoyándose contra la casa, dio una larga calada. El rocío todavía cubría el césped nuevo. La hierba probablemente no viviría demasiado, pero siempre hacían el esfuerzo de plantarla en el jardín de las casas nuevas. La casa en la que estaba apoyado había sido construida hacía seis meses, pero sólo llevaba dos habitada. El tipo que vivía en ella, un tal Fortunato, había metido la pata con la gente equivocada.

»En las casas a ambos lados de la calle, las familias dormían plácidamente. Detrás de la casa, donde estaba él ahora fumándose un Marlboro, el jardín lindaba con el de la otra casa. Esta última, sin embargo, no habían acabado de construirla, pero los obreros no habían llegado aún para empezar su jornada de trabajo. Así pues, tenía todo el vecindario para él...

»Los horarios de Fortunato estaban fijados a fuego en su agenda. El sicario había estado observándolo durante una semana. Fortunato salía de la casa por una puerta de cristal, todas las mañanas, al sicario le gustaban los tipos de costumbres fijas. A la misma hora, el mismo camino, todos los días: una invitación a cargarse a aquel desgraciado y triste hijo de puta.

»Dio otra calada al cigarrillo, dejó que el humo se asentase en sus pulmones, y después lo expulsó por la nariz. Le echó un vistazo a su reloj; sonrió. Disponía de un buen rato para disfrutar del cigarrillo, no tenía por qué darse prisa. Acabaría el cigarrillo, se pondría los guantes y llevaría a cabo el trabajo.

»Tras dar una última calada, el sicario retuvo el humo durante un buen rato antes de expulsarlo y apagar la colilla en la hierba con el pie. Sacó los guantes del bolsillo y se los colocó. Desentumeció el cuello, notando cómo los huesos crujían al estirarse. Después miró el reloj una vez más.

»Era la hora.

»Extrajo la automática de la funda, comprobó el seguro y le puso el silenciador. Se desplazó ligeramente para poder ver más allá de la esquina. Todavía no había salido su objetivo. Dio un paso atrás y ralentizó la respiración, esperando...

»Fortunato salió por la puerta, la cerró tras él, después la mosquitera, y se dirigió a su coche. El sicario echó a andar tras Fortunato, situando el dedo en el gatillo y sintiendo el peso de la pequeña pistola en la mano. Una diminuta flor roja apareció en la nuca de Fortunato. Ni siquiera tuvo tiempo de gritar, simplemente se dobló sobre sí mismo y cayó al suelo.

»El asesino se agachó junto a él y volvió a dispararle dos centímetros por encima de donde lo había hecho por primera vez..., una póliza de seguros y su firma al mismo tiempo. Después el asesino cogió las llaves de manos del muerto, y miró por encima del guardabarros para asegurarse de que nadie le había visto. Contento de que los vecinos siguiesen durmiendo, se puso en pie, abrió el maletero, alzó el cuerpo y lo metió dentro, cerró la portezuela, después abrió la puerta del conductor, se sentó tras el volante y puso el coche en marcha.

»El motor rugió y, sin correr, el sicario recorrió el camino de salida y después la calle, como si de una persona cualquiera de clase media, camino del trabajo, se tratase.

»No había nadie por los alrededores cuando llegó al solar vacío de Russell Road. Ninguno de los motoristas que pasaban le prestó atención a un tipo que había acudido al solar a tirar la basura, igual que muchos otros antes que él. Le tomó sólo un momento encontrar lo que andaba buscando. A su izquierda, a resguardo de la calle,

estaba el remolque de la caravana que había visto antes. La chapa había empezado a oxidarse, y supuso que a nadie se le ocurriría entrar en su interior. Unas cuantas planchas de aluminio se habían desprendido. Algunas colgaban de forma precaria a un lado, otras estaban esparcidas por el suelo.

»Sacó el cadáver del coche, con cuidado de no golpear la cabeza sangrante, y lo cargó hasta el remolque.

Dejó el cuerpo sobre una de las láminas de aluminio y después empujó el pedazo de metal bajo la caravana Como regalo de despedida, desenroscó el silenciador y se lo guardó en un bolsillo, después extrajo el cañón de la pistola y lo metió debajo del remolque junto al cuerpo. Con otras planchas bloqueó la entrada. Utilizando el pie, cubrió el rastro de sangre con tierra, borrando la mayor parte de sus huellas (entre otras muchas huellas anónimas) y, como quien no quiere la cosa, se largó. Dejó tirado el coche en alguna parte».

El teléfono móvil sonó sacando a Catherine de su ensueño-reconstrucción de los hechos.

—Toma nota de esta dirección —dijo Nick, y se la dictó—. La enfermera del doctor McNeal te espera con los informes de Malachy Fortunato.

Una hora después, una enérgica Catherine Willows conducía en dirección a la central con los informes dentales en la mano, dispuesta a establecer la identidad de su momia.

Habían encontrado el cuerpo hacía sólo un día. Con la víctima identificada, la búsqueda les llevaría al asesino.

Grissom observaba la imagen granulada y gris que aparecía en el monitor como si estuviese hipnotizado por las maravillas del arte cinematográfico; era otro de los vídeos del Beachcomber, uno de los muchos que había estado examinando durante las últimas veinticuatro horas. En esos momentos, concretamente, estaba viendo por segunda vez el conjunto de cintas que se habían grabado la mañana del asesinato. Cada tanto, se quitaba las gafas y se frotaba los ojos, y también se levantaba para hacer algunos estiramientos con el fin de aliviar el dolor en la espalda que le provocaba permanecer sentado todas esas horas.

Pero la mayor parte del tiempo lo pasó sentado observando las imágenes granuladas, a menudo indistintas. Una persona normal, a esas alturas podría haber perdido ya los nervios, viendo sucederse aquella representación de la monotonía, pero Grissom permanecía alerta, interesado. Cada cinta era, después de todo, un fragmento de prueba, o como mínimo de prueba potencial. En ese instante, en un ángulo del casino, el indicador de tiempo señalaba las cinco cuarenta de la madrugada.

La panorámica que ofrecía la cámara que colgaba del techo —justo en mitad de uno de los principales pasillos del casino, mirando hacia delante— incluyó una borrosa imagen del trecho que llevaba desde el vestíbulo a los ascensores. A esas horas de la madrugada, la actividad en el casino era relativamente escasa. Destacaban un hombre sentado frente a una videomáquina de póquer, al final de la fila que estaba enfrente y una mujer junto a una máquina tragaperras a dos filas de la cámara, de cara a ella. Durante toda una serie de interminables minutos no sucedió nada: el puñado de jugadores jugaron, pasaban de un lado para otro los camareros con alguna bebida en sus bandejas... Entonces, Grissom se fijó en una figura en la distancia, entre el vestíbulo y el ascensor.

Se sentó más derecho, y forzando la vista llegó a la razonable conclusión de que aquella persona era la víctima camino de su habitación. Se acercó a la pantalla, entrecerrando los ojos, observando —sí, era él— cómo John Smith subía unos cuantos escalones y después miraba, como quien no quiere la cosa, en dirección al hombre que estaba frente a la videomáquina de póquer. Casi como si Grissom hubiese apretado el botón de pausa, John Smith se quedó helado.

Smith estaba demasiado lejos de la cámara de seguridad como para apreciar con precisión su expresión, pero Grissom no tuvo problemas para suponer que Smith se volvió abruptamente camino del ascensor. Grissom vio después cómo el jugador de póquer echaba a andar tras él, se detuvo por algo relacionado con la máquina, regresó para cogerlo, y entonces siguió a Smith hacia el ascensor.

A medida que el hombre de la pantalla se alejaba de la máquina de póquer, Grissom pudo apreciar que vestía la misma ropa que el asesino que aparecía en la

cinta de vídeo de la cuarta planta, y el mismo calzado deportivo.

«Maldita sea... ¿Cómo pudo pasar tanto tiempo por los alrededores antes de hacerlo?». Grissom agitó la cabeza. Todo había pasado muy deprisa, en el lapso de tiempo que a él podría haberle tomado frotarse los ojos debido a la fatiga.

Grissom detuvo la cinta, volvió a pasarla un par de veces. Al igual que la cinta del pasillo de la cuarta planta, el asesino no le dio la cara en ningún momento a la cámara. ¿Se colocó de forma consciente de espaldas a la cámara de seguridad? ¿Era un sicario acechando a su presa?

Miró la cinta de vídeo unas cuantas veces más, concentrado ahora en la tensión de la persecución del asesino. Finalmente se percató de la luz encendida sobre la máquina. ¡El asesino consiguió el premio justo cuando tuvo que salir tras la víctima! ¿Fue eso lo que le detuvo un instante?

No. Fue otra cosa.

Grissom detuvo la cinta. Él sabía quién podía interpretar aquello de forma correcta. Él conocía al hombre adecuado...

Salió del despacho y gritó hacia el pasillo:

—¡Warrick!

Al no obtener respuesta inmediata, Grissom recorrió el pasillo, como un hombre con una misión, entrando en todas las habitaciones. Se metió en el laboratorio de ADN, provocando que el joven químico diese un brinco.

—Yo no lo hice, Grissom —dijo Greg Sanders—. ¡No fue culpa mía!

Sus palabras detuvieron a Grissom lo suficiente como para dedicarle una mínima sonrisa.

—Estoy seguro que no fuiste tú, Greg... se trate de lo que se trate. ¿Has visto a Warrick?

—La última vez que lo vi, él y Sara estaban trabajando con el programa AF1S..., pero quizá fue ayer... Grissom frunció el ceño.

—Precisión, Greg. Precisión. Volvió al pasillo para proseguir su busca, y casi se topó de bruces con el larguirucho Warrick al volver la esquina, con su habitual aire despistado, vestido con una camisa de manga corta de color marrón y unos ligeros pantalones chinos.

—¿Me buscabas, Gris?

Grissom ya se había puesto en marcha otra vez.

—Ven conmigo, quiero que veas algo. De vuelta en su oficina, Grissom puso en marcha la cinta para que Warrick la viese... dos veces. Entonces, Warrick dijo:

—Parece como si extrajese de la máquina una tarjeta del casino. Grissom sonrió.

—Y sabemos lo que eso supone para nosotros.

—Oh, sí. El casino puede reconocer la tarjeta. Nos pueden dar el nombre de esa tarjeta. —Warrick frunció mucho el ceño—. ¿No creerás que el asesino es de por aquí?

—Yo no creo nada —respondió Grissom—. Pero esa posibilidad no la habíamos

tenido en cuenta... ¿En qué estás trabajando?

Warrick señaló hacia la puerta.

—Sara y yo estamos intentando descubrir desde dónde se envió el correo electrónico que encontramos en el ordenador de bolsillo de Dingelmann.

—¿Dingelmann?

Warrick le miró a los ojos.

—Es el nombre de la víctima: Philip Dingelmann.

—¿Y estabais esperando a que llegase Navidad para decírmelo?

—¿No has leído el informe que Brass... dejó encima de tu mesa?

Grissom negó con la cabeza y señaló el monitor con la barbilla.

—Llevo aquí un buen rato.

—Ya estabas aquí ayer, cuando acabó el turno. Estamos en un nuevo turno. Deberías dormir un poco, e incluso plantearte la posibilidad de comer algo y...

—¡Dingelmann! Chicago. ¿El abogado de la mafia?

Warrick, mostrando ahora su característica sonrisa sin el menor rastro de humor, se limitó a asentir.

Grissom colocó una mano sobre el hombro de Warrick.

—De acuerdo, deja que Sara trabaje en el *e-mail*; lo suyo son los ordenadores... y tú eres mi experto en cuestiones de juego.

—¿Es un cumplido?

—No me importa lo que sea... Quiero que vuelvas al casino, ahora mismo. Busca huellas en la máquina, y sácale lo que puedas al encargado de las tragaperras.

—¿Debo avisar a Brass y pedir que me acompaña un detective?

—Cuando llegue el momento. Ya en movimiento, Warrick dijo:

—Me voy.

—Le diré a Sara cómo están las cosas —le dijo Grissom.

Grissom recorrió de nuevo el pasillo hasta llegar a la oficina en la que Sara trabajaba con el ordenador.

—¿Has tenido suerte? —preguntó Grissom.

—Sí..., pero todo está mal —respondió—. El muchacho ha seguido el rastro muy bien. Este correo electrónico pudo ser enviado desde cualquier cibercafé del mundo.

—De acuerdo, relájate. —Grissom se sentó en un extremo de la mesa y le sonrió. Él había dado clases en Harvard, Sara había sido una de las alumnas de su seminario, y él valoraba su capacidad, su dedicación y su tenacidad—. Hay otras cosas que hacer, ¿no es cierto?

—Siempre las hay. ¿Dónde está Warrick?

—Le he enviado de vuelta al Beachcomber.

—¿Sin mí?

—Sí.

—¿Crees que es una buena idea lo de enviarlo solo a un casino?

Grissom encogió los hombros.

—Confío en él.

Ella suspiró y esbozó una sonrisa.

—Tú eres el jefe.

—Muy amable de tu parte recordármelo —dijo Grissom—. En cualquier caso, te necesito.

Ella le miró a los ojos, alzando las cejas, no muy segura de cómo tomarse sus palabras.

—Tenemos una cita en la morgue.

Los dos se habían puesto ya las batas azules y los guantes de látex, y se habían situado entre las dos mesas de autopsias. Frente a ellos yacía Philip Dingelmann y, a su espalda, la momia de Catherine y Nick.

—¿Qué estamos haciendo aquí? —preguntó Sara.

—Lee esto —le dijo pasándole el informe de la autopsia de John Nadie número diecisiete.

Ella leyó deprisa, se detuvo y leyó una parte más despacio.

—¿Qué es esto, una broma pesada? ¿Robbins tenía mucho trabajo atrasado?

Grissom negó con la cabeza.

—El patrón es el mismo, con una separación de dos centímetros.

—Eso no puede ser correcto...

—Si las pruebas dicen que es correcto, lo es. Pero tú y yo vamos a medirlo para asegurarnos.

—Es una maldita coincidencia.

—¿Lo es?

—Grissom, ¿por qué no nos hablaste a Warrick y a mí de esto?

—Quise que los casos se llevaran por separado. No podía asumirse que teníamos un solo caso, hasta, o a menos que, las pruebas demostraran lo contrario.

Tras asentir, Sara dijo:

—¿Con cuál empezamos?

—Los mayores primero —dijo Grissom, volviéndose hacia la momia.

Warrick dejó el coche en el aparcamiento que había tras el Beachcomber, y entró al casino con una versión reducida de su maletín con instrumental, que incluía el artilugio para tomar huellas digitales. Sabía (sin duda, al igual que Grissom) que probablemente sería poco más que un inútil ejercicio, habida cuenta del tiempo que había pasado después que el asesino dejase atrás la máquina; pero nunca se sabía.

Grissom lo había enviado solo, sin avisar siquiera a un detective. O sea que Grissom, finalmente, demostraba una total confianza en él, pensó Warrick..., ¿o acaso lo estaba poniendo a prueba? El ruido de las máquinas tragaperras, las apuestas

de los jugadores, los tintineos y campanilleos, convertían aquel lugar en una seductora casa de locos, pero él se limitó a recorrer el camino centrado en el trabajo que tenía entre las manos.

No tardó en encontrarse frente a la cámara que había grabado la cinta con las imágenes que Grissom le había mostrado. Ignoró las campanas y los pitidos, el aire lleno de humo de tabaco, las expresiones de las caras... y simplemente, se limitaron a hacer lo que tenía que hacer. Caminó hasta la videomáquina de póquer frente a la que, tan sólo hacía veinticuatro horas, había estado sentado el asesino.

El jugador que estaba sentado frente a ella en esos momentos, calvo, con gafas, de unos treinta y tantos, vestía un polo azul marino, pantalones Dockers y sandalias con calcetines. Warrick vio que el hombre tenía dos dieces, una pareja y poco más. Pidió cuatro cartas y dejó una cubierta. «Un apostador fuerte», pensó Warrick, mientras el hombre recibía un cuatro, un seis, un siete y un ocho, una mezcla de diamantes y tréboles.

«Mala apuesta», pensó Warrick, intentando ver la carta que faltaba. El tipo tenía un ocho de diamantes..., otro perdedor. El señor Sandalias con calcetines perdió rápidamente cuatro manos más y se volvió para mirar a Warrick por encima del hombro.

—¿Desea algo? —preguntó con un deje de irritación en su voz.

Warrick sacó su placa.

—Pertenezco al Departamento de Criminalística de Las Vegas. He venido a buscar huellas dactilares en esa máquina.

El jugador pareció indignarse.

—¡He estado aquí sentado desde que Jesús era un bebé! No voy a dejar esta máquina.

Warrick asintió y se acercó al tipo.

—Ayer por la mañana, un asesino estuvo sentado aquí mismo.

El hombre no se movió, pero tampoco centró la atención en la máquina de póquer.

Warrick hizo un gesto con la cabeza.

—¿Ve usted esa cámara por encima de mi hombro?

Tras mirar hacia la burbuja negra que colgaba del techo, el hombre asintió.

—Gracias a la cinta que grabó —dijo Warrick despacio— he podido ver cómo él se sentó aquí. Ahora voy a llamar a alguien del casino y voy a verter los polvos en la máquina para poder encontrar las huellas del tipo.

—¿Y yo qué? ¿Qué hay de mis derechos?

—¿Desea recuperar ahora su dinero o prefiere esperar en la barra hasta que haya acabado? De ese modo, podrá usted volver a la máquina después... y proteger su inversión.

El tipo le miró con amargura.

—Estaré en el bar. Envíeme a una camarera cuando acabe.

—Gracias —dijo Warrick—. Le avisaré y probablemente también le tome las huellas... para descartar las suyas.

Murmurando entre dientes sobre su derecho a la privacidad, el tipo agarró su cubito (con varios rollos de monedas de veinticinco en su interior aún sin abrir) y caminó hacia al bar, bien cómodo gracias a sus sandalias con calcetines. Justo en ese momento, un oficial del servicio de seguridad del casino se acercó a Warrick.

—¿Puedo ayudarle en algo, señor? —preguntó, su voz mostraba una mezcla de solicitud y suspicacia.

El guardia era negro y, más o menos, de la misma estatura que Warrick, pero pesaba unos quince kilos más que él —aparentemente de músculos— y tenía los hombros mucho más anchos. Su corpulencia se hacía más evidente gracias a la ceñida cazadora deportiva de color verde que llevaba, con la palabra beachcomber sobre el bolsillo. En su mano, el walkie-talkie parecía un juguete.

De nuevo, Warrick mostró su placa y le explicó la situación.

—Necesito hablar con el encargado de las máquinas tragaperras.

—Tendré que llamar a mi supervisor —dijo el guardia.

—De acuerdo.

El guardia habló por el walkie-talkie y, en menos de dos minutos, Warrick se vio rodeado por media docena de recios guardias de seguridad, ataviados con las mismas chaquetas, un mar verde dividido por un tipo de California con un traje azul marino. A pesar de ser más joven que el resto, parecía ser el jefe: metro ochenta, rubio, bien parecido.

—Soy Todd Oswald, el encargado de las máquinas tragaperras —dijo extendiendo la mano.

Sonrió, mostrando sus blancos dientes y poniendo en práctica la sinceridad propia de un telepredicador.

—Warrick Brown —dijo el policía científico, correspondiendo a su apretón de manos—. El laboratorio de criminalística está investigando el crimen que se cometió ayer.

La sonrisa de Oswald desapareció y miró alrededor para comprobar si alguno de los clientes había oído a Warrick.

—Señor Brown, nos encantará ayudarle, pero por favor, por favor, baje un poco la voz.

Warrick sonrió.

—Cómo no, señor Oswald. Ayer, a eso de las cinco y media de la madrugada, un hombre estuvo sentado aquí. Necesito saber todo lo que pueda decirme de él.

—¿Respecto a qué? Tenemos un montón de clientes en el Beachcomber, señor Brown.

—Éste utilizó una tarjeta para las tragaperras en esta máquina, exactamente a las cinco y cuarenta y dos de la madrugada de ayer.

Oswald abrió mucho los ojos y asintió.

—Enseguida veré qué sabemos.

—Y mientras lo hace —dijo Warrick con calma—, yo voy a buscar huellas dactilares en esta máquina.

Oswalt frunció el ceño y miró a su alrededor de nuevo.

—¿Ahora mismo?; —Puedo hacerlo cuando cierren.

—Nosotros no cerramos nunca.

—Nosotros tampoco... Así pues, ¿qué mejor momento que ahora, mientras usted comprueba la tarjeta?

—Bueno... supongo que está en lo cierto. Adelante, señor Brown.

El encargado les indicó a dos guardias que permaneciesen cerca, después él y el resto de hombres con chaquetas verdes desaparecieron. Warrick pasó más o menos una hora con la máquina, encontrando docenas de huellas, pero dudaba que cualquiera de ellas sirviese para algo. No quería ni pensar en la cantidad de gente que habría pasado por aquella máquina desde que lo hizo el asesino.

Haciéndole un gesto al fornido guardia que tenía al lado, Warrick dijo:

—Puede decir a su jefe que ya he acabado.

El guardia tomó su walkie-talkie y habló por él. Escuchó y se volvió hacia Warrick.

—Se supone que tenemos que llevarle a la sala de seguridad.

—Estupendo. Le estaba guardando la máquina a un tipo que hay en el bar... ¿Podría enviar una camarera a buscarlo?

—Sin duda. ¿Cómo lo reconocerá?

—Es el único calvo con gafas que lleva sandalias con calcetines.

—De acuerdo. Es usted realmente atento.

—Eh, los jugadores lo tienen muy duro hoy en día.

El otro guardia acompañó a Warrick. El rubio Oswalt le estaba esperando en la sala de seguridad.

—Tenemos la información que quería, señor Brown. El nombre de ese tipo es Peter Randall.

Warrick sacó su cuaderno y un bolígrafo.

—¿Dirección?

—Apartado de correos L-57,1365 East Horizon, en Henderson.

Warrick no pudo evitar cierto sentimiento de frustración. Anotó la dirección sabiendo que le llevaría a uno de esos malditos lugares en los que se alquilaban apartados de correos.

—¿Algo más, señor Oswalt?

—No.

Warrick dejó su cuaderno a un lado.

—Durante unos cuantos días iremos viniendo por aquí, tal vez durante semanas, en busca de algo más acerca del asesino... Las cintas de vídeo que tenemos no nos permiten ver su cara.

—Podría ser un cliente habitual —admitió Oswald.

—Cierto. ¿Cuándo podría venir para echarle un vistazo a sus cintas?

—No dispongo de mucho personal y esas cintas están almacenadas...

—¿Cuándo, señor Oswald?

Oswald recapacitó.

—¿Mañana por la mañana?

—¿Podré verlas aquí?

—Nos gustaría que así fuese.

Warrick asintió.

—Gracias. Volveré.

Ya en el coche, Warrick telefoneó a Grissom y le dijo el nombre y la dirección. De nuevo, a Grissom le pareció bien que fuese solo... Un asesino andaba suelto y su rastro podía enfriarse con gran rapidez.

El camino a Henderson —una comunidad con casas de estuco alineadas igual que si de casas verdes del Monopoly se tratase, muchas de ellas con muros y/o puertas— le llevó veinte minutos por autopista. Tal como había pensado, la dirección pertenecía a uno de esos locales en los que alquilan apartados de correos.

Los buzones cubrían toda una pared. Frente a ellos se extendía un largo mostrador. La chica que estaba tras el mostrador debía de tener unos dieciocho años, llevaba un guardapolvo de color azul sobre una camiseta atada con un nudo y unos vaqueros descoloridos. Su cabello era de un rubio sucio y en la parte izquierda de su nariz lucía una tachuela de plata.

—¿Puedo ayudarle en algo? —preguntó sin entusiasmo.

—¿Está el encargado?

—No.

—¿Volverá pronto?

—Ella —corrigió la chica— se ha ido a comer.

—¿Sabes dónde ha ido?

—Sí, al Dairy Queen. Está al volver la esquina.

—Gracias —dijo Warrick—. ¿Podrías decirme cómo se llama?

—Laurie.

—¿Y el apellido?

La muchacha pensó durante un momento; parecía dolerle.

—No sé.

—¿No lo sabes?

—Nunca me lo ha dicho.

—Bien. Vale. Gracias otra vez. —Irónicamente, añadió—: Me has sido de gran ayuda.

Con la energía de un zombi, ella replicó:

—Vuelve cuando quieras.

Warrick fue hasta el Dairy Queen, vio a la mujer que debía ser Laurie sentada sola

a una mesa, comiéndose un plato de pollo con patatas. Vestía el mismo guardapolvo azul que la chica del *piercing*. El pelo, de color castaño, le llegaba hasta los hombros, enmarcando su hermoso rostro, de ojos también castaños. Parada estar embarazada de seis meses. Fue directo hacia ella.

—¿Laurie?

Ella alzó la vista y, con cautela, preguntó:

—¿Le conozco?

—No, señora. Mi nombre es Warrick Brown. Trabajo para el Departamento de Criminalística de Las Vegas. —Le mostró la placa—. ¿Puedo sentarme y hablar con usted un momento?

—Bueno...

—Sólo serán unos minutos.

—Eso espero. ¿Tendría la amabilidad de decirme de qué se trata?

Tras retirar un poco una de las sillas de metal y plástico, Warrick se sentó frente a ella a la pequeña mesa cuadrada.

—Necesito hablar con usted sobre uno de sus clientes. Laurie negó con la cabeza. —Usted sabe que no puedo hablar de mis clientes sin una orden. Su privacidad está asegurada.

—Este hombre es un asesino y no podemos perder tiempo.

Eso la impresionó, pero volvió a negar con la cabeza.

—Lo siento, pero no puedo...

—Su nombre es Peter Randall —la interrumpió Warrick.

Ella parpadeó un par de veces.

—¿Qué sucede, Laurie?

—Es curioso que me pregunte por el señor Randall. Cerró su cuenta ayer.

—¿Podría hablarme, digamos off-the-record, mientras esperamos a que llegue la orden?

De nuevo, ella le miró como si no supiese qué hacer.

Warrick sacó su teléfono móvil, llamó a Grissom y le explicó la situación.

—Sara estará ahí dentro de una hora con la orden —dijo Grissom—. Y avisaré a Brass.

Mientras esperaban, Laurie acabó de comer y volvieron al local. La chica de la tachuela en la nariz parecía más aburrida que nunca, y apenas les prestó atención cuando se acercaron al mostrador. Warrick se quedó en el lado de los clientes, Laurie fue detrás. La mujer había decidido cooperar —le había preguntado varias veces: «¿Es un asesino, verdad?»— y sacó la ficha de Randall.

—¿Está la dirección de su casa? —preguntó Warrick.

Laurie miró la ficha.

—Número cuatro mil seiscientos quince, calle Johnson, aquí en Henderson.

Warrick hizo una rápida llamada para asegurarse de la dirección.

Segundos después, dijo:

—Maldita sea.

—¿Qué sucede?

—No hay ninguna calle o avenida Johnson.

—Al Henderson. Es una dirección falsa.

—Vaya. No comprobamos ese tipo de cosas. Aceptamos la palabra de nuestros clientes.

Warrick fue hasta el buzón L-57.

—Sé que no puede abrir esto hasta que llegue la orden. Pero ¿puede decirme si Randall lo vació o no?

—Me temo que sí —dijo Laurie—. No hay nada dentro... El señor Randall lo vació cuando cerró su cuenta.

—Mierda.

—Lo siento —dijo Laurie.

—Simplemente está haciendo lo mismo que yo.

—¿Cómo?

Le sonrió.

—Nuestro trabajo.

Ella correspondió con otra sonrisa, y la chica del *piercing* cerró los ojos.

Cinco minutos después, apareció Sara —acompañada por la detective Erin Conroy— con la orden. Él las puso en situación.

Sara sonrió con resignación y movió la cabeza.

—Entonces, ¿no hay nada? Warrick se encogió de hombros.

—Podemos buscar huellas en la portezuela del buzón, pero eso es todo. Parece un callejón sin salida. Conroy dijo:

—La interrogaré... ¿Cómo se llama?

—Laurie —respondió Warrick.

—¿Apellido?

Incómodo, volvió a encogerse de hombros.

—Nunca me lo ha dicho.

Conroy se limitó a mirarle a los ojos. Después fue a interrogar a la mujer y a tomar notas de lo que había dicho a Warrick.

Sara suspiró.

—¿Tengo que sacar huellas de eso?

—Supongo que estás cansada de hacerlo.

Intentó no sonreír, pero finalmente no pudo evitarlo.

—Sí, lo estoy.

—Bien, pues te va a encantar cuando te dé las docenas de huellas que he sacado de la máquina.

—Más huellas. ¿Encontraste algo bueno?

—Sí. —Se inclinó hacia ella con aire conspirador, mientras las preguntas de Conroy resonaban en el vacío local—. Un Dairy Queen, al volver la esquina. Comida.

Ve a comprar algo.

A ella le gustó cómo sonaba, pero cuando se disponía a salir, le dio un codazo en las costillas.

—Cómprate tú mismo tu maldita comida.

Dos horas después, de vuelta en la oficina, Warrick había tachado ya el nombre «Peter Randall» —un seudónimo, sin duda— y Sara estuvo trabajando en las huellas del casino, que demostraron no tener valor alguna. De la portezuela del buzón del apartado de correos no habían logrado extraer una sola huella útil.

Laurie Miller, la encargada, había visto a «Randall» en las dos ocasiones que había estado en su local, pero la descripción que hizo de él a la detective Conroy resultó ser dolorosamente genérica: las gafas oscuras y la gorra negra fueron lo único que se añadió a lo visto en las cintas de vídeo del hotel. El retrato robot elaborado por un testigo podría funcionar, pero no esperaban que ayudase mucho.

Warrick decidió comprobar qué podía sacar de las huellas de pisadas del pasillo del hotel.

Sara utilizó la base de datos para identificar la zapatilla deportiva como probable producto de una compañía llamada Racers; la coincidencia no era perfecta, debido a la naturaleza imperfecta de la huella hallada en el escenario del crimen. De ahí que Warrick buscara en Internet el número de teléfono de la oficina central en Oregón.

—Ropa y calzado deportivo Racers —dijo una animada voz femenina—. ¿Con qué departamento desea que le pase?

—Mi nombre es Warrick Brown. Trabajo para el Departamento de Criminalística de Las Vegas. Deseo hablar con alguien sobre las ventas de las diferentes colecciones de vuestro calzado.

Se produjo un silencio al otro lado de la línea.

Finalmente, Warrick dijo:

—¿Hay alguien ahí?

—Lo siento, señor —dijo la voz—. He tenido que consultar con mi supervisor para saber con qué departamento pasarle. Voy a pasarle con la señora Kotsay, de ventas.

—Gracias.

Escuchó cómo el teléfono sonaba dos veces, después habló otra voz femenina... de alguien más mayor, más profesional.

—Sondra Kotsay, ¿en qué puedo ayudarle?

Warrick le explicó la situación.

—Su petición es un tanto extraña, señor Brown. Fabricamos muchas colecciones de calzado.

—Lo sé. Disponemos de una prueba en nuestra base de datos. Pero necesitaría la confirmación de un experto.

—¿Tendré que testificar?

Aunque ella no pudo verlo, sonrió.

—Probablemente, no. Voy a enviarle por fax la huella de la pisada.

—Bueno —dijo ella—, eso estaría bien.

Le dictó el número.

Decidió no enviarle la huella manchada de sangre que había extraído gracias al Leuco Crystal Violet, sino una del suelo que Grissom había obtenido mediante la prueba electrostática.

Pocos minutos después, llamó de nuevo para preguntar a la mujer:

—¿La tiene?

Se produjo un tenso silencio en la línea, después Sondra volvió a hablar.

—Ha llegado bien —confirmó—. Deme un poco de tiempo. Le llamaré cuando tenga algo.

El cansancio que acarreaba se abatió sobre Warrick, llevándole hasta la sala de descanso para tomarse un zumo de piña que sacó de la nevera. Fue a ver a Sara a su despacho, pero no estaba allí. La buscó por todas partes hasta encontrarla en la morgue, frente al cadáver de Dingelmann.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó.

—Sí —respondió ella—. No... No lo sé.

—¿Qué te pasa?

—¿Por qué estamos trabajando tan duro para encontrar a quien mató a este hombre? ¿Por qué me estoy dejando el culo en encontrar a su asesino? —Señaló el cuerpo—. Era un abogado de la mafia, estaba liado con la escoria del mundo...

—Será mejor que Gris no te oiga hablar así. Ella le miró a los ojos, con una mirada casi feroz. —No le estoy hablando a Grissom. Te estoy hablando a ti.

—Sabes que no nos corresponde a nosotros decidir. —Warrick se le acercó un poco, dejando a Dingelmann entre los dos—. Este tipo ha pasado a mejor vida. Bien, mal... No importa. Ha sido asesinado. Eso le ha enviado al otro mundo, si es que hay otro pero su cuerpo ha quedado en el nuestro.

Ella reflexionó sobre lo que acababa de oír. Después se encogió de hombros.

—Tal vez sea así de sencillo. No lo sé. Pero... es duro para mí.

—Bueno, si no puedes mantener la distancia con el bien y el mal, piensa en el tipo que hizo esto. Alguien que cobra dinero por matar a personas. ¿Es lo suficientemente malo para ti?

Ella esbozó una sonrisa.

—Sí, bueno. Así lo haré.

El teléfono móvil de Warrick empezó a sonar y los dos dieron un brinco. Él casi cayó al suelo debido a las prisas por contestar.

—Warrick Brown.

—Sondra Kotsay, señor Brown. Creo que puedo ayudarle.

Tras hacerle un gesto con la mano a Sara, indicándole que tenía que atender a la

llamada, Warrick regresó a su oficina, cogió un cuaderno y se sentó en una silla.

La profesional voz de la mujer dijo:

—La huella que me ha enviado es de una zapatilla de deporte X-15.

—De acuerdo.

—Es una colección que, lamento decirlo, no funcionó muy bien.

Warrick sabía que cuanto peor hubiesen ido las ventas, mayores serían sus posibilidades.

—¿Cuántas fabricaron?

—Antes de detener la producción, un millón de pares.

El estómago se le subió a la garganta y la cabeza empezó a darle vueltas.

—¿Un millón?

—Sé que suena impresionante, señor Brown. Pero no está tan mal, al menos para usted.

—Sí, claro...

—Más o menos medio millón no llegaron a venderse.

Eso ayudaría... un poco. Mientras ella hablaba por teléfono, él había ido apuntando la información en el cuaderno.

—Y del restante medio millón —añadió— sólo un centenar se vendieron en la gran zona de Las Vegas.

Sus palabras le iban gustando cada vez más.

—El número que usted nos ha enviado es un cuarenta y seis de hombre, del que se vendieron sólo dos docenas en la zona de Las Vegas. Una sonrisa iluminó su cara.

—Gracias, señora Kotsay. Ha hecho usted un trabajo estupendo.

—¿Quiere usted los nombres y las direcciones de las tiendas que los vendieron?

«¿Quiere usted casarse conmigo?», pensó Warrick.

—Gracias, señora Kotsay... Eso sería de una increíble ayuda.

Ella le envió la lista por fax.

Y, tras eso, Warrick Brown se fue a buscar a Grissom.

Mientras Catherine le observaba, el doctor Robbins comparaba el informe dental de Malachy Fortunato y los clientes de la momia. Tanto ella como el coronel llevaban puestas sus batas, pero bajo la suya, Robbins llevaba una camisa de rayas finas, una corbata de rayas en diagonal y unos pantalones grises; se había vestido como todo un pretendiente.

Eran poco menos de las siete de la tarde. Catherine había vuelto a llegar temprano, pues el turno no empezaba oficialmente hasta la once de la noche.

El coronel estudiaba la radiografía dental, después se inclinaba sobre la momia, después volvía otra vez a observar la radiografía; un baile que Robbins repitió una docena de veces antes de hablar a Catherine.

—Catherine Willows, te presento a Malachy Fortunato.

Ella sonrió.

—Por fin. Robbins asintió.

—Por fin. Créeme, éste es el escurridizo señor Fortunato. El informe dental coincide.

—Muy bien —dijo ella mirando hacia la momia frotándose las manos como si estuviese contemplando un gran banquete—. Señor Fortunato, encantada de conocerle finalmente... Ahora que sabemos quién es usted, intentaremos encontrar a su asesino.

La arrugada momia no respondió.

—Buen trabajo, Doc —dijo Catherine, y se despidió de Robbins con un gesto mientras se dirigía hacia la puerta.

—No es más que mi trabajo —respondió él a la puerta batiente.

Catherine se quitó la bata y se dirigió al encuentro de Nick, que salía en ese momento del laboratorio.

—Hola —dijo ella—. También has llegado pronto, por lo que veo.

—Hola —dijo él, aunque parecía un tanto sombrío—. Lo del ADN tardará otra semana más... Están totalmente colapsados de trabajo.

—No importa —replicó ella con una sonrisa—. El doctor Robbins ha comparado los informes dentales con nuestra momia... Malachy Fortunato.

—¡Fantástico!

—Lo hiciste muy bien con el anillo, Nick.

—Gracias.

Fueron a la sala de descanso para tomar un café. Nick, tras servirlos, preguntó:

—¿Cuándo fue la última vez que este departamento se encargó de un caso de la mafia?

—Antes de éste, nunca. Un tanto sorprendente en Las Vegas.

—Supongo que se debe a lo que ellos dicen: no cagues donde comes.

—Yo siempre intento cumplirlo. —Catherine le dio un sorbo a su café, sintiéndose casi mareada—. Estamos en el buen camino, Nick. Vamos a pillar al que lo hizo.

—Seguro... ¿Acaso no son nada quince años entre dos amigos?

Ella no supo si sonreír o fruncir el ceño.

—¿Te estás quedando conmigo?

—En absoluto. Los casos de asesinato no prescriben jamás. ¿Qué quieres que haga?

Ella salió de la sala de descanso con la taza de café en la mano.

—Seguiremos en ello. En primer lugar, vamos a contar a Grissom lo que tenemos.

Después de que Warrick le explicase lo que había hecho en el casino y en Henderson, Grissom dijo:

—Todavía no tenemos pruebas de que el asesino sea de por aquí.

Grissom estaba sentado tras su escritorio, sobre el que reposaban montones de papeles, una pila de carpetas hasta los topes y un vaso a medio acabar con té helado; también había un variado muestrario de insectos, vivos y muertos. Warrick se sentó en una de las dos sillas colocadas frente a la mesa y Sara se apoyó en el fichero del rincón.

—Pero la dirección de correo... —dijo Sara.

Grissom negó con la cabeza.

—Nuestro hombre podría simplemente haber estado utilizando esa dirección. Y sabe Dios cuántas tarjetas tendrá con cuántos nombres, y registradas en quién sabe cuántos casinos... en cuántas ciudades.

—¿Qué hay de la zapatilla de deporte? —preguntó Warrick.

Grissom dijo:

—Eso ayudará, en particular en lo referente a saber si es alguien de aquí. Pero tú has dicho que medio millón de pares se vendieron en todo el país.

Warrick asintió un tanto desolado.

Grissom prosiguió:

—Para que esa zapatilla resulte realmente útil tendremos que encontrar el pie que va dentro de ella.

—Y tampoco estaría mal encontrar al tipo que va unido a ese pie.

Warrick suspiró y dijo:

—Mañana por la mañana puedo empezar a visionar las viejas cintas en el casino. Si nuestro hombre es de aquí, ése será un buen lugar para echar un vistazo.

—Así es —admitió Grissom asintiendo—. ¿No ha habido suerte con las huellas? ¿Algo sobre «Peter Randall»?

—No a lo uno y no a lo otro —contestó Sara.

Warrick agitó la cabeza.

—Gris, ¿realmente crees que vamos a poder dar con ese tipo? Se trata de una historia de la mafia... —Se encogió de hombros.

—Estás pensando en el hombre del Sphere —dijo Grissom—, ¿no es así?

No hacía demasiado tiempo, Warrick había estado trabajando en un asesinato todavía sin resolver, un moroso al que le habían asesinado a tiros en un ascensor de cristal del hotel Sphere; ese caso abierto, aunque diferente, también había sido cosa de la mafia.

—Tal vez —dijo Warrick—. ¿Qué hace que sea diferente?

—Entre otras cosas —explicó Grissom—, la prueba.

Antes de que Grissom pudiese ampliar su argumentación, Brass apareció en la oficina, seguido por Catherine y Nick. Brass, con un puñado de carpetas bajo el brazo, saludó a Grissom con una leve inclinación de cabeza.

—Tenemos una identificación positiva a través del informe dental —dijo Nick, sentándose en la silla junto a Warrick—. Nuestra momia es Malachy Fortunato, un residente de Las Vegas que desapareció hace quince años, debiéndole al casino regentado por la mafia en el que trabajaba un montón de dinero. El caso de la momia tiene que ver con la mafia.

Warrick, que no había estado al corriente de las similitudes entre las heridas de las víctimas de los dos casos, se irguió en su silla, alerta.

—El caso de la momia, parece ser que sí —dijo Grissom—. Pero aún no estoy seguro en lo que respecta a Philip Dingelmann. Sin embargo, creo que a los dos les disparó la misma persona.

A excepción de la de Brass, el resto de bocas se abrieron.

El detective de homicidios dio un paso hacia delante y dejó las carpetas sobre la mesa de Grissom.

—Estamos bastante seguros de que ambos crímenes fueron perpetrados por un mismo asesino al que el FBI ha apodado el «Dos puntos». Es el responsable de por lo menos, cuarenta asesinatos por encargo a lo largo y ancho de nuestro hermoso país, en un periodo de unos veinte años.

Apoiada en el marco de la puerta, Catherine preguntó:

—¿Cómo lo sabes?

—Por la firma —dijo Brass—. Dos heridas verticales de pequeño calibre, separadas por unos dos centímetros.

—«Dos puntos» —repitió Warrick secamente.

—Pero vamos a necesitar algo más que la firma —dijo Grissom— para probar que los dos asesinatos fueron realizados por la misma persona.

Tras esto se produjo una breve discusión, entre los que ya estaban al corriente de las similitudes entre los casos y los que no habían sabido nada hasta ese momento.

Finalmente, Grissom alzó un poco más la voz.

—Tal vez nos encontremos ante una coincidencia legítima en el descubrimiento

de estos cuerpos.

—Te refieres a la cuestión del tiempo —dijo Catherine.

—Sí. Dingelmann fue asesinado antes de que descubriésemos los restos de Fortunato, pero básicamente fueron simultáneos, acontecimientos desconectados... Se produjo un asesinato justo en el mismo momento en el que encontrábamos a una víctima del mismo asesino muerta hace mucho tiempo. Nada indica que uno de los asesinatos tenga algo que ver con el otro. Al menos, de momento.

Catherine asintió y dijo:

—Pero la firma sugiere que son víctimas del mismo asesino.

—Esa es una coincidencia que no puedo aceptar —dijo Grissom—. Que dos asesinos diferentes, relacionados con dos asesinatos asociados a la mafia, sigan el mismo patrón.

—Dos balazos en la nuca, Gris —dijo Warrick—, es una señal típica del descontento de los mafiosos que se remonta muy lejos en el tiempo.

—Pero es algo muy específico: dos disparos situados verticalmente del mismo modo, separados por dos centímetros. Eso me llamó la atención desde el principio, no como coincidencia, sino como la firma que sabemos que es.

—¿Y cómo lo sabemos? —preguntó Nick.

Grissom recostó la espalda en la silla.

—Tras examinar vuestra momia, Nick... Catherine..., expliqué a Jim mi teoría, y él y su gente empezaron a rebuscar en los archivos informáticos nacionales.

Brass golpeó suavemente un par de veces la pila de carpetas que había dejado sobre la mesa de Grissom.

—Ese tipo no pertenece a ninguna familia del crimen organizado, en ningún lugar del país. Trabaja de por libre, con una agenda de clientes relacionados... Nadie sabe nada sobre su aspecto y, hasta allí donde hemos podido llegar, nadie le ha visto nunca en acción... y ha vivido para contarlo.

—Ahora sabemos que estamos tratando con un asesino a sueldo que trabaja para la mafia —resumió Sara—. Tenemos dos asesinatos, separados por quince años, obra del mismo asesino. Aparte de saberlo... ¿en qué nos ayuda eso?

—Es más de lo que teníamos —dijo Grissom—. Tenemos el contexto, por lo que ahora sabemos hacia dónde dirigirnos.

—Magnífico —espetó Catherine—. ¿En qué cambiará nuestra forma de trabajar?

—En nada. —Sus miradas se cruzaron, después recorrió la estancia al completo con la vista, incluyéndolos a todos—. Seguiremos operando como si de dos casos diferentes se tratase..., pero nos mantendremos informados los unos a los otros acerca de nuestros progresos. Catherine, tú y Nick seguid trabajando en la momia. Como ha dicho Brass, necesitamos corroborar las pruebas. Encontradlas.

—Quieres que probemos que son obra de un mismo asesino —dijo Nick.

Catherine alzó una ceja y miró a Grissom.

Él le aguantó la mirada un par de segundos.

—No —dijo a Nick mirando aún a Catherine—. Seguidlas pruebas... Es posible que todavía se trate de dos asesinos.

Catherine sonrió.

—¿Qué hay del equipo de la granja? —preguntó Sara.

Grissom se volvió hacia Warrick.

—Estudia esas cintas del hotel hasta que te lloren los ojos... Sara, quiero que busques toda la información posible acerca de ese asesino. Estudia los archivos, indaga todo lo posible. Busca vínculos. Tal vez los otros investigadores hayan pasado algo por alto.

Ella asintió.

—Nicky —dijo Grissom—, lleva las balas de los dos casos a los examinadores de armas de fuego para que realicen las pruebas de balística.

—Sí, claro —respondió Niele—, pero...

—Pero ¿qué?

Nick se encogió de hombros.

—Ya sabemos que las estrías de las balas coinciden con el cañón que encontramos medio enterrado junto a Fortunato.

Grissom asintió.

—El asesino se deshizo del cañón, es cierto, pero tal vez no se deshizo de la pistola. Seguimos teniendo balas de un mismo calibre en los dos asesinatos. Tenemos que cubrir todas las posibilidades.

Warrick había estado estudiando a su jefe, y su voz demostraba confusión cuando dijo:

—No lo pesco, Gris. ¿Por qué crees que lo de Dingelmann tal vez no fue obra de la mafia?

—Sólo intento ser objetivo.

—Y yo soy el gilipollas subjetivo —dijo Brass, señalando hacia sí mismo—. Philip Dingelmann iba a representar a Charlie El atún Stark en el mayor juicio contra la mafia desde Gotti... ¿Por qué lo mataron? Era el perfecto portavoz, y ya había salvado a Frischotti y Vinci, y a los dos tipos de Cleveland, Tucker y Myers.

—¿Qué estaba haciendo en Las Vegas? —preguntó Warrick en voz alta.

Brass se encogió de hombros.

—Probablemente era su última oportunidad de relajarse un poco, «antes de meterse en el jaleo del juicio».

Warrick asintió y dijo:

—De acuerdo..., pero ¿por qué lo mataron?

Nadie tenía respuesta para eso.

—Dejemos que Jim se preocupe por los motivos —les dijo a todos Grissom—. Concentrémonos en los únicos testigos que nunca mienten: las pruebas.

Hubo asentimientos y sonrisas en la habitación... Lo habían oído antes.

—Nos hemos esforzado mucho a lo largo de estos años para librar a esta ciudad

de la influencia de la mafia. Tenemos que pillar a ese hijo de puta para recordar a esos gusanos que éste ya no es su territorio... y que nunca va a volver a ser como en los viejos tiempos.

El detective de homicidios dijo a Grissom que los archivos eran copias para todos los miembros del equipo, recordándoles que debían mantenerse en contacto, y se fue.

—Personalmente —dijo Grissom, ahora que Brass se había ido—, creo que nos debemos menos a los padres de la ciudad y más a las dos víctimas. El tiempo no recompensará la injusticia cometida con Malachy Fortunato... y un indeseable cliente no justifica lo que le hicieron a Philip Dingelmann.

Warrick y Sara se miraron.

—Así pues —dijo Grissom con un deje humorístico—, a trabajar.

Fuera de la oficina, Catherine detuvo a Nick agarrándole por el codo.

—Antes de que lleves las balas, ¿podrías comprobar algo por mí?

—Sí, claro... ¿De qué se trata?

—La señora Fortunato habló de una bailarina con la que estaba liado su marido cuando desapareció. Dijo que la bailarina... una bailarina de striptease... desapareció el mismo día que su marido.

—¿Sabemos su nombre? —preguntó Nick.

—Joy Starr. Tal vez fuese su nombre artístico...

—¿Tú crees?

—Es igual, Nicky. La cuestión es que tenemos que encontrarla sea donde sea. A ser posible, viva.

—¿Quieres decir que tal vez sea otro cadáver escondido en alguna parte?

—Cabe la posibilidad.

Nick suspiró.

—¿Sabes algo más de ella?

—No mucho. Trabajaba en Swingers, que está en Paradise Road. Cuando era bailarina, sin duda debía ser un poco más guapa que ahora.

—¿Y qué más?

—¿Qué más de qué?

—Trabajó en un club de striptease antes de desaparecer hace quince años, ¿eso es todo?

—Eso es todo. Quizá podrías informar a la gente de Brass y pasar por allí..., aunque hayan pasado muchos años. Busca primero en los periódicos de Internet. Busca en los informes de personas desaparecidas... Por lo visto, desapareció al mismo tiempo que Fortunato.

Él le dedicó una de sus deslumbrantes miradas.

—Eh, si lo que quieres es que me deje caer por un club de striptease, supongo que podré hacer ese sacrificio.

—Antes, repasa los informes.

Catherine ya se había puesto en marcha.

—Voy a volver a la casa. Retomaré el caso cuando Malachy no era una momia sino un caso de desaparición. Ahora es el escenario de un asesinato.

—El escenario de un crimen —dijo Nick.

Catherine sacó el Tahoe fuera del aparcamiento y se encaminó hacia la casa de Fortunato. Pensó en llamar a O'Riley, pero prefirió no hacerlo. Era una operación de búsqueda de pruebas, no implicaría interrogatorio alguno; no era necesario hacerle perder el tiempo.

De camino, tomó el teléfono móvil y llamó a la casa de la señora Fortunato. Respondió Gerry Hoskins y ella le preguntó si tenía inconveniente en que fuese allí a esas horas de la tarde.

Cuando llegó, Catherine dijo al señor Hoskins qué era lo que iba a hacer y él le dio su visto bueno. Annie se había acostado, dijo, él quería que ella intentase descansar, pues las noticias que había recibido ese mismo día le habían afectado.

Era comprensible.

Mientras Catherine se preparaba, Hoskins sacó a la 160 calle los dos coches que estaban aparcados en el camino de entrada. El escenario había sido revisado hada quince años, y ella esperaba ahora descubrir algo que a los investigadores se les hubiese pasado por alto. Aunque las técnicas de investigación científica habían experimentado enormes cambios, a veces resultaba útil servirse de las antiguas costumbres.

Catherine sacó el detector de metales del maletero del Tahoe, se colocó los auriculares, puso en marcha el aparato y empezó por el final del camino de entrada, tocando a la calle. Moviéndose despacio de un lado a otro, Catherine rastreó todo el camino de entrada. En el informe original del caso Fortunato no decía nada acerca de los casquillos de bala; por supuesto, y aunque hubiese una mancha de sangre en la grava, los detectives no sabían que se estaban enfrentando a un caso de asesinato.

La cuestión es que el informe no decía nada acerca del descubrimiento de casquillos.

El sol hacía un rato que había empezado a descender, pero la fiera bola anaranjada parecía no tener prisa por ocultarse tras las montañas, y el calor seguía flotando sobre la ciudad, aferrándola con fuerza. De no haberse encontrado en el escenario de un crimen, no le habría importado ser testigo de una de aquellas infrecuentes tormentas de verano, a pesar incluso de la posibilidad de rayos y truenos.

Recorrió cada rincón de la cochera sin registrar nada con el detector de metales. Le dolían los hombros, los ojos le escocían y sudaba por todos y cada uno de los poros de su cuerpo. Había trabajado demasiadas horas, incluso para lo que en ella era habitual. Se sacó los auriculares, se pasó la mano por sus alborotados cabellos y extrajo una toallita de papel de su bolsillo para enjugarse la frente.

—Brutal, ¿eh?

Medio sobresaltada, Catherine se volvió para ver a Annie Fortunato con dos vasos largos de limonada en las manos y un cigarrillo colgándole de los labios. La mujer de

la casa extendió hacia ella uno de los vasos.

—No tenía por qué haberse molestado, señora Fortunato. Pero gracias.

—Deje de tratarme así. Llámame Annie.

—Bien. Gracias, Annie. —Catherine le dio un largo trago a la helada limonada—.

Me ha salvado la vida.

La mujer negó con un gesto.

—Es sólo limonada en polvo..., pero hace calor, y esto ayuda siquiera un poco.

Sonriendo, Catherine asintió y apoyó el frío vaso sobre su frente.

La señora Fortunato, con el cigarrillo ya en la mano, señaló hacia el detector de metales.

—¿Qué estás buscando por aquí con ese trasto?

—Francamente —dijo Catherine, entendiendo que no había motivo para ocultarle la información—, esperaba encontrar los casquillos de las balas que mataron a su marido.

Ella frunció el ceño alarmada.

—¿Crees que le dispararon... aquí?

—Había sangre.

—Sí, pero... no escuché disparos, y yo tenía el sueño muy ligero. Todavía sigo teniéndolo.

—El asesino pudo utilizar un silenciador... ¿Le molesta que hable de un modo tan directo?

—No, demonios. Ya lloré lo mío. Sigue.

—En cualquier caso, el cañón de la pistola que encontramos junto al cuerpo de su marido era de una automática. Eso significa que los casquillos de bala tuvieron que ir a alguna parte.

La señor Fortunato asintió, en apariencia de acuerdo con la lógica de sus palabras.

—¿Has tenido suerte?

Catherine suspiró.

—En realidad, no... Habría sido poco menos que un milagro haber tenido suerte.

—Le dio otro trago largo a la limonada—. Voy a darle un repaso antes de irme.

La señora Fortunato estudió a Catherine.

—¿Sabes? Quería darte las gracias por lo que has hecho.

Catherine no supo cómo reaccionar.

—No hay por qué darlas, señora Fortunato..., pero no he hecho gran cosa hasta el momento.

La mujer bebió de su limonada, después dio una calada a su cigarrillo recién encendido, y una lágrima descendió por su mejilla.

—Sí que lo has hecho. Sé que Malachy no era perfecto, pero era...

Las lágrimas pudieron con ella. Lanzó el cigarro al suelo.

Catherine la rodeó con su brazo.

—Mierda, ya he llorado bastante.

—Está bien —dijo Catherine—. Está bien.

—No me malinterpretes... ¡quiero a Gerry!

—Lo sé. Se nota.

Un deje esperanzador, juvenil incluso, apareció en el rostro surcado de lágrimas de la mujer.

—Pero Mal era el amor de mi vida. Sólo se tiene uno... y, a veces, se cruzan algunas busconas... ¿Sabes a lo que me refiero?

Catherine esbozó una sonrisa.

—Me temo que sí.

—Cuando me trajiste ese anillo esta mañana, bueno, finalmente supe qué le había pasado. Se acabaron las dudas, pensar en las diferentes posibilidades en mitad de la noche... Por eso quería darte las gracias.

Apretando el cuerpo de la mujer contra el suyo Catherine dijo:

—En ese caso, Annie, no hay de qué.

Catherine caminó con ella hasta el porche y se sentaron en el cemento, donde acabaron con sus limonadas en silencio, observando cómo el sol tocaba finalmente la línea del horizonte y el cielo adquiría matices violetas, anaranjados y rojizos.

La señora Fortunato dijo:

—Mejor me voy dentro. Necesito un cigarrillo. ¿Quieres entrar conmigo?

—No, gracias. —Catherine se puso en pie—. Será mejor que siga con el trabajo antes de que se haga demasiado oscuro para ver nada.

—Encenderé las luces de fuera. —Agarró los dos vasos y dijo—: Si quieres más limonada, entras y te sirves.

—Lo haré —respondió.

Volvió a poner en marcha el detector de metales al tiempo que la señora Fortunato se metía en la casa. De nuevo, Catherine se colocó los auriculares.

—Alta tecnología —se dijo a sí misma irónicamente.

Catherine empezó por un extremo de la cochera, moviéndose de un lado a otro con el mango, de unos ochenta centímetros, extendido y el disco del detector a irnos cinco centímetros sobre el oscuro alquitrán. Aquella máquina le provocaba siempre dolor de espalda debido a la postura ligeramente inclinada que adoptaba para trabajar con ella. Hacia la mitad de la cochera, en el lado más cercano a la casa, escuchó un leve zumbido.

Era muy débil y, en un principio, pensó que sus oídos le estaban jugando una mala pasada. Adelante y atrás, adelante y atrás, y en todas las ocasiones el mismo zumbido: un ruidito que resonaba en su cabeza.

Tal vez se tratase de un casquillo, tal vez de una simple tuerca; podía ser cualquier cosa. Sin embargo, una cosa estaba clara: sin duda había algo, algo metálico. Sacó el teléfono móvil y marcó el número de Grissom.

—Grissom.

—Creo que tengo algo aquí —dijo Catherine.

—¿Qué es?

Ella le explicó la situación.

—¿Alguna idea?

—Tal vez. Dame media hora. ¿Qué tal es tu relación con los dueños de la casa?

—Me adoran.

—Bien. Consigue que te den permiso para excavar.

—¿En su camino de alquitrán?

—No va a ser en sus jardineras.

—De acuerdo, Gil. Te espero.

Cortó la comunicación y guardó el teléfono mientras caminaba hacia la puerta principal. Llamó.

Gerry Hoskins, todavía vestido con camiseta y vaqueros, abrió la mosquitera.

—Creo que he encontrado algo —dijo Catherine.

La señora Fortunato debía haberle puesto al corriente, pues no pareció sorprenderse.

»—Avisaré a Annie.

Cuando Grissom llegó, los tres le esperaban en el jardín. Catherine se acercó hasta el Tahoe de Grissom.

—¿Vas a hacer lo que creo que vas a hacer?

—No... Vamos a hacerlo. Será lento y, probablemente, ensuciamos un poco.

Él y Catherine se pusieron un par de monos de trabajo y llevaron el equipo hasta el lugar que ella había señalado en el asfalto. Le pasó los auriculares a Grissom para que pudiese escuchar el débil zumbido.

—Bien —dijo—. Manos a la obra. Catherine observó cómo agarraba un pequeño soplete de propano y lo encendía.

—¿Funcionará?

—Creo que es el único modo de mantener las probabilidades de preservar la prueba. Es lo que hay.

El soplete lanzó una llama azul y anaranjada que brilló en la oscuridad.

—Eso espero —dijo ella, preocupada—. Sería demasiado jaleo para que después encontrásemos las monedas que le dieron a un niño para la* merienda.

Grissom sonrió.

—En ese caso, le entregaremos el tesoro a estos buenos ciudadanos y les daremos las gracias.

Arrodillados los dos, asistidos por la única luz del porche, rodearon la zona mientras Grissom dirigía el soplete hacia el punto que ella había señalado. A medida que el alquitrán se ablandaba debido al calor, Catherine retiraba cuidadosamente el material con una paleta de jardín. Cuanto más se acercaban al fondo, más lentos trabajaban. Grissom iba apartando progresivamente el soplete, calentando secciones cada vez más pequeñas del suelo de la cochera a un ritmo estable. Catherine utilizaba ahora una cuchara para apartar el asfalto caliente, y una pequeña linterna para

alumbrar la zona mientras la limpiaba en busca del pedazo de metal que había hecho zumbiar al detector.

Finalmente, tras unas dos horas de tedioso esfuerzo, a Catherine le dolían las rodillas a rabiar, y cuando ya estaban a la vista retazos de la antigua grava al fondo de su excavación, vio algo que parecía fuera de lugar.

—Espera —dijo ella.

Grissom apartó el soplete.

—¿Has visto algo?

—Creo que sí —respondió y señaló el agujero con la luz de la linterna.

Dejó la cuchara a un lado, se puso un par de guantes de látex y metió la mano en el hoyo. Sus guantes no aguantarían el alquitrán caliente, por lo que tenía que moverse con cuidado. Finalmente encontró lo que andaba buscando.

Grissom dejó a un lado el soplete y tomó la linterna de Catherine, por lo que ella podía usar las dos manos.

Extrajo el pequeño objeto y lo pasó de una palma de la mano a la otra, soplando para enfriarlo. Él enfocó la luz en la cosa que tenía Catherine en la mano. Pequeño, de la medida de una huella dactilar y de un tercio de diámetro, el objeto era obviamente de metal pero estaba recubierto por una capa oscura.

—Cuando volvamos al laboratorio y lo limpiemos —dijo ella manteniendo el objeto a la luz—, creo que tendremos un casquillo de calibre 25.

Grissom no dijo nada, pero sus ojos brillaban tanto como la llama del soplete justo antes de apagarlo.

Durante unas dos horas, Sara se sumergió en los archivos que Brass había traído, descubriendo unos cuantos detalles significativos que el detective de homicidios había pasado por alto.

A pesar de que la carrera del asesino cubría cerca de veinte años, sólo un puñado de huellas del dedo pulgar extraídas de los casquillos relacionaban a un único sospechoso con los asesinatos. Los dos agujeros verticales separados por unos dos centímetros, su firma, se habían detectado en cuarenta y dos asesinatos (antes de los descubiertos esa semana) repartidos entre veintidós estados. Curiosamente, la firma parecía haber desaparecido del mapa hacía cinco años. Su nuevo asesinato —la muerte del abogado de la mafia en el pasillo del Beachcomber— era una excepción.

Nick apareció por la puerta.

—¿Has tenido suerte?

—Como era de esperar, Brass omitió algunos detalles —dijo Sara.

Con el informe en la mano, Nick se sentó a su lado.

Ella le puso al corriente rápidamente, concluyendo:

—No estoy segura de que nada de esto resulte concluyente. ¿Y tú qué tal?

—Las pruebas tardarán un tiempo en dar resultado.

Sara descansó la barbilla en la palma de su mano, apoyando el codo encima de la mesa.

—Hay otro pequeño detalle que Brass pasó por alto.

—¿Cuál?

—Ninguno de los investigadores parece haberlo tenido en cuenta, pero...

—Dime.

—Se encontraron los cuerpos de las víctimas..., aunque quién sabe cuántas otras víctimas, como vuestra momia, siguen escondidas... Pero ¿qué pasó con los coches? No se encontraron nunca.

—No tengo claro si te he entendido.

—De acuerdo. Te explicaré la versión larga. Tomemos a Malachy Fortunato, ¿encontró la policía su coche? Tanto él como su vehículo desaparecieron, ¿lo recuerdas?

Nick, pensando en lo que acababa de decirle, añadió:

—Tendré que comprobar el informe, pero creo... creo que estás en lo cierto.

—Por supuesto que estoy en lo cierto. —Se inclinó hacia él—. Créeme, nadie volvió a ver ese coche desde que lo sacaron de la cochera aquella mañana... con el señor Fortunato, muy probablemente, en el maletero.

—Un pasajero muy dócil, supongo —dijo Nick—. Pero ¿qué pasa con Dingelmann?

—Su caso, te lo garantizo, no encaja con el patrón —señaló—. Pero es que Dingelmann no tenía coche.

Tomó un autobús desde el aeropuerto.

—¿No alquiló un coche?

—No. El portero del hotel vio cómo Dingelmann se subía a un taxi en un par de ocasiones.

Nick estaba interesado.

—¿Los coches de todas las víctimas desaparecieron?

—Si tenían coche, sí. Otro punto en común es que las víctimas acostumbraban a desaparecer de sus casas, del trabajo, o de algún otro lugar familiar, y los cadáveres aparecían en cualquier lugar.

Nick asintió al oír sus palabras.

—Los dejó por aquí y por allá.

—Eso podría ser una suposición razonable, pero ya sabes lo que opina Grissom de las suposiciones.

Nick hizo un gesto hacia la pila de carpetas.

—¿Has encontrado algo más que pueda servirnos?

—Bueno —respondió ella encogiéndose de hombros—, hay un detalle al que no puedo dejar de darle vueltas.

—¿De qué se trata?

Sara volvió a adoptar un lenguaje más analítico.

—Por alguna razón, este prolífico asesino profesional desapareció hace casi cinco años. ¿Por qué ha vuelto a aparecer? Me refiero a que, si Grissom está en lo cierto y Dingelmann no fue asesinado por la mafia, en ese caso, ¿qué demonios hace ese tipo en Las Vegas, activo de nuevo de repente?

—Tal vez lo contrató otra persona.

—¿Quién?

—La exmujer de Dingelmann, un socio descontento... ¿Quién sabe? El hecho de que no hayan aparecido cuerpos con su marca distintiva, los «dos puntos», no quiere decir que nuestro hombre haya estado en el dique seco.

—Sí, sí, es posible. Y nosotros sabemos de al menos un caso en que ha escondido el cuerpo. Así pues, ¿tú qué piensas?

Niele alzó las manos con las palmas hacia arriba.

—Acaso crees que Grissom quiere oír... —dijo ella imitando su gesto.

—De acuerdo —replicó él sonriendo de forma burlona—. Lo he pillado: más investigación.

Sara le correspondió con una sonrisa similar.

—Bueno, no pierdas la calma. ¿Tú qué has sacado en claro hasta este momento? Yo te he mostrado mis cartas, enséñame las tuyas.

Nick parecía incómodo, se puso a reír camino de la puerta y dijo:

—Voy a repasar la página web del *Las Vegas Sun*, rebuscaré entre los viejos

periódicos cómo se trató la desaparición de Fortunato, la suya y la de la bailarina relacionada con él... También buscaré el informe original de la desaparición de la bailarina. Oficialmente, también se la dio por desaparecida.

Sara frunció el ceño.

—¿Una bailarina?

—Bailarina exótica. Striptease. Las chicas inocentes como tú no deberían saber estas cosas.

—Catherine lo sabía.

Nick hizo una mueca.

—Sí, así fue como me enteré de su nombre, Joy Starr. La bailarina que desapareció el mismo día que el empleado de casino Fortunato.

Sara estaba riendo entre dientes, produciendo un extraño sonido.

—Esto se pone bien.

—Al parecer, «Joy Starr» era el nombre artístico de Mónica Petty. Voy a pasar el nombre a Brass para ver qué puede hacer.

—Pero tendrás que ir al club de striptease con él.

—Tendré... Era una preciosidad, en sus tiempos.

—Joy ¿qué?

—Starr. —Nick sacó una foto de ella de una carpeta y se la pasó a Sara—. La siguiente actuación, damas y caballeros: el exótico baile de Joy Starr.

—La entradilla de los ZZ Top —dijo Sara observando la fotografía de carné de una hermosa mujer de ojos y cabello oscuro de unos veinte años, con un peinado muy de los ochenta—. Peinado de centro comercial.

—¿Cómo?

Ella rió abiertamente.

—Es como mis amigas y yo solíamos llamarlo: peinado de centro comercial.

—¿Alguna vez te peinaste así? —le preguntó con un deje burlón en su voz—. ¿En el instituto, quizá?

—Por aquel entonces era una rompecorazones —respondió ella—, igual que ahora. Será mejor que salgas corriendo antes de que te rompa el corazón, Nicky.

—Oh —dijo él, mirando de nuevo la foto. Después la metió en la carpeta y volvió al trabajo.

En cuanto ella y Grissom estuvieron de regreso, Catherine fue directamente al laboratorio y pasó allí la hora siguiente limpiando los restos de alquitrán del casquillo, frotándolo con acetona, haciendo todo lo que estaba en su mano para no dañarlo. Preservar las huellas dactilares era una causa perdida, pero el casquillo en sí podría ofrecer otro tipo de respuestas.

Encontró al examinador de armas de fuego, un amigable veterano de veintiocho años llamado Bill Harper, que en ese momento estaba examinando las balas que Nick

le había llevado antes.

Harper llevaba su largo y rizado cabello gris típicamente despeinado y, por lo que parecía, nadie había metido mano en él desde los tiempos de la administración Nixon; pero Catherine sabía que no había en todo el estado un examinador de armas de fuego mejor.

—¿Tienes algo? —le preguntó.

—No mucho.

—¿Nada?

—Algo, pero...

Se encogió de hombros y se apartó del microscopio, haciéndole un gesto para que fuese ella la que echase un vistazo. Ella dio un paso y observó los dos casquillos. Obviamente, no habían salido por el mismo cañón.

—Las estrías son completamente diferentes —dijo Harper—. De las cuatro balas, coinciden por parejas, pero las dos parejas no coinciden entre sí. Las dos de la momia coinciden con el cañón encontrado junto al cuerpo. Pero las otras dos son diferentes. Lo único que tienen en común es que son del mismo calibre.

Catherine asintió, se apartó del microscopio y alzó tres bolsas con pruebas.

—¿Quieres echar un vistazo a los casquillos?

Las cejas de Harper se arquearon demostrando interés.

—¿De dónde los has sacado?

—El número uno es de nuestra momia, el dos y el tres provienen del Beachcomber.

—Bien —dijo Harper—. Tienes que entender que esto puede llevarme un rato.

—Esperaré —respondió ella sentándose en una esquina de la mesa de Harper y recostándose hacia atrás.

Mientras le miraba trabajar, Catherine contó las horas que habían pasado desde la última vez que durmió. Algo así como veinticuatro.

Greg Sanders encontró a Nick frente a un ordenador y le entregó las pruebas de ADN de Malachy Fortunato.

—Gracias, Greg. Aunque ya comprobaron la identidad gracias al informe dental.

—Pero lo de Gran Turismo sigue en pie, ¿no?

—No puedo negar nada al hombre que controla mi destino.

—Inteligente decisión —dijo Sanders—. No saqué mucho de los zapatos del tipo. Estuvo en algún lugar con grava. Un camino o algo así. ¿Tiene sentido para ti?

—Sí, lo tiene —respondió Nick—. ¿Y qué hay de la colilla?

Sanders hizo una mueca.

—Esa cosa tiene unos quince años de antigüedad... Apenas queda nada.

—Pero tiene algo.

Ahora Sanders sonrió; el aire demente de su mirada venía a decir que estaba orgulloso de sí mismo.

—Quedó algo de ADN.

Nick se puso en pie de un salto.

—¿Estás de broma?

—No se puede trabajar con él.

Aquel muchacho funcionaba como el típico chiste buenas noticias/malas noticias.

—Gracias, tío —dijo Nick con desaliento—. Te traeré el juego mañana.

—¡Si!

Los ojos se movieron frenéticamente, como todos los maniacos de los videojuegos. Sanders salió.

Nick pasó dos horas intentando encontrar a Brass, pero no tuvo suerte; el detective no respondió a su buscapersonas, así que, Nick decidió hacer una visita al Swingers. A fin de cuentas, el cambio de ritmo le ayudaría a mantenerse despierto. Suponiendo que respondería a su petición, fue en busca de Warrick para dar una oportunidad a su compañero de que fuese con él.

Encontró a Warrick en un laboratorio a oscuras, con la cabeza sobre el mostrador, roncando. Habida cuenta de las horas que llevaban trabajando, estaba plenamente justificado. En lugar de despertar a su colega, Warrick salió y cerró la puerta.

La puerta del despacho de Grissom, por lo general siempre abierta, estaba cerrada, y las luces estaban apagadas. El jefe se había dado un tiempo para sí mismo tras regresar con Catherine, y Nick se preguntó si debía molestarle o no. Por otra parte, si no hablaba con él, Grissom seguramente se enfadaría... y Nick odiaba hacerle enfadar.

Llamó a la puerta.

—¿Sí? —dijo una cansada voz al otro lado.

Nick abrió la puerta y metió la cabeza en la oficina a oscuras.

—Jefe... Hola, no quería molestarte.

—Enciende la luz.

Nick lo hizo, llenando la habitación con la luz de los fluorescentes.

Grissom, que había estado echando una cabezadita en el sofá, se incorporó; su cabello gris estaba enredado, sus ropas negras arrugadas.

—Estás hecho un asco.

—Gracias —dijo Grissom poniéndose en pie y desperezándose—, tú también. —Grissom fue hacia Nick—. ¿Qué pasa?

—¿Te habló Catherine de la bailarina que desapareció la misma noche que Fortunato?

Asintió.

—Sí.

—Trabajaba en un lugar llamado Swingers.

—En Paradise Road —añadió Grissom. Se frotó los ojos y bostezó—Lo siento.

—Incluso tú eres humano.

—No, no lo soy, Y no dejes que un día te pille en una situación así.

Nick no podría haber dicho si Grissom hablaba en broma o no; lo cual le mosqueaba.

—¿Ese lugar sigue abierto? —preguntó Grissom refiriéndose al Swingers.

—Supongo —dijo Nick acompañándose de un gesto—. Creo que debería ir para ver si alguien la recuerda.

—Eso es responsabilidad de Brass. Nick se encogió de hombros.

—No puedo encontrarlo.

—¿Y O'Riley? Nick negó con la cabeza.

—Fuera de servicio.

—¿Conroy? —Igual.

Grissom sopesó las posibilidades.

—Llévate a Warrick.

—Está roncando en el laboratorio —dijo Nick—. Creo que no ha pegado ojo en veinticuatro horas.

—De acuerdo —dijo Grissom como de pasada—, entonces vámonos.

Nick reaccionó como si le hubiesen lanzado un vaso de agua fría en la cara.

—¿Cómo... tú y yo?

Moviendo la cabeza, Grissom miró a Nick.

—¿Te parece mal?

—No, no, está bien. ¿Quieres conducir tú?

—Conduce tú... Pero esto no es oficial, ¿entendido? Simplemente nos damos un descanso.

—Me parece bien.

—Dame un segundo para lavarme los dientes.

—Cómo no, jefe...

—Una cosa... Lávatelos tú también. Vamos a encontrarnos con damas.

Nick sacudió la cabeza y fue rápidamente a hacerlo. Todas las conversaciones con Grissom eran siempre una nueva experiencia.

El edificio de madera con pinta de granero que alojaba al Swingers estaba ubicado en Paradise Road, unos cuatro kilómetros al sureste del aeropuerto McCarren. Cincuenta años atrás, antes de que la ciudad creciese hasta el punto de engullirlo, aquel lugar había sido un burdel particularmente próspero. Ahora, con la pintura desconchada y los canalones de desagüe flojos, aquella construcción parecía una prostituta vieja con demasiado trabajo a sus espaldas.

A pesar de ser una ciudad abierta las veinticuatro horas, los establecimientos del Strip cerraban a las tres de la madrugada, aunque el neón de Swingers seguía encendido^ mostrando la silueta de una mujer bailando. Nick se adentró en el aparcamiento al volante del Tahoe sólo cinco minutos antes del cierre. En el aparcamiento había una media docena de coches aparcados; sólo uno de ellos, un

Honda aparcado en batería estaba cerca del Tahoe y de la puerta principal.

—Una noche floja —dijo Nick.

—¿Tienes experiencia en esto? —preguntó Grissom.

—Quiero decir que lo parece —respondió Nick—. Parece una noche floja. En realidad, no lo sé.

En la sonrisa de Grissom destacaba el escepticismo.

Un gorila con la cabeza afeitada y perilla salió a su encuentro en la puerta; vestía una ceñida camiseta negra y vaqueros también negros.

—Estamos cerrando —gruñó.

El tipo, de más o menos metro ochenta y cinco, no parecía tener cuello, sus ojos eran fríos y oscuros y parecía apunto de ladrar como un rottweiler.

—Nosotros... —dijo Nick.

—Nosotros ya hemos cerrado —repitió el gorila—. Le ofreceremos el entretenimiento que busca otra noche.

Nick volvió a intentarlo.

—Pertenece al...

Los ojos del gorila dieron la impresión de salirse de sus órbitas, el labio superior compuso una mueca de desprecio.

—¿Eres sordo, gilipollas?

Grissom se interpuso entre los dos hombres y le mostró al gorila su placa.

—Departamento de Criminalística de Las Vegas.

El tipo no se movió.

—¿Y qué?

—Queremos hablar con el dueño.

—¿Acerca de qué?

Ofreciéndole a aquel hombretón una amable sonrisa, Grissom dijo:

—Bueno, eso queda entre él y nosotros.

El gorila alzó las cejas; seguía impertérrito.

—Entonces, muchachitas, tendréis que traer una orden.

A Nick se le acabó la paciencia.

—¡Sólo queremos hablar, no necesitamos una orden!

El gorila le lanzó una mirada feroz y dio un paso hacia él.

—Perdona el juvenil entusiasmo de mi colega —dijo Grissom, volviendo a colocarse entre ellos, manteniéndose más cerca del tipo, hablándole en voz baja.

El tono suave de su voz desconcertó al matón; Grissom había llamado la atención del hombre.

Con una angelical sonrisa, Grissom dijo:

—¿Quieres que traigamos una orden? De acuerdo, haré una llamada y lo haremos de ese modo. Puedo tenerla en diez minutos... Por supuesto, mientras tanto nadie saldrá de aquí, y cuando tenga la orden entraremos y encontraremos cada gramo, cada miligramo, cada mota de polvo de cualquier tipo de droga que haya ahí dentro. Te

aseguro que comprobaremos el historial de las chicas que trabajan aquí, para asegurarnos que todas tienen la edad correspondiente. Después de eso, vendrá alguien del departamento de bomberos y un inspector de la propiedad inmobiliaria. —Abrió el teléfono móvil—. Estoy preparado si tú lo estás.

Repentinamente sonriente, el gorila golpeó el aire con la mano frente a él.

—Bueno, bueno. ¿El dueño? Creo que está en su oficina. Un minuto. Podéis esperar en el bar. —Señaló hacia dentro—. Tomad lo que queráis, paga la casa.

Entraron en la sala cargada de humo, en la que sonaba música del sur, los anuncios de cerveza de neón brillaban entre la bruma y las paredes eran rugosas; una especie de granero color gris que sólo había conocido una primera mano de pintura. Había una docena de hombres presentes. El gorila desapareció hacia la parte de atrás.

—Buen trabajo —dijo Nick.

Como era de esperar, el bar olía a cerveza rancia, humo de tabaco, orina y testosterona; no era el lugar más atrayente de la ciudad, pero el mantenimiento era barato. Las sillas verdes y blancas de plástico —típicas de jardín— estaban dispersas por todo el local. Se encontraban frente a un escenario que ocupaba gran parte de la pared, y había una fila de sillas bien alineadas frente a él; el único equipamiento propio de un espectáculo eran unas cuantas bombillas baratas de colores y dos barras de las que hay en los cuarteles de bomberos a ambos lados del escenario.

En esos momentos, una delgada rubia se deslizaba por una de las barras mientras media docena de clientes la observaban. Unos cuantos billetes manoseados estaban esparcidos por el suelo de madera del escenario como si de desperdicios se tratase.

En el extremo izquierdo del escenario había una puerta en la que podía leerse sólo bailarinas; por ahí fue por donde salió el gorila, dejando claro que era el camino para llegar a los camerinos y a la oficina del jefe. Nick y Grissom se quedaron en el extremo de la derecha de la barra en forma de U. Tras ella, una mujer con aspecto de cansada, de unos cuarenta años como mínimo, vestida sólo con un mínimo bikini, miró a Nick mientras lavaba los vasos en una pica y los dejaba en otra.

—Es vuestra última oportunidad para pedir, amigos —dijo ella imponiéndose al rock sureño, con un toque de insinuación en la voz—. Pero si queréis algo, ¿quién sabe? Podría hacer una excepción.

Tal vez era demasiado mayor para hacer striptease, pero seguía siendo lo suficientemente atractiva como para prostituirse.

—Estamos bien —dijo Grissom.

Con el ceño fruncido, pero sin apartar la vista de Nick, la mujer siguió lavando vasos, repasándolos de arriba abajo con un estropajo. La acción no le pasó desapercibida a Nick, por lo que se volvió antes de echarse a reír. Grissom no se percató o no quiso darse por aludido.

El gorila salió por la puerta que rezaba sólo bailarinas, tras él iba un hombre joven y delgado con pinta de bachiller, con pantalones cortos y una camiseta de la universidad de Nevada-Las Vegas. Nick lo reconoció, él también había sido

«bailarán» y lo había visto actuar. El tipo joven tenía el pelo rubio y rizado, una descuidada perilla y lucía una tachuela metálica con forma de pistola en mitad de la ceja.

—¿Queríais hablar conmigo? —preguntó con una voz que parecía propia de un adolescente.

Nick no pudo evitar su reacción.

—¿Tú eres el dueño?

—Soy el director. —El muchacho miró a Grissom y después a Nick—. ¿Eso os causa algún problema?

Los dos policías científicos negaron con la cabeza.

El chico hizo un gesto.

—¿Os importa si salimos de aquí? No quiero incomodar a los clientes... Hoy no ha venido mucha gente.

Salieron al aparcamiento, donde la brisa del desierto hacía rodar los hierbajos. El brillo del neón rojo cayó sobre ellos mientras duró la conversación, interrumpida cuando algún cliente salía del local camino de su coche.

Tensando la frente, Grissom preguntó:

—¿Qué edad tienes?

El neón zumbó como un matamoscas.

—Veintitrés —dijo el muchacho—. Estoy cursando un máster en administración de empresas en la Universidad de Nevada-Las Vegas. Este lugar me proporciona el dinero para hacerlo. Mi tío es el dueño. Soy un experto en negocios... Nos da para los dos.

—¿Cómo te llamas?

—John Pressley.

—¿Como Elvis? —preguntó Grissom.

—Como Elvis pero con dos eses.

Nick sacó su cuaderno, anotó lo que acababa de oír y preguntó:

—¿Cuánto tiempo hace que tu tío regenta este negocio?

—No mucho... Un par de años. Fue una inversión.

—Ya veo. ¿Puedes decirnos algo del anterior dueño?

Pressley le miró con suspicacia.

—¿Por qué?

—Estamos buscando a una mujer que bailaba aquí hace quince años. Antes de que llegaseis vosotros.

Pressley extrajo un paquete de cigarrillos del bolsillo de su pantalón y encendió uno. Miró a Nick, después a Grissom, como si calibrase algo.

—Marge —dijo finalmente—. Una vieja gorda. Ella regentaba este basurero.

Aquella información era un detalle valioso, o así lo entendió Nick, que preguntó:

—¿Cuál es su apellido, lo recuerdas?

—Claro. Kostichek, Marge Kostichek —dijo a Nick, que escribió el nombre.

—¿Dirección?

El chico dejó escapar el humo.

—No tengo ni idea... Tendréis que trabajar duro en ese tema, colegas.

Grissom mostró de nuevo una sonrisa angelical.

—¿Como cuánto de duro, señor Pressley?

—Oh, ella sigue por aquí. Probablemente podáis encontrarla en el listín telefónico. Dejad que vuestros dedos hagan el trabajo.

—Gracias —dijo Nick.

El muchacho alzó se ceja atravesada por la tachuela.

—¿No vais a fastidiar más?

Grissom dio un paso adelante.

—¿Marge Kostichek es agua clara o te estás quedando con nosotros?

Manteniendo la mirada a Grissom, Pressley soltó una carcajada y dijo:

—Ella es tan real que no puedo creer que no hayáis oído hablar de ella. Es toda una leyenda en el negocio, tío.

—Si la encontramos —dijo Grissom—, no fastidiaremos más.

—Bien... ¿Hasta cuándo?

—Hasta la próxima vez —respondió Grissom amablemente, y le dio la espalda camino del Tahoe. Una vez a cierta distancia, dijo a Nick—: Volvamos a la oficina. Encontraremos la dirección de Marge Kostichek y podrás decirle a Conroy o a Brass que te acompañen.

—De acuerdo —dijo Nick—. Otra cosa, Grissom...

—¿Qué?

—¿«Agua clara»?

Grissom sonrió, y Nick se echó a reír. Montaron en el Tahoe y Nick lo puso en marcha. Ya habían dejado atrás el aeropuerto cuando Grissom finalmente habló.

—Espero que hayas entendido por qué me negué a que vinieses solo. Nick no dijo nada. —No te gustó, ¿verdad?

Nick volvió la cabeza para encontrarse con los ojos de Grissom, pero no respondió.

—¿Sabes por qué lo he hecho así, no?

Warrick se encogió de hombros.

—Crees que no estoy preparado.

La luz del semáforo cambió a rojo y Nick detuvo el coche.

—Sé que no estás preparado.

Nick se volvió hacia su jefe e incluso él mismo pudo apreciar la seriedad de su voz.

—Te equivocas, Grissom. Estoy preparado. Estoy totalmente preparada.

Grissom negó con la cabeza.

La luz pasó a verde y pisó con ansia el acelerador. Levantó el pie lentamente.

—El gorila —dijo Grissom.

Incómodo, Nick respondió:

—Sí, sí...

—Si no me hubiese interpuesto entre vosotros, te habrías enzarzado en una pelea con un ciudadano. Lo cual te habría reportado la suspensión temporal, una mancha negra para tu unidad.

—Pero es que... —Nick se detuvo.

Sabía que Grissom tenía razón y, de algún modo, eso le hizo enfadar aún más. Clavó los ojos en el volante; tenía los nudillos blancos.

—Olvidaste por qué habíamos ido allí —dijo Grissom—, y te transformaste en una especie de macho enloquecido. Lo importante es el caso, Nick. Es lo único que importa. Nick asintió.

—Tienes razón. Lo sé.

—No te culpes..., simplemente recuérdalo.

—Sí. Lo haré. Gracias, Grissom. —No importa, pero ha sido un buen ejemplo de por qué dejamos que sean Brass y sus chicos los que traten con la gente. Somos mejores con las pruebas.

—Eh —replicó Nick cuando entraban en el aparcamiento de Criminalística—, no lo hemos hecho tan mal, al fin y al cabo, ¿no te parece?

—No tan mal —admitió Grissom.

—Y perdona que te diga, pero no estoy tan seguro de que tuviésemos que lavarnos los dientes.

En el laboratorio de armas de fuego, Bill Harper apoyó una mano en el hombro de Catherine y ella dio un brinco.

—Lo siento —dijo Harper, brincando a su vez hacia atrás.

—No, no. Soy yo la que lo siento. Debería...

—¿Haber dormido unas horas? —propuso él.

—Oh, no, no podía... Él señaló hacia el reloj del laboratorio.

—Oh, Dios mío —dijo ella asaltada por la vergüenza—. Lo siento mucho, Bill.

Su sonrisa vino a decirle que no pasaba nada.

—Está bien. Lo necesitabas. Parecías hecha polvo.

—¿Y qué tal ahora?

—Catherine, incluso cuando estás mal pocas mujeres pueden compararse a ti... Ve a asearte y después hablamos.

Con una notoria sonrisa en la cara, obedeció.

Diez minutos después, regresó al laboratorio desde el lavabo, con la cara lavada y el peinado compuesto. Odiaba admitir sus debilidades, pero se sentía mucho mejor después de aquella cabezadita.

—Muy bien, Bill, ¿qué tenemos?

—Échale un vistazo al monitor.

Ella miró la pantalla del ordenador sobre la mesa de trabajo de Harper y vio los extremos de dos casquillos uno junto al otro.

—¿Qué ves aquí, Catherine?

Tras estudiar las dos imágenes, dijo:

—Calibre 25, uno de Remington, el otro de Winchester.

Él señaló hacia las espoletas.

—Ambos han sido disparados —añadió.

—Ambos han sido disparados... de igual modo.

Con el ratón del ordenador colocó el cursor sobre las espoletas y ambas ocuparon la pantalla. Ambas coincidían.

Ella pudo sentir cómo su propia cara se iluminaba con una sonrisa.

—¿La misma marca de disparo?

Él asintió.

—Algo endiablado, ¿no te parece? Han pasado quince años, son dos crímenes diferentes... pero tienen la misma marca de disparo.

Catherine dio un paso atrás.

Harper apretó de nuevo el botón del ratón y la imagen empequeñeció para mostrar los extremos del casquillo.

—Y mira aquí —dijo señalando las pequeñas y apenas visibles muescas en las puntas de los casquillos—. Ahí es por donde cada una de ellas golpeó la pared de la recámara.

Catherine casi se sentía mareada.

—Vas a decirme que son idénticas también, ¿no es así?

—Sí, señora... Y eso no es todo. Las marcas dejadas por el extractor, cuando el casquillo salió expelido...

Ella asintió dándole a entender que le seguía.

Harper sonrió.

—También coinciden.

Catherine dejó escapar un largo suspiro, sacudió la cabeza, sorprendida y encantada por los descubrimientos.

—El tipo utilizó la misma pistola, y creo que pretendía engañar a los de balística cambiando los casquillos. Grissom estaba en lo cierto: Malachy Fortunato y Philip Dingelmann fueron asesinados con la misma pistola, presumiblemente por la misma persona, con quince años de diferencia. Harper dijo:

—Eso es lo que dicen las pruebas.

—Y eso es lo que a Grissom le gusta escuchar —añadió Catherine dirigiéndose a la puerta—. Gracias, Harper. Necesitaba esto tanto como la cabezadita. ¡Más incluso!

Grissom estaba sentado tras su escritorio, comiéndose un emparedado de pavo y queso. Le dio un trago a su vaso de té helado y alzó la vista para posarla en la figura que se había detenido ante la puerta abierta: un hombre de metro ochenta y cinco, ataviado con un traje a medida de color azul, de aspecto musculoso, con el pelo rubio peinado hacia atrás, una nariz grande y notoria y ojos entrecerrados de color marrón. Lucía una sonrisa más propia de una cobra que de una persona.

—Agente especial Rick Culpepper —dijo Grissom dejando de nuevo su vaso de té helado sobre la mesa—. ¿Muy tarde o demasiado temprano?

—¿Cómo puede estar tan fresco a estas horas? —El agente del FBI mostró una de sus aceitosas sonrisas—. Con toda la gente que conoce, me halaga que me recuerde.

—¿Cómo podría olvidarle? —Grissom le dedicó una sonrisa al agente que terna poco que ver con las razones habituales para sonreír—. Usted es el que intentó que matasen a uno de los miembros del equipo CSI utilizándolo como cebo.

Entrando en la oficina sin esperar a que le diesen permiso, Culpepper dijo:

—Dios mío, ¿todavía está molesto por eso? Sara Sidle se ofreció voluntaria, y todo salió bien. Olvídelo ya, Grissom. Es agua pasada.

—Tendría problemas si olvidase cuando utilizan... mal... a mi gente, Culpepper. Estamos ocupados aquí. ¿Qué desea?

—Se ha tomado usted una pausa para comer algo —dijo Culpepper, señalando hacia el emparedado a medio comer que Grissom había dejado encima de la mesa—. No quiero restarle ni un solo minuto del precioso tiempo que dedica a sus crímenes. Relájese, amigo. ¿No se le ha ocurrido pensar que tal vez he venido a ayudarles?

«Menuda gilipollez», pensó Grissom, pero no dijo nada. Dejó que el agente del FBI hiciese todo el esfuerzo.

Culpepper se sentó.

—Su gente está buscando una huella extraída de un casquillo en el programa AFIS.

—Lo hacemos cientos de veces.

—Sí, y a su gobierno federal le alegra resultarles útil.

—¿Está pensando en alguna huella en concreto?

Culpepper asintió.

—La relacionada con el reciente asesinato en el hotel Beachcomber.

—No hemos encontrado coincidencia alguna.

—Así es. Se debe a que el programa AFIS no tiene acceso a la información clasificada.

—¿A eso se refería cuando estaba hablando de cooperación federal?

—El hombre al que pertenece esa huella es un asesino a sueldo. Nadie conoce su aspecto ni quién es, pero hace mucho, mucho tiempo que le buscamos. Ese es el motivo que me ha traído aquí: compartir información.

—De acuerdo, gracias —dijo Grissom—. Déjeme pensar... ¿Cuándo fue la última vez que el FBI compartió algo? Excepto en lo tocante a culpas.

Culpepper se inclinó hacia delante, mostrando una desagradable sonrisa.

—Sé que tuvimos nuestras diferencias en el pasado, Grissom, pero estamos hablando de un tenía crucial. Está relacionado con toda una plétora de asesinatos del crimen organizado. Tenga en cuenta este detalle, nada más: ese tipo es mala gente.

Grissom se mantuvo cauto, escéptico.

—¿Por eso van a ayudarnos a atraparlo?

—Sí, claro. Hay que detenerle, y su unidad, y el detective Brass y su contingente de investigadores, parecen disponer de una buena oportunidad para hacerlo finalmente.

—Cierto.

—De hecho —dijo Culpepper—, ya he pasado al detective Brass nuestros informes, todo lo que tenemos acerca de Dos puntos.

—Eso es cooperación —dijo Grissom.

No le aclaró que Brass y él ya estaban al corriente.

Culpepper esgrimió una radiante sonrisa.

—Ahora le toca a usted: ¿qué tienen?

—Algo para cooperar —dijo Grissom.

No quería mostrar sus cartas, Gil Grissom sabía cómo jugar su mano. Le explicó a Culpepper los detalles básicos del asesinato del Beachcomber, información que, estaba seguro, el agente del FBI ya conocía. No le habló, entre otras cosas, de la cinta de vídeo; y tampoco dijo nada de la momia. Cuando acabó, observó la falsa sonrisa de Culpepper y dijo:

—¿Y ahora qué?

—Nada en particular —respondió Culpepper poniéndose en pie—. Pero es bueno saber que podemos trabajar juntos.

Tendió la mano a Grissom y él la aceptó; su mano era carne fría y húmeda. Cuando Culpepper se marchó, Grissom permaneció sentado un rato más, mirándose la palma de la mano, barajando la posibilidad de salir corriendo hacia el laboratorio.

Aquellas dos investigaciones relacionadas representaban el tipo de caso que Jim Brass necesitaba; aunque no lo habría admitido ante nadie, ni siquiera ante sí mismo.

Desde su poco celebrado regreso a homicidios, tras la debacle de Holly Gribbs, algunos de sus colegas lo evitaban como si de un caso terminal se tratase. El *sheriff* Brian Mobley hablaba con Brass cuando era estrictamente necesario. En los últimos meses, Brass había evitado a Mobley en la medida de lo posible, y habría vuelto a hacerlo hacía quince minutos de no haber sido porque el *sheriff* le había ordenado que se encontrase con él y le pusiese al día.

Sin entusiasmo alguno, Brass llamó a la puerta de madera en la que podía leerse el nombre de Mobley y su rango escritos con grandes letras blancas. Tras perder el mando del Departamento de Criminalística, el nombre de Brass había quedado reducido a una placa de plástico sobre una anónima mesa de despacho.

—Adelante —fue la amortiguada respuesta.

La brillante luz del sol que entraba por la enorme ventana que había tras el escritorio de Mobley le ofrecía a la oficina un blanco fulgor que, suponía Brass, debía otorgarle al *sheriff* algo así como un aura divina. Por desgracia, parecía funcionar.

A pesar del traje marrón a medida y la recién estrenada corbata amarilla, el atuendo propio del presidente de una pequeña compañía, el pelirrojo y pecoso Mobley parecía, más que joven, adolescente, un muchacho jugando a policías y ladrones; ése era el máximo exponente de la ley en una ciudad de más de un millón de almas.

—Siéntate, Jim.

Su amabilidad incomodó incluso un poco más a Brass, pero hizo lo que le aconsejó. La pared junto a la puerta de la oficina estaba cubierta por estantes cargados de libros de leyes; en la pared de la izquierda, una pantalla de televisión de veintiuna pulgadas, sintonizada en el canal de la CNN, en ese momento, con el sonido apenas audible. Había un ordenador sobre una mesa pequeña, a la izquierda del *sheriff*, en tanto que su escritorio —algo más pequeño que el templo de Luxor— estaba, como siempre, limpio y ordenado. El detective Brass se preguntó si el *sheriff* trabajaba alguna vez.

Brass había estado a las órdenes de Mobley, hacía algunos años, cuando éste fue capitán de homicidios. A decir verdad, aquel hombre era, con toda probabilidad, más concienzudo y trabajador que cualquier otro, aunque su trabajo ahora era más político que policial.

En 1973, el Departamento del *Sheriff* del condado de Clark y el Departamento de Policía de Las Vegas se fundieron para formar una única entidad: el Departamento Metropolitano de Policía de Las Vegas, bajo el mando del *sheriff*. Ahora, la oficina se

parecía más a la corporación CEO. Mobley era el cuarto hombre en ocupar aquel puesto desde la unificación; los rumores apuntaban a que Mobley tenía intención de ser alcalde.

El *sheriff* utilizó el mando a distancia para apagar el televisor.

—Bueno, por lo menos la CNN no está al corriente del asesinato de Dingelmann, de momento.

Brass asintió.

—La prensa local se ha mantenido al margen. Los asuntos de la mafia no son buenos para el turismo.

—Estás en lo cierto, pero la prensa nacional sí se meterá, y pronto». Dingelmann era un personaje demasiado relevante como para que algunos medios nacionales no aten cabos.

—Lo sé.

—Suficientemente malo es ya que los periódicos y la televisión local hayan metido las narices en el asunto de la «momia». Ahora está por todas partes. ¿Es cierto que fue tu gente del CSI los que apodaron así al cadáver?

—No lo sé.

—Bueno, a la prensa sin duda le encantan ese tipo de chorradas. —Tras suspirar, el *sheriff* aflojó su corbata—. Cuéntame cómo están las cosas, Jim.

El detective le miró fijamente. Mobley cerró los ojos, inclinó la cabeza y apretó el puente de su nariz con dos dedos.

—¿Realmente estamos seguros de que el mismo asesino del copón mató a las dos personas con quince años de diferencia?

—Los del CSI están trabajando para verificarlo.

—¿Y?

—¿Quién sabe?

Mobley sacudió su cabeza, ceñudo.

—Mantente al día, Jim. Hay un montón de cosas en juego.

—¿Señor?

—Pasaremos por campeones si pillamos al asesino, pero nos verán como escoria si dejamos que se nos escape. Con ese tío suelto, no podemos proteger nuestra ciudad.

—Sí, señor —dijo Brass.

—Y mantén a raya a los del FBI.

—¿A qué se refiere, señor? Una mueca de desprecio curvó su labio superior.

—Acepta toda la ayuda que quieran darte... pero si el FBI lleva a cabo el arresto, se llevarán toda la gloria. Ahora bien, si le arrestamos antes que ellos...

—Sí, señor.

—Muy bien. A por él.

Brass salió de la oficina y recorrió los pasillos en busca de Grissom, deseoso de explicarle los planes de Mobley, en particular el tema del FBI, pues no dejaría de

sentir cierta coincidencia con el *sheriff*. En lugar de Grissom, se topó con Warrick, que bajaba las escaleras en dirección opuesta.

—¿Qué estás haciendo aún aquí? —le preguntó Brass.

Warrick consultó su reloj y se echó a reír.

—Horas extra, supongo. Estoy trabajando en un asunto un tanto pesado. Hay algo en lo que necesitaré ayuda.

Escéptico, Brass preguntó:

—¿De qué se trata?

El agente del CSI le habló de la zapatilla deportiva y de los diferentes vendedores.

—De acuerdo, me pondré en ello. ¿Te vas a casa?

Negando con la cabeza, Warrick dijo:

—No, voy al Beachcomber a mirar algunas cintas de vídeo más.

—Más barato que en Blockbuster. ¿Grissom sigue aquí?

Warrick asintió mientras seguía bajando.

—Todos estamos aquí. Se trata de los casos relacionados... Como si fuese una cuerda a la que todos estuviésemos agarrados. No podemos dejarlo.

Warrick desapareció escaleras abajo y Brass continuó ascendiendo. Finalmente dio con Grissom en la sala de descanso. Se sentaron en lados opuestos de la mesa.

Grissom se quitó las gafas, se frotó los ojos y miró a Brass.

—Bien. Háblame de nuestro amigo Brian.

Brass le contó la historia al completo, para concluir.

—El *sheriff* quiere montarse en este caso... estos casos. Enseñar a los turistas que estamos en lo más alto. Demostrar a los ciudadanos que es un gran hombre.

La media sonrisa de Grissom no demostró humor alguno.

—Nosotros también queremos resolverlo, Jim. Todos estamos trabajando en ambas direcciones, lo cual...

—Ja, Ja —interrumpió Brass alzando la palma de la mano—. ¿Te acuerdas de mí? Estoy de tu lado. Grissom sacudió la cabeza y dijo:

—Lo siento. El estrés. La presión es grande.

—Warrick me ha dicho que es como una enfermedad.

—La gripe se cura —dijo Grissom—. La búsqueda de la verdad, no.

—¿Quién ha dicho eso? Grissom le guiñó el ojo.

—Yo.

Con un aspecto sorprendentemente fresco, con una blusa de seda azul y pantalones negros, Catherine pasó a la sala. Una radiante sonrisa hacía que su adorable cara resultase aún más adorable.

—Me estaba preguntando quién cometió el crimen —dijo Grissom.

—¿Qué crimen? —preguntó ella.

—Tú eres la única que odia al canario. Su sonrisa se amplió, los ojos le brillaron. Brass miró a Catherine y después a Grissom, después la miró de nuevo a ella.

—¿Qué ocurre?

—Ella sabe algo —dijo Grissom mientras se le forjaba una sonrisa en el rostro.

Tras servirse una taza de café, Catherine dijo:

—Sé un montón de cosas.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo..., sé que la misma pistola mató a Philip Dingelmann y a Malachy Fortunato.

—No sé si reír o llorar —dijo Brass—. ¿El mismo asesino responsable de dos crímenes cometidos con quince años de diferencia?

Grissom permanecía escéptico.

—Aún no podemos decirlo, ¿o sí?

—No —respondió Catherine sentándose con ellos—. Todavía no. Pero puedo probar que a los dos hombres les dispararon con la misma pistola.

Sorprendido, Brass dijo:

—Creí que habíais encontrado el cañón de la pistola junto a la momia.

—Así es —dijo ella—. Las estrías concuerdan también con las balas que encontramos en la cabeza de Fortunato.

A Brass parecía costarle seguir su explicación.

—Pero las balas no coinciden con las de Dingelmann, ¿no es así?

—No coinciden, es cierto.

—Entonces —preguntó el detective—, ¿cómo puedes decir que a los dos les dispararon con la misma pistola?

Grissom —los brazos caídos, la espalda apoyada en el respaldo— se limitaba a observarla.

—Espera —dijo Brass recapacitando—. Ya lo tengo. Es como el caso de Brad Kendall, el chico de la cafetería.

—No exactamente igual —replicó Catherine— y a pesar de que Kendall cambió el cañón, probamos que había utilizado balas de una caja que tenía en su propiedad, haciendo coincidir las marcas del fabricante. Aquí no podemos hacerlo. Estas balas no sólo provienen de cajas diferentes, ni siquiera son del mismo fabricante. Dudo mucho, en cualquier caso, que nuestro hombre utilizase balas de la misma caja con quince años de diferencia, ¿no te parece?

—Sí, claro —dijo Brass, desconcertado.

Grissom sonrió.

—¿Qué sucede —prosiguió Catherine— cuando se dispara una bala con una automática?

Brass suspiró.

—El martillo golpea la espoleta, la bala recorre el cañón y el casquillo sale expulsado.

—Bravo —dijo Grissom.

—Cállate —replicó Brass.

—O sea —concluyó Catherine—, tres marcas distintas en un casquillo disparado

por una automática. Como bien has dicho, el martillo golpea en la espoleta. El extractor araña el casquillo cuando lo arrastra, y el casquillo golpea en la recámara antes de salir de la pistola. Cada uno de esos golpes deja su propia marca que, al igual que las huellas dactilares, es diferente en cada arma.

Brass abrió mucho los ojos y dijo:

—Lo que quieres decir es que...

—Los casquillos del Beachcomber y el casquillo que encontramos en casa del señor Fortunato proceden de la misma pistola.

Brass permitió que en su rostro apareciese una sonrisa.

—¿Podremos usar esa información ante un tribunal?

—No hay argumento que pueda oponerse a eso —dijo Grissom.

—Pero ¿no podrían decir que la prueba está manipulada, dado que el casquillo ha estado enterrado bajo alquitrán durante años?

—La defensa puede decirlo —argumentó Catherine—, pero decir que está manipulado no hará que lo esté, y el argumento se vendrá abajo.

—¿Por qué?

—¿Conoces a alguien que colecciona armas del viejo Oeste?

Brass se encogió de hombros.

—¿Qué tiene que ver?

—En los últimos tiempos han estado utilizando ese tipo de marcas para verificar la autenticidad de las pistolas que se usaron en Little Big Horn.

—¿Comparando las marcas de los martillos en los casquillos?

—Sí —dijo ella—. Encontraron casquillos en el campo de batalla y los compararon con los martillos de las pistolas que utilizaron los hombres de Custer. Esos casquillos habían permanecido enterrados durante más de cien años. Nuestros casquillos estaban protegidos de los efectos medioambientales entre la grava y el alquitrán, y sólo durante quince años.

—La ciencia y la historia se encuentran —dijo Grissom dándole un toque humorístico al tema. Lo único que Brass pudo decir fue:

—¿Y funcionará?

—Claro —dijo Grissom—. Funcionará de maravilla.

—Pero ¿no tenemos el arma?

—Todavía no —aseveró Catherine—. Pero ahora sabemos que buscamos una única arma, y tenemos oportunidades, porque si el tipo no se ha deshecho de ella en quince años, no tiene por qué haberlo hecho ahora. Ahora Brass tenía algo que decir:

—Resulta sorprendente cómo algunos de esos tipos mantienen una relación sentimental con su maldita arma. Les pasa a muchos de ellos.

Sara se unió al grupo. Sacó una lata de soda de la nevera y se dejó caer en una silla junto a la de Brass. Miró a Catherine, pero la pregunta que realizó no fue destinada a nadie en particular.

—¿Por qué un asesino a sueldo..., bueno, de algún modo resulta gracioso

decirlo... por qué un asesino a sueldo con éxito tiene un agujero de cinco años en su carrera? ¿Por qué, de repente, aparece otra vez?

—¿Un agujero? —preguntó Grissom.

—Sí —dijo Sara asintiendo; le dio un trago a su soda—. Nadie ha tenido noticias de nuestro hombre en cinco años. Es como si se hubiese caído por un extremo del mundo.

—O hubiese ido a la cárcel o algo así —especuló Brass.

Grissom negó con la cabeza.

—No. En ese caso dispondríamos de sus huellas dactilares.

—Sí, claro —coincidió Brass—. No había caído.

—Tal vez estaba enfermo —probó Catherine.

—¿Durante cinco años? —preguntó Sara.

—O se retiró —dijo Grissom.

Todos le miraron.

—Todo es posible —dijo—. No especulemos más, sigamos trabajando.

—Bien —respondió Sara—, pero ¿en qué página web puedes encontrar los datos de los asesinos a sueldo retirados?

Tras decir esto se puso en pie y volvió al trabajo con la soda en la mano.

Brass se dispuso a salir, pero antes dijo:

—Será mejor que siga con lo mío. Tengo que ver a los detallistas que vendieron las zapatillas deportivas. —Miró a Grissom y se encogió de hombros—. Supongo que haremos lo que dijo el hombre.

Grissom asintió.

—La parte referente a mantener al FBI a raya no supone ningún problema para mí.

El detective salió dejando a Catherine mirando a Grissom.

—¿De qué va la cosa?

Intentó hacerse el despistado, pero ella no se lo permitió.

—Vamos, cuéntamelo.

—Política. Mobley quiere que dejemos que Culpepper nos «ayude», pero que nosotros arrestemos al asesino dejando al FBI al margen.

—Maniobras dudosas.

—Eso es.

Ella sonrió.

—En cualquier caso, Culpepper es un auténtico hijo de perra.

—Sí, lo es —afirmó Grissom sin variar un ápice la expresión de su rostro.

Sentado en una bonita silla de despacho, Warrick se colocó junto a un guardia de seguridad frente a la pared cubierta de monitores del Beachcomber. El guardia, un tipo hispano de corta estatura y poco más de veinte años, acababa de cargar la cinta

que Warrick le había entregado y que mostraba a Peter Randall sentado de nuevo frente a la máquina de póquer, así como la reacción de Philip Dingelmann al verlo. Entonces Dingelmann desapareció tras la esquina, Randall volvió a la máquina en busca de su tarjeta y le siguió, desapareciendo también tras la esquina.

Rebobinaron la cinta y Warrick señaló a Randall.

—Quiero ver cualquier cosa que podáis tener en la que salga este tipo.

El guardia asintió.

—Viene por aquí todos los lunes y los miércoles.

Warrick dio un brinco.

—¿Puedes repetirme tu nombre?

—Ricky.

—Hola Ricky. Yo soy Warrick.

Agradecido, el guardia dijo:

—Hola Warrick.

—Cuéntame más cosas acerca de ese tipo, de ese cliente.

—Bueno, este miércoles no vino, pero es del tipo a los que les gusta venir a pasar el rato. Incluso en un lugar tan grande como éste, acabas conociendo a los clientes habituales; en especial cuando estudias estos monitores durante horas y horas.

A Dingelmann lo habían asesinado la madrugada del lunes, y Peter Randall no había cumplido con su habitual cita del miércoles con la máquina de póquer.

—Este tipo, Peter Randall, ¿era un cliente habitual?

—No conozco los nombres de los clientes, pero él ha venido bastante por aquí, aunque sólo los lunes y los miércoles, de madrugada, como ya he dicho, para pasar el rato, largos ratos. A algunas personas no les gustan los casinos abarrotados.

Warrick nunca había tenido una preferencia, siempre que los dados rodasen.

—Ricky, ¿puedes enseñarme algunas cintas de los lunes y los miércoles?

—Warrick, no te excites demasiado. No quiero darte falsas esperanzas. Tampoco podrás verle la cara en las cintas de los otros días.

—¿Por qué no?

El guardia asintió y dijo:

—Me di cuenta, ¿sabes? Tiene mucho cuidado.

—Si algún día le vieses la cara, ¿cómo le reconocerías?

—No lo sé, tío. Cuando miras durante mucho tiempo estos monitores, tienes una especie de sensación. Lo que quiero decir es que la espalda de alguien siempre es igual, ¿no crees?

—Sí, claro —dijo Warrick.

—Me refiero a su altura, a la forma de su cabeza, su corte de pelo, incluso el estilo de su ropa... Aprendes a leer a las personas. Las conoces.

—Ricky, si alguna vez te cansas de este empleo, ven a verme donde trabajo. Habría un lugar para ti.

Warrick y su nuevo amigo observaron la cinta del miércoles anterior, más o

menos a la misma hora. De nuevo, Randall estaba sentado ante la máquina de póquer, de espaldas a la cámara, vestido obviamente con otra cazadora deportiva. No se volvió hacia la cámara en ningún momento, y cuando lo intentaron con el resto de cámaras del casino, comprobaron que se las había ingeniado para evitarlas también.

—¿Cómo se las apaña un hombre para venir aquí cada día y que las cámaras nunca capten su cara? Ricky se encogió de hombros.

—Ni idea.

Warrick alzó la vista expresivamente. El guardia estaba en lo cierto: Randall aparecía todos los lunes y los miércoles, y su pelo, su figura, su estilo de vestir, le hacían fácilmente reconocible una vez sabías qué era lo que tenías que mirar. Estudiaron las grabaciones del lunes previo al asesinato, y las de la semana anterior, visionando cintas que mostraban múltiples ángulos del casino, y Randall resultaba visible.

No siempre jugaba a la misma máquina de póquer, pero nunca acudía a las mesas en las que tuviese que relacionarse con los croupiers. De hecho, acostumbraba a situarse en la fila de máquinas de póquer más cercana a la puerta trasera. Lunes, miércoles, semana tras semana, él aparecía. A veces ganaba, a veces perdía. Fuera como fuese, el miércoles siguiente, el siguiente lunes, allí estaba otra vez. Y nunca, el muy capullo, mostraba su cara a la cámara.

Todd Oswald, el encargado de las máquinas tragaperras, apareció en un momento dado para preguntar cómo iba la cosa.

—Estamos en ello —dijo Warrick—. Seguimos buscando. Ricky está siendo de gran ayuda... El gran Ricky.

Ricky inclinó la cabeza, y Oswald dijo:

—Me encanta oír eso. ¿La dirección resultó de utilidad?

—Todo ayuda, señor. Pero el apartado de correos ya había sido cancelado. Y la dirección que había dado a aquella gente era de una calle inexistente.

El rubio Oswald, con su traje de color azul marino, sacudió la cabeza y dijo:

—Bueno, que tenga suerte, detective Brown.

Warrick no le corrigió.

—Tengo que tenerla, señor.

Oswald salió de la sala.

Habían retrocedido unas cinco semanas en las cintas y Warrick se preguntaba cuántas tendrían que estudiar antes de dejarlo correr. A decir verdad, lo que se preguntaba era cuántas de ellas podría resistir. Era como observar la aburrida vida de aquel bastardo marcha atrás. El miércoles de esa semana, Randall dejó la máquina y desapareció de la pantalla. Warrick observó la filmación de la cámara sobre el pasillo principal: Randall no estaba.

—Vaya, vaya. ¿Dónde ha ido?

Ricky negó con la cabeza como si hubiese estado soñando despierto. Repasó todas las pantallas, hasta que finalmente lo avistó en la del ángulo inferior de la

derecha.

—Ahí —dijo Rick señalando—. Utilizando el cajero automático, eso es todo.

—Para la cinta —dijo Warrick con suavidad.

El guardia parecía estar absorto en sus pensamientos y no le oyó.

Warrick lo dijo de nuevo:

—Para la cinta, Ricky. Rebobínala.

Ricky obedeció.

—Eso es. Le tenemos. Rebobínala.

El guardia se sentó algo más derecho y rebobinó la cinta. Después, a cámara lenta, la puso en marcha. Observaron cómo Randall —de espaldas a la cámara— utilizaba otra vez el cajero automático.

—Sí —dijo Warrick—. ¡Sí! ¿A qué banco pertenece ese cajero?

Ricky se encogió de hombros.

—Yo no lo utilizo. Pero seguro que Oswald lo sabe.

—Encuétralo. Por favor.

Tardó casi diez minutos en regresar a la sala de seguridad, pero a Warrick no le importó: tenía una pista.

Finalmente, Oswald apareció.

—¿Qué quería, detective Brown?

—¿A qué banco pertenece ese cajero automático? —le preguntó Warrick señalando la pantalla.

—A ver... Wells Fargo. ¿Por qué?

—Gracias, señor Oswald. —Warrick palmeó el hombro del guardia—. Ricky, muchas gracias por tu ayuda, colega. Ya puedes llevarlo todo de vuelta al archivo.

—Eh, ya sé de qué va —dijo Ricky con una sonrisa.

Pero Warrick ya se había ido.

Nick abrió la puerta del Tahoe al sargento O’Riley, quien entró dentro para acompañarle en la búsqueda de Marge Kostichek. Mientras atravesaban la ciudad, O’Riley observó con detenimiento los accesorios del automóvil.

—Bonito coche —dijo finalmente.

Nick asintió.

O’Riley acomodó su voluminoso cuerpo en el asiento.

—Mucho mejor que esos jodidos Ford Taurus que nos obligan a conducir.

Stokes se negó a entrar al trapo. Aunque la unidad CSI había ayudado al departamento de homicidios a resolver sus casos en numerosas ocasiones, O’Riley y un buen número de sus compañeros se referían a la gente del CSI a sus espaldas como «los pazguatos». Dejando de lado la sensación de que, en el fondo, O’Riley añoraba los viejos tiempos en los que el mejor amigo de un detective era una buena porra de goma, Nick preguntó como de pasada:

—¿Cuál era la dirección?

Señalando un poco más adelante, O’Riley dijo:

—Dos casas más, y después a la izquierda.

Nick aparcó el coche en dirección contraria, frente a un pequeño bungalow pintado de un color amarillo pálido con dos setos de matojos que merecían ser erradicados. El vecindario al completo parecía necesitar una buena mano de pintura. Los sucios cristales de la casa parecían tan marrones como los setos de matojos, y cuando se acercaron, Nick comprobó que el porche había empezado a separarse de la casa como si quisiera independizarse. Con O’Riley a la cabeza, recorrieron el dejado camino de entrada y ascendieron los maltrechos escalones de cemento. El detective tocó el timbre y después llamó a la puerta.

Esperaron. No hubo respuesta.

O’Riley apretó otra vez el timbre, llamó de nuevo, con la misma suerte. O’Riley se volvió hacia Nick, se encogió de hombros, y justo cuando se disponían a marcharse, una voz bramó al otro lado de la puerta.

—¡Bueno, no parecen ustedes mormones!

Se volvieron. Nick vio a una rechoncha mujer con un albornoz de color rosa y rulos.

—Somos de la policía, señora —dijo O’Riley al tiempo que le enseñaba la placa de su billetera—. Nos gustaría hablar con usted.

Agitando la mano como si se dirigiese al barrio al completo, la mujer dijo:

—Será mejor que entren sus culos aquí dentro, ¡porque no me voy a quedar aquí fuera con este maldito calor!

Con las cejas arqueadas, Nick miró a O’Riley y O’Riley miró a Nick; cualquier

tipo de animadversión que pudiese existir entre el policía y el miembro del CSI desapareció bajo la abrasiva manifestación de personalidad de aquella mujer. Nick siguió a O’Riley al interior de la casa atravesando la puerta principal, agradeciendo que el policía fuese a la cabeza.

Unos pequeños ojos se posaron en ellos; los rulos la hacían parecer una Medusa grotesca.

—¡No se queden ahí! Cierren la maldita puerta. ¿Acaso quieren que refresque todo el maldito barrio con mi aire acondicionado?

—No, señora —dijo O’Riley, la idea de lo que era una pregunta retórica no había calado en él, al parecer.

Nick cerró la puerta y se adentró en la sala de estar junto, al corpulento detective. Miró a su alrededor y no pudo evitar sentir que había entrado en un atestado mercadillo de antigüedades. Una *chaise longue* de terciopelo granate descansaba bajo la cortina echada de la ventana frontal. Cerca de la misma, un helecho ascendía hasta el techo, amenazando con abrir un boquete en él. La estancia también contenía dos altas mesitas de pared de madera de cerezo con pañitos encima, un televisor de diecinueve pulgadas sobre una mesa metálica y un gigantesco aparato de aire acondicionado en un rincón. En la esquina opuesta estaba el escritorio, y por todas partes había montones de cosas: guías de televisión, revistas femeninas, boletines informativos antiguos, periódicos, correo.

O’Riley se detuvo y preguntó:

—¿Es usted Marge Kostichek?

—Eso es lo que pone en el buzón, ¿no es así? ¿No es usted detective?

—Soy el detective O’Riley —dijo, ignorando de nuevo el deje de sarcasmo—, y él es el agente del CSI Nick Stokes.

—Ceese ¿qué? Nick le aclaró las siglas:

—Investigador del Escenario del Crimen.

—¿Qué demonios significa? ¿Acaso ahora es un crimen ser un poco desordenada?

—No, señora —replicó O’Riley desconcertado—. Lo que quiero decir es que...

—Déjeme ver otra vez esa maldita placa. No puede ser usted un auténtico detective.

Aturdido, O’Riley intentaba sacar su placa cuando la mujer la agarró del brazo.

—Sólo me estaba quedando con usted, amigo. —La mujer rió a gusto y varios mechones de cabello se liberaron—. Un muchachote grande y tontón como usted sólo puede ser policía.

Nick no pudo evitar sonreír. A pesar de sus intenciones, aquella extravagante vieja estaba empezando a gustarle.

—Queríamos hacerle algunas preguntas —dijo O’Riley.

—Ya supongo que no han venido aquí para leer el contador.

Al tiempo que la escuchaba, Nick se puso a caminar por la habitación,

observando a su alrededor simplemente, deteniéndose ante una pila de revistas y correo y echando un vistazo aquí y allí. Ese era su trabajo.

O'Riley estaba diciendo:

—Queríamos preguntarle acerca del Swingers.

—¡Jesucristo en patines! —exclamó ella golpeando en el aparato de aire acondicionado—. Hace un montón de años que dejé el negocio. ¡Pensaba que se trataba de ese maldito perro de dos casas más allá! Me cago en la leche, no para de ladrar. Guau, guau, guau todo el tiempo. ¿No hay ninguna ley contra esa mierda?

—Bueno... —dijo O'Riley.

—La cuestión —le interrumpió Nick hablando desde el escritorio— es que estamos aquí para preguntarle sobre una chica que bailaba en su club.

—Ya puedes irte a casa, guapo. ¿Me tomas el pelo?

—No, señora.

—¿Estás nervioso? ¿Por qué no te quedas quieto en un sitio?

—Sí, señora. Esa chica, la del Swingers...

Ella agitó en el aire una de sus rechonchas manos.

—Pasaron un montón de ellas por allí a lo largo de los años. Centenares. Demonios, tal vez miles. No se dejaban ver durante mucho tiempo, ya sabes. Era un escaparate muy pequeño para su trabajo.

Del bolsillo de su cazadora deportiva, O'Riley sacó la foto de Joy Starr y se la pasó a la mujer.

Nick se percató de cómo su labio se curvaba ligeramente, pero no mostró otro signo de que la hubiese reconocido.

—Joy Starr —espetó O'Riley.

La señora Kostichek negó con la cabeza.

—No la recuerdo.

«Interesante», pensó Nick: no había realizado ninguno de sus avispados comentarios.

O'Riley insistió:

—Hace unos dieciséis años.

Ella volvió a negar con la cabeza.

—Su auténtico nombre era Mónica Petty. Desapareció.

Marge Kostichek le interrumpió.

—Muchas de ellas desaparecieron. Estaban aquí una noche y a la siguiente se habían ido. Conocían a algún tipo, les daba por las drogas, tenían un bebé, morían de sobredosis, allí una historia triste, allá un final feliz, a todas les pasaba algo. Así que unas cuantas de aquellas muchachitas, con poco más que un cuerpo y una cara, se largaban a algún lugar. Dios santo, ¿cómo podría acordarme de todas ellas?

Nick, todavía junto al escritorio, dijo:

—Pero usted recuerda a esa chica. La vieja miró a Nick y, de repente, su cara se congeló en una mueca, sus ojos oscuros parecían botones.

—¿Por qué no te acercas, guapo, para que pueda oírte mejor?

«¿Para controlarme mejor?». Algo en aquella viejecita le hacía gracia a Nick, y algo también le dijo que era mejor que se quedase donde estaba.

—Estoy bien aquí, señora —dijo Nick—. El detective es el que hace las preguntas.

La mujer entrecerró los ojos; algo había cambiado en su cara.

—Debo estar soñando. ¿Por qué demonios habéis venido a preguntarme esta mierda?

O’Riley dijo:

—Por favor, mire otra vez la fotografía, señora Costichek.

Echándole un fugaz vistazo, dijo:

—No la conozco, ya lo he dicho antes. Dije que no la conocía y no la conozco... Si trabajó para mí hace quince o dieciséis años, ¿por qué demonios me preguntan por ella ahora?

Nick, sin volverse, bajó la mirada hasta el escritorio. Había un montón de cartas abiertas, metidas de nuevo en sus sobres, desparramadas por todas partes, unas encima de otras, al azar. Correspondencia privada, facturas, incluso correo comercial...

La mujer tendió la foto a O’Riley para que la recogiese.

—¿Por qué están escarbando en la historia? —preguntó de un modo casi inquisitivo.

Nick no tocó nada, pero sus ojos se posaron en los sobres del escritorio. O’Riley dijo:

—Su nombre ha aparecido en la investigación de un caso.

Una nube de desasosiego cruzó la cara de la mujer y desapareció. Pero si se preguntó de qué caso se trataba, no abrió la boca.

O’Riley se aclaró la garganta.

—Bueno, gracias por dedicarnos su tiempo, señora Kostichek.

En un extremo del escritorio, mientras rebuscaba con la mirada, Nick lo vio: una carta con matasellos de Los Ángeles y con un nombre en el remite: Joy Petty. J Nick sintió que se le helaba la sangre, sólo durante un segundo, después se volvió hacia la desaliñada y malhablada vieja.

—Sí, gracias, señora.

—No dejéis que la puerta os golpee en el culo cuando salgáis, amigos —dijo ella.

Él siguió a O’Riley y, tras salir ambos, el detective cerró la puerta. Una vez dentro del Tahoe, Nick lo puso en marcha pero no se movieron.

—¿En qué piensas, Nick? Se volvió hacia el detective.

—Nos ha mentado. O’Riley esbozó una mueca y dijo:

—¿Tú crees? Esa vieja chocha no daría una respuesta directa ni en un concurso de la tele.

—No lo creo, sargento..., lo sé. El arrugado rostro bajo aquel corte de pelo

militar evidenció interés.

—¿Cómo lo sabes?

—Su correspondencia. ¿Te has fijado en las pilas de cartas que había por todas partes?

—Sí, es un poco dejada, ¿y qué? —Sobre el escritorio, encima de una de las pilas, había una carta de una tal «Joy Petty». ¿Crees tú que conoce a alguien llamado Joy Petty que no tiene nada que ver con Joy Starr, cuyo verdadero nombre era Mónica Petty?

O'Riley alzó las cejas.

—Creo que deberíamos volver ahí dentro ahora mismo.

—¿Podemos hacerlo?

—¿Estaba la carta a la vista?

—Sí, claro.

—Entonces mira y aprende, chaval.

O'Riley ya había salido del auto y estaba recorriendo de nuevo el camino de entrada a la casa antes de que Nick siquiera hubiese sacado las llaves del contacto. El agente del CSI aceleró el paso para pillarlo. El detective llamó al timbre, después abrió la mosquitera y picó a la puerta antes de que Nick le hubiese alcanzado. Justo entonces, Marge Kostichек abrió la puerta.

—¿Qué pasa ahora? —inquirió—. ¡Ya os lo he dicho todo!

—Eso es lo que usted cree, señora. —Encarándola directamente, O'Riley entró en la casa—. ¿Porqué demonios nos ha mentado?

Ella dio un paso atrás, permitiéndoles el paso a los dos hombres.

O'Riley miró a la mujer y después a Nick.

—Enséñamela.

Nick se puso los guantes de goma antes de dar un solo paso, fue hasta el escritorio y cogió la carta que había encima de una de las pilas.

—¡Oye —gritó ella—, no puedes hacer eso! ¡Es propiedad privada! ¿Dónde está la orden?

—Es una prueba a simple vista, señora —dijo O'Riley—. No necesitamos orden alguna.

Nick se acercó hasta el detective y le mostró la carta de Joy Petty para que la viese.

—¿Podría explicarnos esto?

La vieja dio otro paso atrás, topó con el enorme aparato de aire acondicionado y se sentó de golpe. Habría resultado gracioso si no se hubiese puesto a llorar.

Sara Sidle y la detective Erin Conroy, con el pelo recogido en una cola de caballo, se encontraron con Warrick en el vestíbulo de la sucursal del banco Wells Fargo en South Nellis Boulevard. El aire acondicionado parecía estar sólo un punto por debajo

del grado de congelación; incluso en pleno julio, en mitad del desierto, los trabajadores llevaban jersey.

—Hemos dado un paso más para pillar a nuestro hombre —dijo Warrick.

Conroy, vestida con pantalones blancos, alzó una ceja.

—¿Va a ser esto como lo del apartado de correos? Él buscó algún rastro de sarcasmo en su voz, pero no lo encontró.

—Espero que no, pero quién sabe.

—Has trabajo de lo lindo, Warrick —dijo Sara respecto a lo del cajero automático.

—Gracias. No había tenido suerte en un casino desde hacía mucho tiempo.

Una gruesa mujer de cuarenta años estaba sentada al otro lado de la ventanilla hablando por teléfono. Cuando se aproximaron, alzó un dedo: enseguida estaría con ellos; al menos, eso fue lo que Sara quiso entender. Con su ligero top de manga corta, Sara se sentía como si estuviese esperando el turno en la carnicería.

Finalmente, la recepcionista colgó el teléfono y se volvió hacia Warrick como si las dos mujeres no estuviesen allí.

Pero fue Erin Conroy la que mostró su placa y dijo:

—Queremos hablar con quien se encargue de las transacciones en los cajeros automáticos.

La mujer consultó una lista retirada del mostrador.

—Creo que es la señora Washington. —Cogió el teléfono, tecleó una serie de números y dijo—: Señora Washington, hay aquí tres policías que desean hablar con usted. —Escuchó la respuesta, colgó y dijo a Warrick—: Enseguida estará aquí.

Sara se había molestado, pero no corrigió la descripción de la recepcionista respecto a que los tres eran oficiales de policía.

Esperaron menos de un minuto antes de que Sara escuchase a su espalda el ritmo regular de las pisadas de unos zapatos de tacón alto sobre las baldosas del suelo. Se volvió para ver cómo se aproximaba una mujer vestida con un discreto traje negro, con un elaborado peinado moldeando su cabello negro, con ojos de color jade y una cara estrecha que parecía de porcelana. La mujer extendió la mano en dirección a Conroy y les ofreció a los tres una amplia sonrisa.

—Buenos días. Soy Carrie Washington. ¿En qué puedo ayudarles, agentes?

Conroy enseñó sus credenciales y dio un apretón de mano a la mujer.

—Soy de homicidios, y éstos son Warrick Brown y Sara Sidle del Departamento de Criminalística de Las Vegas. Queremos hablar con usted acerca de uno de los usuarios de sus cajeros automáticos.

La señora Washington no pareció entender una palabra de lo que acababan de decirle —a Sara también le costó—, pero aun así, con voluntad cooperadora, dijo:

—¿Les importa acompañarme a mi despacho? En una estancia más bien pequeña, en un extremo del amplio vestíbulo, Carrie Washington les ofreció asiento frente a una larga mesa de despacho de roble. Había un ordenador sobre la mesa, una planta

en un tiesto en un rincón y dos marcos para fotografías de cara a la señora Washington.

—Bien —dijo ella tamborileando con los dedos—. ¿En qué puedo ayudarles?

Conroy asintió hacia Warrick para que fuese él el que expusiese el asunto. Lo hizo:

—Necesitamos conocer el nombre de uno de sus clientes de cajeros automáticos.

La expresión de la señora Washington evidenciaba su disconformidad.

—Mucho me temo que eso...

—Es ilegal —dijo la detective de homicidios, extrajo un documento del bolsillo y lo dejó sobre la mesa—. El juez Galvin ha dado su visto bueno para esta acción.

La mujer se colocó unas gafas de medio cristal y leyó la orden.

—Díganme qué necesitan.

—El cajero automático del Beachcomber —dijo Warrick—, ¿pertenece a su banco?

La señora Washington frunció el ceño.

—Puedo comprobarlo, pero supongo que ya saben que es así, o no estarían aquí en formación.

—Es suyo —dijo Conroy.

—Hace cinco semanas —prosiguió Warrick leyendo sus notas—, alguien accedió a ese cajero a las cinco treinta y nueve. ¿Podría decirme quién fue?

Tras teclear la información en el ordenador, la señora Washington dijo:

—¿Está totalmente seguro respecto a la hora? Warrick asintió.

—Sí, señora.

—Esta operación tardará unos minutos.

—Está bien —dijo Conroy—. Esperaremos.

O'Riley se sentó frente a Marge Kostichek a la mesa de madera que había en el centro de la sala de interrogatorios. Ya no se mostraba sarcástica sino más bien morosa, respondiendo con monosílabos.

En aquel cubículo había otras dos sillas, una a cada lado de la mesa, una cámara de vídeo digital enfocaba a la mujer y una grabadora reposaba sobre la mesa. El largo espejo que cubría la pared era en realidad un espejo sin azogue, tras el cual se encontraban Grissom.

Catherine y Nick, que ya había puesto al corriente a su jefe y a su compañera respecto a por qué O'Riley y él habían creído que lo mejor sería traer allí a la antigua dueña del Swingers para interrogarla.

La sala desde la que observaban era pequeña y no tenía muebles. Estaban de pie, viendo cómo transcurría el interrogatorio en la otra habitación.

—No le está sacando nada —dijo Grissom.

—Quizá no hay nada que sacar —apuntó Catherine.

—No —replicó Nick—. Ella sabe algo. Esa carta no puede ser una coincidencia.

—Por favor —pidió Grissom—. No utilices esa palabra.

Catherine parecía inmersa en sus propios pensamientos; después preguntó a Nick:

—¿Dónde está esa carta ahora?

—Encima de mi escritorio, ¿por qué?

Ella arqueó una ceja hacia Nick, y Grissom también apreció el gesto.

—¿Te acuerdas de la caja con efectos personales que la señora Fortunato nos dio?

—Por supuesto —dijo Nick.

Grissom sonreía.

—Una de las cosas que había —dijo Catherine— era una carta a su marido... firmada por Joy Starr.

Grissom preguntó:

—¿Fue ésa la carta que hizo que la policía asumiese que Fortunato y Joy Starr se habían escapado juntos?

—Sí —dijo Nick—. ¿Me he perdido algo?

—Te lo explicaré —añadió Catherine, algo sorprendida, con los ojos brillantes—. Enséñame tu carta y yo te enseñaré la mía. Encontrémonos en el aparcamiento.

Nick parecía perdido.

—¿En el aparcamiento?

La boca de Grissom se curvó ligeramente por los bordes.

—Ya veo dónde quieres ir a parar, Catherine... Buena idea. Pero incluso aunque estés en lo cierto, eso no aclararía el asunto por completo. Nick, ¿dónde dijiste que había sido sellada la carta?

—En Los Ángeles. Hace un mes.

—Contactaré con la policía de California —dijo Grissom—. Vamos a ver qué podemos encontrar sobre Joy Petty. Después llamaré a Jenny Northam y le diré que vais de camino.

—Jenny ¿quién? —Preguntó Nick—. ¿De camino a dónde?

—Jenny es analista de documentos forenses —explicó Grissom—. Muy buena. Ella nos dirá si Joy Petty escribió las dos cartas.

—¿Y si no es así? —preguntó Nick.

—Entonces —intervino Catherine— empezará la diversión. Vámonos.

El aire acondicionado del banco seguía a toda máquina e incluso el impertérrito Warrick parecía estarse congelando tras veinte minutos de espera en la oficina de Carrie Washington. La charla se había extinguido y los cuatro estaban sentados en silencio.

Finalmente, sonó el teléfono. Todos se sobresaltaron un poco, el sonido ayudó a descargar la tensión que dominaba el ambiente. Tras el segundo timbrazo, llegaron las especulaciones.

Carrie Washington respondió.

—¿Sí? —Escuchó y tomó nota—. ¿Dirección...? ¿Empleo? —Acabó de escribir y colgó el aparato.

—¿Ha encontrado algo?

—Sí. El cliente en cuestión es Barry Thomas Hyde. Vive en Henderson, en el número cincuenta y tres de Fresh Pond Court. Es el dueño de un videoclub, De la A a la Z Vídeo, en el Pecos Legacy Center. Es un centro comercial en el número dos mil quinientos sesenta y dos de Wigwam Parkway.

Conroy tomó nota de los detalles y de las direcciones. Warrick ya las había memorizado y dijo:

—Gracias, señora Washington.

—¿Necesitan algo más?

Conroy se puso en pie y tras ella Sara y Warrick.

—Creo que tenemos lo que buscábamos —dijo la detective de homicidios.

—Hacemos lo que podemos —replicó la señora Washington, y algo que había estado rondándole por la cabeza, finalmente surgió—: ¿Ha dicho usted que es del departamento de homicidios, agente Conroy?

—Eso es.

—Así pues, se trata de un caso de asesinato.

—Sí.

Eso pareció impresionar a aquella mujer.

—Por eso su ayuda es tan importante —dijo Warrick—. Está relacionada con un personaje muy peligroso que todavía anda suelto.

—Cualquier cosa que necesiten... —añadió la banquera—. Cualquiera...

Cualquier cosa acompañada de una orden judicial.

Sara tuvo que controlarse para no salir corriendo de aquel edificio, para regresar al sol y, con suerte, volver a sentir pronto sus pies.

—Dios bendito —dijo Sara una vez estuvieron fuera—. Estoy helada.

Conroy rió ligeramente.

—Entonces no era sólo cosa mía... ¡Mis dientes castañeteaban!

—Ese nombre y esas direcciones, ¿no les pone la mosca tras la oreja, señoritas? —preguntó Warrick.

—Si no se trata de otra calle sin salida —dijo Sara—, me daré por satisfecha.

Warrick se encogió de hombros.

—Vamos a verlo.

Mientras iban de camino al Tahoe, que estaba aparcado en las cercanías, Sara dijo:

—Voy a informar a Grissom de inmediato.

Sacó el teléfono móvil con el aplomo de un pistolero.

Habló con su jefe, informándole sobre la posible identificación de Dos puntos, ofreciéndole todos los detalles.

—En primer lugar, probaremos con la casa —dijo Grissom—. Nos encontraremos allí. Me llevaré a Brass conmigo.

—Ya tenemos aquí a la detective Conroy.

—Bien. Si se trata de nuestro hombre, estamos hablando de un sospechoso peligroso.

Sara se despidió de su jefe y habló con Warrick y Conroy.

—¿Alguien conoce bien Henderson? —preguntó Conroy observando la dirección.

—A decir verdad, no —dijo Sara.

—Yo tampoco puedo decirlo —admitió Warrick—. Hemos trabajado en unos cuantos escenarios de crimen allí, pero...

—Bueno, yo no sé dónde está esta dirección —concluyó Conroy gestualizando con su bloc de notas.

La absurdidad del asunto les hizo reír: tres investigadores y ninguno de ellos sabía cómo encontrar una dirección.

—Es mejor que nos ayuden desde la oficina.

—Pero no se lo digas a nadie —añadió Conroy.

—En especial, a Grissom —dijo Warrick.

Jenny Northam sacudió su cabeza, su largo pelo negro se balanceó suavemente, después miró a través del microscopio una vez más.

—¿Y bien? —preguntó Catherine.

—No hay manera —respondió Jenny, con voz más profunda de lo que podría esperarse de una mujer de su tamaño: apenas metro cincuenta y cinco, y unos cuarenta kilos de peso—. Mierda, chicos, ni siquiera se aproxima.

La oficina de Jenny estaba ubicada en el rincón de la segunda planta de uno de los más viejos edificios de Fremont Street. Pequeña y ligeramente sórdida, los muebles de aquella oficina eran, en apariencia, de segunda mano, y la moqueta era de cuando Frank Sinatra y sus colegas del *Rat Pack* corrían por las calles de Las Vegas. La habitación trasera, donde Catherine y Nick estaban ahora con la dulce y malhablada experta en grafología, era exactamente lo opuesto.

El equipamiento último modelo ocupaba tres de las paredes con armarios, en la otra pared, una mesa inclinada. Dos enormes mesas con luces ultravioleta, fluorescentes e incandescentes ocupaban el centro de la habitación.

Nick y Catherine estaban sentados en taburetes cerca de la pared, en tanto que Jenny Northam, sentada en una silla con ruedas, iba de un lado para otro de la habitación, como si pilotase un coche de rally.

—¿Estás segura? —preguntó Catherine.

—¿Son católicos los osos? ¿Acaso el Papa caga en el bosque? Quienquiera que escribiese esta carta —dijo alzando la antigua carta que Joy Starr escribió a Malachy Fortunato— no le importaba que la descubriesen. Esto sólo podría ser calificado como una falsificación; no tiene sentido que esté firmada por Joy Starr.

Catherine frunció el ceño.

—¿Esa es la única posibilidad?

—No... Esta carta —dijo la experta en escritura manual señalando la que se encontró en casa de Marge Kostichek— podría ser la falsificación. Pero, en cualquier caso, no fueron escritas por la misma persona.

Los dos agentes del CSI observaron cómo Jenny sumergía la carta en una serie de baños químicos y después la dejaba a un lado para que se secase. Hizo lo mismo con la nota original destinada a Fortunato.

—Mientras esperamos —dijo Jenny—, comparemos la escritura utilizando las dos fotocopias que hemos hecho antes.

Catherine se sentó a un lado de la experta en grafología y Nick al otro. Jenny se puso a leer la carta a Fortunato.

Querido Mal:

Estoy muy contenta de que finalmente nos escapemos los dos.

Será estupendo estar juntos para siempre. Eres todo lo que yo he soñado siempre.

Te veré esta noche.

Te amaré siempre.

Joy.

La carta firmada por Joy Petty decía lo siguiente:

Querida Marge:

Gracias por tu bonita tarjeta de cumpleaños. No sé por qué sigues enviándome dinero, tú sabes que voy bien. Pero es encantador que lo hagas. Espero que hayas estado pensando en la invitación que te hicimos para que vinieras a pasar aquí unas cuantas semanas. El chico con el que vivo, Doug, podría ir a buscarte en coche si no quieres venir en autobús. Lo pasaríamos bien. Por favor, ven.

Con cariño, Joy

—Ahora es más mayor —dijo Nick—, su manera de escribir puede haber cambiado.

—No hasta ese punto —dijo Jenny—. No es posible. A lo largo de los años, nuestra manera de escribir cambia, eso está claro. Hasta cierto punto. ¿Pero la firma? Eso es algo que la gente no cambia de un modo tan drástico.

Jenny colocó las dos cartas una al lado de la otra sobre la mesa.

—Mirad la «J» mayúscula de «Joy». Los dos se acercaron.

—La nueva, la de la carta de Joy Petty, es extremadamente cursiva. Empieza con la línea y después hace ese jodido semicírculo que va hasta lo alto de la línea, después la vuelta más pequeña que también se vuelve sobre sí misma. Mirad cómo va hacia abajo, casi hasta llegar a la línea siguiente. Es la letra de alguien que quiere llamar la atención, que quiere distinguirse de la multitud.

Catherine hizo un gesto hacia el viejo documento.

—Háblanos de la persona que hay tras la otra firma.

Jenny señaló.

—Es un garabato. Como el de un niño. Muy directo, más impreso que escrito. De ningún modo pertenecen a la misma persona. Me importan una mierda los años que hayan pasado entre ambas.

Señaló la «M» de «Marge», que era redondeada y suave.

—Muestra una misma presión todo el rato.

La «M» de «Mal», sin embargo, como ella señaló, marcaba una presión extra en la unión de las líneas.

Jenny negó con la cabeza.

—Definitivamente, dos escritores diferentes.

Catherine sonrió hacia Nick, y Nick le correspondió.

—Los documentos ya deben de estar secos —comentó Jenny, dirigiéndose a los documentos originales—. Vamos a echarles un vistazo.

La experta se colocó a un lado de la mesa, Nick se puso en el otro. Catherine siguió estudiando las fotocopias durante unos cuantos segundos más, después se unió a ellos situándose junto a Nick.

—¿Has metido eso en Ninhydrin? —preguntó señalando hacia la nota.

Jenny meneó la cabeza.

—No, es el viejo mojo.

Catherine dijo:

—Recuerdo haber leído en el informe Fortunato que los del laboratorio lo intentaron, en el año 85, cuando encontraron la nota... pero no salió nada.

—Sí —dijo Jenny—. Aunque ya era bueno en esos días, incluso el Ninhydrin no habría funcionado. Funciona bien con los aminoácidos, dejados en el papel por la gente que lo tocó. Pero esta mierda es nueva, es un desarrollador físico: trabaja sobre las sales dejadas.

Nick asintió al recordar algo leído hacía tiempo en un artículo del periódico forense.

—Es un invento británico, ¿no es cierto?

—Así es —afirmó Jenny.

—Sí, claro —dijo Catherine—, encuentra más huellas que el Ninhydrin.

—Hemos conseguido algo —dijo Jenny—. Mirad.

La experta sostuvo la nota original: una huella negra, un lado de la palma de la mano del autor, presumiblemente, y unas cuantas huellas dactilares en diversos lugares por los márgenes de la página.

Jenny sonrió.

—Parece como si el autor hubiese intentado mantener limpio de huellas el papel. Estos cabezas huecas no han captado todavía la idea de que las huellas dactilares son un noventa y nueve y medio por ciento agua. Están en el documento, no sobre él.

En la carta nueva aparecieron menos huellas, pero podía trabajarse con ellas.

—Vuestro experto en huellas dactilares os ha dicho que las huellas no coinciden —predijo Jenny—. Las cartas fueron escritas por personas diferentes, y las huellas dactilares lo demostrarán, así como las diferencias en la escritura. Además, el estilo también señala hacia dos autores; pero es una impresión más subjetiva.

Catherine miró a Nick.

—Así pues, ¿qué te parece?

—Ahora ya sabemos que Fortunato no se fugó con la bailarina de striptease.

—Cierto.

—También puede suponerse que ella sigue viva y que reside en Los Ángeles bajo el nombre de Joy Petty.

Catherine asintió y dijo:

—Sí, y deberíamos saber más cosas cuando regresemos y tengamos que hablar con Grissom.

Nick se puso en pie y empezó a andar lentamente.

—Por lo tanto, tenemos una nota falsa de Joy a la víctima, poco antes de que fuese asesinado... Pero ¿por qué? ¿Por qué escribieron esta nota?

—Lo hizo quien contrató al asesino, obviamente —dijo Catherine—. Y funcionó, pues la desaparición de Fortunato fue entendida como el caso típico de hombre con picores en la entrepierna que se fuga con una mujer más joven.

Nick dejó de caminar y extendió las manos.

—Entonces, los tipos de la mafia contrataron al asesino, y enviaron la nota... o bien ya la habían enviado.

Catherine negó con la cabeza.

—Eso no tiene sentido.

—¿Por qué no?

—De acuerdo Míralo desde el extremo del telescopio desde el que lo miraba la mafia. No quieres que nadie sepa que has matado a ese tipo; ni siquiera deseas que, oficialmente, se le dé por muerto. Dices al asesino que esconda el cuerpo donde no pueda ser encontrado en muchos años, si es que lo encuentran alguna vez, después escribes esa carta para hacer que parezca que Fortunato se ha ido de la ciudad con su chica.

—Bien, de acuerdo —dijo Nick—. Eso hace que todo concuerde.

Catherine sonrió.

—¿A sí? Si te molestas en preparar todo eso, ¿por qué permites al asesino que firme el cuerpo, dejándole la vieja señal de la herida doble?

—¿Por qué no?

—Porque sabes a ciencia cierta que si encuentran el cuerpo, la policía lo relacionará con un asesinato de la mafia. ¿Qué es lo que nos ha parecido a nosotros?

—Pero Dos puntos es un sicario de la mafia...

—No, Nicky —dijo Catherine—. Va por libre. Sus mejores clientes pertenecen al crimen organizado, pero no son necesariamente sus únicos clientes.

Nick lo tenía claro ahora, sacudió la cabeza, defraudado consigo mismo.

—Grissom siempre lo dice: «no des nada por sentado», ¿y qué es lo que hemos hecho? Dar por sentado que se trataba de la mafia.

—De no ser así —dijo Catherine—, era la puesta en escena perfecta para cualquiera que deseara la muerte de Fortunato, ya fuera por razones personales o negocios o cualquier otro motivo. Dado que les debía dinero a los apostadores de la costa este, Fortunato era una apuesta segura para enviarle un asesino a sueldo, los dueños mañosos del casino sabían que él les estaba estafando. La culpa iría a recaer sobre los apostadores al instante.

—Si otra persona hubiese contratado a Dos puntos, ¿de quién podría tratarse?

—Siempre que encontramos la respuesta a una pregunta de este caso —dijo Catherine— acabamos haciéndonos otra nueva pregunta. —Se volvió hacia la analista—. Jenny, ¿qué cantidad de texto necesitas para encontrar coincidencias con una de las dos cartas?

La respuesta de Jenny fue automática.

—Cuando tengas un sospechoso, no le hagas escribir, eso no sirve para una mierda. Tráeme una muestra de algo que ya hubiese escrito, la lista de la compra, cualquier cosa.

—¿Y si no tenemos nada?

—Entonces, qué demonios, hazle escribir. —La pequeña mujer se encogió de hombros—. Hay cosas que no se pueden ocultar.

—¿Y la muestra tiene que ser extensa?

—Un par de frases, como mínimo. Cuanto más, mejor.

—Habitualmente es así —dijo Nick.

—Gracias, Jenny —añadió complacida Catherine—. Eres la mejor.

—No del todo —respondió Jenny—. Mi padre sí lo era.

Catherine asintió.

—Volveremos cuando tengamos algo.

Jenny volvió a centrarse en algún trabajo que le esperaba.

—Estaré aquí hasta las cinco, y podéis encontrarme después... siempre que no me necesitéis esta noche.

—¿Y qué hay de tu afamado servido veinticuatro horas? —preguntó Catherine burlescamente.

—No me toques lo que no suena —replicó Jenny—. Tengo prácticas en el coro.

Catherine guió a Nick, que tenía los ojos muy abiertos, fuera de la oficina y, mientras cruzaban la ciudad, con Nicky tras el volante, Catherine apretó uno de los botones de marcado rápido de su teléfono móvil. Sólo sonó una vez.

—O'Riley —dijo la voz al otro lado.

—¿Sigue Marge Kostichek contigo?

—Sí.

—¿Ningún cambio en su historia?

—No.

—¿Vas a soltarla?

—Sí.

—¿Está en la habitación contigo, verdad?

—Sí.

—De acuerdo. Vamos a hacerte llegar una orden judicial para una identificación no testimonial.

—¿Cómo dices?

—Una muestra de escritura y de huellas dactilares.

—¡Ah! Muy bien.

Catherine escuchó la voz de Marge Kostichek de fondo:

—¿Tú eres el hablador del equipo?

Catherine dijo:

—Llamaré a Grissom. Deberías de tener esos papeles en menos de una hora.

—Me gusta cómo suena —respondió él antes de colgar.

Llamó a Grissom, que le dijo que se encargaría de la orden judicial y de hacérsela llegar a O’Riley.

—¿Has dormido algo? —le preguntó Grissom.

—Un poco a principios de año —dijo ella con un suspiro—. Tampoco recuerdo haber comido últimamente.

—Bueno, parad un rato y comed, al menos. Se nos va a ir la cabeza si no nos cuidamos un poco. Yo me encargaré de las cosas por aquí durante un rato.

—Gracias. Volveremos pronto.

Ella cortó la comunicación y se reclinó en el asiento; le habría gustado que Grissom no le recordase lo cansada que estaba.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Nick.

—Que debemos comer algo.

—Bien. No he comido nada desde que saqué algo de la máquina hará unas doce horas.

El Harley Davidson Café parecía una mezcla entre un local de los años cincuenta, un *pub*, y un club heavy metal. Aunque había pasado por allí unas cuantas veces, Catherine nunca había comido nada; evitaba detenerse en lugares turísticos como aquél. Comía decentemente, pero no estaba en disposición de pagar con regularidad hamburguesas de ocho dólares y seguir criando a una hija.

Una bandera estadounidense ocupaba toda una pared, llegaba hasta el techo, a unos ocho metros de altura, por encima de la sala abierta de juegos de la segunda planta. Una cinta transportadora recorría el restaurante, el bar, la tienda de regalos y llegaba a la segunda planta, portando veinte antiguas Harleys en un desfile constante.

Mientras esperaban la limonada de Nick y el té helado de Catherine, se pusieron a hablar del caso.

—De acuerdo —dijo Catherine—, si la mafia no mató a Fortunato, ¿quién lo hizo?

Él recapacitó durante unos segundos.

—¿Qué tal su esposa? Siempre es la primera persona de la que sospechar. Le estaba dando el salto, después de todo.

—No lo sé —respondió Catherine—. Parecía genuinamente conmocionada al saber que, finalmente, estaba muerto. Pero su rabia contra Joy no la ha dejado atrás, a pesar del tiempo que ha pasado.

—¿Y qué hay de su pareja actual?

La camarera dejó las bebidas frente a ellos, les tomó nota y Catherine tuvo que sufrir el flirteo de su compañero («Aikake» dijo él, «qué nombre tan bonito», en eso

estuvo de acuerdo con Nick. «Es hawaiano», dijo la camarera).

—¿Sabes algo de él? —le preguntó Catherine cuando se fue la camarera.

—Perdona. ¿Te refieres al novio?

—Gerry Hoskins. Annie Fortunato afirma que él no salía en la fotografía cuando Malachy desapareció pero nadie ha verificado la historia.

—Alguien debería hacerlo.

—Por ese motivo creó Dios a personas como Jim Brass.

—Me lo estaba preguntando. ¿Alguna otra idea?

—¿Qué tal Marge Kostichek?

Él se encogió de hombros.

—Mintió acerca de Joy, es cierto, pero ¿qué motivos tendría para hacerlo?

Catherine suspiró.

—No lo sé. ¿Cómo obtener una respuesta?

—¿Y la tal Joy? —dijo Nick—. Desapareció el mismo día, y hasta que encontramos la carta no sabíamos si estaba viva.

—Pero la carta de hace quince años probablemente no la escribió Joy. ¿Por qué contrataría un asesino a sueldo y enviaría una nota falsa cuando resultaría más convincente que la escribiese ella misma?

—Empieza a dolerme la cabeza.

Catherine seguía cavilando.

—Me pregunto si Grissom habrá tenido algo de suerte con lo de California.

—Dejémoslo para más tarde —indicó Nick mirando hambriento hacia la barra.

Su comida acababa de llegar; ya fuese la camarera o la hamburguesa con queso lo que provocó aquel brillo en su cara, Catherine no se preocupó en descubrirlo.

En menos de un día, habían pasado de identificar al asesino que hacía coincidir los dos casos a intentar imaginar quién habría pagado a Dos puntos para que se cargase a Malachy Fortunato. Quizá Nick estaba en lo cierto. Pero en ese momento, ella quería centrarse en su bocadillo de pollo e intentar olvidarse de la gran cantidad de sospechosos que habían aparecido.

Después de comer, Catherine llevó a Nick de vuelta al cuartel general, así él podría volver de nuevo a las pruebas. Esta reevaluación era siempre un aspecto necesario de la investigación científica criminal, porque la nueva información y la nueva perspectiva vertía nueva luz sobre las pruebas continuamente. Pero atrapar a la persona que había contratado al asesino, dependía en gran medida del hecho de hacer coincidir las huellas dactilares de los documentos y de la comprobación grafológica de Jenny Northam.

Catherine no se encontraba lejos de la casa de Annie Fortunato cuando sonó teléfono.

—Hola, soy Nick. Grissom ha conseguido una foto del carné de conducir de Joy

Petty y está aquí, esperándote a que vuelvas.

—¿Y qué?

—Es ella. Está más mayor, menos lozana, pero es ella. Mónica Petty o Joy Starr o Joy Petty o...

—Una rosa con muchos nombres —dijo Catherine con una mano en el volante del Tahoe—. Di a O'Riley o a Brass, que tal vez uno de los dos podría ir a Los Ángeles a hacerle algunas preguntas.

—Hablando de O'Riley —dijo Nick—, ya tiene las huellas dactilares y la prueba de escritura de Kostichek.

—Bien. Estoy frente a la casa de Fortunato —añadió—. Estaré ahí dentro de una hora.

—Hasta luego —dijo él y colgó.

Catherine aparcó el coche y caminó hasta la puerta, con una versión reducida de su maletín de trabajo en la mano. La luz atravesaba las cortinas de la sala de estar. Catherine llamó a la puerta.

Tras unos instantes, Annie Fortunato abrió la puerta muy despacio. Aunque estaba completamente vestida, con una camiseta azul y unos pantalones cortos negros, parecía un poco desarreglada; como siempre, un cigarrillo colgaba de sus finos labios pálidos.

—Qué tal, señora Willows. Pasa, pasa. Catherine pasó al interior. Con una sonrisa, la señora Fortunato preguntó:

—¿Qué puedo hacer por ti? Le llegó un aroma que reconoció al instante, macarrones con queso, desde la habitación de enfrente; no hada mucho que habían acabado de comer.

—Siento no haber llamado antes...

—Eh, no hay problema. —Le dio una calada al cigarrillo—. Sé que intentas ayudar.

—Me alegra que lo entienda así. Tengo que tomarle las huellas dactilares.

La señora Fortunato abrió mucho los ojos y dijo:

—¿Cómo dices?

—Necesito sus huellas dactilares... Y también las de Gerry.

—¿Por qué? —La amabilidad había desaparecido del tono de su voz.

—Hemos encontrado huellas en la nota de Joy Starr. La que estaba entre los efectos personales de su marido, ¿recuerda?

—Pero no entiendo...

La voz de Hoskins resonó al fondo de la casa.

—¿Qué pasa, Annie?

La señora Fortunato se volvió y, a voz en grito, dijo:

—¡Catherine Willows está aquí y necesitas tus huellas dactilares! —Después se volvió hacia Catherine con un rictus de rabia dibujado en el rostro—. ¿Crees que uno de nosotros lo hizo? Maldita sea, ni siquiera conocía a Gerry por aquel entonces. Ni

siquiera vivía en la ciudad.

Lo violento de la situación cayó sobre los ya de por sí cansados hombros de Catherine.

—Es sólo una formalidad, para facilitar las cosas... Ya sabe, para eliminarles como posibilidad.

Pero cuanto más pensaba la señora Fortunato en ello, más enfadada parecía.

—¿Crees que maté a mi marido? Pensé que eras mi amiga.

—Señora Fortunato... Exhaló el humo del cigarrillo.

—¡Zorra! ¿Cómo te atreves?

Catherine alzó las manos, intentando explicarse.

—Honestamente, señora Fortunato, ni siquiera he considerado la posibilidad de que usted matase a su marido —mintió. A esas alturas, lo único que tenía claro es que no quería irse sin las huellas—. Pero cuando atrapemos al que lo hizo, sus abogados intentarán cualquier cosa para librar a su cliente, incluido implicar a Gerry en el asesinato.

La señora Fortunato seguía impertérrita; al menos había escuchado sus palabras. Catherine, con gran alivio, observó cómo la rabia de la mujer se evaporaba.

Hoskins salió del dormitorio, poniéndose una camisa al tiempo que intentaba cerrar la cremallera de sus pantalones con una sola mano.

—¿Estás bien? —preguntó. Catherine se preguntó si había interrumpido algo... el postre, quizá, tras los macarrones con queso.

—Quiere nuestras huellas dactilares; las tuyas y las mías, ha dicho.

—¿Qué cojones...?

—Porque si pillan al que mató a Mal, sus abogados podrían implicarnos.

Ambos miraron a Catherine con un brillo de suspicacia en los ojos.

Un tanto desalentada, se acercó a ellos.

—Dejen que les diga una cosa. Mi trabajo es encontrar a quien mató a Malachy. Ustedes dos son considerados sospechosos, ahora que hemos encontrado el cuerpo.

—Eres una zorra —dijo la mujer.

—Escúchenme, por favor.

Hoskins rodeó a la señora Fortunato con el brazo.

—¿Cómo demonios ha llegado a pensar...?

—Yo no soy su amiga —espetó Catherine—. Y no tengo opinión al respecto. Me limito a las pruebas, ése es mi trabajo. Por eso estuve excavando en el camino de entrada la otra noche, no por diversión. Cuantas más pruebas tenga, ya sea para inculpar o para exculpar, más cerca estaré de encontrar al asesino de Malachy Fortunato y entregar a esa persona a la justicia. No sólo al asesino a sueldo, si no a la persona, o personas, que lo contrataron... Ya fuese la mafia, usted o cualquier otra persona.

Aturdidos, la pareja se limitó a mirarla. Hoskins siguió con el brazo alrededor de los hombros de la señora Fortunato, pero finalmente dijo:

—¿Cómo podemos ayudar?

Catherine suspiró, aliviada pero exhausta, y volvió a decir:

—Necesito las huellas dactilares de ambos.

El hombre asintió.

—¿Puede hacerlo aquí, o tenemos que ir a comisaría?

Catherine extrajo de su maletín un equipo portátil para tomar las huellas.

—Podemos hacerlo aquí.

Se maldijo a sí misma por haber llevado tan mal el tema. No debería haberse comportado de aquel modo¹ por suerte, Grissom no estaba con ella.

La señora Fortunato parecía incómoda.

—Siento haberte llamado... Siento lo que he dicho.

Catherine se las arregló para componer una sonrisa amable.

—Lo siento mucho si la he inducido a error en algún sentido. Sé que esto no es como usted había imaginado que sería..., pero tengo que investigarlo todo, todos los aspectos, buenos o malos, amables o incómodos.

—Lo sé, lo sé. Pero es que todo me resulta tan... emocional. Gerry y yo estamos un tanto al límite. Supongo que ustedes también lo están.

Todos los días, habría dicho Grissom, nos encontramos con gente que está pasando por el peor día de su vida.

Catherine les tomó las huellas con mucha rapidez, deseosa de acabar con aquel trámite lo antes posible. Acababa de abrir nuevas heridas en ese viejo asunto, y deseaba largarse a toda velocidad.

Cuando acabó y pasó a Hoskins una toallita de papel para que se limpiase la tinta, él dijo:

—Gracias.

Y Catherine respondió:

—No, gracias a usted, señor Hoskins.

La acompañó hasta la puerta.

—Señora Willows...

—¿Sí?

—¿Podría hacerme un favor?

—Dígame.

Él tragó saliva.

—Atrape a ese hijo de puta.

Ella le miró a los ojos.

—Lo haré, señor Hoskins, lo haré.

En Henderson, con la detective Conroy sentada de copiloto y Sara en el asiento trasero, Warrick condujo el Tahoe por Fresh Pond Court, buscando el número de la casa. Eran toda una serie de viviendas valladas (sin puertas), diseñada, si no para ricos, sí para gente acomodada. Cuando el automóvil llegó a la altura de la casa en cuestión, el Taurus de Brass ya estaba allí, con Grissom en el asiento del copiloto. Los dos agentes del CSI y el detective de homicidios salieron de los coches sin marcas. Warrick se puso a la cabeza.

El rancho de estuco era del color que los vendedores inmobiliarios denominaban «crema desierto», y ludan las obligatorias tejas, un garaje para dos automóviles adosado y un césped bien cuidado. No muchas casas de la zona podían permitirse el lujo de un césped tan verde; la mayoría de los jardines eran de arena o estaban cubiertos de piedras. El de esa vivienda parecía propio de un campo de golf, pero en lugar de tener un hoyo con banderita, un único seto de rosas ocupaba el centro del jardín. La casa mostraba una tranquila dignidad que proclamaba a las claras: «dinero»; como si lo susurrase, pensó Warrick.

—Hay gente que hace que el sueño americano siga teniendo vigencia. —Warrick, golpeó sobre la chapa del Taurus y le dijo a su jefe—: ¿Habéis llamado a la puerta?

Grissom conservó su expresión ausente, con los ojos fijos todavía en el lugar.

—En cuanto llegamos —dijo—. No hay nadie en casa. ¿Dónde habéis estado?

Una sonrisa de compromiso curvó la comisura de los labios de Warrick.

—Podría decirse que nos perdimos.

—¿Cuántos agentes del CSI se necesitan para enroscar una bombilla? —preguntó Brass sentado tras el volante.

—Dos y un agente de homicidios, al parecer —dijo Sara—. Conroy ha venido con nosotros.

—Eh, es un vecindario nuevo —replicó Warrick—. La última vez que estuve por aquí no había más que maleza y perros vagabundos.

—Dejadlo estar —intervino Grissom—. La cuestión es que no hay nadie en casa.

Conroy rodeó el vehículo para hablar con Brass; le preguntó:

—¿Quieres que le eche un vistazo a la parte trasera?

—No tenemos orden alguna —dijo Brass—. Tenemos que andarnos con pies de plomo. En casos como éste, es mejor no arriesgar ningún aspecto técnico.

—Parece deshabitada. —Sara, colocándose junto a Warrick, preguntó a su jefe—: ¿No hay nadie en casa o es que no vive nadie aquí?

Un viento seco arrastraba las hojas de los árboles jóvenes del jardín delantero.

—A través de las ventanas se ven muebles —dijo Grissom—, y la compañía eléctrica, la compañía del agua y los funcionarios del condado coinciden: esta

residencia pertenece a un tal Barry Hyde.

—No dejas nada al azar —dijo Warrick.

—Excepto cuando, ocasionalmente, te pierdes, tú tampoco.

Warrick lo tomó como un cumplido.

—De hecho, creo que nos hemos ganado un descanso —afirmó Grissom.

—¿Cómo? —se extrañó Sara.

—Creo que deberíamos ir a ver las nuevas adquisiciones del videoclub —dijo Grissom.

Warrick, sacando la mano del techo del Taurus, dijo:

—Tal vez haya nuevos estrenos.

Conroy se quedó en el Taurus junto a la residencia, en tanto que Brass montó en el Tahoe con Sara, Warrick y Grissom.

Desde el asiento trasero, Brass dijo:

—Si quieres que conduzca yo... Conozco bien el camino.

—Di con la dirección, ¿no? —replicó Warrick, intentando no dejar entrever en su voz molestia alguna—. Haré yo los honores.

El videoclub de Barry Hyde se encontraba cerca de su casa, unas cuantas manzanas antes de Wigwam Parkway. Alegrándose de llevar las gafas de sol puestas, Warrick se adentró en el aparcamiento del Pecos Legacy Center, justo en el momento en el que el parabrisas recibía los brillantes rayos de luz del atardecer. De la A a la Z Vídeo —el típico local que no pertenece a ninguna cadena mayoritaria, con su cartel de neón en el escaparate y un montón de carteles de películas por todas partes— estaba ubicado en un extremo del alargado centro comercial; la tienda de al lado era un estanco con descuentos.

Brass entró el primero en el videoclub, Grissom iba a su espalda, observando. A Warrick le recordó a otros muchos videoclubes independientes en los que había estado con anterioridad: estrenos en las estanterías que rodeaban las paredes y viejas películas en el centro.

Los DVD de alquiler ocupaban la sección de la pared que se encontraba a la derecha de la caja registradora, que estaba centrada entre la puerta de entrada y la de salida. Al fondo de la tienda había una puerta que, presumiblemente, llevaba al almacén y a la oficina del director.

Detrás del mostrador, en la zona de la caja, se encontraba la única persona que atendía en el local, una pequeña mujer de ascendencia india americana de unos veinte años, ataviada con un uniforme azul, muy parecido al que utilizaban en Blockbuster, sobre unos pantalones y una camiseta; llevaba el cabello negro bastante corto. En su tarjeta podía leerse el nombre: Sue.

Sinceramente alegre, y tal vez sorprendida de tener clientes a los que atender, preguntó:

—Hola. Bienvenidos a De la A a la Z Vídeo. ¿Buscan algún título en particular?

—Sue, estoy buscando a Barry Hyde —dijo Brass.

No le mostró su placa... No hubiese sido adecuado en ese momento.

La cajera sonrió.

—El señor Hyde no está. Tal vez yo pueda serle de utilidad.

—¿Cuándo crees que volverá?

—Lo siento. No estará disponible hasta después del fin de semana.

Fue entonces cuando Brass sacó su billetera de cuero y le mostró la placa.

—¿Puedes decirme por qué no está disponible?

Tras observar la placa, la alegría de la cajera se transformó en aprensión.

—Oh, bueno... Me gustaría ayudarle, pero yo sólo... Creo que debería hablar con Patrick.

El melancólico rostro de Brass esbozó una especie de sonrisa.

—¿Y quién es Patrick?

—El ayudante del director. Él está a cargo de todo hasta que el señor Hyde regrese.

—Me gustaría hablar con Patrick. ¿Está por aquí?

—En la parte de atrás —dijo. Apretó el botón del interfono y dijo—: Patrick, alguien quiere verte.

Una voz en el interfono, respondió:

—¿Quién?

—Creo que es la policía... Quiero decir que es la policía.

Patrick dijo:

—Esto... Bueno... Un minuto... Esto... Ahora... eh... mismo... salgo.

Cuatro minutos después, más o menos, Grissom recorría el videoclub revisando cada vídeo como si de una prueba potencial se tratase. Pero los demás, Warrick incluido, se estaban impacientando.

Warrick se percató de que la media tarde acostumbraba a ser un momento de gran ajetreo en un videoclub, pero aquel lugar estaba desierto. Observó los precios de alquiler de las películas: eran bastante buenos.

Brass se apoyó en el mostrador.

—Sue, ¿te importaría llamar otra vez a Patrick?

La cajera se disponía a apretar el botón del interfono cuando se abrió la puerta del fondo y apareció un muchacho con la cara llena de granos, en apariencia más joven que la cajera. Su pelo era de un rubio descolorido, lucía una perilla oscura y unas largas bermudas de color negro. Su nariz era ancha y corta, los labios finos y los ojos verdes con las pupilas del tamaño de una chincheta; a excepción del pelo de color azul con el logotipo De la A a la Z en el bolsillo del pecho, parecía el guitarrista de una banda de rock duro.

Cuando el muchacho llegó a su altura, Warrick se dio cuenta que Patrick (como su tarjeta de identificación confirmaba) olía a marihuana. Lo cual explicaba sus cuatro minutos de retraso.

El ayudante del director, dijo:

—¿Puedo... puedo... eh... ayudarles en algo?

Brass tuvo que contener una carcajada.

—¿Eres Patrick?

El muchacho recapacitó. Después, sin dejar de señalar su tarjeta, respondió:

—Sí. McKee es mi apellido.

—Patrick, nos gustaría hablar contigo de tu jefe, Barry Hyde.

El alivio que experimentó el chico resultó evidente, y Warrick tuvo que volverse para poder reír sin que le viesan. Fingió estudiar un estreno en la estantería de los DVD para poder seguir escuchando la conversación.

Patrick preguntó:

—¿Qué quieren saber del señor Hyde?

—¿Está fuera de la ciudad?

Patrick asintió.

—Hasta el lunes.

—¿Se ausenta de la ciudad habitualmente el señor Hyde?

El chico tuvo que pensar en la pregunta durante un rato. Finalmente, consiguió decir:

—A veces.

—¿Durante cuánto tiempo? ¿Con cuánta asiduidad?

—Ha venido haciéndolo desde que yo estoy aquí. —Se encogió de hombros—. Eh... ocho meses.

Brass sacudió la cabeza.

—Eso no es lo que te he preguntado, Patrick, Lo que quiero decir es: ¿durante cuánto tiempo está ausente cuando sale fuera de la ciudad?

—A veces un par de días, a veces una semana.

Warrick alcanzó una de las cajas de DVD y fingiendo leer la sinopsis: Tiempo real: cerco al mercado de Lucas ^ Street. Sabía que Hyde no podía ausentarse durante, periodos de tiempo extensos pues rara vez faltaba a su habitual cita de los lunes y los miércoles en el Beachcomber.

Demostrando mucha paciencia, Brass preguntó:

—¿Sabes dónde está ahora el señor Hyde?

Patrick tuvo que pensar durante un buen rato.

—No. Creo que no lo dijo.

—¿Y qué sucede si hay una emergencia?

La cara del chico empalideció.

—¿Emergencia?

—Sí, emergencia. Él es el jefe. ¿No te deja un número al que puedes llamar si os roban o un cliente sufre un ataque al corazón en la tienda? ¿O por si un importante empleado, como tú, tiene una crisis familiar?

—Ah, claro —dijo Patrick.

—¿Podrías darme ese número?

—Sí. Novecientos once, el número de emergencias.

Brass se limitó a mirar al chico. Después dejó escapar algo de aire y llamó a Grissom para hablar con él aparte del grupo.

—¿Quieres preguntarle algo al chaval?

Grissom alzó las manos a modo de rendición.

Warrick dejó la caja del DVD en su sitio —¡100% Multiángulo!— y dio un paso hacia delante.

—¿Por qué no esperáis fuera, chicos? Quiero hablar con Patrick.

Los ojos de Sara se cruzaron con los de Warrick: estaban en la misma longitud de onda. Ella dijo:

—Sí, chicos. Yo me quedaré con Warrick.

Grissom, intuyendo algo de sus muchachos, se volvió hacia Brass encogiéndole los hombros.

—¿Alguna objeción, Jim?

—Está bien —respondió Brass. Dijo a Grissom—: ¿Por qué no me llevas otra vez a la casa?

Su coche y la detective Conroy estaban allí, después de todo.

—Cómo no —dijo Grissom. Después se dirigió a Warrick y Sara—: Volveré a por vosotros en quince minutos.

Una vez que el policía de homicidios y Grissom se fueron, Warrick se volvió hacia el ayudante del director.

—Muy bien, Patrick, juguemos a verdad o acción. ¿Estás muy colocado?

Abrió mucho los ojos, sin embargo, las pupilas apenas seguían siendo dos pequeños puntos.

—¡Qué va!

Sara intervino:

—Corta el rollo, Patrick. Los polis abueletes ya se han ido, nosotros somos de la patrulla de los modernos... Sabemos cuándo alguien está colocado, y tú lo estás.

Patrick parecía haber perdido su capacidad para pronunciar palabras. Estaba allí de pie, con la boca abierta.

—¿Por qué no nos ponemos un poco los tres? —Preguntó Warrick, rodeando los hombros de aquel delgado muchacho—. Vamos ahí atrás y le damos un poco al asunto.

—No, en la parte de atrás no. Quiero decir... eh... es... privado.

—Por eso vamos a meternos ahí —dijo Sara— porque es privado. Los clientes pasan por aquí y no queremos que nos vean.

El acosado muchacho miró hacia la cajera en busca de ayuda, pero ella le dio la espalda, interesada repentinamente en los vídeos que habían devuelto.

—Eh... Supongo que...

—Cojonudo —concluyó Warrick.

Se puso a la cabeza en dirección a la parte de atrás y fue el primero en traspasar la

puerta. El cubículo apestaba a marihuana, a pesar de que el chaval había encendido tres barritas de incienso antes de salir. La «oficina» consistía en una desvencijada mesa de metal, una barata silla giratoria, unas cuantas láminas de madera cogidas con cinta adhesiva y paredes cubiertas con pósters promocionales de películas, la mayoría de ellas pornográficas.

—Lo siento —dijo Patrick, apareciendo por la siguiente puerta—. Es un poco... eh... cutre...

—Y huele como la furgoneta de Cheech y Chong —comentó Sara.

—Un viernes por la noche —añadió Warrick.

Aunque le resultase difícil, el muchacho sonrió.

Ella miró con atención los posters pornográficos.

—¿Tenéis de esta mierda?

La estúpida sonrisa de Patrick desapareció y en su lugar apareció una pose de profesional: era el ayudante del director de De la A a la Z Vídeo, después de todo.

—Culitos americanos y La coleccionista de erecciones son nuestras películas para adultos más vistas. Tienes que reservarla con un par de semanas de adelanto.

—Paso —dijo Sara.

—Entonces, ¿qué? —Dijo Warrick sentándose en extremo de la mesa—. El negocio va bien, ¿eh?

Patrick resopló.

—Sí, claro, bastante.

—¿Siempre está así... tan vacío?

—Casi siempre —admitió Patrick—. Hacemos una buena caja los fines de semana, a veces, pero hay un Blockbuster en la otra manzana, y un supermercado en el otro extremo del centro comercial. También alquilan películas.

—¿Al señor Hyde le interesa el negocio?

—¿Qué quieres decir?

—Que si habláis a menudo, si os encontráis, intentáis trazar una estrategia, bajar los precios...

—En realidad, no. Barry es muy enrollado como jefe. Tiene un sentido del humor un tanto extraño, verdaderamente negro, tío, o sea, brutal.

«Apuesto algo a que sí», pensó Warrick.

—No nos da mucho la brasa —dijo mirando a Sara—... sobre el trabajo.

—¿Viene todos los días? Me refiero a cuando está en la ciudad.

—Sí, sí viene. No se queda mucho rato, la mayoría de los días. Viene, a veces pide algunas películas, repasa los libros, va a hacer el depósito de la noche anterior. Ah, y a veces nos trae algo para papear, donuts y cosas de ésas.

—¿Cuántas personas trabajáis aquí?

—Sin contar al señor Hyde, cuatro. Sue, es la que está en el mostrador, Sapphire, Ronnie y yo. Sue y yo trabajamos juntos, por lo general, Sapphire y Ronnie también. Vamos alternando los turnos cada semana. Esta semana, nosotros trabajamos durante

el día, la siguiente lo haremos por la noche. Así no nos aburrirnos, y todo el mundo puede montárselo, tener una vida, ¿entiendes?

—Eso suena bien —dijo Warrick—. Nosotros sólo trabajamos en el turno de noche.

—Pero ahora es de día —replicó Patrick con perspicacia.

Sara respondió:

—Nos gusta pensar que se trata de un horario flexible. ¿Cuánto ganas trabajando aquí, Patrick?

—Ocho dólares con cincuenta la hora. Ronnie y yo, quiero decir, porque los dos somos ayudantes del director. Sapphire y Sue ganan siete con cincuenta la hora.

—No está mal —dijo Sara—, por estar sentado aquí y colocarte.

Intentó analizar lo que acababa de oír —el tono de Sara no entrañaba juicio alguno, aunque después de todo era poli—, pero finalmente, dijo:

—Sólo lo hago si realmente está desierto.

—Lo cual sucede muchas veces.

El gesto de Patrick tenía un matiz afirmativo. Warrick, intuyendo que Sara se estaba saliendo del camino, preguntó:

—¿Recuerdas exactamente cuándo salió el señor Hyde de la ciudad?

—Mierda... Todos sus viajes están marcados en el calendario.

Warrick intercambió una mirada con Sara, después preguntó:

—¿Qué calendario, Patrick?

—Este —dijo el muchacho señalando hacia la playmate de julio que colgaba sobre la mesa.

—¿Te importa si le echo un vistazo? —No, pero... ¿no necesitaríais una orden o algo así?

A su réplica, Warrick le dio un tono casual.

—No, si a ti no te importa. —Ah, vale. Está bien. Hazlo. Pasando las hojas con un bolígrafo, Warrick fue leyendo las fechas y Sara las copió. Cuando acabaron, ella extrajo una pequeña cámara de su bolso y le hizo un par de fotos al calendario, sólo por si acaso.

Patrick se puso un poco nervioso cuando Sara empezó a hacer fotos, y Warrick rodeó al muchacho con su brazo.

—Patrick, te voy a proponer un trato.

—¿Un trato?

—Sí. Si tú no dices al señor Hyde que hemos estado aquí haciendo preguntas, no te daré por culo.

—¿Darme por culo...?

—Ya sabes, por posesión de estupefacientes.

—¿Estupefacientes? Sólo tengo medio... —Patrick se quedó helado cuando comprendió lo que estaba diciendo. Sus ojos parecían suplicantes cuando miró a Warrick y a Sara—. Pensé... pensé que erais enrollados...

La voz de Warrick se endureció.

—Patrick, ¿estás de acuerdo en el trato?

A su pesar, Patrick asintió.

—Sí.

Una vez en el exterior, bajo el sol, Warrick dijo a Sara:

—Hay algo que no cuadra.

—Algo más que el olor a porro de ahí dentro —coincidió Sara—. El jefe nunca está por aquí, no se preocupa por el negocio, y vive en una casa nueva muy cara en un vecindario de lujo.

—Y sale de la ciudad de vez en cuando... Siempre estancias cortas.

—Quizá Dos puntos no estaba retirado, ¿se trata de eso?

—No es eso lo que estaba pensando. Será mejor que busquemos más información sobre el señor Barry Hyde.

Fue entonces cuando apareció Grissom en el Tahoe. En el camino de vuelta a la oficina, con Warrick al volante, explicaron a su supervisor lo que habían descubierto... y lo que pensaban.

—Quiero esa lista de fechas —dijo Grissom— que indican cuándo sale Hyde de la ciudad.

Aparte de eso, sin embargo, Grissom no dijo nada.

Lo cual siempre hacía que Warrick se pusiese muy nervioso.

Culpepper estaba esperando en la oficina de Grissom. El agente del FBI se había sentado tras el escritorio, poniendo los pies en lo alto, en una esquina.

—Colega, ¿qué has estado haciendo?

Al notar cómo la rabia crecía en su interior, Grissom aspiró profundamente e intentó mantenerse en calma.

—¿Por qué lo preguntas? Estoy bien. Y tú, agente especial Culpepper, ¿cómo estás?

Brass entró en la oficina, vio al agente del FBI y dijo:

—El dinero que invierte nuestro gobierno en funcionamiento.

Culpepper bajó los pies de la mesa y se sentó bien, pero no dijo nada durante unos larguísima segundos. Finalmente, habló:

—He oído que tenéis algo de Dos puntos.

Grissom permaneció impertérrito, aunque se preguntaba cómo había conseguido Culpepper esa información.

—Has oído mal.

—Llevo esperando aquí desde hace media hora. ¿Dónde estabais, Grissom?

—Comiendo. No recuerdo haber concertado una cita con el FBI.

—He oído decir que estáis tan ocupados que ni siquiera tenéis tiempo para comer.

—Hoy sí —dijo Brass—. Conmigo. Te habríamos invitado, pero no nos dijiste

que vendrías.

Grissom añadió:

—¿Cuál es el propósito de tu visita, Culpepper? ¿estás aquí por ver si pescas algo?

La sonrisa del agente del FBI fue poco menos que una mueca; colocó bien su corbata mientras pensaba una respuesta.

—Pasé por aquí para decir que hemos oído que Dos puntos ha abandonado la zona.

Grissom dejó que su escepticismo hiciese un mínimo acto de presencia.

—Si creéis que se ha ido, ¿por qué sigues metiendo las narices por aquí?

—Sólo estaba haciendo rodar la pelota, amigo. Al igual que tú, éste es mi territorio, y quería mantener a mis compañeros, profesionales de la ley, informados. Deberías saberlo.

—¿Haciendo rodar qué? —preguntó Brass.

Culpepper se puso en pie y rodeó la mesa, deteniéndose en la puerta del despacho. Miró a Grissom.

—No está bien que no tengas nada, amigo. Supuse que si alguien podía pillar a ese tipo ése debías de ser tú. Dicen que eres el número uno de criminalística en el país... sin contar el FBI, por supuesto.

—Sí —dijo Brass—, vuestro laboratorio tiene una reputación que todos anhelamos.

Culpepper hizo una mueca.

—Debe de ser duro no ser el número uno.

—Lo intentamos con todas nuestras fuerzas —respondió Grissom.

El agente del FBI asintió.

—Lo necesitáis. Buena suerte, caballeros. No tengáis malos pensamientos.

Y Culpepper se fue.

—Maldita sea —dijo Brass saliendo al pasillo, asegurándose de que el agente del FBI no estaba a la escucha—. ¿Cómo lo sabía?

—Tal vez no lo sabía.

—Tal vez sí.

Grissom se encogió de hombros.

—Has hablado con los funcionarios del condado, con los del servicio público y con no sé cuántas otras agencias.

—Él no nos está ayudando, ¿no te parece? Nos está observando. ¿Por qué?

—Es más fácil que resolver el caso por sí mismo, se deja caer y toma lo que puede.

Grissom negó con la cabeza, disgustado.

—Tiene que tener algún tipo de motivación oculta... Hasta encontrárnoslo ahora, estaba tentado de pasarle la lista de fechas que me dio Warrick.

—¿De las salidas de Hyde fuera de la ciudad este año?

—Sí. Veremos cuántos asesinatos o casos de personas desaparecidas coinciden con esas fechas.

—Dame la lista y haré lo que pueda.

Grissom se la entregó.

—¿Crees que el asesino sigue en activo? —preguntó Brass.

Grissom se sentó tras el escritorio.

—Sabemos que sí, pues mató a Dingelmann. Tal vez ha dejado de trabajar para la mafia y sus contratos son ahora con particulares. Ésa podría ser la razón de que no haya aparecido en el radar del FBI durante los últimos cuatro años.

—¿Estás convencido de que Hyde es Dos puntos?

—No. Es demasiado pronto. Estamos tras la pista creo. Warrick se ha llevado el trofeo al jugador más valioso del día.

Nada más acabar la frase, Warrick apareció en la puerta de la oficina; Sara iba tras él. Grissom hizo un gesto para que pasasen.

—El estimado agente Culpepper echaba humo —dijo Warrick.

—Eso está bien —añadió Brass.

—Nos lo hemos encontrado en el aparcamiento —dijo Sara—. ¿Qué le habéis dicho?

Brass respondió:

—Hemos compartido con él del mismo modo que él comparte con nosotros.

—Habéis intercambiado cromos, quieres decir.

—Oh, no hemos llegado a tanto —corrigió Brass.

Cambiando de orientación, Warrick se dejó caer en la silla que había frente a Grissom.

—Algo huele mal en ese videoclub.

—¿Aparte del cannabis? —preguntó Grissom inocentemente.

Warrick y Sara sonrieron, evitando la mirada de su jefe.

Brass metió baza en el tema.

—Supongo que os referís a la horda de clientes que vimos allí hoy.

—Incluso para un momento bajo —dijo Warrick— era de risa.

Con un parpadeo, Sara añadió:

—Y Patrick, que se mostró muy abierto con gente joven como nosotros, admitió que nunca tenía demasiado trabajo.

—Trabajan cuatro chicos —señaló Warrick—, ganan un sueldo decente y Barry Hyde parece hacerse cargo de la diferencia de dinero.

—¿Blanqueo de dinero? —preguntó Brass.

Grissom ignoró su pregunta y se dirigió a los dos agentes CSI.

—Muy bien, llevemos a Barry Hyde al proctólogo. Sara, quiero que busques datos en su vida personal.

—Si tiene alguna, la encontraré.

—Fotocopia esto —dijo Brass, pasándole su cuaderno de notas indicándole las

páginas—, y devuélvemelo. Eso es todo lo que sabemos de Hyde, a partir de las llamadas telefónicas realizadas.

Ella le echó un vistazo rápido a las notas.

—No mucho, me temo.

—Es algo por lo que empezar —replicó Grissom—. Encuentra más cosas. Warrick...

—¿Sí?

—Intenta encontrar algo investigando en su negocia.

—Así lo haré.

Entonces, Warrick y Sara salieron a cumplir sus respectivas misiones, y Brass también se fue, dejando a Grissom sumido en sus pensamientos, intentando imaginar qué demonios andaba buscando Culpepper.

A pesar de que se suponía que ambos grupos debían intercambiar información, dado que lo que pretendían era llevar a aquel animal ante la justicia, Culpepper no había contribuido en nada a su investigación, sólo había aportado vagas e insustanciales nociones respecto a la ausencia de Dos puntos.

No sabía cuánto tiempo había estado dándole vueltas al asunto, pero los golpes en la puerta lo devolvieron a la realidad. Alzó la vista y vio a Sara.

—Pareces confundida —le dijo.

—Estoy confundida. —Entró en el despacho y llegó hasta donde estaba Grissom—. Las cosas relacionadas con Barry Hyde cada vez se hacen más extrañas.

—¿Extrañas en qué sentido?

Ella se sentó colocando un pie debajo de su trasero.

—Tomemos sus años de estudiante, por ejemplo.

—Veamos.

Ella esbozó una ambigua sonrisa.

—Actualmente se pueden conseguir un montón de cosas en Internet, Grissom.

—Eso he oído decir. Algunas incluso son legales.

—Lo suficiente. Un montón de informes y material que se puede utilizar.

—Dejemos el cómo y vayamos al qué —dijo Grissom recostándose en su silla—. ¿Has encontrado los expedientes académicos de Barry Hyde?

—Algo así —respondió ella arrugando la nariz—. Barry Hyde es licenciado en Lengua inglesa por la Universidad de Idaho.

—¿Nuestro Barry Hyde?

Ella asintió; hablaba más rápido, se notaba que estaba en su elemento.

—Lo que sucede es que, cuando fui a la página web de la Universidad de Idaho, no tenían nada de él.

—¿Quieres decir que no quisieron darte su informe académico?

—No. Lo que quiero decir es que no tenían noticia de que hubiese estudiado allí.

—Tal vez no llegó a licenciarse.

—No tienes por qué licenciarte para aparecer en sus archivos, Grissom. Ni

siquiera llegó a matricularse.

—¿Algo más?

—Oh, sí. Todo lo relacionado con los últimos cinco años está bien. Barry Hyde es un ciudadano modelo. Tiene las facturas domiciliadas y paga a tiempo, las tarjetas de crédito están al día, es miembro del club Rotary, de la Cámara de Comercio de Henderson, incluso paga sus multas de tráfico.

—Bien por él.

—Pero ¿qué pasa antes de esos cinco años? El expediente militar de Hyde dice que estuvo destinado en ultramar, pero he encontrado su expediente médico y dice que nunca ha salido fuera del país. Todo es muy confuso. La información o no dice nada o es contradictoria. Su pasado es un laberinto.

—Pero tal vez —dijo Grissom entrecerrando los ojos— tenga una salida.

Al salir de la sala de descanso, con una taza de café en las manos, Catherine casi se topó de bruces con O'Riley, quien, a su vez, la estaba buscando con un archivador en la mano.

—Bueno, hola —dijo ella.

Sonriendo torpemente, éste dijo con entusiasmo:

—Tengo un amigo en la policía de Los Ángeles, Tavo Álvarez.

—Bien por ti, sargento.

—Bien para todos: ha encontrado a Joy Petty.

—¡Fantástico! Vente conmigo, tengo que encontrar a Nick.

O'Riley se unió a ella.

—Tavo encontró la casa de Petty en Lakewood. Ahora está en el paro, pero supongo que debe de ser camarera. No está casada, vive con un hombre, un camionero.

—De acuerdo, está vivita y coleando, pero ¿se trata de Joy Starr?

—Oh, sí, claro. Lo admitió sin problemas. Tavo me dijo que parece estar orgullosa de sus días en el negocio del espectáculo. Joy Starr, Mónica Petty, Joy Petty: una sola persona.

Catherine se detuvo, sus pasos resonaron en el pasillo como disparos. Miró a los ojos a O'Riley, más con sagacidad que con inquietud.

—Ahora que la hemos identificado, tendríamos que interrogar a Joy Petty a fondo.

Él encogió sus anchos hombros.

—Puedo trabajar en eso con Tavo, es un buen tipo,

—¿Podrías desplazarte a Los Ángeles, en avión o incluso en coche?

—Creo que será mejor utilizar a Tavo. Quiero decir que es voluntarioso y buen policía.

—Pues entonces mantén el contacto con él —dijo Catherine poniéndose en marcha de nuevo, dirigiéndose hacia el laboratorio en el que Nick estaba trabajando—. Tenemos que interrogar a Joy Petty meticulosamente acerca de su relación con Marge Kostichek.

—Bien, pero Tavo me telefoneó desde el escenario de un asesinato, lo que me da a entender ciertas cosas. O sea, es la ciudad de Los Ángeles, tienen unos cuantos asesinatos que resolver. —Tú persiste, sargento.

—Lo haré. Aquí. —Le pasó el archivador que llevaba bajo el brazo—. Es el historial de Gerry Hoskins.

—¡Bien!

Otro encogimiento de hombros.

—Al parecer, parece una buena persona, metido en sus propios negocios de contratas... Ya sabes, remodelaciones y cosas de ésas.

—Gracias, O'Riley. Buen trabajo.

Él sonrió y se fue. Catherine entró en el laboratorio donde Nick estaba estudiando las huellas dactilares.

—¿Qué sabemos? —preguntó acercándose a él.

—Quiero asegurarme de que Gerry Hoskins está limpio —Nick estaba sentado frente a la pantalla, donde se veían dos huellas dactilares: una en la nota de Joy Starr a Fortunato y otra de Hoskins—. No coinciden.

Catherine asintió y le mostró el archivador.

—O'Riley acaba de darme esto. Es el historial de Gerry Hoskins.

—¿Qué dice?

Ella abrió el archivador, le dio un rápido vistazo a los contenidos y dijo:

—Carpintero, dueño de su propio negocio, vivía en Scott's Bluff, en Nebraska, hasta hace siete años. Se divorció y se trasladó aquí, tuvo algo de éxito, y se trasladó a vivir con Annie Fortunato... —Calculó respecto a las fechas—... hace cinco años y medio.

—Bien —dijo Nick—, uno descartado.

Catherine le explicó lo que O'Riley le había dicho acerca de Joy Petty.

—Un interrogatorio a fondo podría aclarar ciertos aspectos oscuros —señaló Nick.

—No lo sabremos hasta que O'Riley vuelva, y podrían pasar horas. De momento, seguiremos con esto.

La siguiente huella pertenecía a Annie Fortunato.

—Las huellas de la esposa tampoco coinciden con la nota falsa —dijo Nick.

En silencio, Catherine dio gracias por ello; había deseado que Annie Fortunato fuese inocente. Grissom podía hablar de ciencia una y otra vez, pero las personas que trataban seguían siendo seres humanos.

Y también los miembros del CSI eran humanos incluso Grissom, probablemente, lo era.

—Esta huella, me temo —dijo Nick, revisándola por tercera vez—, sí coincide por completo.

Catherine se inclinó hacia delante.

—¿La antigua dueña del Swingers?

—Eso es; Marge Kostichek. —La sonrisa de Nick tenía un matiz agríndice; sacudió la cabeza—. Casi me da pena, esa vieja es todo un carácter.

—Lo sea o no —indicó Catherine estudiando la pantalla—, escribió esa nota a Malachy Fortunato.

Nick entrecerró los ojos.

—No creo que la escribiera para que Malachy la leyese, ¿no crees?

—No. Nuestro amigo, el señor Malachy Fortunato, seguramente estaría ya metido bajo el remolque a esas alturas. Un cadáver algo más fresco que cuando nosotros lo encontramos, pero un cadáver a fin de cuentas.

—¿Por qué firmaría Marge con el nombre de Joy Starr una nota como ésta? ¿Qué motivo tuvo esa mujer para matar a Fortunato?

—Pudo tener para matarlo —le aclaró Catherine—. Trabajando en clubes de striptease en una ciudad dominada por la mafia como lo era Las Vegas, Marge bien podía tener acceso a alguien como Dos puntos.

Nick permaneció sentado, asimilando los datos. Finalmente, dijo:

—Creo que necesitaremos una orden de registro.

—Por descontado.

Tras levantarse del taburete, Nick preguntó:

—Será mejor que dejemos a O’Riley al margen. ¿Le veremos luego?

—Sí —dijo Catherine—. Seguramente haya vuelto a su departamento... Prepara tu maletín y yo iré a decir a Grissom qué vamos a hacer y que busque a un juez que quiera darnos la orden.

Diez minutos más tarde, Catherine y Nick recorrían rápidamente la comisaría. Dos filas de mesas de despacho estaban alineadas contra las paredes exteriores y otra corría por el centro, con sus respectivos detectives sentados en sillas con ruedas tras las mesas del color de la piel disecada de Fortunato. A los maleantes, sinvergüenzas y macarras, su clientela habitual, los hacían sentar en duras sillas de metal atornilladas al suelo, para evitar que fuesen utilizadas como armas.

O’Riley no estaba allí; su mesa, la tercera empezando por la pared del fondo, parecía un portaaviones. La papelera hacía las veces de torre, el teléfono en una esquina parecía un cazabombardero, y el resto del desierto y limpio escritorio era la pista de despegue. Nick pasó un dedo sobre la superficie y dijo:

—Me pregunto si lo limpiará con limpiacristales. Catherine habló con Sánchez, el detective de la mesa de al lado:

—¿Dónde se ha metido?

Sin alzar la vista de su máquina de escribir, en la que escribía con un solo dedo, respondió:

—¿Acaso tengo pinta de ser su madre?

—Sólo en las patas de gallo y cuando sonrías.

El detective le correspondió con una media sonrisa sarcástica para poner fin a la broma.

—Déjale una nota —le dijo Nick—. Iremos a buscarlo con el coche.

No parecía haber nada en lo que escribir sobre aquella desierta mesa. Se volvió

hacia Sánchez.

—¿Tienes...?

Antes de acabar la frase ya volaba hacia ella un taco de notas autoadhesivas que ella pilló al vuelo.

—Gracias.

Escribió una nota, la enganchó junto al teléfono, y después, sin mirar, lanzó el taco a la mesa de Sánchez. Tras esto salieron de la comisaría. Cuando actuaban empujados por el sentido de la urgencia, como en ese momento, Catherine se sentía frustrada por las menudencias de la vida diaria.

Se encontraban a medio camino de la casa de la sospechosa, cuando sonó el teléfono móvil de Catherine.

—Willows —respondió ella.

—Soy O’Riley. Recibí tu nota. Estoy haciendo mi trabajo. Alguien tenía que conseguir la orden, ya sabes.

—Ah. ¿Estás saliendo ahora de los juzgados?

—Sí. Me lleváis unos... cinco minutos de ventaja.

—¿Quieres que te esperemos, sargento?

Nick se detuvo ante un semáforo en rojo.

—¿Es O’Riley? —preguntó en voz baja.

Ella asintió.

—¿Tiene la orden?

Ella asintió otra vez.

—Dile que será mejor que se dé prisa si quiere estar allí cuando la interroguemos.

La voz de O’Riley dijo en su oído:

—Le he oído. Dile que espere hasta que yo llegue.

O’Riley cortó la comunicación.

—Quiere que le esperemos —dijo a Nick.

—Maldita sea.

—Es el procedimiento, Nick. Es su trabajo, no el nuestro.

—Pero es nuestro caso...

Cuando la luz cambió a verde y Nick hizo que el coche se pusiese en marcha y se adentrase en el cruce, él negó con la cabeza. Delante de ellos, el sol estaba empezando a ocultarse tras el horizonte dejando un trazo púrpura que teñía las nubes a su paso.

—Quiere que le esperemos —repitió Catherine, disgustada al igual que Nick, pero aceptándolo.

Nick se encogió de hombros.

—No entiendo por qué. A la vieja le gusto. Podríamos hablar un poco con ella antes de que O’Riley apareciese. Lo echará a perder.

Catherine no dijo nada.

Cinco minutos después, detuvo el Tahoe frente al pequeño y desconchado

bungalow de Marge Kostichek. La oscuridad del anochecer había acabado por imponerse, pero no se veía luz en las ventanas. Debido a alguna razón oculta, Catherine sintió una extraña punzada en el estómago.

Nick abrió la puerta del automóvil y desabrochó su cinturón de seguridad.

—Esperemos a O’Riley —dijo con tono dialogante—. ¿Cuánto puede tardar en llegar hasta aquí?

—¿Por qué esperar?

—Tenemos que esperarle. Nosotros no tenemos la orden de registro.

Pero ya habían ascendido el camino de entrada y estaban frente a la puerta. Nick llamó. Compuso una de sus deslumbrantes sonrisas.

—Todo irá bien.

«Esto no está bien», pensó Catherine; era la investigadora con más experiencia de la unidad, debería haberle parado los pies. Pero lo cierto era que estaba tan ansiosa como Nick, y sabía que una vez O’Riley estuviese allí, ella misma debería tomar las riendas.

Pero entonces, ¿por qué la aprensión, las dudas?

La llamada de Nick no obtuvo respuesta, así que lo intentó de nuevo diciendo:

—¿Señora Kostichek? ¡Soy Nick, del laboratorio de criminalística!

A través de las cortinas de la ventana, Catherine vio pasar una figura sumida en la espectral grisura, alguien con algo en su mano derecha. «¿Qué es eso..., un arma?».

Ella arrastró a Nick fuera del porche, hacia la izquierda, justo en el momento en que una bala atravesó la puerta y silbó en la noche. El segundo disparo sonó como un trueno y en la puerta se produjo un nuevo boquete, más grande debido a la cercanía.

Catherine y Nick yacían tumbados sobre los matojos muertos a la izquierda de la puerta de la casa.

—¿Estás bien? —preguntó Catherine.

Temblando, conmocionado, Nick logró decir:

—Creo que sí. ¿Cómo has...?

Ella rodó entre los arbustos, con la pistola en la mano —ni siquiera recordaba cómo empuñarla— y dijo a Nick:

—Ve hasta el coche, te cubriré... Agáchate.

Ella se tumbó en la hierba, apuntando hacia la puerta.

Nick, temblaba y parecía asustado, pero le respondió:

—Yo te cubriré. No importa el Tahoe. Vámonos de aquí.

—Maldita sea, Nick. No nos vamos, aguantaremos. Ve hasta el coche y pide refuerzos. ¡Muévete!

Nick ya no replicó, rodó por los hierbajos, se puso de rodillas y después echó a correr como un atleta, agachándose más cuando alcanzó el jardín.

Otro disparo atravesó la puerta y Catherine, que deseaba responder al fuego, se preguntó a qué debía disparar. No podía disparar a ciegas a la casa.

—¡Deje el arma! —Gritó, manteniéndose boca abajo sobre la hierba, apuntando

hacia la puerta—. ¡Salga con las manos en alto!

Nada.

Nick ya se encontraba tras el Tahoe, con su pistola en la mano. Sonó una sirena en la lejanía y Catherine supo que los refuerzos estaban en camino. Algún vecino había llamado a la policía.

—Vamos, Cath —gritó Nick—. Yo te...

Pero una bala cruzó el aire de la noche, disparada desde la ventana de la casa, e impactó en la ventanilla del conductor del Tahoe.

Nick se agachó y Catherine aprovechó para rodar hacia la izquierda, ponerse de pie y salir corriendo para apretarse contra la pared de la casa. Su corazón latía con fuerza, el sonido de los disparos resonaba en sus oídos. Miró hacia el coche para comprobar si Nick estaba bien. No pudo verle.

—Nick, ¿estás bien? —gritó.

—Fenomenal.

El ruido de la sirena aumentó. Rozando con la espalda los tablones de la pared del bungalow, Catherine se dirigió a la parte trasera. Sólo había dos ventanas en ese lado de la casa, la de la sala de estar y otra que debía corresponder al dormitorio de la parte trasera. Intentó mirar por el filo del marco de la ventana, por el resquicio que dejaba la cortina, pero todo estaba demasiado oscuro. Estaba desplazándose por uno de los lados de la casa cuando escuchó la frenada de un coche frente a la casa: O'Riley.

—¿Qué demonios pasa? —dijo O'Riley.

Nick le contestó en voz más baja, y Catherine no pudo escuchar sus palabras. Tras esto, sonaron tres disparos más en la parte de delante de la casa. O'Riley abrió fuego.

Ella, nerviosa, rodeó la esquina. Si lograba entrar por la puerta trasera, tal vez podría controlar a la vieja; si era ella la que les había disparado. Catherine se agachó para pasar bajo la segunda ventana y dio un paso más y, entonces, la puerta de atrás se abrió de golpe y a ella se le heló la sangre al ver cómo una figura alta —una figura masculina—, vestida de negro de la cabeza a los pies, salía por la puerta y echaba a correr por el jardín. Alzó la pistola de forma automática, pero vio que el hombre no iba armado y no disparó.

Echó a correr tras él.

El tipo corría con la gracilidad de un atleta, pero Catherine se las apañó para mantenerlo a la vista durante media manzana antes de que saltase por encima de la cadena que unía dos tramos de una valla, se detuviese un segundo al otro lado, corriese por el jardín, saltase la valla y desapareciese en la noche.

—Maldita sea —dijo ella, deteniéndose frente a la primera valla.

Guardó el arma y volvió a la casa, intentando recuperar el aliento.

Cuando llegó, se encontró con O'Riley de pie en medio del jardín, hablando con dos agentes de uniforme. Sus coches blancos y negros estaban detenidos en la calle, con sus luces pintando la noche de azul y rojo.

—¿Dónde está Nick? —le preguntó Catherine.

O'Riley señaló a la casa.

—Dentro... La mujer está muerta.

—¿Qué?

Él negó con la cabeza.

—Lo de ahí dentro es feo, Catherine. Doble marca, como Fortunato y Dingelmann.

Ella le explicó la huida del tipo y él se volvió hacia los hombres de uniforme para decirles que le buscasen. Ella entró para ayudar a Nick a establecer el escenario.

Marge Kostichek yacía en el desordenado salón. Un moratón color púrpura ocupaba su mejilla izquierda; terna los ojos piadosamente cerrados. Un pañuelo la amordazaba. Una gran mancha carmesí cubría lo que había sido su boca. Había mucha más sangre en el suelo, por lo que resultaba difícil encontrar un lugar en el que pisar para no comprometer las pruebas.

—Ha sido él —dijo Nick, con el rostro pálido como un enfermo—. Llegó hasta Kostichek antes que nosotros. Incluso le ha cortado las puntas de los dedos, como a Fortunato. Al menos dos, antes de que le interrumpiésemos. —Tragó saliva—. A juzgar por la mordaza, creo que se mordió la lengua.

Oyeron el ulular de la sirena de otro coche frenando en la calle. En pocos segundos, Grissom —su atuendo negro no muy diferente del que vestía el asesino— estaba ya en la puerta.

—¿Qué hacíais aquí sin O'Riley? —preguntó.

—O'Riley estaba de camino con la orden de registro —dijo Catherine, excusándose—. No había manera de saber que Dos puntos estaría aquí.

—Explícame qué ha pasado —dijo Grissom, y Catherine le puso al tanto con todo detalle.

Grissom respiró profundamente.

—De acuerdo —dijo—. Vamos a trazar el escenario del crimen y veremos si podemos encontrar una manera de pillar a ese tipo.

Catherine señaló hacia el suelo.

—Sigue utilizando la misma pistola, estos casquijos serán un buen comienzo.

Tras expresar su conformidad asintiendo, Grissom sacó su teléfono móvil y apretó el botón de marcado rápido.

—Jim, deja la casa de Hyde ahora mismo. Alguien ha matado a Marge Kostichek... Lo sé. Tal vez está de regreso a su casa ahora mismo... Aún no, vamos a hacerlo ahora. —Colgó el teléfono y se volvió hacia Catherine y Nick—. Encontrad lo que necesitamos. Catherine embolsaba los casquillos de bala. Grissom, claramente ofuscado, dijo: —No me gusta que se produzcan asesinatos cuando estoy de guardia.

Desde la puerta principal, O'Riley —que estaba aclarando el terreno del escenario del crimen— llamó a Catherine. Grissom también acudió.

—Tengo buenas noticias —les dijo—. Mi hombre en Los Ángeles, Tavo, ha

interrogado a Joy Petty,

Catherine y Grissom cruzaron las miradas, él preguntó:

—¿Y qué?

—Al parecer, Kostichek adoptó, por así decirlo, a Joy y la trató como una hija. Joy dice que su «mamá» consideraba a Malachy Fortunato una «mala influencia». Ya sabes, un hombre casado, jugador degenerado, con la mafia acosándole... Cuando Malachy desapareció, Joy dijo que temía que la mafia lo hubiese matado, así que se fue para protegerse.

Grissom preguntó:

—¿Dónde está Joy ahora?

—Todavía está en la comisaría con Tavo, mi contacto en el Departamento de Policía de Los Ángeles.

—Que siga interrogándola, pero que ahora le hable del asesinato de Marge.

Catherine miró a Grissom interrogativamente.

—¿Sí? —preguntó O’Riley—. ¿Por qué?

Pero ahora Catherine se adelantó a su jefe y dijo:

—Porque tal vez Joy deje de proteger a su mamá si sabe que ha muerto, particularmente si sabe cómo ha muerto.

O’Riley miró primero a uno y después al otro.

—¿No le evitamos los detalles desagradables?

—No —dijo Grissom—. La policía de Los Ángeles graba los interrogatorios en cintas digitales, ¿no es cierto?

—Creo que sí. Bueno, nosotros lo hacemos.

—Bien. Di a tu amigo Tavo que quiero que nos envíe ese interrogatorio por Internet, ya mismo, para que podamos descargarlo.

O’Riley asintió y se fue.

Grissom se puso manos a la obra junto a los otros miembros del equipo para, en primer lugar, buscar huellas de pisadas. Nick utilizó el aparato electrostático y consiguió la huella de una zapatilla de deporte en el suelo de linóleo de la cocina. Lo siguiente fue fotografiar el cadáver, el salón, la cocina y un cajón abierto que Catherine había encontrado en el dormitorio de la parte trasera.

Con la ayuda de Grissom, comprobaron las huellas dactilares de todo aquello que el asesino hubiese podido tocar. Mientras Nick se encargaba de las superficies planas, Catherine utilizó Mikrosil para las manijas de las puertas, aunque había visto que el asesino llevaba guantes cuando salió tras él. No esperaba encontrar gran cosa y así fue. Embolsó todos los zapatos de Marge para probar después que ninguno de ellos coincidía con la huella que habían encontrado en la cocina. Catherine no halló nada ni en el jardín trasero ni en la callejuela. Entonces, cuando estaba apuntando con la luz de su pequeña linterna la cadena que separaba las dos secciones de valla, halló algo brillante.

Se acercó para observar una pequeña tira de fibra negra y una mancha de sangre.

Sacó varias fotografías y, usando unos alicates, extrajo dos pedazos del extremo de la valla y los depositó en bolsas para pruebas.

Compartió su descubrimiento con Grissom, quien había pasado gran parte del tiempo en la casa, supervisando su trabajo, pero también había estado dando vueltas por su cuenta.

—Ven conmigo —dijo Grissom.

Una vez en la cocina señaló un cuchillo casi fuera de un cajón bajo la encimera y, en el suelo, unas pocas gotas de sangre y un mechón de pelo gris.

Entonces, Catherine siguió a Grissom al salón, donde él señaló una sospechosa zona despejada del desordenado escritorio..., como si se hubiesen llevado algo.

Grissom parecía mirar ahora al vacío.

—Crees que sabes cómo se desarrollaron los hechos —dijo Catherine, que conocía muy bien aquel gesto:

—Sí —dijo él.

»Dos puntos: sabía que ellos no iban a dejarle en paz. Todo lo que podía hacer era cubrir los trazos que había ido dejando lo mejor posible. Había leído un artículo en el periódico *Las Vegas Sun* y estaba al corriente de que habían encontrado el cuerpo momificado de Fortunato. Si los polis habían dado con el cadáver, ¿cuánto tardarían en encontrar a la mujer?

»La vieja no creía que él supiese nada acerca de la joven, pero sí lo sabía. Su trabajo consistía en saber. La bailarina de striptease se había estado acostando con el tipo, cómo no iba a saber de ella. La guía telefónica indicaba que la vieja, Kostichek todavía vivía en el mismo lugar. Eso hacía que todo fuese más sencillo. No tenía ni idea de dónde podía estar la bailarina, pero la encontraría. Ese era uno de los motivos para visitar a la vieja.

»Aparcó a un par de manzanas, en el aparcamiento de un supermercado, no tenía sentido no ser cuidadoso. Se tomó su tiempo, caminó una manzana y media antes de adentrarse en el camino que había tras la casa. Aunque el sol había empezado a descender, seguía haciendo calor y su ropa negra lo absorbía como si fuese una esponja; podía sentir el sudor descendiendo por su espalda, tras las rodillas y en las axilas. Un color más claro habría resultado más fresco, pero sabía que iba a estar allí hasta que cayese la noche y que posiblemente querría salir sin que nadie le viese; de ahí el color negro.

»Se acercó a la casa por detrás, colocándose los guantes negros mientras lo hacía. Observó a su alrededor con cuidado, intentando asegurarse de que nadie le había visto sacar el silenciador de su bolsillo y colocarlo en la pistola. Entonces llamó con suavidad a la puerta trasera, situándose a un lado para que la vieja tuviese que abrir tanto la puerta como la mosquitera para verle. Miró de nuevo a su alrededor y volvió a golpear en la puerta, esta vez un poco más fuerte.

»—Dios bendito, ¡ya voy! —gritó ella.

»La mujer abrió la puerta y dijo:

»—¿Quién anda ahí?

»Entonces abrió la mosquitera y lo vio.

»Intentó cerrar la mosquitera, pero él era mucho más fuerte y se apoyó con firmeza en el marco. Reculando, la mujer intentó cerrar la puerta en su cara, pero de nuevo él pudo con ella. Topó con la cocina, se volvió e intentó hacerse con un cuchillo del cajón bajo la encimera. Él apoyó el silenciador contra su mejilla y ella se quedó paralizada.

»Alzó la pistola con silenciador y golpeó a la mujer en la cara, haciéndola caer al suelo. La agarró por el cabello y la arrastró hasta el salón.

»—¿Dónde está ella? —preguntó, sentándose a horcajadas encima de la vieja.

»La mujer parecía confundida.

»—¿Quién?

»—La bailarina de striptease... ¿Dónde está?

—¡Vete al infierno!

Extrajo unas tijeras de podar de su bolsillo. —Voy a descubrirlo igualmente. Puedes hacerlo fácil o difícil,

»Los ojos de la mujer se llenaron de lágrimas, pero su boca seguía sellada.

»—Cuando digo difícil me refiero a esto —dijo—. Dejó las tijeras en el suelo y tomó uno de sus pañuelos de una silla. La amordazó con él, después agarró de nuevo las tijeras de podar y colocó su dedo meñique entre las cuchillas,

»Las lágrimas descendían por sus mejillas, gimiendo bajo la mordaza, con los ojos cerrados.

»—Este dedito fue al mercado... —Cerró las tijeras y apretó el dedo; la sangre salió por las heridas—. ¿Estás segura de que quieres que sea así?

»No respondió, no podía contener sus gemidos,

»—Compró un huevo...

Apretó las tijeras con fuerza y la punta de su dedo salió disparada.

»Su grito sonó mucho más fuerte de lo que había esperado, a pesar de la mordaza, y la mujer intentó librarse de su peso, pero él la agarró por la cabeza, le arrancó un mechón de cabello e intentó inmovilizarla de nuevo. Ella gemía ahora con más fuerza, con la mano derecha intentó agarrarse la mano izquierda al ver el chorro de sangre.

»El único riesgo, él lo sabía, era que la mujer se desmayase a causa del dolor y la conmoción... Pero era una vieja dura de pelar.

»Apartándole la mano buena, colocó las tijeras en su dedo anular.

»—Este dedito lo casco... ¿estas preparada para decírmelo? Simplemente asiente,

»Ella negó con la cabeza, desafiante, pero en esta ocasión gritó a través de la mordaza antes de que apretase, Eso no le detuvo. Escuchó el mismo crujido y observó cómo la punta del dedo caía al suelo.

»—¿Ya estás preparada?

»La vieja se ovilló e intentó proteger su mano, pero él aferró su otra mano y cerró la tijera alrededor del dedo corazón. La mujer abrió mucho los ojos, y utilizando la otra mano señaló hacia el escritorio.

»—¿Qué? —preguntó.

»No podía hablar; la mordaza estaba llena de sangre. Se había mordido la lengua, por lo que sacar el pañuelo no habría servido de gran cosa.

»—¿Me estás diciendo que la información está en el escritorio?

»Ella asintió muy débilmente». Fue hasta el escritorio y miró a la vieja. Alzó varias pilas de cartas hasta que cogió una atada con una goma, lo cual provocó que la mujer asintiese, Joy Petty, decía el remite. Metió el fajo de cartas dentro de «u camisa y volvió adónde estaba la mujer. Ella intentó arrastrarse, pero no pudo. De pie, encima de ella, le disparó en la nuca. Después, dos centímetros más abajo, volvió a disparar.

»Estaba empezando a desenroscar el silenciador cuando un coche se detuvo frente a la casa. Vio cómo un hombre y una mujer ascendían el camino de entrada hasta llegar a la puerta. El hombre llamó. En un primer momento, no hizo nada. El hombre volvió a golpear en la puerta y ¡dijo que era de la policía!

»Desplazándose ligeramente a la derecha, el asesino disparó a través de la puerta. Después disparó otra vez. Retrocedió hacia la izquierda, vio a la mujer apuntando hacia la casa y al hombre correr por el jardín delantero. Disparó una vez más al hombre, después la mujer gritó identificándose, identificándose como policías... Menuda sorpresa.

»Escuchó al hombre gritar algo desde detrás del coche. Abrió fuego desde la ventana del frente, haciendo estallar la ventanilla del conductor. El sonido de una sirena le informó de que no tenía sentido esperar a que le rodeasen. Se puso la capucha, fue hacia la puerta trasera, la abrió muy lentamente, tomó aire y echó a correr a toda velocidad por el jardín trasero.

»Le dio la impresión de haber escuchado pasos avanzando hacia él, pero no estaba seguro. Saltó por encima de la cadena que unía dos tramos de vallas cortándose en la mano con el extremo de una de ellas. El dolor le detuvo, pero sólo durante un segundo. Vio una silueta corriendo hacia él, se volvió y cruzó el jardín hasta saltar la otra valla y desaparecer».

Después de dos horas, habían trabajado a fondo en el escenario del crimen, deteniéndose únicamente para ver a los tipos del departamento forense cargar el cuerpo de Marge Kostichek en una camilla y sacarlo de la casa.

Grissom encontró en el escritorio dos mazos de cartas más enviadas por Joy Petty, que Nick metió en bolsas diciendo.

—Este tipo empieza a sacarme de mis casillas.

—A nadie le gusta que le disparen, Nick —dijo Grissom.

—Pero es como si siempre nos llevase un paso de ventaja.

Catherine dijo:

—Simplemente leyó el *Sun*, eso es todo. Una nube cruzó el rostro de Grissom.

—¿Qué sucede? —le preguntó Catherine.

—Nada —respondió—. Sólo un presentimiento. Ella le dedicó una pequeña sonrisa irónica.

—Tenía entendido que no creías en los presentimientos, sólo en las pruebas.

—Este presentimiento ha surgido de una prueba —replicó—, o, en cualquier caso, es algo que ya sabía, a lo que no le había dado la relevancia necesaria. Pero lo haré a partir de ahora. Apareció O’Riley.

—Ha llamado mi amigo Tavo. Dispone de una cinta en la que Joy Petty dice que Marge Kostichek contrató a Dos puntos para matar a Fortunato.

Grissom y Catherine intercambiaron miradas de sorpresa.

—¿Así de sencillo? —Preguntó Nick.

—No todo son buenas noticias —dijo O’Riley—. Joy Petty ha volado.

—¿Cómo? —espetó Grissom.

O’Riley se encogió de hombros.

—Pidió ir al lavabo. No era una sospechosa, ni siquiera era considerada un testigo, sólo era una ciudadana cooperando libremente. Olió el peligro. Ha desaparecido.

—¿Han buscado en su casa?

—Sí. Se ha llevado la ropa, incluso se ha llevado al gato. Como si hubiese estado preparada para este día desde hacía años.

«Lo estaba», pensó Catherine.

Grissom preguntó:

—¿La están buscando? Tras lo que ha ocurrido, su testimonio es importante.

—Sí, claro. Aunque no sé qué prioridad le habrán dado a este caso..., no es suyo, después de todo. Era simplemente un favor que Tavo me estaba haciendo a mí.

—Llama a tu amigo ahora, sargento —dijo Grissom—. Estaremos de vuelta en la oficina dentro de media hora, quiero estar en disposición de descargar su interrogatorio. Tenemos que verlo con nuestros propios ojos.

—Lo intentaré.

—No lo intentes. Hazlo.

Cuarenta y cinco minutos después, Grissom había reunido a Catherine, Nick y O’Riley en su oficina.

En la pantalla del ordenador podía verse la imagen de una sala de interrogatorios. Al otro lado de la mesa estaba sentada una mujer de unos cuarenta y pocos años, con cabello negro que le llegaba hasta los hombros, ojos marrones y una cara angulosa.

Aunque el agente que estaba realizando el interrogatorio no aparecía en pantalla, su voz podía escucharse por los altavoces.

—Diga su nombre.

O'Riley murmuró:

—Es mi amigo Tavo.

La mujer de la pantalla dijo:

—Joy Petty.

Grissom hizo un gesto a O'Riley para que se mantuviese en silencio.

La voz preguntó:

—¿Cuál es su dirección?

Ella dio una dirección de Lakewood.

—¿Está aquí por voluntad propia y sin haber sufrido coerción alguna?

Ella asintió.

—Diga sí o no, por favor.

—Sí. Lo siento. Sí, estoy aquí por voluntad propia, no he sufrido coerción alguna.

A medida que la observaban con más atención, más nerviosa parecía irse poniendo la mujer. Sacó un paquete de cigarrillos de su bolso.

Tavo debía estar consultando sus notas, porque hasta que no lo encendió no dijo:

—No se puede fumar.

Con una mueca, la mujer apagó el cigarrillo en el cenicero negro que tenía frente a ella.

—Usted ha utilizado otros nombres a lo largo de su vida, ¿correcto?

—Sí. Joy Starr, Joy Luck, y otros muchos nombres artísticos más. En la revista Swank me llamaban Mónica Leigh. Mi nombre de nacimiento es Mónica Petty.

Sin pensarlo siquiera, encendió otro cigarrillo y le dio una larga calada. Tavo no dijo nada. Le dio una segunda calada, exhaló el humo por la nariz y finalmente se dio cuenta de que estaba fumando y de que no debería hacerlo, por lo que apagó el segundo cigarrillo en el cenicero.

Medio sorprendida, medio llevada por la curiosidad, preguntó:

—¿Por qué hay un maldito cenicero si no nos dejan fumar?

—Siempre ha estado ahí —le dijo Tavo.

Durante unos cuantos minutos, Tavo le preguntó acerca de la historia de Marge Kostichek empezando por el momento en que la adoptó como si fuese su hija (aunque una hija que trabajaba en su club de striptease) cuando huyó de casa. Catherine se preguntó si llegó a desarrollarse entre ellas una relación sexual, pero el policía no le preguntó nada en ese sentido.

Finalmente, Tavo le lanzó la bomba.

—Señora Petty, me temo que tengo malas noticias para usted.

—¿De qué se trata? ¿De qué va todo esto?

—Marge Kostichek ha sido asesinada esta tarde.

—No..., no, me está diciendo que...

Tavo le aseguró que le estaba diciendo la verdad.

—Me temo que ha sido algo brutal, señora Petty.

El labio inferior le temblaba.

—Dígame lo que sea. Dígamelo... Tengo derecho a saberlo.

Tavo se lo contó.

—Señora Petty, ¿sabe usted quién mató a Malachy Fortunato en Las Vegas en mil novecientos ochenta y cinco?

—Sé... sé cómo le llamaban.

—¿Cómo?

—Dos puntos. Porque dejaba esa marca: dos heridas de bala, como a Marge.

—¿Dos puntos es un asesino profesional?

—Sí. Pero no sé su nombre auténtico.

—¿Sabe usted quién lo contrató?

—Yo... Sí... Sé quién lo contrató, sí.

—¿Quién?

La mujer parecía encontrarse bien en ese momento, pero entonces se colapso, su cabeza golpeó contra la mesa y empezó a gimotear abruptamente. La mano de Tavo apareció en la imagen y le tocó el brazo a la mujer. Aquel gesto pareció darle fuerzas, por lo que intentó controlar sus emociones.

—Yo... Lo siento. —Un sollozo la sobresaltó, pero se recompuso de nuevo y dijo —: Le quería, pero Malachy no era un hombre fuerte. No tenía la fuerza necesaria como para escoger entre su mujer y yo. Y tampoco ninguna de las dos queríamos dejarlo ir. Malachy era una persona tierna. Pero era egoísta y débil también. Fue eso lo que le llevó a estafar a los del Sandmound, sabe usted..., el casino en el que trabajaba.

Tavo no dijo nada, dejó que se tomase el tiempo que hiciese falta.

—Yo era bailarina de striptease en un bar llamado Swingers. Trabajé allí desde el momento en que su dueña, Marge Kostichek se hizo cargo de mí, a los quince años. Marge sabía que en cuanto la mafia descubriese que Mal les estaba estafando le matarían, y a cualquiera que tuviese algo que ver con él. Así que ella se adelantó.

»Contrató al tipo que hacía esas cosas para la mafia. No sé cómo lo conoció, cómo contactó con él. Oí decir que el Swingers era un local para blanqueo de dinero de la mafia... Se decía eso, ya sabe... Así que tal vez fue así. En cualquier caso, contratar a ese tipo le costó gran parte del dinero que había ahorrado en esos años. El resto me lo dio a mí junto a un billete de autobús para Los Ángeles.

—Perdóneme, señora Petty. Quiero que recuerde que le he advertido acerca de sus derechos.

—Lo sé. Verá, yo no supe que Marge lo había hecho hasta años después. Creía... creía que le habían matado los de la mafia. Y Marge me dijo que yo también estaba en peligro, por eso me metió en aquel autobús. Y yo me fui de buen grado. Estaba muy asustada, créame.

—Entonces, ¿se ha mantenido en contacto con Marge todo este tiempo?

—Sí. Nos escribíamos con regularidad. Incluso vino a visitarme algunas veces.

—¿Ha regresado alguna vez a Las Vegas?

—No soy tan valiente.

—Entonces, ¿cómo llegó a saber la verdad?

—Fue unos cinco años después, cuando vino a verme. Yo estaba en Reseda, por aquel entonces. Pasamos otra una tarde bebiendo, recordando... y ella lo largó todo. Supongo que se sentía culpable. Creo que había estado cargando con ello, y me lo dijo, y lloró y lloró y me suplicó que la perdonase.

—¿Y la perdonó?

—Claro. Lo hizo para salvarme. Ella creía que los tipos de la mafia querían liquidarme, y a la mujer de Mal también... Es decir, si creían que una de nosotras estaba en el ajo, en lo de la estafa.

—Entiendo.

—¿En serio? Con todo, la quería mucho más que al inocente de Malachy... Perdona, agente. Necesito ir al lavabo.

Y ahí finalizaba la grabación del interrogatorio.

O'Riley defendió a su amigo Tavo.

—No estaba arrestada ni nada por el estilo. Había acudido voluntariamente. Él bajó la guardia. Cuando una agente fue a buscarla al baño y después avisó a su compañero, habían pasado ya quince minutos.

—Tiempo más que suficiente —dijo Nick— para que Joy hiciese las maletas y se largase... Pero ¿por qué? ¿Por qué huyó?

Grissom no había apartado la mirada de la pantalla vacía.

—Huir es lo único que ella sabe hacer —dijo Catherine acompañando sus palabras con un gesto de las manos—. Es lo que ha estado haciendo toda su vida. Empezó a los quince, cuando se fue de casa, y nunca ha parado de hacerlo desde entonces.

—Y Marge Kostichek sólo intentó proteger a la pobre chica —añadió Nick.

—No se gana el premio a la Mejor Madre del Año —dijo Grissom— por contratar a un asesino a sueldo para que cometa un asesinato en primer grado.

En el momento en el que O'Riley y Nick encontraron el cuerpo de Marge Kostichek, Warrick se hallaba plantado frente a la pantalla de un ordenador en una de las oficinas del centro. Le escocían los ojos, las sienas le palpitaban y le dolían los músculos del cuello. Al cabo de un rato, Sara se detuvo para contarle las discordancias que habían encontrado en el historial de Barry Hyde, y Warrick le dijo que el negocio de Hyde parecía igualmente misterioso y confuso.

—No importa lo que descubra —le dijo a Sara—, otra cosa sugiere lo opuesto.

—Conozco la sensación —respondió ella.

Una hora después, las cosas se habían complicado más, dándole un toque aún más misterioso al asunto. Aunque el negocio invertía dinero en los últimos estrenos, De la A a la Z gastaba muy poco en publicidad y tenía las peores cifras de alquiler de películas de los alrededores. Patrick, el encargado fumeta, les había puesto al corriente de las nóminas y, además de la compra de nuevas películas, Hyde pagaba cada mes lo que Warrick consideró un alquiler exorbitante. ¿De dónde sacaba el dinero?

Apartó la vista de la pantalla, frotándose los ojos, preguntándose dónde debía buscar ahora.

Fue entonces cuando Brass apareció, exhausto y un tanto desarreglado, buscando a Grissom.

—No estoy seguro de dónde está —dijo Warrick—. Hace un minuto estaba aquí, entonces llamó O'Riley desde la casa de Kostichek.

—¿Por qué?

—Francamente, sonaba como si... Creo que Marge ha ido a regentar un club de striptease al cielo.

La lozana cara de Brass se arrugó debido al sentido de alarma.

—Tú no crees que ha sido...

—Dos puntos, por lo que yo sé —añadió Warrick. Brass se sentó en una silla junto a Warrick, afectado.

—Cuanto más trabajamos en esto, más extraño se hace todo.

Asintiendo muy lentamente, Warrick dijo:

—Dímelo a mí. Es como ese maldito videoclub. Apenas hacen negocio, no produce beneficios, y sin embargo Hyde parece nadar en la abundancia. El policía esbozó una triste sonrisa.

—¿Y qué me dices de los constantes viajes de Hyde?

—Si él es Dos puntos, tal vez tenga encargos por todo este bonito país.

Brass se encogió de hombros.

—Trazaremos a dónde ha ido. Comprobaremos quién murió, o desapareció, allí.

—Ya lo he hecho, en vano. No hay noticia de ningún pasajero llamado Barry Thomas Hyde en ninguna línea aérea... nunca.

—Algunas personas odian volar. Tal vez viaja en coche.

Warrick negó con la cabeza.

—En el último mes, cuando ha estado fuera, su coche permaneció en un garaje privado de Henderson.

—¿Y si alquiló...?

—No hay rastro de alquiler alguno. Y no tiene otro coche. No está casado, y tampoco hay noticia de un divorcio o de hijos.

—¿Qué estás intentando decirme?

—El tipo sale de la ciudad con regularidad. No vuela, ni viaja en su coche ni alquila ningún otro.

—¿Autobús, tren?

—No hay señales de eso. Para un tipo que viaja, no hay signo alguno que diga que sale de casa.

Brass esbozó una sonrisa.

—Sólo un calendario y la palabra de un porrero.

—¿Por qué tendría que decirles Hyde a sus empleados del videoclub que sale de la ciudad si no es así?

—Bueno, tal vez adopte otra identidad.

—¿Nuestro hombre del apartado de correos, Peter Randall, tal vez? Eso es lo único que parece tener sentido, en particular si sigue recibiendo encargos a nombre de Dos puntos, a pesar de la ausencia de cuerpos durante los últimos años.

Brass miró al vacío, después sacudió la cabeza como si quisiese aclarar sus pensamientos y se volvió hacia Warrick.

—¿Qué hay de los hoteles?

—Bueno, tardaríamos una eternidad en comprobarlos uno por uno, ya sabes, intentando descubrir si se registró en alguno en alguna parte... Lo que quiero decir es que nunca dijo a Patrick dónde iba..., pero puedo decirte una cosa: Hyde nunca ha pagado en un hotel o en un motel con alguna de sus tres tarjetas de crédito, y tampoco ha firmado un cheque.

Brass suspiró sonoramente. Después se puso en pie y se estiró para desentumecerse.

—Hay algo aquí que no está bien, que no está nada bien... Cuando vuelva Grissom, dile que pase a verme.

—Lo haré.

Brass salió de la oficina, dio unos cuatro o cinco pasos y su teléfono móvil sonó. La conversación fue corta. Brass asomó de nuevo la cabeza en la oficina segundos después, su expresión demostraba alerta.

—Vamos —dijo Brass haciendo un gesto de impaciencia—. Te vienes conmigo.

—De acuerdo —respondió Warrick. Ya en el pasillo, junto a Brass, preguntó—.

¿Qué pasa?

La expresión de Brass mostraba algo parecido a la ansiedad.

—El número de Barry Hyde, espero.

Sara se despertó de golpe. Se había dormido frente al ordenador y, a todas luces, no se había dado cuenta. Se sentó recta, movió su cuello en círculos y sintió la rigidez propia de cuando se dormía en una mala posición. Echó la cabeza hacia atrás y empezó a frotar los músculos de su cuello, cada vez con más fuerza, pero el dolor no daba muestras de desaparecer. Se puso en pie, notando la flojedad de sus piernas, aun así mantuvo el equilibrio y salió al pasillo en busca de un poco de agua. Fue pasando por todas las oficinas buscando a los miembros de su equipo, pero no encontró a nadie.

Al menos hasta llegar al laboratorio de ADN, donde descubrió al delgado y despeinado Greg Sanders, al teléfono, sonriendo con los ojos muy abiertos.

—¿Que vas a hacer qué? —preguntó—. Tú... Eres una chica muy mala...

Sara se aclaró la garganta, sonrió y, cuando él la miró, le hizo un gesto.

La sonrisa de Sanders desapareció, al tiempo que decía:

—Esto, seguiremos más tarde. Tengo que dejarte.—Colgó sin más comentarios.

—Parece serio, ¿significa que tenemos una relación? —preguntó ella.

—Eh, no es lo que parece.

—No, Greg, estoy segura. ¿Dónde se ha metido todo el mundo?

Él se encogió de hombros.

—Catherine y Nick están en el escenario del crimen. Creo que Grissom se ha unido a la fiesta y Warrick se ha ido con Brass, hará cosa de unos diez minutos.

De repente, se sintió totalmente despierta.

—¿Escenario del crimen?

Él alzó las manos.

—No conozco los detalles.

Desplazándose con su silla con ruedas, se dirigió a otra mesa de trabajo y dijo:

—La colilla que Catherine encontró junto a la momia está demasiado descompuesta, y es demasiado vieja para darnos un poco de ADN con el que trabajar, a pesar del tiempo que le hemos dedicado.

—De acuerdo. Ésas son las malas noticias, ¿qué hay de las buenas?

—Si insistes. ¿Qué te parece la otra colilla, la que tenían en pruebas? También era vieja, pero alguien la metió en una bolsa en su momento.

—¿Y qué?

—No coincide con la sangre de la momia, ni con el ADN de la mujer. —Sanders sonrió de un modo pícaro y le pasó una hoja de papel a Sara—. Échale un vistazo.

Rodó sobre su taburete y se le acercó.

—Los resultados del examen de ADN —dijo leyendo, complacida—. Así pues,

¿el cigarrillo era del asesino?

—Eh, yo sólo trabajo aquí. No sé de quién es ese ADN. Sólo sé que no es ni de la momia ni de su esposa.

—¿Lo sabe Grissom? ¿Lo sabe alguien?

—No. —Sanders negó con la cabeza—. No he tenido oportunidad de decirlo a nadie.

—Lo supongo —dijo ella—. Estabas muy ocupado haciendo llamadas telefónicas.

—Deja que te diga una cosa, yo puedo tomarme un descanso como cualquiera...

Ella le dedicó una de sus más dulces sonrisas.

—Greg, sólo te estoy picando un poco. Por lo que Le podido escuchar, parecía que te lo estabas pasando bien.

—En cualquier caso, pasaré la noticia. Vas a ser muy popular.

Él se encogió de hombros y sonrió.

—Estupendo. Me gusta ser popular.

—Haré que se enteren.

Y Sara salió del laboratorio.

Warrick estaba sentado en el coche a oscuras, junto a Brass. El Taurus sin marcas estaba aparcado en la intersección de Fresh Pond Court y Dockery Place, con una buena vista de la casa de Hyde y su verde jardín delantero. Las ventanillas del coche estaban bajadas, la noche era agradablemente fresca y oscura, pues no había luna. Los coches patrulla estaban aparcados en Eastern Avenue, South Pecos Road y Canarsy Court, observando los dos lados y la parte trasera de la casa, asegurándose de que Hyde no pudiese poner en ella un solo pie.

La residencia Hyde estaba sumida en la penumbra y en silencio, como si de una tumba con forma de rancho se tratase. Las casas colindantes mostraban los habituales signos de vida: el parpadeo azulado de los televisores en habitaciones sin luces encendidas, personas pasando ocasionalmente ante una ventana, alguien con el volumen del equipo de música demasiado alto, y un par de casas más allá de la de Hyde, alguien que había dejado la puerta de su garaje abierta, probaba el motor de su Kawasaki. Se estaba pasando de la raya, pues eran casi las diez de la noche.

—¿Crees que Hyde es realmente Dos puntos? —preguntó Warrick.

Brass se encogió de hombros.

—Si lo es, ¿crees que volvería aquí justo después de haber matado a alguien?

En el oscuro interior del coche, el detective miró a Warrick durante unos segundos.

—¿Sabes una cosa, Brown? A veces es mejor no pensar demasiado. Sólo esperar a que pasen las cosas y reaccionar. Si viene, viene. No intentes analizar la situación. Deja que lo hagan ellos y lo harán. Es entonces cuando les pillamos.

Warrick sabía que Brass estaba en lo cierto, pero le frustraba la idea.

Se mantuvieron en silencio durante un largo rato; Warrick no sabía cuánto exactamente, pensó que tal vez había bostezado en un par de ocasiones. Esperar resultaba muy aburrido, incluso dado el peligro al que se enfrentaban, lo cual le hizo pensar a Warrick que se alegraba de no ser policía. El vecino de la motocicleta se cansó, o tal vez alguien le pidió que parase de una vez, la cuestión es que dejó de oírse el motor y cerró la puerta del garaje. Una a una las luces de los alrededores se fueron apagando.

—Tal vez nos la ha pegado —dijo Warrick—, o a una de las patrullas.

Brass se encogió de hombros.

—No me sorprendería. Uno no aguanta con vida en ese negocio si no es cuidadoso. Dudo que nos haya descubierto, porque no ha pasado ningún coche por esta calle desde que estamos aquí.

Justo entonces, un coche giró hacia ellos proveniente de South Pecos Road. Los faros del coche casi cegó a los dos y se agacharon en sus asientos. Entonces, el coche —un todoterreno grande y negro— se detuvo ante la señal de *stop* prácticamente a su altura.

—Es Grissom —dijo Brass con un tono de voz que evidenciaba su decepción.

El Tahoe negro se colocó al lado de ellos lentamente y Grissom bajó la ventanilla.

—¿Qué tal?

—Nada —dijo Brass—. La casa ha estado a oscuras desde que estamos aquí.

—De acuerdo. Cuando vuelvas, Jim, tienes que ver el interrogatorio que nos ha enviado la policía de Los Ángeles: Joy Petty confirma en él que Marge Kostichek contrató a Dos puntos.

Brass resopló.

—Dios del cielo. Entonces a la vieja le han pagado con su misma moneda.

Grissom no respondió a sus palabras, dijo:

—Voy a volver al laboratorio. Warrick...

Brass pidió silencio y señaló hacia la casa de Hyde, donde acababa de encenderse la luz del salón. Grissom dirigió el Tahoe hacia la acera opuesta, aparcó y regresó al Taurus a pie, deslizándose sigilosamente en el asiento trasero.

El walkie-talkie dio un brinco en la mano de Brass.

—Se ha encendido una luz en la casa.

Los comentarios llegaron de inmediato. Nadie había visto nada.

—Maldita sea —dijo Brass. Suspiró—. De acuerdo. Voy a echar un vistazo por la ventana. Quedaos aquí.

—Ni hablar, Jim —replicó Grissom—. No vamos a dejarte ir solo.

—Esto no tiene por qué hacernos perder la cabeza —dijo Brass—. Podría tratarse de un encendido automático con un temporizador.

—Y Hyde —añadió Warrick— podría ser un asesino profesional que ya ha asesinado a alguien esta noche, y a cuarenta y pico personas más a lo largo de los

años. Eso es lo que nosotros sabemos. ¿Realmente quieres ir solo?

Brass miró fijamente a Warrick.

—¿Pretendes decirme cómo tengo que hacer mi trabajo?

Tras dejar escapar el aire de sus pulmones, Warrick dijo:

—No, sólo te estoy haciendo una pregunta. ¿Realmente quieres ir solo?

Brass recapacitó unos segundos, después dijo:

—De acuerdo, que venga uno de vosotros.

Warrick abrió la puerta y salió del coche, dando a Grissom un golpecito en la rodilla. Los dos caminaron con cautela calle arriba, atravesando los jardines e intentando evitar el círculo de luz que proyectaba la única farola de la calle, en la esquina. Warrick caminaba tras Brass, que era mucho más bajo que él, muy agachado. Una vez en el borde del jardín de Hyde, entraron junto al garaje.

—Tú quédate en este extremo del garaje —susurró Brass, señalando.

—¿Qué vas a hacer?

—Voy a dar la vuelta y subiré por el otro lado. Intentaré ver el interior por la ventana.

Warrick asintió.

—Te seguiré hasta la parte trasera del garaje. Cuando te alejes, iré hasta la parte de delante.

—De acuerdo —dijo Brass extrayendo su revólver de la funda.

Se encaminó hasta el extremo del garaje y Warrick, con su pistola también en la mano, se deslizó sigilosamente por la sombra de Brass. En el rincón, en la oscuridad que proporcionaba encontrarse fuera del alcance de la luz de la farola, el detective le hizo una señal a Warrick con la mano y volvió la esquina. Desde su posición, Warrick observó cómo Brass cruzaba el enorme jardín trasero. El detective estaba ya a medio camino. Cuando se encendió una potente luz dejando a Brass expuesto.

Warrick adoptó la postura de un tirador, apuntando con la pistola hacia la puerta trasera, concretamente hacia el voladizo octogonal. En un principio, Brass quedó paralizado, pero el momento de deslumbramiento pasó y se dirigió hacia su derecha, giró sobre sí mismo y corrió hacia la pared más alejada, sumergiéndose de nuevo en la sombra.

Preparado para disparar, Warrick buscó un objetivo, pero no encontró ninguno; lo cual no le decepcionó. Brass, ahora en el punto más alejado de la casa, tendría que encaminarse hacia la parte frontal y esperar a que Warrick estuviese allí para cubrirle.

A su vez, Warrick corrió de vuelta hacia la parte frontal. Se volvió y, en la puerta del garaje, se deslizó hasta el extremo. Miró al otro lado de la esquina, al no ver nada, Warrick se preguntó si le habría pasado algo a Brass. Luchando por evitar el pánico, vio aparecer la cara de Brass tras un arbusto en la esquina de la casa. El martilleo de los latidos de su corazón empezó a ralentizarse un poco cuando vio que el detective intentaba mirar en el interior de la casa.

El CSI se mantenía alerta, al tiempo que Brass echaba un vistazo por la ventana,

alzándose lo necesario por encima del borde del marco. Justo cuando creía que iban a lograr su objetivo sin impedimento alguno, Warrick sintió una mano sobre su hombro. Dio un brinco y se volvió, con la pistola en ristre.

Grissom le miró.

—Maldita sea, Gris —medio susurró Warrick, manteniendo el tono lo suficientemente bajo, sintiendo bombear la adrenalina por su organismo.

Volvió a mirar hacia delante, pero no pudo ver a Brass. El pánico creció en su interior de nuevo, llevándole a preguntarse dónde se habría metido el detective. Ya iba a sacar la cabeza para mirar tras la esquina cuando Brass apareció por el otro lado, situándose de repente a escasos centímetros de él. Warrick volvió a brincar. ¡Maldita sea!

—Hyde no está en casa —dijo Brass, en voz baja pero sin llegar a ser un susurro.

—No está en casa —repitió Warrick sin pensar; por mucho que odiase a aquel capullo, no pudo dejar de sentirse aliviado.

Brass dijo:

—Las luces se encienden con un temporizador. No hay signos de él en el salón, y las luces están encendidas en toda la casa.

Dando un paso hacia Grissom, Warrick preguntó:

—¿Qué demonios estás haciendo aquí?

—Los vecinos han llamado a la policía pensando que era un merodeador —respondió—. La policía de Henderson llegará de un momento a otro.

Sus palabras aún flotaban en el aire cuando aparecieron en la calle tres coches de policía, iluminando la noche con sus luces psicodélicas. Aunque no habían hecho sonar las sirenas, los vecinos habrían notado su presencia.

Los agentes salieron de los coches, utilizando las puertas de los mismos a modo de escudo al ver que Brass y Warrick iban armados.

—Tiren las armas —ordenó uno de ellos, y después uno o dos más gritaron lo mismo.

Arrodillándose con mucho, cuidado, Warrick y Brass dejaron las armas en el suelo frente a ellos.

—Aquí acaba nuestra operación secreta, ¿no? —dijo Grissom.

Mientras Brass explicaba la situación a los agentes de policía de Henderson, Warrick y Grissom siguieron mirando aquella casa grande, cara y aparentemente vacía.

—Lo que les está diciendo hace que parezcamos idiotas —comentó Warrick.

Grissom no respondió de inmediato. Al cabo de un rato, dijo:

—Cuando nos vayamos de aquí, pasaremos por el videoclub.

—Podría estar allí.

—Sí, podría estar.

Brass regresó a su lado, sacudiendo la cabeza.

—Se han burlado de nosotros.

—Espero que podamos devolvérsela algún día —dijo Warrick.

—No es lo que se espera de las relaciones interdepartamentales —admitió Brass. Observó cómo los malhumorados agentes, tras montarse en sus coches blancos y negros, se largaban—. Me han informado de que Barry Hyde se ha comportado como un ciudadano modelo desde que se estableció en Henderson... y de que si en el futuro deseamos llevar a cabo alguna misión policial en su ciudad, tendremos que pedirles permiso.

—¿Eso han dicho? —preguntó Grissom.

No son sus palabras textuales, pero el mensaje era el mismo. Así que vámonos a casa.

Warrick dijo:

—Gris quiere que antes pasemos por el videoclub.

—Demonios, no —dijo Brass.

—Quizá alquile una película —dijo Grissom.

Brass parecía no encontrar las palabras adecuadas, finalmente, lo consiguió:

—¿Sabes una cosa, Warrick? Después de que tu jefe finalice este caso, es posible que tú y yo tengamos que buscarnos un trabajo.

—Tal vez podríamos intentarlo en Henderson —sugirió Warrick—. Parece una ciudad agradable para trabajar. Pero hasta entonces, ¿qué me dices a lo de ir a echar un vistazo al videoclub?

Brass sacudió la cabeza.

—Qué le vamos a hacer. Me proporcionará algo que ver mientras esté suspendido.

A la hora que empezaba el turno de noche, tras haber pasado ya cuatro horas trabajando en un escenario del crimen especialmente desagradable, Catherine Willows exudaba vitalidad, sin embargo, camino del laboratorio de ADN. A su espalda, escuchó la voz de Sara.

—¡Eh, espérame!

Ella se detuvo y se volvió para ver a Sara andando deprisa con un informe en la mano.

—Si vas al laboratorio de ADN, tengo algo para ti.

Mientras caminaban, Sara le pasó el informe y le dijo:

—Le dije a Greg que te diese esto. Son los resultados del ADN de la prueba de Fortunato.

Catherine lo cogió, pero preguntó:

—¿Y qué dicen?

—La sangre era de la momia. La colilla que encontraron en el jardín de Fortunato hace quince años contiene ADN que no coincide ni con él ni con su esposa.

Catherine sonrió ligeramente.

—Debe de ser de Dos puntos.

Sara mostró una de aquellas sonrisas de dientes separados.

—Podría ser ¿Pero por qué seguimos camino del laboratorio?

—Porque esto no era lo que yo iba a buscar.

Rápidamente, Catherine explicó a Sara lo siguiente: Marge Kostichek había sido asesinada, al parecer por Dos puntos, justo poco antes de que ella y Nick llegasen a su casa. Después le puso al corriente de cómo Kostichek había contratado a Dos puntos para matar a Fortunato y proteger a Joy Petty.

Sara, colocándose a su lado, dijo:

—Y yo que creía que lo de Fortunato había sido, sin duda, cosa de la mañana.

—Todos lo creímos —dijo Catherine con una sonrisa de medio lado—. Grissom nos dijo que no diésemos nada por sentado, y eso fue lo que hicimos. Tal vez ése es el motivo de que esa mujer haya muerto.

—Y te he pillado yendo a buscar los resultados de las pruebas del escenario del crimen de la señora Kostichek a Greg...

—Sí, y quizá encontremos la coincidencia para el ADN de esa vieja colilla. Esta noche salí corriendo tras el hijo de puta. Se cortó con una valla.

Sara, haciendo una mueca, preguntó:

—¿Sangre buena?

—Oh, sí —respondió Catherine entrando en el laboratorio con Sara a su espalda.

Sanders casi saltó de su taburete.

—¡Dios! ¿No os enseñaron a llamar a la puerta?

Catherine se acercó hasta su mesa.

—¿Qué hay de las cosas del escenario del crimen que te traje? Dijiste que lo harías lo antes posible.

—Y lo haré.

Ella le miró fijamente.

—Tal vez es el momento de definir qué significa «lo antes posible».

La simpática rata de laboratorio que era Sanders miró ahora a las dos mujeres con el ceño fruncido.

—Escucha un segundo, hago lo que puedo. El lunes pasado no habría habido problema. Estoy colapsado por el trabajo del turno de día: dos asesinatos, una violación y...

—¿El turno de día? —Preguntó Catherine—. ¿Estás dándole prioridad al turno de día?

Alzó las cejas y abrió la boca.

—¿Sabes lo que es notar el aliento de Conrad Ecklie en la nuca?

—No estoy interesada en tu vida personal, Greg.

Se inclinó sobre el microscopio.

—Ya reiré la semana que viene, cuando tenga tiempo.

De camino a la puerta, Sara dijo:

—Hablando de tiempo, Cath. Mientras esperamos el resultado de las pruebas de ADN, podríamos comprobar las llamadas hechas aquí..., las personales.

Greg alzó la vista.

—Ya sabes —prosiguió Sara encogiéndose de hombros—, en tanto que responsables del presupuesto público, tenemos que asegurarnos que los impuestos están bien invertidos.

Sanders arrugó el mentón como si estuviese cubierto por una espesa barba.

—Tratándose de dos esforzadas responsables del presupuesto público, quizá pueda acelerar un poco los trámites.

—Gracias, Greg... Eres el mejor.

El Taurus y el Tahoe entraron en el aparcamiento y se colocaron uno junto al otro frente al videoclub. Warrick bajó del Tahoe desde el asiento del conductor, y Brass bajó del Taurus, en el que también había viajado Grissom. El supervisor del CSI, tras respirar profundamente, siguió a los dos hombres por la acera.

A Grissom le pareció que Warrick, por lo general, dueño de un carácter muy atemperado, parecía un tanto nervioso; parecía caminar sobre las puntas de sus pies, a saltitos, hasta que alcanzó el escaparate y dijo:

—La cajera de esta noche debe de ser Sapphire. Lo que significa que el ayudante del director debería de ser Ronnie. Esos muchachos no nos han visto nunca, Gris.

¿Cómo quieres llevar el asunto?

Sólo le llevó un segundo decidirse.

—Jim y yo iremos directamente a la parte de atrás. Tú quédate delante y no le quites ojo a la cajera.

Asintió.

—Me parece bien.

—Gil —dijo Brass. En su rostro podía apreciarse un deje de preocupación—. Tengo que decirte que no me parece una buena jugada. Hay algo aquí que no entendemos todavía. ¿Crees que meter la mano a ciegas en un agujero tiene sentido? Podríamos provocar un baño de sangre.

—Hyde tiene que estar en alguna parte —replicó Grissom—. No está en su casa y éste es su negocio. ¿Qué otra cosa sugieres?

Sin esperar respuesta, Grissom abrió la puerta de cristal y entró en la tienda.

—¿Puedo ayudarle en algo, señor? —preguntó una agradable voz desde el mostrador.

Adentrándose en el brillantemente iluminado mundo de las carcasas de los vídeos y los posters de películas, Grissom dijo:

—Sólo quiero echar un vistazo.

Y siguió moviéndose hacia la parte trasera. Supo que Brass iba tras él, a dos pasos de distancia.

Warrick entró tras ellos a los pocos segundos, dirigiéndose directamente a la caja.

—Hola —dijo en voz baja—. ¿Qué tal?

—Bien.

—¿Tienes la versión del director de la película La jauría humana?

Mientras Warrick hablaba con la cajera, Brass dijo a Grissom:

—¡Tú eres el tipo de las pruebas, por Dios santo! ¿Qué haremos si las cosas se desmadran?

Grissom ignoró a su colega y abrió la puerta batiente sin tener en cuenta el cartel que rezaba privado y, casi de inmediato, una figura les bloqueó el paso hacia el interior: un muchacho no mucho más mayor que el encargado de la otra ocasión.

—Eh, oigan. ¿No saben leer?

Al tiempo que el chico les señalaba el cartel con la inscripción privado, Grissom dio un paso atrás y observó al joven, que vestía un polo de color azul con el logotipo de De la A a la Z en el pecho. El mofletudo chaval tenía el cabello de color castaño y unos ojos marrón oscuro incrustados en medio de una cara pálida.

—¡No se puede entrar aquí!

El chico lo dijo en voz alta, demasiado alta, como si desease que lo escuchase alguien más aparte de Grissom y Brass.

Grissom se acercó a él, hasta casi rozarle la nariz.

—Estamos buscando a tu jefe: Barry Hyde.

—Eh, eh...

Desde el interior de la oficina se escuchó una voz:

—¡Yo soy Barry Hyde! Deja que entren esos caballeros, Ronnie.

Sorprendido, Ronnie se hizo a un lado, y Grissom entró en la pequeña oficina seguido de Brass.

El hombre, de un metro ochenta y cinco aproximadamente, se puso en pie tras el escritorio que había a la derecha, sobre el cual un monitor mostraba los cuatro ángulos de la tienda (incluidos Warrick y la cajera). Era un hombre delgado pero obviamente musculoso, sin embargo. No portaba tarjeta alguna con su nombre, Grissom se percató de que acababa de sacársela, y vestía un polo negro y vaqueros negros. Debía de tener unos cincuenta años, pero no los aparentaba.

La mano derecha del hombre estaba cubierta por una aparatosa venda de gasa.

—Soy Gil Grissom, del...

—¿Siempre entra en los lugares privados sin anunciarse, señor Grissom? —preguntó Hyde, tranquilo en apariencia, pero tenso.

—Del Departamento de Criminalística de Las Vegas —concluyó Grissom—. Él es el capitán Brass. Nos gustaría hacerle algunas preguntas.

—Tendríamos que haber llamado a la puerta —se disculpó Brass—. Lo siento.

—Acepto su disculpa —dijo Hyde—. Siempre procuro cooperar con las fuerzas del orden, pero estoy seguro que entenderán que les pida que me enseñen sus credenciales.

—Por supuesto —dijo Brass cumpliendo con su petición.

Hyde estudió la placa de Brass y la foto del carné de Grissom durante más tiempo del que sería necesario, pensó Grissom. En el extremo de la boca de Hyde apareció el inicio de una sonrisa. Aquel hombre no les temía, no le incomodaba su presencia: ¡parecía incluso divertido!

Tras devolverles las credenciales, Hyde les dedicó una escueta reverencia.

—Muy bien, caballeros. Y ahora, ¿qué puedo hacer por ustedes? Y déjenme que les diga de antemano que todo nuestro material para adultos está en regla.

Grissom esbozó una leve sonrisa.

—Señor Hyde, veo que lleva usted un vendaje en la mano derecha, parece una herida reciente. ¿Le importaría decirnos cómo se la produjo?

Su boca, compuso una mueca, pero frunció el ceño.

—¿Hay un contexto... concreto para esta pregunta?

Brass dijo:

—¿Podría contestar, por favor?

La mueca se transformó en sonrisa que consistió en mostrar los dientes; había algo vagamente animal en ellos. Extendió la mano hacia ellos, mostrando el vendaje como una medalla.

—La estantería. Ronnie..., el joven al que acaban de intimidar... Ronnie y yo hemos estado reordenando algunas estanterías y me he cortado con una de ellas.

—¿Puedo echarle un vistazo a la herida?

—¿Por qué, es usted médico? —Pues sí..., en cierto sentido.

—Voy a tener que decirle que no —dijo Hyde, amistoso pero firme—. Sólo me he puesto esta venda para parar la hemorragia, después la vendaré de forma adecuada. No voy a mostrarles mi herida sin motivo aparente. No lo haré, caballeros.

Grissom sintió cómo crecía la irritación en su interior. Debió de resultar evidente, porque Brass continuó el interrogatorio siguiendo su propia línea.

—Señor Hyde, ¿puede decirnos dónde estaba usted a inedia tarde?

—Podría, pero tendrán que ser francos conmigo, caballeros, si desean que coopere, Grissom intervino:

—Se trata de un caso de asesinato. Semejante afirmación habría provocado una reacción en una persona normal, pero Hyde la encajó sin inmutarse.

—¿Y eso les da derecho a ser desagradables?

Grissom no dijo nada.

—Por favor, señor Hyde —dijo Brass en tono conciliador—, díganos dónde estaba a media tarde.

—¿.A qué hora exactamente?

Brass se encogió de hombros.

—Digamos a las cinco.

—¿De la tarde? —preguntó Hyde, con los ojos fijos en Grissom y una mínima sonrisa alzando sus mejillas.

—Sí, de la tarde —respondió Brass extrayendo una pequeña libreta del bolsillo.

—De acuerdo. —Ahora Hyde se encogió de hombros—. Estaba aquí, en la tienda.

—¿Desde las cinco?

—Incluso desde antes —dijo Hyde—. Desde las cuatro, más o menos.

Su anterior visita a De la A a la Z había sido a eso del mediodía, ¿acaso se habían perdido algo?

—¿Tiene testigos que puedan confirmarlo? —preguntó Brass como de pasada.

—Ronnie y Sapphire. Ambos empezaron a las cuatro hoy.

—¿No es un poco pronto? —Preguntó Grissom—. Abren a las diez de la mañana y cierran a medianoche. Creo que los turnos deberían de estar un poco mejor repartidos.

Una sonrisa atravesó aquel rostro picado de viruela, un deje de falsa cordialidad.

—Está usted en lo cierto. Pero hoy Patrick y Sue tenían planes. Tenían algo así como una cita... No es lo ideal, una relación en el trabajo, pero a veces ocurre, y odio ser un jefe demasiado severo.

Patrick el porrero había hablado bien de su jefe, pero Grissom no sabía nada del otro encargado. Sabía que Warrick había negociado el silencio del muchacho. ¿O acaso había una cámara de seguridad que Hyde había podido visionar? ¿Había estado el asesino estudiando también cintas de vídeo?

Hyde dijo:

—Los tortolitos se fueron una hora antes, y Sapphire y Ronnie vinieron a relevarlos.

—¿Vio usted también hoy a sus otros dos empleados? —preguntó Brass.

Hyde negó con la cabeza.

—No, se fueron justo a las cuatro y yo llegué unos pocos minutos después.

—¿Estaba al corriente de sus planes?

—Me pidieron permiso. Como les he dicho, intento ser un buen jefe para los chicos.

Grissom estaba fascinado por aquel espécimen: si Hyde era Dos puntos, Grissom estaba observando al típico sociópata. Si podían pillar a aquel tipo, y encerrarlo, Grissom lo convertiría en el objeto de una de sus conferencias.

Brass preguntó a Hyde:

—¿Salió para comer algo o para alguna otra cosa? ¿A dar una vuelta, tal vez?

—No, se lo habría dicho. —Su tono de voz era paternalista, como si Brass fuese un niño.

Hyde prosiguió:

—He pasado aquí toda la tarde. Pregúntelo a los chicos. Bueno, Ronnie salió y fue a un italiano en busca de una *pizza* para ellos y una ensalada para mí. Creo que fue a eso de las nueve. Los tres comimos. —Alzó una ceja—. Las cajas de la *pizza* y de la ensalada están en el contenedor del callejón... si quieren ir a comprobarlo.

Grissom nunca antes se había topado con semejante grado de suficiencia por parte de un sospechoso de asesinato.

Brass preguntó:

—¿Dónde está el restaurante italiano al que acudió Ronnie?

—El padrino... No está demasiado cerca, pero son las *pizzas* que Ronnie prefiere.

Brass anotó lo que acababa de oír.

—¿No le gusta la *pizza*? —preguntó Grissom.

—No. Es por la carne picada y el salchichón... Soy vegetariano.

—Oh. ¿Razones de salud, señor Hyde, o cuestiones morales?

—Ambas cosas. Intento mantenerme en forma... y, por supuesto, estoy contra las matanzas sin sentido.

Grissom no pudo dejar de admirar la habilidad para mostrar aquella cara de póquer.

—¿Cuál es su postura respecto a los lácteos?

—¿Cuál es la suya respecto a la investigación de los asesinatos?

Grissom se encogió de hombros.

—Sólo preguntaba. Me interesa la nutrición. ¿Le importa que se lo haya preguntado?

—En absoluto. Tengo intolerancia a la lactosa. Mis ensaladas nunca llevan queso, sólo un buen puñado de crujientes y sanos vegetales. Pero me gusta variar.

—Gracias —dijo Grissom.

Brass miró a Grissom como dándole a entender que ellos eran tan listos como pudiese serlo él, y volvió a sus preguntas.

—¿Cuándo vino por primera vez a Las Vegas, señor Hyde? Antes de trasladarse aquí, me refiero. Hyde reflexionó unos segundos. —Hace seis años, creo... Un mes o dos antes de trasladarme aquí. Me enamoré de este lugar cuando vine para una convención de propietarios de videoclubes. Me mudé.

—¿No había estado nunca antes? —Nunca. No estoy particularmente interesado en el juego. Fue por el clima: la belleza de los atardeceres en el desierto. Ese tipo de cosas.

—De acuerdo —dijo Brass tomando nota—. ¿Conoce usted a una mujer llamada Marge Kostichek? Sin muestra alguna de nerviosismo, contestó: —No... ¿Debería conocerla?

—¿Y qué me dice de Philip Dingelmann? —No.

—¿Malachy Fortunato?

—No... Y me gustaría decirles que me estoy cansando de este juego. ¿Quiénes son esas personas, y por qué creen que las conozco?

Brass sonrió, tan enigmático como la esfinge.

-Porque son nuestras víctimas de asesinato, señor Hyde.

La sonrisa perdió su toque sarcástico; la mirada se endureció.

—¿Y usted está sugiriendo que yo conocía a esas personas?

—Sólo le pregunto —replicó Brass.

Hyde parecía ahora irritado, pero Grissom se preguntó si se trataba de otro movimiento de ajedrez, o más bien del gato y el ratón.

—Ustedes creen que yo maté a esas personas, ¿no es así? Qué absurdo, qué atrevimiento... Esta conversación ha finalizado, caballeros.

—De acuerdo —dijo Brass.

Pero Hyde no dejó de hablar.

—He intentado ayudarles, cooperar con ustedes a pesar de su rudeza, y responden a mi actitud de buen ciudadano acusándome de asesinato.

«¿Buen ciudadano?», pensó Grissom.

—Y en mi propio establecimiento, nada menos.

Fue hasta la puerta, la abrió y esperó a que saliesen.

Brass empezó a caminar, pero Grissom le agarró del brazo. Grissom dijo a Hyde:

—Hablar aquí, en su... establecimiento... tal vez resulte lo más cómodo para usted.

—¿Más cómodo que qué? ¿Que la comisaría?

Ninguno de los dos hombres respondió.

Hyde dejó que la puerta se cerrase y volvió a su mesa, se sentó y dijo:

—De acuerdo... Prosigan. —Hizo un gesto hacia el teléfono—. Pero si me acusan de asesinato, si me implican siquiera, pondré fin a esta conversación, llamaré a mi abogado y presentaré una demanda por acoso.

Grissom se percató de que el sistema de cámaras de seguridad no incluía la filmación de la oficina o de la habitación de atrás.

—Ha hablado de juego, señor Hyde —dijo Brass—. ¿No juega usted?

—He dicho que no tengo un especial interés por el juego. Vivo a un paso de la capital del juego de Estados Unidos, si no del mundo libre. Por supuesto que pruebo mi suerte de vez en cuando.

—¿Siempre en el Beachcomber? Grissom podía sentir los engranajes que se ponían en marcha tras aquella altiva fachada; Hyde no se dejó ir.

—He estado allí. He estado en la mayoría de casino del Strip y en otros más, cenando y divirtiéndome, si no jugando. Hace cinco años que vivo aquí.

—Lo sabemos —dijo Brass—. ¿Ha utilizado alguna vez el cajero automático del Beachcomber?

Grissom tuvo la impresión de haber apreciado un ligerísimo estremecimiento. Fue demasiado rápido, no podía estar seguro. Hyde dijo:

—No lo creo.

—Pero no está seguro.

—No, eh, sí, estoy seguro.

Eso fue la más cerca que Hyde estuvo del aturdimiento.

Brass dijo:

—Existe una grabación de seguridad en la que se le ve utilizando el cajero automático hará unas siete semanas.

Una sonrisa de incredulidad curvó sus labios.

—¿En la que se me ve? Lo dudo mucho... —Eso casi fue una admisión de sus esfuerzos por evitar las cámaras de seguridad del casino, por lo que Hyde no tardó en rectificar—: Nunca he utilizado mi tarjeta...

Tras decir esto, Hyde se ensimismó en sus pensamientos.

—¿Qué sucede? —preguntó Grissom.

Hyde asintió y dijo:

—Sin duda vieron al hombre que me la robó.

Brass se golpeó ligeramente en la cabeza como si no hubiese oído con claridad.

—¿Cómo ha dicho?

—La cinta. La cinta de seguridad del casino. Debieron de ver al individuo que me robó la tarjeta.

Brass suspiró.

—¿Nos está diciendo que alguien le robó la tarjeta?

Hyde asintió.

—Sí, a principios de mayo.

—¿Denunció el robo?

—Lo estoy haciendo ahora, me temo —dijo Hyde, con lo que dio la impresión de ser un incómodo movimiento de cabeza—. Justo después de que me robasen la tarjeta tuve que salir de la ciudad por negocios, y después lo olvidé.

Grissom dijo:

—¿Olvidó que le habían robado la tarjeta?

Brass no esperó a la respuesta.

—¿Cómo se la robaron?

—No lo sé.

Grissom sintió de nuevo cómo crecía la irritación en su interior; lo que estaba explicando aquel hombre era increíble.

—No lo sabe —dijo.

Hyde se encogió de hombros.

—Un día quise utilizarla..., la busqué en mi billetera y no estaba.

—Entonces la perdió —dijo Brass, intentando no perder la calma—. Señor Hyde, eso es diferente a que se la robasen.

Hyde les miró con evidente desdén.

—No volví a encontrarla, y el banco no me llamó para decirme que la tenían. Así que debieron de robármela... Probablemente la dejé en la máquina después de utilizarla, y alguien, simplemente, se la llevó.

Ahora le tocó el turno a Grissom de mostrarse suficiente.

—¿Cómo supone usted que el tipo conocía el número secreto?

La sonrisa de Hyde se hizo incluso más condescendiente.

—El número estaba escrito detrás de la tarjeta, en la cinta para la firma. Me temo que tengo una memoria terrible.

Brass dijo:

—Pues no lo parece, por cómo está contando las cosas esta noche.

—Para los nombres y los números, ese tipo de cosas; no tengo remedio. Así que anoté el número en la tarjeta. Ya le digo, a día de hoy aún no he podido memorizar mi número de la Seguridad Social.

Grissom no pudo evitar preguntarse si eso se debía a que tenía más de uno.

—Así que olvidó comunicar la pérdida de la tarjeta —dijo Brass.

—Sí, eso es. Qué estúpido.

Hyde colocó sus manos en la nuca, con los codos abiertos, se reclinó hacia atrás, claramente a gusto consigo mismo.

Brass pasó la página en su cuaderno.

—Hablemos de antes de que se trasladase aquí, hace cinco años.

—Hablemos.

—¿Dónde vivía antes de instalarse en Henderson?

—En muchos lugares.

—Por ejemplo.

—Coral Gables, Florida... Rochester, Minnesota, Moscow, Idaho. Incluso viví en Angola, Indiana, durante un tiempo.

—Hablemos de Idaho. ¿Cuándo vivió allí?

—Durante mi etapa universitaria. Hace muchos más años de los que me gustaría

admitir.

Grissom imaginó que había muchas cosas que a ese tipo no le gustaría admitir.

Brass preguntó:

—Así pues, ¿estudió usted en la Universidad de Idaho?

Hyde asintió.

—Me licencié en inglés. —Apartó sus manos de la nuca y señaló hacia los posters—. Por todo lo bueno que me dio.

—Al parecer le han ido muy bien las cosas —comentó Brass.

—«La educación —dijo Grissom— es algo admirable».

—«Pero está bien —prosiguió Hyde con la cita— recordar de vez en cuando que nada que lo que merece la pena aprender puede ser enseñado».

—Oscar Wilde —concluyó Grissom, compartiendo una leve sonrisa con Hyde.

—Hablando de educación —dijo Brass, poco impresionado por aquella demostración—, ¿podría explicarnos por qué en la Universidad de Idaho no han oído hablar nunca de Barry Hyde?/

Él pareció sorprendido.

—No, no puedo. Supongo que perderían mi expediente. Después de todo, hace muchos años de eso... y muchas de esas instituciones, cuando informatizaron sus archivos, bueno... Tal vez me perdieron en todo ese lío tecnológico.

Brass preguntó:

—¿Hay alguien en esa universidad que usted conozca y que pueda hablarnos de usted?

—Debe estar de broma. ¿Mis compañeros de estudios?

—Sí. Empecemos por los compañeros de estudios.

—No tengo ni idea. No he vuelto nunca después de licenciarme. Tal vez le resulte difícil de creer, pero soy muy vergonzoso.

—¿Y qué me dice de los profesores?

Hyde recapacitó al respecto durante unos segundos.

—No sé si seguirán allí, pero Christopher Groves y Allen Bridges, del departamento de inglés, tal vez me recuerden.

A pesar de que no acostumbraba a realizar suposiciones, Grissom se dijo que sin duda debía de tratarse de dos miembros de la facultad fallecidos.

Brass, tras apuntar los nombres en su cuaderno, miró a Grissom.

—¿Quieres preguntar alguna otra cosa, Gil?

—Un par de preguntas —dijo casi en un susurro—. ¿Sirvió usted en el ejército, señor Hyde?

—En la Armada de Estados Unidos, señor Grissom. ¿Por qué lo pregunta?

—Me preguntaba dónde lo destinaron.

Sin dejar pasar un solo segundo, Hyde dijo:

—Recibí la instrucción en Fort Bragg, Carolina del Norte, formación avanzada en comunicaciones en Fort Hood, Texas, y después pasé seis meses en Ansbach,

Alemania.

—Es curioso —dijo Grissom—, porque su informe médico dice que nunca ha estado fuera de nuestras fronteras.

Hyde abrió mucho los ojos.

—¿Tiene usted la costumbre de violar la privacidad de los ciudadanos honrados, señor Grissom?

—De los ciudadanos honrados, no.

Una mueca de desprecio reemplazó a la sonrisa.

—Pues bien, en ese caso debe de haber mirado los informes de otro Barry Hyde. —Miró su reloj, un Rolex, y dijo—: Y ahora, si no les importa caballeros... A pesar de que hablar con ustedes ha sido mucho más interesante de lo que habría podido imaginar, es el momento de dejar... la conversación en mi tienda.

Se puso en pie, abrió la puerta para que pudiesen salir, y les acompañó después a través de la tienda hasta la puerta principal. Warrick se había ido y la cajera estaba cerrando la caja registradora. Les abrió la puerta de nuevo, y asintió sonriendo.

Grissom se volvió hacia él.

—Nos veremos pronto, señor Hyde.

Hyde rió sólo una vez; había algo personal en ello.

—Lo dudo mucho, señor Grissom. —Cerró la puerta y echó la llave. Vieron cómo cogía el cajón de la caja registradora de manos de Sapphire y se retiraba a la parte trasera de la tienda.

—¿Qué ha querido decir? —Preguntó Brass—. ¿Corremos el riesgo de que desaparezca?

—Tal vez.

—Maldito hijo de puta.

Encontraron a Warrick sentado tras el volante del Tahoe.

—Me echaron fuera —dijo—. ¿Habéis tenido suerte?

—No se ha mostrado excesivamente comunicativo —dijo Grissom.

Brass resopló.

—Muy generoso de tu parte. ¿Pudiste averiguar algo, Brown?

—Cuando desaparecisteis tras la puerta, enseñé mi identificación a Sapphire y a Ronnie. Cooperaron bastante. Ambos aseguraron que Hyde había estado allí toda la tarde, a partir de las cuatro. Por supuesto, cuando Ronnie fue a comprar una *pizza*, a eso de las nueve, dejando a Hyde en la oficina, y estando Sapphire en la caja, ella no podía dejar su puesto. Se comieron la *pizza* cuando Ronnie volvió y eso es todo.

—La cuestión es que Hyde —dijo Grissom— comió ensalada. Sin queso, sólo vegetales... Lo que tal vez deja el caso abierto.

—¿Eh? —dijo Brass parpadeando.

Sin embargo, Warrick sí lo había pillado, por lo que sonrió satisfecho.

—Estaremos de suerte si Hyde comió de esa *pizza* de salchichón.

Brass estaba perdido.

—¿De qué demonios estáis hablando?

Warrick lanzó una carcajada y dijo:

—No hay ADN animal en su ensalada.

—Nos veremos en el contenedor —dijo Grissom a Warrick y se encaminó a la parte trasera del edificio.

En la sala de composición, Grissom había ordenado varias fotografías de los escenarios del crimen —del caso de la momia, a la izquierda, y de Dingelmann, a la derecha— en dos paneles de corcho adyacentes. Había enviado a Nick a que convocase a todo el mundo, y Catherine —dándole sorbos al café y comiendo una chocolatina que había sacado de la máquina— estaba frente a uno de los paneles. Nick ya había vuelto, se sentó a su lado, bebiendo una Coca-Cola light. A los lados, las pantallas en blanco de los ordenadores les miraban de forma acusadora, como si quisieran decirles que ya deberían tener el caso resuelto.

Grissom también lo creía.

Apareció Warrick, con un café en la mano y frotándose la cara con la otra. Al apartar esa mano, se topó con un puñado de detalles desagradables, incluidos agujeros de bala, cuencas de los ojos vacías...

—Jefe, ¿qué pasa?

Igualmente cansada, Sara siguió a Warrick al interior de la sala. Llevaba consigo un vaso de zumo de naranja y medio panecillo untado con queso.

Grissom les relató los detalles sobre los que no estaban al corriente. Nick fue el primero en preguntar.

—De acuerdo, Marge Kostichek contrató a Dos para que se cargase a Malachy Fortunato. Ahora bien, incluso para aquellos de nosotros que tienden a retrasarse...

—Tómatelo con calma, Nick —dijo Sara.

Nick le sonrió, pero ese gesto desapareció cuando acabó preguntando a Grissom:

—Pero ¿por qué mató al abogado, a Dingelmann?

—Porque Hyde le reconoció —dijo Grissom.

—¿Cómo dices? —preguntó Nick.

—Si estudias la cinta del casino, el lenguaje corporal es fácilmente legible. Dingelmann reconoció al hombre que estaba en la máquina de póquer... y ese hombre lo reconoció a él.

—No fue un asesinato pagado, ¿es eso lo que estás diciendo? —Señaló Catherine—. Algo improvisado.

—No, no —dijo Nick, negando con la cabeza y realizando una mueca de desacuerdo—. ¿Una automática con silenciador y dos disparos en la nuca? Dos puntos es un asesino a sueldo... Mata por dinero.

—Esa es una de las razones por las que mata —admitió Grissom pacientemente—. Pero ¿por qué asesinó a Marge Kostichek?

Sara se encogió de hombros.

—Todo animal acorralado se protege.

—Exacto —dijo Grissom, señalándola con el dedo—. Colocar juntas las piezas,

chicos y chicas. Tenemos un asesino a sueldo con una firma muy concreta.

Todos asintieron.

—Una firma de la que no había habido noticia en cinco años —prosiguió Grissom.

—No —dijo Warrick—, desde que se mudó a Henderson.

—O sea que se retiró —señaló Sara.

Nick negó de nuevo con la cabeza.

—¿Y qué hay de sus viajes?

—De momento, no deben de preocuparnos —dijo Grissom—. Con viajes o sin ellos, hace cinco años que empezó aquí una nueva vida, bajo un nuevo nombre. Lo que Warrick y Sara descubrieron sobre su pasado lo confirma.

—Y Philip Dingelmann —añadió Catherine— era una cara conocida de su vieja vida... Sus conexiones con la mafia se volvieron contra él por alguna razón.

Grissom sonrió.

—Bingo. Durante cinco años, Hyde ha estado viviendo tranquilamente en Henderson, regentando un videoclub, con aparentes pérdidas, y pasando sus ratos libres llevando a cabo el único pasatiempo que le conocemos: acudir dos veces a la semana a jugar un poco.

—En el Beachcomber —dijo Warrick—. A horas intempestivas. De ese modo, nadie de su pasado podría reconocerle.

—Eso es —corroboró Grissom.

—Eso es una locura —opinó Nick, en absoluto de acuerdo—. A pesar de la fachada de familiaridad, Las Vegas sigue teniendo raíces mafiosas y, además, gente de todo el país viene aquí a pasar las vacaciones. ¿Por qué alguien que pretende apartarse del negocio, afincándose en Henderson, Nevada, vendría a la ciudad del pecado dos veces a la semana?

—No puede evitarlo, colega —dijo Warrick—. Es un adicto a la adrenalina. ¿Qué es lo que ha estado haciendo todos esos años? Un par de días a la semana prueba un poquito, toma de esa droga que le permite sobrevivir en el mundo real. El juego tiene esa cualidad para ciertas personas.

—No es accidental —indicó Grissom— que se arreste al mayor número de sinvergüenzas del país en el aeropuerto McCarran en lugar de en cualquier otro aeropuerto.

Warrick asintió.

—Incluso a pesar de su estilo Disney, Las Vegas sigue siendo el lugar en el que puedes hacerte rico en muy poco tiempo.

—Así pues —añadió Catherine—, ¿lo que le sucedió al abogado de la mafia fue simplemente que entró en el casino donde Hyde estaba jugando?

Grissom señaló hacia una fotografía del abogado muerto en el pasillo del Beachcomber.

—Dingelmann estaba registrado en el hotel, sí. Dándose un respiro antes del gran

juicio.

—¿Coincidencia? —preguntó Sara en tono burlón.

—Circunstancia —replicó Grissom—. Hay una diferencia.

Nick, que seguía siendo el más escéptico de todos, dijo:

—Y, curiosamente, Hyde llevaba una pistola y un silenciador consigo. No me lo creo.

Grissom llegó hasta donde estaban sentados Nicky Catherine; se apoyó en el extremo de la mesa.

—Míralo desde el lado de Hyde. Siempre se toma un tiempo cuando el negocio va despacio. Sabía que algún día, alguien podría reconocerle... y debía estar preparado. Por eso llevaba el arma y el silenciador.

—Demonios —dijo Warrick—. Tal vez era parte del juego.

—Dime una cosa, Grissom —inquirió Catherine—. ¿Puedes ver todo el asunto? ¿Puedes verlo? Si es así, haz que también lo veamos nosotros.

Eso fue lo que hizo.

«La automática calibre 25 que llevaba en la funda que pendía de sus riñones le aportaba una poderosa sensación de seguridad, como si de una tarjeta de crédito se tratase: nunca salga de casa sin ella. En algunas ocasiones, estando ya en la puerta de casa dispuesto a salir sin la pistola en su lugar, había sentido su llamada y se había dado la vuelta para ir a buscarla.

»No podía estar seguro, quizá ese día era el día que estaba esperando. Había sobrevivido todo ese tiempo siendo cauteloso: nunca temeroso, sólo prevenido. Las situaciones de peligro requieren cautela, planificación, consistencia. Un hombre cuidadoso puede sobrevivir a casi cualquier cosa.

»A lo largo de los años había llevado a cabo toda una serie de trabajos en las cercanías de Las Vegas, y a él siempre le había gustado la ciudad; las escapadas a Las Vegas habían sido frecuentes. Ahora, las escapadas a Las Vegas desde Henderson eran dos oasis a la semana en medio de una existencia rutinaria. Le gustaba acudir al enorme casino del Beachcomber, y se sentía seguro: a las cinco y media de la madrugada del lunes, sólo unas doscientas personas acostumbraban a probar suerte.

»En una sala de semejante tamaño, más o menos como un campo de fútbol, y a esas horas del día, los jugadores ya se habían retirado, haciendo que el casino quedase prácticamente desierto. Los turistas —los pocos que se aventuraban hasta esas alturas del Strip— no aparecían por allí a aquellas horas a no ser que se hubiesen perdido o estuviesen borrachos. Sólo estaban los verdaderos adictos, lugareños, que nunca le dedicaban una segunda mirada.

»De vez en cuando, sonaba una campana, una máquina empezaba a hacer ruido de monedas o se escuchaban los murmullos de sorpresa de media docena de imbéciles alrededor de una mesa de juego. Pero, por lo general, el casino parecía un

lugar tan tranquilo como una cámara de seguridad. Habría preferido un poco más de acción, algo más de ostentación, de *glamour*, pero seguía manteniendo el hábito de la precaución incluso a la hora de correr riesgos.

»Siempre jugaba a la misma hora: poca gente, poco ruido... Demonios, ni siquiera la camarera le molestaba ahora que sabían que era una especie de recluso que no daba propinas. Jugaba los lunes y los miércoles, los días de los mayores en el Beachcomber, cuando un jugador podía multiplicar sus ganancias por cuatro.

»A pesar de tener sólo cincuenta años, su carné afirmaba que tenía cincuenta y seis, y el cabello plateado de sus sienes facilitaba su mentira. En esos momentos, precisamente, estaba utilizando la tarjeta registrada de un jugador inexistente en una máquina de póquer más cerca del vestíbulo de lo que le habría gustado. Habitualmente, jugaba en la parte de atrás del casino, lejos del vestíbulo, pero había tenido mala suerte y, hacía ahora unos meses, esa máquina en concreto le había traído suerte. Así pues, se colocó de cara al vestíbulo (de espaldas a la cámara de seguridad, por descontado).

»Apretó el botón max, haciendo que el total de monedas descendiese de veinticinco a veinte. Había empezado la sesión con doscientas monedas de veinticinco centavos, echando en la máquina cincuenta hacía media hora. Observó la mano que le había tocado: un par de treses (diamantes y tréboles), un seis, un nueve y una jota de diamantes. Una mano de mierda, se dijo a sí mismo, incluso aunque descartase el tres de tréboles y fuese a por color. Apretó el botón trato y le cayó el tres de corazones. Naturalmente.

»Volvió a jugar sin esperar, echando cinco monedas de veinticinco más. Se preguntó si su suerte podría empeorar. Hacía un mes que no ganaba dinero de verdad, y se preguntó qué demonios podría pasar para que su suerte cambiase. Alzó la vista y vio a uno de los últimos colgados de la noche camino del ascensor. El tipo vestía un traje negro, con su corbata de figuras geométricas aflojada en el cuello, colgando sobre su pecho como una flor marchita.

»Apareció la nueva mano de cartas en la máquina de póquer: dos reyes, una jota, una reina y un siete. Se quedó con los dos reyes y descartó las otras tres.

»Cuando vio la cara del hombre, supo que su suerte no iba a cambiar ese día; no para mejor, en cualquier caso. Intentó ocultarse tras la máquina, agachándose, pero fue demasiado tarde: el tipo le estaba mirando directamente y le reconoció. Era Dingelmann.

»El abogado. Su propio abogado, en otra vida.

»En ese momento, los ojos del siempre frío litigador judicial se abrieron excesivamente a causa de la sorpresa y la alarma.

»De forma inconsciente, la mano del jugador se dirigió a sus riñones, bajo su ligera cazadora deportiva. Se detuvo cuando el abogado se puso de nuevo en marcha, con rapidez, en dirección a los ascensores que se encontraban a su izquierda y, no cabía duda, al teléfono que le esperaba en su habitación.

»“No puedo cargármelo aquí —pensó el jugador—, a la vista de todo el mundo. Tengo que ser paciente, la paciencia es la clave”. Se puso en pie, dio un paso, pero la cadena de plástico que le unía a la tarjeta de jugador le detuvo, haciendo volver a la máquina.

»Extrajo la tarjeta y, sin darse apenas cuenta, observó cómo la máquina empezaba a escupir monedas. Le echó un vistazo a la mano que le había tocado en suerte: cuatro reyes. Maldita sea. Sin pensarlo siquiera, dejó atrás la máquina y siguió a Dingelmann. A medida que se aproximaban a los ascensores, el paso del abogado se fue acelerando, lo que provocó que se volvieran para girarle un par de noctámbulos, intentando imaginarse que el tipo estaba borracho o era un lunático.

»El perseguidor mantuvo su rostro impertérrito, aunque su mente iba a toda velocidad, acosada por los nervios, sintiendo la tensión en la garganta. El abogado, ya casi a la carrera, llegó frente a un ascensor y apretó con insistencia el botón subir antes de que el asesino pudiese alcanzarle. Llegó un ascenso^ Dingelmann entró en él y las puertas se cerraron.

»Golpeó con la mano en la puerta, después observó el indicador del ascensor, que señalaba la segunda planta; apretó el botón subir cuando marcó la tercera. Se detuvo un ascensor, las puertas se abrieron, pero antes de entrar, observó el indicador, que se había detenido en la cuarta planta.

»Saltó al interior del ascensor vacío y golpeó el botón con el número cuatro. A la altura de la segunda planta, brotaban gotas de sudor de su frente y se movía como un animal encerrado. Al pasar la tercera planta, tenía ya la pistola en la mano y con la izquierda extrajo el silenciador del bolsillo de la cazadora. El timbre de la puerta sonó en la cuarta planta, salió al pasillo y enroscó las dos piezas.

»Escuchó durante un momento. Había estado en ese hotel en un par de ocasiones, con prostitutas, y recordó que en el extremo del pasillo una cámara de vídeo colgaba de lo alto de la pared. Las puertas de cada habitación se encontraban en el interior de unos pequeños distribuidores, haciendo que el pasillo pareciese desierto; pero Dos puntos era más listo.

»Se movió deprisa, manteniendo la cabeza gacha (a pesar de que la cámara se encontraba a más de treinta metros), y fue de puerta en puerta. Finalmente encontró a Dingelmann, asustado y tembloroso con la tarjeta ya introducida en la puerta cuatrocientos diez.

»Dos puntos apoyó el silenciador en la nuca del abogado y oyó suplicar al hombre. Apretó el gatillo y la bala penetró en el cráneo de Dingelmann, haciendo que tocase contra la puerta, y cayó al suelo, resbalando; ya estaba muerto.

»Después, para asegurarse, y por una cuestión ritual, disparó una vez más en la cabeza del abogado.

»Un ruido a su espalda —un grito de sorpresa— le obligó a volverse, apuntando con la pistola al hacerlo, sin olvidar en ningún momento el objetivo de la cámara. Ante él, un camarero delgado de pelo oscuro con una bandeja llena de comida en las

manos, volvió a gritar y después dejó caer la bandeja. Los cubiertos de metal y la vajilla hicieron ruido al caer al suelo, y los espaguetis se esparcieron por el pasillo.

»Incluso antes de que se silenciase el estrépito, el camarero y él echaron a correr en direcciones opuestas: el camarero hacia el ascensor, Dos puntos directamente hacia la cámara en el extremo del pasillo. Al emprender la carrera, su pie derecho resbaló en la sangre del abogado, y casi perdió pie. Recuperó el equilibrio, se impulsó hacia delante y dejó la huella de su pisada sanguinolenta en los dos siguientes pasos.

»Alzó el brazo al tiempo que aceleraba, para que resultase imposible que la cámara captase su cara. Salió por la puerta de incendios a la escalera y bajó los escalones de dos en dos. Mientras descendía, su mente pensaba en los detalles. Habían pasado muchas cosas.

En la puerta de la primera planta se detuvo. Desenroscó el silenciador y se lo metió en un bolsillo. La pistola fue a parar al otro y revisó su ropa cuidadosamente por si la sangre le había salpicado. Encontró una pequeña mancha escarlata en el talón de su zapatilla derecha. Usó un pañuelo que guardaba en el bolsillo de sus pantalones para limpiar la mancha, manteniendo la respiración bajo control. Introdujo el pañuelo de nuevo en el bolsillo, cerró la cremallera de la cazadora con la mano izquierda y, finalmente, tomó aire y lo dejó salir lentamente por la boca. Estaba preparado. Abrió la puerta y entró.

»Al otro lado del vestíbulo, en el mostrador principal, vio al camarero hablando a gritos a la encargada, señalando hacia los ascensores.

»Dos puntos decidió evitar el vestíbulo en la medida de lo posible, volvió a entrar en el casino, pasó junto a una estrafalaria rubia, probablemente de unos veintiún años, que en esos momentos ocupaba su máquina de póquer. El receptáculo de las monedas seguía lleno gracias a sus cuatro reyes. Caminando en silencio deseó que reventase.

»Evitó todas las cámaras de seguridad, pegándose a veces a las paredes, caminando a paso normal, sin correr pero sin ir demasiado despacio. Atravesó la puerta que daba al aparcamiento trasero y se dirigió a su coche. Sin correr, sacó el coche del aparcamiento, tomando Atlántico hasta Wengert, y finalmente enfilando Eastern camino de casa.

»Dos puntos estaba libre —el abogado había muerto y Barry Hyde no podía dejar de preguntarse si había sido un día con buena o mala suerte».

Nick preguntó:

—Entonces, ¿por qué no hemos detenido ya a ese tipo?

—¿Basándonos en qué prueba? —preguntó Grissom.

—La cinta de vídeo —dijo Sara.

—No hemos podido extraer de ella una identificación positiva.

Warrick preguntó:

—¿Qué tal la operación en el cajero automático?

—Hyde afirma que le robaron la tarjeta. Brass está comprobándolo.

—Podemos comparar sus huellas dactilares y las de los casquillos —opinó Catherine.

—Eso estaría bien —dijo Grissom asintiendo—. Pero no tenemos arma del crimen. Y nada que relacione a Hyde con las muertes de Fortunato y Kostichek excepto su firma.

Entró Greg Sanders.

—Lo siento. Catherine...

—¿Sí?

—Creo que te gustará saber que tu colilla de pruebas coincide con la sangre que encontraste en la valla.

—¡Estupendo! —espetó ella poniéndose en pie de un brinco. Por toda la sala aparecieron sonrisas y gestos de afirmación.

Greg miró a su alrededor, su sonrisa era incluso demasiado amplia para lo que acostumbraba.

—¿El «tan pronto como sea posible» ha sido suficiente para ti?

—Totalmente —respondió volviendo a sentarse.

—Pero como decían en los dibujos animados: «No se vayan todavía, aún hay más».

Todos le miraron.

Disfrutando de sentirse el centro de atención, Sanders dijo a Grissom:

—Gracias por la ensalada.

Alargando la broma, Grissom le preguntó:

—¿Te gustó?

—Creo que te gustará a ti. La saliva coincide con el ADN de la sangre y de la colilla.

—¿Ensalada? —preguntó Sara.

Catherine sonrió.

—¿Cómo podría un CSI pasar por alto un buffet libre?

—Bueno, yo me detuve a ver —dijo Grissom—, con la ayuda de Warrick. Y ahora tenemos el ADN de Barry Hyde en el escenario del crimen de Fortunato..., diez años antes de que se estableciese en Las Vegas. Y tenemos ese mismo ADN en la valla que saltó, detrás de la casa de Marge Kostichek.

—¿Qué otra cosa necesitamos? —preguntó Nick.

Grissom dijo:

—Ahora mismo, nada. Tenemos todo lo necesario para conseguir una orden que nos proporcione más pruebas.

—En su casa —dijo Nick, finalmente convencido.

—Y el videoclub —añadió Catherine.

—Llamaré a Brass —indicó Grissom—. Con un poco de suerte, tendremos una orden en media hora... Nick, Sara y Warrick: preparad todo vuestro equipo, al

completo. Saldremos de aquí en cinco minutos.

Se pusieron en marcha al mismo tiempo. El cansancio se hizo invisible en sus rostros, ahora se movían con entusiasmo y guiados por un objetivo claro. Grissom los observó, la sonrisa que apareció en su cara no rebajó la dureza de su mirada.

Cuando ya se disponía a salir de la sala, Warrick se volvió hacia Grissom y los dos hombres se miraron.

—Gris, Barry puede huir...

—Pero no puede esconderse —concluyó Grissom.

Tratar de pasar desapercibido en aquel barrio de gente pudiente habría sido del todo imposible, por lo tanto, Jim Brass ni siquiera lo intentó. Bajo el brillo de la luz del amanecer, con el rocío cubriendo aún todas las cosas, aquella estrecha calle parecía el aparcamiento de un circo: los dos Tahoe y el Taurus de Brass estaban aparcados frente a la casa de Hyde, y los dos coches patrulla de la policía de Henderson estaban aparcados sobre la acera de enfrente (Brass no quiso repetir el paso en falso que ya dio con la policía local, no sólo les avisó sino que les pidió que les acompañasen).

Los vecinos —algunos en bata, otros totalmente vestidos— salieron de sus casas para observar cómo el grupo CSI, liderados por Grissom y Brass, salían de sus vehículos; un pequeño ejército de personas quitándose las gafas de sol y colocándose guantes de látex. Para tratarse del mes de julio, la mañana estaba siendo sorprendentemente fresca, y Warrick y Nick llevaban cazadoras negras con la inscripción forenses; era, en gran medida, un efecto psicológico, una manera de informar a los mirones que la cosa iba en serio, y que debían mantenerse a cierta distancia. Aproximándose a la casa, todos los miembros del CSI acarreaban con su propio equipamiento, a cada uno de ellos el supervisor Grissom le había asignado ya una tarea específica.

Warrick buscaría entre los zapatos, Nick buscaría huellas y Sara realizaría las fotografías. Catherine y Grissom actuarían como exploradores, su trabajo consistiría en buscar en los lugares más oscuros, tratando de encontrar pistas más evidentes. Brass, el único que no llevaba guantes de látex, se ocuparía de Hyde.

Mientras ascendían por el camino de entrada hasta la puerta principal, un aura de ansiedad se mezcló con la profesionalidad.

—¿Crees que podría intentar algo? —preguntó Nick, recordando obviamente lo ocurrido en casa de la señora Kostichek.

Junto a Nick, Warrick negó con la cabeza, quizá de un modo demasiado casual.

—¿Por qué tendría que hacerlo? El muy gilipollas se cree Superman. Aún no le hemos puesto la mano encima.

Brass escuchó el diálogo, y básicamente estuvo de acuerdo con Warrick; aun así, se aproximó a la puerta con cautela. Llevaba la orden en la mano izquierda, y tenía la chaqueta abierta para poder alcanzar con rapidez la pistola que le colgaba del cinturón. Tras él, Grissom guió a su grupo —todos con las manos ocupadas por los equipos de campo y otro tipo de herramientas, como si se tratase de un grupo de familiares no deseados que tienen pensado pasar una larga temporada en casa ajena— lejos de la puerta principal, hacia el garaje de dos plazas.

Brass miró por encima de su hombro para cerciorarse de que los miembros del CSI se encontraban fuera de la línea de tiro, tras esto siguió caminando hacia delante.

La puerta principal —situada entre el salón, a la izquierda, y el garaje, a la derecha— le recordó al detective las puertas del Beachcomber, aportándole al asunto una leve resonancia, y convirtiéndolo en un problema: si algo iba mal, solamente Grissom — apenas visible, observando desde el rincón como un niño curioso— sería testigo de lo que sucediese.

Las palabras de Nick se activaron en su cerebro como una cinta magnetofónica —«¿Crees que podría intentar algo?»— en el interior de su cerebro. Como si de los distribuidores del pasillo del hotel se tratase, Brass encaró la puerta, tomó aliento, lo dejó salir... y llamó, con fuerza e insistencia.

Nada.

Esperó...

Apretó el timbre...

Nada igualmente.

Miró hacia Grissom —que mostraba una expresión interrogativa— y se encogió de hombros. Se volvió y llamó una vez más.

Tampoco hubo respuesta.

Grissom caminó deprisa para reunirse con el policía de homicidios, con el resto del equipo tras él.

—Creo que nuestro hombre no está en casa —dijo Brass.

Grissom fue hacia la puerta y, con un ligero toque de su mano envuelta en látex, la manija de la puerta cedió.

La puerta se abrió lentamente, coma una invitación, y Brass y Grissom indicaron a los muchachos que se mantuviesen apartados de la línea de disparo potencial.

—¿Abierta? —Dijo Brass a Grissom—. ¿La ha dejado abierta?

—El gato y el ratón —respondió Grissom—. Es el juego favorito de nuestro hombre.

Brass se puso a escuchar, intentando descifrar el más mínimo ruido, el menor signo de vida; Grissom hizo lo mismo.

Segundos después, alzaron las cejas, dando a entender que no habían logrado escuchar nada excepto los sonidos propios de un hogar de los suburbios: la nevera, el zumbido del aire acondicionado, el tictac de los relojes. Brass sacó su pistola y se adentró en el recibidor de la moderna, sobria y abierta casa: mucha madera y yeso y cantería.

Grissom dijo a Warrick:

—Di a esos agentes uniformados que nos cubran las espaldas. Después entra con nosotros.

—De acuerdo —dijo Warrick y se encaminó hacia los policías de Henderson.

Entonces, Grissom y los otros miembros del equipo entraron para unirse a Brass.

Frente a ellos ascendía una amplia escalera a la planta de arriba. Los corredores, paralelos a la escalera, estaban en el mismo lado, llegando hasta la parte trasera de la casa, a la cocina y las habitaciones familiares, seguramente. A la derecha estaba la

puerta que llevaba al garaje, y a la izquierda un pasillo sin puertas daba al salón.

El único ruido que sobresalía en el silencio de la casa era la respiración de Brass, y el rechinar de las suelas de los zapatos del equipo en el suelo de madera.

En voz alta, sorprendiendo a los muchachos, Brass dijo:

—¡Barry Hyde, soy el capitán James Brass de la policía de Las Vegas! ¡Traemos una orden de registro! ¡Señor, si está usted aquí, háganoslo saber ahora mismo, por favor!

Las palabras produjeron un ligero eco, debido a la escalera, pero entonces...

—Simón y Garfunkel —dijo Sara.

Brass la miró.

—*Sounds of silence*, los sonidos del silencio —replicó ella encogiéndose de hombros.

Brass siguió adelante y giró a la izquierda hasta llegar al salón, con la pistola en mano. Era una estancia grande, abierta y fría con una gran ventana, una chimenea en el centro y algunos toques sureños en la decoración, incluido un cuadro de Georgia O'Keefe sobre el sofá de dos plazas color ocre.

—¡Despejado! —dijo Brass cuando regresó al recibidor.

Warrick ya había vuelto y estaba junto a Nick, Sara, Catherine y Grissom, que se habían desplegado con las armas en mano; un procedimiento inusual para aquellos investigadores forenses, pero la precaución era vital.

Nick abrió la puerta que daba al garaje, encendió la luz y entró, con la pistola a punto. Tras un rápido vistazo, gritó:

—Despejado.

Fueron pasando de una habitación a otra en la planta de abajo. Brass, Nick y Warrick comprobaron una por una. Grissom y Catherine —con las armas en sus manos enguantadas— se hallaban detenidos ante las escaleras para asegurarse que Hyde no les sorprendiese desde arriba.

Cuando Brass, Nick y Warrick regresaron al recibidor, todos negaron con la cabeza: no había nadie en la planta de abajo. Brass inició entonces la ascensión de las escaleras, siguiendo la misma combinación de armas preparadas y precaución, e inspeccionaron la planta de arriba del mismo modo.

—Está totalmente despejado —dijo Brass, apareciendo en el extremo superior de las escaleras, guardando el arma—. Barry Hyde ha abandonado el edificio.

—De acuerdo —dijo Grissom, obviamente aliviado al dejar el arma—, vamos a trabajar. Todos sabéis lo que tenéis que hacer.

Sara sacó la cámara fotográfica, Nick su instrumental para tomar huellas y empezaron a trabajar en equipo. Catherine y Warrick desaparecieron en otras habitaciones de la casa.

La adrenalina seguía bombeando por las venas de Brass mientras bajaba las escaleras.

—¿Cómo puede ese maldito hijo de puta habernos ofrecido la cortesía de dejar la

puerta abierta y haberse ofendido antes respecto a sus derechos y su maldita privacidad?

—Vuelves a añorar —dijo Grissom— aquellos tiempos en los que podías disparar a un tipejo y decir: «frito».

—Esos métodos tenían su mérito.

—Pero ¿no está en casa o se ha ido?

—Te dije que corríamos el riesgo de que desapareciese.

Grissom asintió, empezando a ascender las escaleras.

—Examinaré su ropa, sus objetos de aseo. Veremos si hay alguna maleta en casa.

Brass fue al salón, donde Sara estaba tomando fotos abarcando una perspectiva de trescientos sesenta grados desde la chimenea. Brass se limitó a fisgonear. La pared frontal de la sala de estar era toda de cristal y miraba a la calle y al solitario árbol joven del jardín.

Un televisor del tamaño de un utilitario ocupaba la mayor parte de la pared que daba al oeste a la izquierda de Brass. Los estantes junto al televisor estaban ocupados por el equipo de música, un buen montón de cintas de vídeo, un reproductor de DVD, y un par de aparatos electrónicos que Brass no pudo identificar. En los estantes sobre el televisor había toda una colección de películas en formato DVD; Brass no había oído hablar de la mayoría de ellas. «Tengo que salir más», pensó.

Frente a todos esos aparatos para el entretenimiento había un enorme sofá de cuero verde y un sillón a juego apoyados en la pared más corta que daba al sur. Junto al sillón, tocando un extremo del sofá, unas mesas de roble con varias lámparas modernas de color verde. Una mesita a juego también de roble yacía frente al sofá cubierta por unas cuantas revistas con etiquetas de suscripción a nombre de Barry Hyde y unas cuantas cartas abiertas y diversos papeles.

Grissom se acercó, diciendo:

—Al parecer, no se ha llevado ropa, pero es difícil saberlo. No ha tocado las maletas de los armarios, y todos sus adminículos de aseo: cepillo de dientes y pasta, loción para después del afeitado, desodorante... siguen en su sitio.

—Tal vez haya salido a desayunar. O a pegarle un par de tiros en la cabeza a alguna otra persona.

—¿Has descubierto algo?

Brass señaló hacia las películas que descansaban encima del televisor.

—He descubierto que no voy al cine desde que John Wayne murió.

Sin dejar ninguno de sarcasmo, Grissom preguntó:

—¿Y eso qué tiene que ver?

El detective negó con la cabeza. Esa era una de las razones por las cuales le gustaba Grissom: al científico tampoco le interesaba demasiado el mundo exterior. Su universo consistía en su trabajo y en la gente que trabajaba con él; más allá de eso, nada parecía llamar en exceso la atención de Grissom.

—No tiene nada que ver —respondió Brass—. Sólo era una observación social.

Grissom se arrodilló y empezó a estudiar el material que había sobre la mesita de café. Brass se dejó caer en el sofá, observando cómo el policía científico ojeaba las revistas de Hyde. Unas cuantas guías de vacaciones, un ejemplar de *Hustler*, y el último número de *Forbes*.

—Una variada lista de lectura —dijo Grissom.

—Viajes, sexo y dinero —señaló Brass—. El sueño americano.

Los papeles, así como el correo, incluían diferentes facturas del videoclub, un ejemplar reciente del *Sun* doblado, y un bloc de notas de De la A a la Z, con una dirección apuntada en letras negras en el extremo superior.

Alzando el bloc, Grissom preguntó:

—¿Te suena esta dirección?

—¿Es la de Marge Kostichek?

—Eso es. ¿Por qué crees que Barry Hyde tenía la dirección de Marge Kostichek en su propia casa? ¿Y qué me dices del hecho de que en la misma pila de papeles haya un ejemplar de periódico en el que se comenta el descubrimiento de cierto cadáver momificado?

—Podría darte una explicación.

—Pero si nos esperaba, si sabía que le seguíamos la pista, ¿por qué ha dejado estas cosas por aquí?

—¿Otro paso más en el juego del gato y el ratón?

Grissom entrecerró los ojos.

—Tal vez no ha estado en casa desde que hablamos con él. Díselo a Sara, Jim. Quiero una fotografía de ésta.

Sonó una fuerte bocina en el exterior y ambos hombres miraron por la ventana para ver una enorme furgoneta en mitad de la calle: al parecer no podía pasar porque alguno de los todoterreno le barraba el paso. El conductor de la furgoneta volvió a hacer sonar la bocina, y los policías de Henderson, aparcados al otro lado de la calle, se aproximaron.

Llegó la voz de Sara desde la cocina:

—¿Qué pasa ahí fuera?

Brass y Grissom observaron la furgoneta y después se miraron entre sí. Según la expresión de Grissom, Brass captó signos evidentes de que el científico estaba sintiendo la misma desagradable sensación en la boca del estómago...

—Salgamos y hablemos con él —dijo Brass levantándose del sofá con una voz más ligera que sus propios pensamientos.

Grissom también se puso en pie.

—Vosotros seguid trabajando.

Los muchachos continuaron trabajando, pero sumidos en un extrañado silencio; algo en la voz de Grissom les había alterado...

Brass siguió a Grissom fuera de la casa, sintió que le dolía la cabeza como si una poderosa mano le estrujase el cerebro. Siempre que se tomaba un maldito descanso

en este caso, ¡se evaporaba antes de que pudiese disfrutar de él! Y él sabía, lo sabía muy bien, que estaba sucediendo otra vez.

El conductor de la furgoneta —fornido, de unos veinticinco años, con el pelo negro aceitoso cubriéndole la frente, luciendo un frondoso bigote castaño y perilla— había descendido *ya* para hablar con los hombres uniformados de Henderson. Éstos se hicieron a un lado cuando llegaron Brass y Grissom, encontrándose con el conductor en la calle, frente a la furgoneta. Otro tipo —transportista de mudanzas— seguía sentado en el interior; tenía el aburrido aspecto de un trabajador a punto de iniciar otra ingrata jornada laboral.

Brass sacó su placa.

—¿Qué estáis haciendo aquí?

Al transportista no le impresionó especialmente la placa y dijo:

—¿Tú qué crees? Venimos a llevarnos los muebles.

—¿Qué muebles?

Señaló hacia la casa de Hyde.

—Esos muebles.

—Debe tratarse de un error —dijo Brass.

El transportista sacó una hoja de papel del bolsillo.

—Número cincuenta y tres de Fresh Pond Court.

Brass y Grissom se miraron.

—Déjame ver —inquirió Brass.

Resoplando, el transportista le pasó la hoja de papel a Brass.

—Parece en orden —dijo Brass leyendo, mirando de refilón a Grissom y devolviendo el papel al tipo.

Grissom preguntó:

—¿Cómo se supone que pensabais entrar en la casa? ¿Habíais quedado con alguien?

El transportista se encogió de hombros.

—El tipo que llamó por teléfono dijo que la policía estaría aquí y que nos dejarían entrar... y aquí estáis.

—¿Cuándo os hicieron el encargo?

—Ahora mismo... O sea, llamó a la línea veinticuatro horas. Era un trabajo urgente. Pagó un suplemento...

—Hijo de puta —espetó Grissom, y corrió hacia el Tahoe más cercano.

Brass le gritó al transportista:

—¡Saca esa furgoneta de aquí ahora mismo!

—Pero...

—Se trata de una investigación de homicidio. Si tocas esos muebles violarás una orden de registro.

—Tal vez debería...

—¡Sal de aquí inmediatamente! —bramó Brass, y el transportista dio un brinco.

Brass miró fijamente al tipo y, finalmente, éste volvió a montar en la furgoneta y giró en redondo. Mientras la furgoneta ascendía lentamente la calle, Grissom puso en marcha el Tahoe y lo colocó junto a Brass.

—¿Vienes conmigo? —preguntó Grissom. Parecía tranquilo, pero Brass notó cierto toque salvaje muy poco característico en los ojos del supervisor del CSI.

Brass subió al asiento del copiloto y el todoterreno aceleró, subiéndose sobre un pedazo de césped para evitar la rotonda. Mientras descendían por la calle adyacente, Brass, tras abrocharse el cinturón de seguridad, preguntó:

—¿Quieres que conduzca yo?

—No.

—¿Quieres que ponga la sirena?

—No.

Grissom aceleró aún más y tuvo que dar un golpe al volante para evitar a un intrépido Dodge. Brass cerró los ojos.

Cuando el policía científico se saltó un semáforo en rojo, Brass puso en marcha la luz azul de la sirena, aunque aún no la hizo sonar. Justo en ese momento, Brass frenó en seco para evitar chocar con la parte trasera de un autobús.

A Brass le alegró pensar que el trayecto hasta el videoclub era corto.

El todoterreno se adentró en el aparcamiento y se detuvo frente a la tienda. Grissom ya había salido y echado a correr hacia la puerta antes de que Brass hubiese siquiera desabrochado su cinturón de seguridad. Apretó el paso para pillarle, alcanzándolo cuando Grissom empujó la puerta de cristal y dijo:

—¿Dónde está Barry Hyde?

La cajera dijo:

—El señor Hyde no está aquí en estos momentos.

Grissom cruzó la tienda, recorriendo el pasillo central, con Brass pisándole los talones.

Empujó la puerta de la habitación de atrás y preguntó:

—¿Dónde está?

Patrick, el desventurado ayudante del director, se limitó a alzar la vista, con los ojos abiertos debido al pánico, y se quemó los dedos con el mínimo fragmento de porro que le quedaba. Tras un grito de dolor, el muchacho saltó de la silla y retrocedió hasta una esquina.

—No... No está aquí. Se lo dije a los otros tipos, ¡no vendrá hasta el lunes!

Grissom abrió la puerta que conectaba con la habitación de atrás. Brass pasó tras él. Estantes, catálogos almacenados, cajas vacías de películas, pero no había ni rastro de Barry Hyde. El supervisor del CSI y el policía volvieron a la oficina, donde el ayudante del director seguía temblando de terror; olía mucho a marihuana.

—No tardaré en volver —dijo Brass— y si encuentro algo de costo por aquí, te empapelaré.

Patrick asintió, y Brass siguió a Grissom, que ya había salido a la tienda.

Mientras Grissom se dirigía a la caja, y Brass intentaba alcanzarle, entró en la tienda un hombre alto y rabio enfundado en un traje a medida de color azul marino, llevaba una película de vídeo en la mano.

La cobra sonriente: Culpepper.

—¿Te gustan las películas de Harrison Ford, Grissom? —preguntó el agente del FBI como de pasada, con voz amable y sonriendo.

—¿Por qué no me sorprende verte aquí? —dijo Grissom conteniéndose.

—Se trata de un clásico moderno, Gil —respondió Culpepper—. Deberías verla. El alquiler es bueno, tienen títulos viejos, ya sabes.

Y Culpepper le pasó la película: *Testigo*.

Brass frunció el ceño, pero no cogió la película.

—No la he visto —dijo Grissom—. ¿Trata sobre un asesino a sueldo protegido por el programa federal de protección a testigos?

«Mierda», pensó Brass, ahora todo cuadraba.

—No —replicó Culpepper—. Pero esa historia daría para una buena película, ¿no te parece?

La voz de Grissom destilaba calma y distanciamiento, pero el detective apreció que las manos del CSI se habían cerrado en sendos puños, y tenía los nudillos blancos.

—No buscabais a Dos puntos, ya lo teníais... Lo tenéis desde hace unos cuatro años. Te has ido dejando caer por el departamento de criminalística para ver qué sabíamos, para comprobar si encontrábamos algo, y así podías adelantarte.

Culpepper caminó hacia la repisa con el cartel comedia, una leve sonrisa curvó la comisura de sus labios.

—No puedo hablar del tema. Es información confidencial perteneciente al gobierno. Clasificada.

—No puedes decir nada, porque en caso de hacerlo podríamos arrestarte por obstrucción a la justicia.

La sonrisa de Culpepper se desvaneció.

—Eres un buen investigador criminalista, Grissom. Tú y tu equipo habéis realizado un trabajo admirable. Pero es hora de que cierres tu maleta plateada y te vayas a casa. Se acabó.

Grissom miró a Brass.

—Los cortos viajes de Hyde, Jim, no eran para matar a nadie. Dos puntos realmente se había retirado, y Barry Hyde realizaba cortas salidas para testificar... en los casos RICO ¿No es cierto, agente Culpepper?

—Sin comentarios.

—Tu gente hizo un trato con el perro loco, y ahora le protegéis, aunque haya matado a dos personas.

Culpepper se volvió hacia Brass.

—Tal vez puedas explicar los hechos de la vida a tu inocente socio... Cuando los

casos tienen que ver con figuras del crimen organizado, el tipo de personas que tratan con la muerte, con las drogas y con cualquier vicio imaginable, hay que pactar con los malos. La gente adulta lo entiende, Grissom, entiende que de lo que se trata es de escoger el menor de los males.

—Filosofa cuanto quieras, Culpepper —dijo Grissom—. Las pruebas no filosofan, la ciencia no tiene opinión más allá de la verdad.

El agente se echó a reír.

—Siempre haciendo citas, amigo. Ganarías una fortuna escribiendo las frases de las galletitas chinas de la suerte. Tienes un don.

—Me gusta mi trabajo, y lo hago bastante bien. Solamente acabo de empezar con este caso...

—No, Grissom. Alégrate por lo que has logrado. Lo conseguiste.

Grissom entrecerró los ojos; su voz se hizo grave.

—Lo que voy a conseguir, Culpepper, ya lo sabrás. Voy a acusarte, y Barry Hyde acabará en el corredor de la muerte.

—¿Barry Hyde? —Preguntó Culpepper, como si el nombre no le dijese nada—. Debes de estar confundido, Barry Hyde no existe. Dentro de unos días, la casa de Pound Court estará vacía. Dentro de una semana, De la A a la Z Vídeo será un local en alquiler.

—Llámale como quieras —dijo Grissom—. Tengo pruebas suficientes como para arrestarle por los asesinatos de Philip Dingelmann, Malachy Fortunato y Marge Kostichek.

—No hay nadie a quien arrestar. Barry Hyde no existe. Es triste ver a un hombre con tus habilidades malgastar su tiempo en castillos de humo.

—Barry Hyde es un sociópata, Culpepper —señaló Grissom—. ¿Cuál es tu excusa?

Con un gesto de desprecio, Culpepper se acercó a Grissom y le mantuvo la mirada.

—Te lo digo como colega: déjalo estar.

—Yo no soy tu colega.

Culpepper se encogió de hombros; después se volvió y salió a buen paso de la tienda.

Grissom observó impertérrito cómo salía, al tiempo que Brass se le acercaba y decía:

—Todo un encanto, ¿no te parece?

—El encanto de una serpiente.

—¿Lo que ha dicho es cierto? ¿Tú qué crees, lo hemos conseguido?

—Culpepper no puede definir mi trabajo por mí, ¿acaso define él tu trabajo, Jim?

—¡No, maldita sea!

—Me gusta que lo entiendas así. Volvamos al trabajo.

Montaron en el coche y se dirigieron a la casa en silencio; ambos hombres

estudiaban la situación desde sus respectivos ángulos. La furgoneta de mudanzas seguía bloqueando el paso, y Grissom tuvo que aparcar antes de llegar a la esquina. Cuando, caminando, dejaron atrás la furgoneta, Brass se interesó por saber si había alguien en su interior.

—¿Dónde se han metido?

Grissom negó con la cabeza y se encaminaron a la casa. El otro Tahoe y el Taurus de Brass seguían aparcados enfrente; los policías de Henderson seguían apoyados en sus coches patrulla, bebiendo de sus tazas de papel. Grissom llegó hasta la puerta principal. Encontró a los dos transportistas sentados en las escaleras bebiendo de tazas similares.

Grissom y Brass les dedicaron un gesto a los de la mudanza, que asintieron a su vez.

—¡Cariño, ya estoy en casa! —anunció Grissom, provocando el ligero eco de su voz en el recibidor.

Sara salió de la cocina, con la cámara aún en las manos.

—¿Dónde habéis estado?

—En el videoclub del barrio. Brass dijo:

—Hyde ha volado. Grissom preguntó:

—¿Dónde están los demás? Con el gesto adecuado, Sara respondió:

—Nick está buscando huellas en el lavabo. Catherine se está encargando del garaje. Warrick ha encontrado tres pares de zapatillas deportivas y las ha metido en bolsas. Creo que está...

—Aquí —interrumpió Warrick bajando las escaleras, deteniéndose justo encima de los dos transportistas—. ¿Queréis un poco más de limonada, muchachos?

Ambos negaron con la cabeza, haciéndose a un lado para que Warrick pudiese acabar de bajar las escaleras.

Warrick se detuvo frente a Grissom.

—Estoy seguro de que uno de los pares de zapatillas es el correcto, Gris. Tiene tres pares idénticos; realmente le gusta ese modelo.

—¿Algo más? —preguntó Grissom.

Nick salió del lavabo.

—Tengo un montón de huellas... Además, he encontrado esto en la mesa de despacho de Hyde. —Enseñó una bolsa de plástico transparente con una pila de cartas dentro—. Las cartas de Petty a Marge Kostichek, las que se llevó de casa de la señora Kostichek.

Brass miró a Grissom con dureza.

—Espero que la policía de Los Ángeles haya atrapado a Petty, o bien que sepa cómo huir y empezar de nuevo. Si Hyde tiene amigos en Los Ángeles, dentro de poco podremos estar buscando otro cuerpo.

Grissom preguntó a los chicos de la mudanza si podían esperar fuera, cosa que hicieron. Entonces, exceptuando a Catherine, que estaba acabando con el garaje,

Grissom reunió a los demás a su alrededor en el recibidor y les relató el encuentro con Culpepper en el videoclub.

—Cojones —dijo Warrick.

—¿Estás diciendo que ha hecho desaparecer a Hyde? —preguntó Sara.

—Después de que hablásemos con Hyde anoche —explicó Grissom—, eso es. Hyde hizo una llamada telefónica, y lo sacaron de la ciudad. Ni siquiera pasó por su casa, por miedo a que le pillásemos.

Brass dijo:

—Y ahora le ofrecerán la posibilidad de empezar de nuevo en alguna parte.

Sara parecía anonadada.

—¿Cómo pueden hacer eso?

Brass sonrió con un deje de desaliento.

—Los federales siguen sus propias reglas. Les importamos bien poco.

—Entonces, ¿eso es todo? —preguntó Nick realmente ofuscado—. Nos hemos dejado el culo y el FBI nos niega ahora el pan y la sal... O sea, ¿todo ha acabado?

—Sé que Gil quiere seguir adelante —dijo Brass—, también es lo que yo deseo. Pero tal vez debamos afrontar los hechos: nos han estado apretando las tuercas aquellos que se suponía que eran nuestros aliados. No podemos combatir contra el Tío Sam.

—Recapacitemos —dijo Grissom—. Antes de marchar sobre Washington, repasemos qué tenemos, aparte de un montón de pruebas circunstanciales. Si Barry Hyde entrase en esta casa, podríamos arrestarle, pero ¿cómo podríamos juzgarle?

—Ahora podemos hacerlo —dijo Catherine.

Todos se volvieron hacia la puerta que llevaba al garaje. Una bolsa para pruebas colgaba de su mano derecha. Dentro de la misma había un Colt automático de 1930 calibre 25.

Brass sintió cómo le crecía una sonrisa en el rostro.

—¿Es eso lo que creo que es?

—No es una pistola de agua. Y, si el jefe me permite llevar a cabo un juicio aventurado, predigo que el cañón de esta cosita coincidirá con las marcas de las balas que encontramos en Marge Kostichek. Y las marcas en los casquillos que encontramos en los tres asesinatos relacionarán al señor Barry Hyde con un amplio reguero de sangre.

Sorprendido pero satisfecho, Grissom tomó el arma metida en la bolsa y preguntó a Catherine:

—¿Dónde la has encontrado?

—Te lo mostraré.

Catherine se dirigió al garaje. Se detuvo frente a una caja de fusibles en la pared del fondo, al tiempo que los demás la rodeaban formando un semicírculo. La caja gris de metal se parecía a cualquier otra caja de fusibles del mundo, de la que partían una par de tubos que desaparecían tras el falso techo.

—Me percaté de que había una caja de fusibles en el sótano —dijo—. Así que me pregunté por qué tendría que haber una caja de fusibles en el garaje, dado que no se utilizan aquí herramientas pesadas y sólo hay doscientas diez salidas.

—Buena vista —dijo Grissom.

Ella abrió la pequeña caja gris, revelando la ausencia de fusibles o interruptores, no había nada excepto las conducciones vacías. Con las manos enfundadas en sus guantes de látex, sacó la pistola de la bolsa de plástico y la dejó dentro de la caja para demostrar dónde la había encontrado; después volvió a meterla con mucho cuidado en la bolsa de pruebas.

Sara, sonriendo, meneó la cabeza.

—Casi una expresión del clásico «esconde las cosas dejándolas a la vista».

—Pero los federales lo han sacado de aquí tan deprisa que ni siquiera se llevaron su juguete favorito.

—Deberíamos de buscar las ropas negras de ninja —dijo Sara—. Obviamente hizo una rápida parada aquí después de matar a Marge Kostichek y antes de volver al videoclub.

Ahora, todos sonreían, orgullosos por el hallazgo de Catherine, orgullosos de sí mismos. Pero allí estaba Brass para devolverlos a la realidad.

—De acuerdo —dijo Brass—, tenemos la prueba. Pero seguimos sin tener a Barry Hyde. Está entre los amorosos brazos del FBI, ayudándoles a atrapar a los auténticamente malos.

—Por favor —dijo Sara, acompañando sus palabras con una mueca—. Tal vez pueda volver a comer algún día.

Grissom no parecía conmovido por el pequeño discurso de Brass.

—Volvamos al trabajo. Sara tiene razón, busquemos la ropa... Tenemos que atrapar a un asesino.

—Pero Brass ha dicho que todo ha acabado —señaló Nick.

—Tenemos que reunir nuestras pruebas —dijo Grissom con calma—, analizarlas, prepararlas para que puedan ser utilizadas en el posible juicio. Y, por supuesto, Sara tendrá un papel destacado en él.

—¿Yo? —preguntó sorprendida.

—No seas modesta —añadió Grissom con una minúscula sonrisa enigmática—. Vamos a acabar aquí, chicos. Después volveremos y os diré cómo atrapar a Barry a pesar de estar protegido por los muros federales.

En consonancia con el amargo clima de diciembre, el tribunal estatal de Kansas City bien podría haber sido diseñado con hielo por parte de algún escultor de mente geométrica, y no por un arquitecto que trabajase con cristal y acero. El interior del edificio, bien acondicionado curiosamente, parecía igual de frío y estéril. No había allí las típicas sillas de madera con respaldo rígido para el jurado, sino más bien sillas acolchadas giratorias y monitores de vídeo personalizados; aunque estos últimos rara vez eran utilizados, pues por lo general los abogados llegaban a acuerdos antes de que diese comienzo el juicio. La justicia que ahí se impartía parecía no incluir la compasión, la humanidad y tampoco el castigo en algunos casos, sólo juicios tan fríos como el acero y el cristal de la estructura de aquel edificio que parecía un monumento a la burocracia... y el oportunismo.

En un juzgado de la segunda planta, Gil Grissom —vestido con chaqueta negra sobre una camisa gris con corbata también negra, y un abrigo gris sobre su regazo— estaba sentado en la última fila, con los ojos fijos en la pantalla blanca que cubría el espacio para los testigos. Otro conjunto de pantallas impedía cualquier resquicio de visión de la entrada de los testigos desde las dependencias del juez. El público ocupaba sólo un tercio de todo el aforo de la sala.

Los doce miembros del jurado —divididos entre hombres y mujeres— estaban sentados sin evidenciar actitud concreta alguna, aunque la inquietud de algunos de ellos era obvia. En particular, uno de ellos parecía como si estuviese en la consulta del dentista. Tras el estrado, el juez movía la cabeza de izquierda a derecha, de delante a atrás, intentando aparentemente librarse de algún tipo de tensión en el cuello.

A la mesa del fiscal se sentaba una mujer vestida con un traje de dos piezas de color gris oscuro junto al fiscal federal. La mesa de la defensa, un abogado conocido en todo el país; al menos, tan conocido como lo fue Philip Dingelmann, cuyo asesinato finalmente fue noticia de la CNN, el día en que el dueño de De la A a la Z Vídeo desapareció. El abogado vestía un traje gris digno de los saldos de unos grandes almacenes. Llevaba el pelo largo, como un antiguo *hippie*, pero ahora lo tenía completamente gris. Era todo un personaje, el tipo de abogado que le gustaba a Geraldo.

Justo en ese instante chupaba el extremo de un lápiz como si de un Pall Mall sin filtro se tratase, mientras hablaba en voz baja a su cliente. El abogado se había hecho un nombre defendiendo a cultivadores de marihuana y a muchachos acusados de posesión de estupefacientes. Cuando la droga pasó a ser cocaína y los cárteles se trasladaron, el abogado cambió de orientación —creció— con el tiempo.

Grissom sólo podía ver el perfil del abogado y el de su cliente, Eric Summers,

cuyo cabello negro, con algunos mechones grises, estaba recogido en una cola de caballo. Su cara angulosa, bien afeitada, mostraba una amplia y prominente mandíbula. A pesar de su conservador traje negro con corbata, su defendido en el caso RICO parecía una estrella del rock de mediana edad; ¿y por qué no debería ser así? Después de todo, sus incursiones en el terreno de la distribución de sustancias prohibidas, los servicios de prostitución y las grandes estafas —los periódicos locales se referían a él como el «reputado líder de los, así llamados, nuevas semillas del gangsterismo en Kansas City»— le habían permitido disfrutar de una vida al estilo de las estrellas del rock.

Frente a Grissom, justo detrás de la mesa del fiscal, sobresalía una cabeza rubia tras la ayudante del fiscal. Grissom se inclinó hacia delante para tener una mejor vista: efectivamente, Culpepper.

El testigo entró escoltado en la sala, mostrando las sombras tras los paneles —probablemente iba con él un agente federal—, y se sentó en la silla de honor. El alguacil, al otro lado de la pantalla, recitó el juramento refiriéndose a aquel hombre como «Señor X».

Grissom volvió a recostarse en la silla, aguantando la respiración, sin parpadear, centrado en las dos palabras que acababa de pronunciar, las palabras que habían justificado que la unidad CSI encontrase tiempo para este caso, a lo largo de los últimos seis meses, a pesar de las exigencias de otros casos. Justificó incluso las horas extra que Sara Sidle había invertido en ello...

Y el testigo juró decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad, con la tradicional sentencia:

—Lo juro.

Grissom sonrió.

La voz tenía un matiz arrogante, autocomplaciente... La inconfundible voz de Barry Hyde.

Grissom puso respirar de nuevo. Incluso parpadeó unas cuantas veces. Horas de trabajo, semanas de seguimiento, meses de espera, le habían llevado hasta allí. En el exterior la temperatura estaba por debajo de cero, tres centímetros de nieve cubrían las aceras, y sus colegas Warrick Brown y Sara Sidle vigilaban las entradas del edificio, Jim Brass cubría la parte trasera y Nick Stokes estaba frente al edificio.

Grissom y Catherine Willows —vestida con una blusa de seda negra, pantalones de cuero negros y un abrigo gris oscuro sobre el regazo— estaban sentados en la sala observando el procedimiento como dos interesados ciudadanos. Junto a Catherine estaba sentado Huey Robinson, detective de Kansas City, negro y fornido, grande como un granero, apenas cabía en el asiento. O'Riley conocía a Robinson —habían estado juntos en la Armada o en los Marines o en algún otro cuerpo— y Brass había avisado al policía local por adelantado para arreglar las cuestiones de jurisdicción.

El incidente con la policía de Henderson le había hecho pensar a Jim Brass que un poco de cortesía interdepartamental no hacía mal a nadie; y Grissom había aprendido

del ejemplo de Culpepper cómo podía ayudar mostrarse atento con las competencias de otro departamento de policía.

Trasladar toda la unidad de Grissom y a Brass a Kansas City para asistir a aquel juicio había resultado caro, pero el *sheriff* Brian Mobley sentía tal rencor hacia Culpepper que habría invertido la mitad del presupuesto anual si eso hubiese supuesto que iban a darle su merecido al agente del FBI.

Así pues, gracias a la ayuda de Mobley, todos disponían de su acreditación jurisdiccional. Para este trabajo, todos los detalles tenían que ser totalmente legales y precisos.

En ese momento, el objeto de aquel trabajo estaba testificando tras un panel de tela; una vaga sombra pero una voz muy concreta.

—Es él —susurró Grissom al oído de Catherine.

Catherine asintió mientras recorría con la mirada la sala, intentando detectar posibles agentes del FBI de incógnito, mezclados entre el público asistente.

El juez dijo:

—Su testigo, señor Grant.

Poniéndose en pie muy despacio, con aire dramático, el fiscal dijo:

—Señor X, ¿usted trabajó para el señor Summers, no es así?

—Sí, señor.

—¿En qué consistía ese trabajo?

—En asesinar personas.

El fiscal se volvió hacia el jurado, dejando que sus palabras provocasen un efecto. Entonces dijo:

—¿Lo hizo en más de una ocasión?

—Sí. Tres veces.

—¿Le contrató a usted para asesinar a uno de sus competidores, el señor Marcus Larkin?

—Así es.

El fiscal caminó hacia el panel de tela.

—¿Cuándo fue eso, señor X?

—Hará unos ocho años... Sí, ocho años, en febrero.

Durante tres horas y media de esa mañana, el fiscal interrogó a Barry Hyde sobre el asesinato de Marcus Larkin, un proxeneta y traficante local. Cuando el juez levantó la sesión para ir a comer, Grissom y Catherine salieron de la sala y abandonaron el edificio para evitar que Culpepper los viese. El policía de Kansas City, Robinson — desconocido para el agente del FBI— permaneció al fondo de la sala para no perderse detalle.

Catherine sugirió la posibilidad de detener a Hyde durante la pausa para k comida, pero Grissom sabía que podrían ponerles impedimentos, no la gente del FBI, sino el cabreado juez federal.

—Mejor esperemos —le dijo en el pasillo— hasta que Hyde testifique y el juez

ya no lo requiera.

Se metieron en la furgoneta alquilada y comieron unos bocadillos. La calefacción del automóvil zumbaba, lanzando más calor que los abogados en el juzgado, pero siempre escaso para satisfacer a aquellos moradores del desierto, que literalmente se encontraban fuera de su elemento en aquel frío y nevado clima.

—Ahí está Culpepper —dijo Catherine señalando al agente federal justo cuando éste se disponía a entrar en los juzgados atravesando la amplia puerta principal. Le vieron desaparecer dentro del edificio.

—Es nuestra señal de entrada —dijo Grissom.

—Sí. Recuerda, tenemos que entregar algunas cosas antes.

Grissom acarreó con los bocadillos y Catherine con la bandeja con las tazas de café caliente; estas últimas destinadas a los CSI asignados a vigilar en el exterior sufriendo las inclemencias de aquel viento helado.

Primero llegaron hasta donde se encontraba Sara. Se había subido la capucha de su parka negra y la había anudado, por lo que apenas podía verse su nariz; parecía una esquimal reticente. Saltando sobre un pie y luego sobre el otro, llevaba puestas unas enormes manoplas negras que prácticamente inutilizaban sus manos.

—Oh, Dios —dijo cuando se aproximaron—. Creí que no vendrías nunca. Estoy helada. ¿Realmente vive gente en esta especie de congelador?

—Deja de quejarte —dijo Grissom—. ¿Cómo pudiste sobrevivir en Boston?

—Con alcohol... Con litros y litros de alcohol.

Catherine dijo:

—Necesitas cafeína. —La pasó una taza de café.

—Gr-gr-gracias.

—Ve a sentarte en la furgoneta un rato —dijo Grissom pasándole las llaves—. La vista puede durar toda la tarde. El fiscal necesitó toda la mañana, y la defensa tal vez se extienda incluso más. Cuando quieras entrar en calor, intercambia tu puesto con Nick.

—Ya nunca más volveré a entrar en calor —gruñó, aceptando las llaves y metiéndoselas en el bolsillo.

—Aquí no hace más frío que en los jardines de Harvard, ¿no es así?

Sara hizo una mueca que resultó un tanto extraña debido a los tiritones. Tomó un bocadillo y se fue hacia la furgoneta.

—Ha trabajado muy duro en este caso —dijo Grissom, observando cómo se alejaba la joven.

—Es cierto —corroboró Catherine. Durante los pasados meses, por encima del resto de sus obligaciones, Sara había dedicado horas y horas a repasar toda la información relativa a juicios de la mafia a lo largo de todo el país, esforzándose por determinar cuándo y dónde aparecería Barry Hyde para testificar.

—Alguien debería quedarse aquí —dijo Catherine.

—Sí.

—¿Te quedas tú o me quedo yo?

—Tú. —Tomó de sus manos la bandeja con los cafés.

—El poder corrompe, ya lo sabes —dijo ella.

—Absolutamente. Cuando ya se iba, ella le dijo: —No te cortes. Estás en tu derecho de volver. Alzó la capucha de su abrigo gris y metió las manos enguantadas dentro de los bolsillos.

Pero Grissom ya había emprendido la marcha para relevar a Brass, quien, a su vez, relevaría a Warrick.

Después de una hora, Nick había reemplazado a Catherine y Warrick había dejado su lugar a Grissom al fondo de la sala. La todavía helada Catherine entró junto a Grissom a las tres y media, sentándose ambos al lado del detective Robinson.

El abogado defensor estaba atacando la credibilidad del señor X.

—Señor X, ¿no es cierto que estaría usted en el corredor de la muerte si el gobierno no hubiese intervenido en su caso?

Tras el panel de tela, la sombra se movió ligeramente cuando Hyde se acomodó.

—No, eso no es cierto. Las autoridades intentaron pillarme durante años. Lo cierto es que la mayoría de los federales lo único que pillaron fue un resfriado.

Sus palabras provocaron risas nerviosas entre el público, y que el juez golpease la mesa con el martillo; advirtiendo también con ese gesto al señor X. Frunciendo el ceño, Culpepper volvió la cabeza para dejar de mirar al testigo, sin llegar por ello a percatarse de la presencia de Grissom...

Catherine miró a Grissom, quien negó con la cabeza. «No nos ha visto», dijo con los labios sin pronunciar palabra.

Culpepper miró de nuevo al frente.

—Me entregué yo —prosiguió el señor X—. Quería abandonar la inmunda vida que había llevado. Y le digo una cosa: volví a nacer.

Catherine sonrió y sacudió la cabeza. Grissom, a pesar de la antipatía que sentía por Hyde, estaba disfrutando con el trabajo del abogado defensor, que buscaba un camino para salir del agujero en el que estaba metido.

Dándose cuenta demasiado tarde de su error, el abogado dijo:

—No tengo más preguntas, señoría.

El fiscal se recostó en la silla, relajándose un poco.

Grissom se puso en pie y se encaminó hacia la puerta, Catherine y el detective Robinson le siguieron.

El juez preguntó:

—¿Alguna réplica señor Grant?

—Ninguna, señoría.

Grissom abrió la puerta y salió al pasillo justo cuando Culpepper se acababa de poner en pie. Poniéndose el abrigo, Grissom recorrió a toda prisa el pasillo, sacando el walkie-talkie de su bolsillo. Apretó el botón para hablar y dijo aceleradamente.

—Ha salido. Que entre todo el mundo. Segunda planta, dependencias del juez.

Volvió la esquina a la derecha y, prácticamente, echó a correr por el pasillo para poder estar en la puerta cuando Hyde saliese. Tras él, escuchó los pasos de Catherine y Robinson.

Cuando se abrió la puerta, salió al pasillo un policía judicial, de cincuenta años con un peinado militar coronando una cabeza en forma de bola, luciendo una americana marrón unas dos tallas más pequeña. Barry Hyde salió tras él, vistiendo un caro traje de color gris con chaleco. A su espalda, otro policía judicial, más joven que el primero, de treinta y pocos años, con el pelo largo peinado hacia atrás, su traje gris oscuro más ajustado que el de su compañero.

Grissom se colocó frente a ellos alzando un puñado de hojas de papel. Los tres hombres se detuvieron de golpe. El mayor de los agentes miró fijamente a Grissom, el más joven llevó su mano de forma automática hacia el interior de su americana.

—Policía Metropolitana de Las Vegas. Traigo una orden.

—Señor Grissom, ¿verdad? —preguntó Hyde. Su típica sonrisa se dibujó en su rostro picado de viruela—. ¿Qué tal le ha ido? ¿No pudo encontrar un lugar más cálido para sus vacaciones de invierno?

—Señor —dijo el mayor de los agentes a Grissom, tras hacerle un rápido gesto a Hyde para que se mantuviese en silencio—. Me temo que está fuera de su...

—Esta orden es legal, agente.

Se la entregó al hombre para que pudiese estudiarla.

Pero fue el agente más joven el que le echó un vistazo.

—Persona equivocada —dijo—. Ese no es el nombre de nuestro testigo... Así pues, si nos disculpan.

Seguía manteniendo la mano bajo la americana.

Catherine y Robinson se unieron a Grissom barrándoles el paso.

Entonces pudo escucharse la voz de Culpepper a sus espaldas.

—¿Qué demonios es este sinsentido?

Pero el joven agente parecía interesado en la cuestión, a pesar de todo.

—¿Cuáles son los cargos?

—Asesinato en primer grado. Tres muertes.

Los dos policías judiciales intercambiaron miradas, y la sonrisa de Hyde se desvaneció.

—No tiene cobertura legal, Grissom —dijo Culpepper poniéndose en medio—. No está en su jurisdicción... Este hombre es un testigo federal con inmunidad garantizada para sus delitos.

Warrick, Nick, Sara y Brass aparecieron de repente al mismo tiempo; ataviados con sus pesados abrigos desprendían un aire amenazador, como un pequeño ejército invasor.

Grissom estaba preparado para el enfrentamiento con Culpepper y, por toda respuesta, dijo:

—Este hombre no tiene inmunidad para los asesinatos cometidos tras sellar su

pacto con el gobierno, específicamente respecto a los asesinatos de Philip Dingelmann y Marge Kostichek.

Los policías judiciales fruncieron el ceño y se miraron entre ellos. Hyde parecía profundamente serio.

Brass pasó entre Culpepper y el resto del grupo.

Grissom le pasó la orden al agente más mayor y dijo:

—Léala, agente. Comprobará que todo está en orden.

El agente sacó unas gafas en forma de media luna del bolsillo interior de su americana y leyó.

Muy irritado, Culpepper dijo a los policías judiciales:

—Si entregáis mi testigo a estos capullos vuestras carreras habrán acabado.

La gente que ocupaba el pasillo principal les rodeó, observando el desarrollo de los acontecimientos desde un lado.

La profunda voz de bajo de Robinson resonó en el pasillo, presentándose a Culpepper, mostrando su placa, al decir:

—Si no entrega el detenido a estos oficiales, tendrá que acompañarme a mí, al detenido y a estos oficiales a la comisaría de Locust Street.

Brass añadió:

—Tras lo cual, tendrá que venir con nosotros a Las Vegas, donde será acusado de obstrucción a la justicia.

Los labios de Culpepper se curvaron para formar una sonrisa.

—Agente Robinson, éste es un tribunal federal y me temo que se está extralimitando.

Ignorando sus palabras, Robinson se colocó al lado de Grissom, sus compañeros de la policía de Kansas City se mantuvieron firmes mientras él miraba al joven policía judicial, a quien le había mostrado su placa.

—Y usted, señor, límitese a sacar la mano del interior de su americana.

El joven miró a su compañero, y éste asintió. Lentamente, la mano vacía salió del interior de la americana.

—Gracias, señor —dijo Robinson.

La rabia provocó que la cara de Culpepper se amaratase. Por encima de Brass, dijo al policía judicial:

—Tenemos que sacar al testigo de aquí. En marcha, maldita sea.

Robinson se volvió hacia él, pero Brass estaba más cerca y alzó una mano como queriendo decir: «Por favor... déjeme a mí».

Agarró a Culpepper del brazo con fuerza y dijo:

—¿Quiere ser el próximo agente del FBI juzgado por obstrucción a la justicia? No me importaría ayudar a que así fuese.

Culpepper le miró, pero no dijo nada, su locuacidad había desaparecido finalmente.

El policía judicial de más edad preguntó a Grissom:

—¿Realmente cree que este hombre —miró a Hyde— mató a Philip Dingelmann?

—No es una opinión —respondió Grissom—. Dispongo de las pruebas que lo demuestran.

—Morirá de viejo antes de poder probarlo —espetó Hyde, olvidándose de su autocontrol y de su altivez—. ¡No tiene nada!

—Tenemos algo —intercedió Brass—. Tenemos la pena de muerte.

Hyde compuso una sonrisa irónica, pero su bravata acabó ahí.

—Tienes razón, Barry —dijo Grissom dirigiéndose al objeto de aquel enfrentamiento—. No tenemos nada más. Sólo tu imagen en las cintas de vídeo del casino, las balas y los casquillos disparados por tu pistola, con tus huellas dactilares; también las huellas de tus pisadas, la coincidencia del ADN en los escenarios del crimen de Fortunato y Kostichek...

El rostro de Hyde perdió color.

—... pero ¿para qué ahorrarle trabajo a tu abogado? Tenemos que dejar algo para la fase de los descubrimientos.

—En esta ocasión tal vez te interese contratar los servicios de otro bufete —le advirtió Brass— que no sea el de Dingelmann.

Culpepper dirigió la mano hacia su pistola y dijo:

—Este es mi testigo. Esto es un intento ilegal de secuestrar a un testigo protegido por el gobierno. Háganse a un lado.

Culpepper no vio cómo el mayor de los policías judiciales sacaba el arma, pero sin duda sintió el frío del cañón cuando lo apoyó en su nuca.

—Deje el arma, agente Culpepper. Virgen santa, ¿es que no aprendió nada de Ruby Ridge, gilipollas?

La cara del agente del FBI empalideció, y temblaba cuando apartó la mano de la pistolera. Brass se dirigió hacia Culpepper con el puño en alto, dispuesto a golpearle, pero Grissom se colocó entre ambos.

—Tranquilo todo el mundo —dijo Grissom.

Después se volvió hacia el desquiciado agente del FBI.

El más joven de los policías judiciales, sostenía el arma en la mano cuando Hyde dijo:

—¡Estás implicado, Culpepper... recuerda que estás implicado!

—Agente Culpepper —dijo Grissom— ahora vamos todos a salir de aquí con Hyde bajo nuestra custodia. O bien podemos bajar las escaleras y hacer frente a los medios de comunicación. ¿Cómo cree que podrá explicar al pueblo estadounidense que ha estado ayudando y encubriendo a un asesino? La obstrucción a la justicia no es nada comparado con ser cómplice de encubrimiento.

Culpepper había acabado de perder la fuerza ante ellos.

Hyde dijo:

—Maldita sea, Culpepper... ¡Se están burlando de ti!

El tiempo pareció detenerse cuando los dos hombres se miraron, como si de dos

pistoleros del Oeste se tratase. Pero Grissom ya había ganado, sin utilizar arma alguna excepto su inteligencia.

—De acuerdo —dijo a Grissom—. Todo suyo.

Hyde, consciente de que le habían vendido, intentó escapar, librándose del joven policía judicial y echando a correr hacia la multitud que se concentraba al final del pasillo. Pero no llegó a recorrer más que un par de metros antes de que Warrick y Nick le atrapasen. Antes de que pudiese siquiera volverse, Robinson ya le había puesto las manos encima.

—Sabia decisión, agente Culpepper —dijo Grissom—. Es triste ver a un hombre con sus habilidades malgastar su tiempo en castillos de humo.

—Váyase al infierno, Grissom.

Grissom asintió.

—¿Es ésa una manera adecuada de hablar a un colega?

Culpepper no replicó.

—La próxima vez —se limitó a decir antes de volverse sobre sus talones y casi echar a correr apartándose de la multitud.

Y su testigo...

—¡Culpepper! —Gritó Hyde—. ¿Vas a dejarme colgado?

—Actualmente —dijo Brass— utilizan una inyección letal.

—¡Culpepper! —bramó.

Pero Culpepper había desaparecido.

Acercándose a Grissom, Catherine dijo:

—Para ser una persona que no deja de sonreír, Culpepper no parece tener mucho sentido del humor.

—Ha tenido suerte de que no le hiciese otro agujero en el culo —dijo Robinson— cuando intentó sacar la pistola.

El mayor de los policías judiciales tendió la mano a Grissom.

—Buen trabajo, a pesar incluso de habernos visto implicados... Perdome, ¿cuál es su nombre?

Warrick, que tenía agarrado a Hyde por un brazo, dijo:

—¿Por qué no el Llanero Solitario?

Y Nick, que tenía agarrado a Hyde por el otro brazo, sonrió ampliamente.

Su jefe, al que le había hecho gracia aquella afirmación, le dijo al policía judicial:

—Gil Grissom, del Departamento de Criminalística de Las Vegas.

Se dieron un apretón de manos y el policía judicial dijo:

—Ha sido un placer, señor Grissom. —Asintió en dirección a Hyde, que tenía la cabeza gacha entre Warrick y Nick—. Le hemos hecho de niñera a este capullo durante demasiado tiempo. Será agradable verle pagar por sus delitos a cambio.

—Veremos lo que podemos hacer.

Entonces el policía se volvió hacia su joven compañero.

—Venga, Ken. Será mejor que nos vayamos. Tardaremos unos cien años en

completar nuestros informes sobre este caso.

No tan entusiasta como su compañero, el joven policía judicial le siguió por el pasillo con el ceño fruncido, aparentemente intentando explicarse cuánto daño le habrían causado aquellos hechos a su carrera.

Brass se colocó frente a Hyde, ofreciéndole una amplia sonrisa.

—Tienes derecho a guardar silencio...

—Bueno —dijo Catherine a Grissom—. Le has pillado, ¿estás contento?

—Le hemos pillado —corrigió Grissom—. Y, sí, estoy muy contento.

—No lo pareces.

—Pues bien, lo estoy.

El asesino había sido detenido, pensó, pero qué reguero de sangre había dejado tras de sí aquel sociópata...

Warrick y Nick condujeron al prisionero hacia el ascensor —acompañados por Robinson— y Brass, Sara, Catherine y Grissom les siguieron.

Mientras esperaban el ascensor, Catherine preguntó Grissom:

—¿Qué vamos a hacer ahora? Todo el mundo a excepción de Hyde miró a Grissom.

Ofreciéndoles una leve sonrisa, Grissom dijo:

—Regresemos al lugar donde hace calor.

Notas

[1] Strip (literalmente «tira», «faja», «banda») se utiliza para designar el conjunto urbano —comercial o residencial— nacido a lo largo de una calle o una carretera. El caso de Las Vegas es paradigmático de este tipo de formación urbanística, llegando al punto de que se denomina Strip, simplemente, a la calle-carretera principal que recorre de un extremo a otro la ciudad, donde se concentran los principales hoteles y casinos. (N. del T) <<

[2] Juego de palabras intraducible. En inglés mummy significa tanto «momia» como «mamá». (N. del T.) <<